

LA
VERDADERA CIENCIA
ESPAÑOLA
NON PLUS
ULTRA
BIBLIOTECA ECONÓMICA
BAJO EL PATROCINIO DEL BEATO JOSÉ ORIOL
ORINOCO ILUSTRADO Tom. II.
1882
F. FUSTÉ



EL

ORINOCO ILUSTRADO



TOMO SEGUNDO

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

HISTORIA NATURAL

CIVIL Y GEOGRÁFICA

DE LAS NACIONES SITUADAS

EN LAS RIBERAS DEL RIO ORINOCO

SU AUTOR

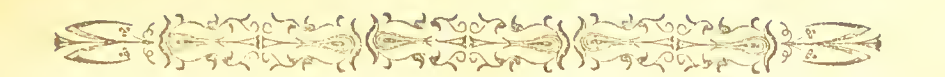
EL PADRE JOSÉ GUMILLA

MISIONERO QUE FUÉ DE LAS MISIONES DEL RIO ORINOCO, META Y CASANARE.



TOMO SEGUNDO

BARCELONA
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16
1882



INTRODUCCION

Á LA SEGUNDA PARTE

AUNQUE esté bien tendida y fabricada á toda costa y gusto la escalera de un palacio, con todo, el arte, la conveniencia ó la costumbre han introducido el descanso y plan en su medianía, para tomar resuello y subir con más brío ó ménos fatiga lo restante de ella. Es así; pero si no me engaño, creo que los pasos y capítulos con que hemos venido hasta aquí subiendo contra las corrientes del Orinoco no han sido tan arduos ni fastidiosos que requieran este descanso ó division de segunda parte. Fuera de que, de las novecientas leguas que, ya por vía recta, ya en repetidos semicírculos, creemos que corre el Orinoco, tenemos vistas y navegadas cuatrocientas cincuenta, desde el golfo Triste hasta la boca del río Ariari; no podemos ahora pasar adelante sinó por las señas de varios ríos que por la parte occidental bajan al Orinoco de los páramos de Popayan y Pasto; y care-

ciendo casi enteramente de noticias, por lo que mira á la banda del Sur y provincias donde desde las primeras conquistas se ideó el famoso Dorado ó ciudad de Manoa (como se indica en los mapas antiguos y modernos), es preciso que del plan que debiera ser un mero descanso para volver á subir y registrar lo restante del Orinoco, hagamos término, dejando á los operarios que la divina Providencia destinare para el cultivo de aquellas incógnitas naciones el cuidado de registrar y avisar á los venideros los genios de aquellas gentes y lo singular de aquellos países.

Entre tanto la materia de esta segunda parte, que coincide con la de la primera, se reducirá á responder á varias preguntas y dudas curiosas, originadas de lo mismo que llevo ya referido, y dar satisfaccion á otras que de las mismas respuestas han excitado personas de literatura, y, como tales, ansiosas de saber más y más, me han preguntado si entre aquellas naciones hay idolatría y trato con el demonio; si tienen alguna luz y conocimiento de Dios; las causas de sus guerras, arte militar y armas; la variedad, orígen y derivacion de sus lenguas; la de sus venenos, y modo de fabricarlos; cuál es la fertilidad de aquellos países; cuáles y cuántas sus plagas y enfermedades especiales, y qué remedios usan; si va en aumento, ó descaece el número de los indios, y otras curiosidades no vulgares: y supuesto que el ánimo es responder á todo, basta de preámbulo, y prosigamos con el mismo estilo lacónico y claro.



HISTORIA NATURAL

CIVIL Y GEOGRÁFICA

DE

LAS NACIONES DEL RIO ORINOCO

CAPÍTULO PRIMERO

Si entre aquellos bárbaros se halla alguna noticia de Dios

Llevó Dios á la cumbre del honor al hombre que crió: adornóle con las coronas de suma gloria y honra las sienes, colocándole en tal altura que se podía gloriar de que era poco ménos que los ángeles y que tenía á su mando y disposicion todo el resto de las criaturas sublunares; pero en medio de tan sublime excelencia le precipitó en el abismo de la mayor desdicha su misma ignorancia: *Non intellexit;* y con caida más fatal que la de Icaro (aunque ésta no fuera fabulosa), se halló equiparado con las bestias y semejante á ellas el mismo que fué formado á imágen y semejanza de todo un Dios. ¡Notable desgracia y manantial de otras innumerables! Ignorancia detestable, madre, fuente y raíz de todas las sombras y errores que llenaron el mundo, y áun dominan en tantas partes de él cuantas apunté

en el prólogo de esta obra. Pero llegando á nuestro propósito, si á los mahometanos, paganos y negros africanos les conviene con especialidad la dicha similitud con los brutos por su especial ignorancia, no les es ménos propia ni conviene ménos á las ciegas y bárbaras gentes del Orinoco y sus vertientes, en que están comprendidas tambien con especialidad otras muchas naciones de las dos Américas.

Ello es cierto que la falta de enseñanza, derivada y heredada de padres á hijos, no es otra cosa que pasar las gentes de uno á otro abismo de ceguedad y tinieblas, sea en la religion del mundo que se fuere, como se evidencia en las aldeas retiradas y en el vulgo de las ciudades, áun en aquellos reinos donde más florece y más se cultiva nuestra santa fe. ¿Pues qué diremos de aquellas gentes cuyo total ahinco es retirarse más y más del comercio humano é internarse en las selvas, afectando, ó por mejor decir, imitando el genio de las bestias más silvestres é indómitas?

Diré que fué gravísimo error el de los que á primera vista pensaron que no eran racionales; porque á la verdad, luégo que se van desbastando aquellas que parecen piedras, se ve por la divina gracia que pasan á verdaderos hijos de Abraham, y á repetidos golpes del cincel de la doctrina se descubren los brillos de aquellos diamantes cuya exterior tosquedad los hacia despreciables.

Diré (1) que aquellas naciones no sólo están poseidas, sinó tambien sepultadas entre las tinieblas de su misma ignorancia; pero afirmo y debo afirmar al mismo tiempo, con el torrente de los doctores y teólogos católicos, que en medio de aquellas tinieblas resplandece alguna luz, algunos destellos (aunque cortos) de aquel divino sol de justicia que alumbró y alumbra á todo hombre de cuantos vienen á peregrinar á este mundo,

(1) P. Acosta, lib. 3, cap. 3.

alentando y fortaleciendo con su divina gracia el espíritu de los sagrados apóstoles y de los varones apostólicos, para que se oyesen los ecos de sus voces evangélicas desde el Oriente al Ocaso y desde el Aquilon al Austro, segun el vaticinio del real Profeta (1).

Diré lo que ya dijo San Próspero (2): «que hay algunas naciones en los últimos ángulos del mundo, á quienes no alcanzó todavía á dar de lleno la luz de la divina gracia, á las cuales jamas se les niega aquella luz general y aquella medida de auxilios suficientes que para todos los hombres viene de lo alto.» Lo mismo podria decir con las palabras de San Agustin, con las del Concilio Senonense (3), de Orosio y de otros santos Padres y concilios; pero, no obstante todo esto, diré tambien lo mismo que en dilatados años y largas peregrinaciones entre gentes bárbaras he palpado y experimentado, y es que aquella corta luz que entre ellos se deja divisar, al mismo tiempo que se deja ver como luz, se reconoce empañada con muchas sombras. ¡ Pobres almas ! ¡ Oh, y qué lástima ! Si aquella luz que tienen se parece tanto á las tinieblas, ¿ cuál será el horror de la ceguedad en que viven ? ¿ Y quién habrá que no se mueva á lástima y compasion de aquellas pobres naciones ? Tienen poca luz, y oscurecida, y así ven muy poco, y si no hay quien vaya á alumbrarlos no hay esperanza de que se les aclare la vista. Hay notable diferencia en el modo de no ver cuando una nube ó niebla opaca cubre la superficie de la tierra y cuando una catarata cubre casi toda la superficie de los ojos: á aquélla el tiempo la disipa y todo queda claro ; ésta se congela y crece

(1) Psalm. xviii, vers. 5.

(2) In extremis mundi partibus, sunt aliquæ nationes, quibus nondum gratia Salvatoris illuxit; quibus tamen illa mensura generalis auxilii, quæ desuper omnibus hominibus est, non negatur. Lib. 2, de Vocat. Gent.

(3) Concil. Senonens. Can. 10, Videatur P. Ripalda, de Fide, disp. 17, et de Ente supern., disp. 15.

más con el tiempo, y al modo de ésta es la que ofusca á aquellas gentes infelices.

Digo, en fin, viniendo á lo particular, que las naciones de que trato conocen la malicia del homicidio, del adulterio y del hurto, y los delincuentes ó huyen ó esconden cuanto pueden sus delitos: no se hallan casamientos entre hermanos y hermanas, y en algunas gentes hasta más allá del cuarto grado no se casan. En sus desgracias ó pesares levantan los ojos al cielo con exclamaciones propias de sus lenguajes; v. gr.: *¡Ayaddi! ¡Acayá! ¡Ayó! ¡Páya! ¡Guayamijideyá!* y otras semejantes con que naturalmente recurren á lo alto á implorar el favor y amparo, aunque no tienen otras voces ni términos para explicarse más; siendo éste un movimiento con que recurre la criatura afligida á su primera causa, segun el sentir expreso del Padre de la elocuencia, Ciceron (1). En la nacion achagua viene de padres á hijos la tradicion del diluvio universal, que explican con estos términos muy genuinos: *Catena Manóa*, que á la letra es: *Sumersion general de la tierra*, ó *laguna general*.

Con toda claridad, segun Herrera (2), retenían esta noticia los indios de Cuba, y uno de los más ancianos reconvino á Gabriel de Cabrera con estas palabras: «*Que por qué le reñia*, etc., *pues todos eran hermanos. ¿Vosotros*, le decia, *no procedeis de un hijo de aquel que hizo la nao grande para salvarse del agua, y nosotros del otro?*» De modo que esta tradicion, segun se ve, estaba muy asentada y corriente de generacion en generacion. En dicho lugar cuenta el mismo Herrera que tenian aquellos indios noticia de la creacion del cielo y de la tierra, y que habia sido fabricada toda esta gran máquina por tres personas.

---

(1) Lib. 2, *de Natura Deorum*, ibi: Quid potest esse tam apertum... cum cœlum suspeximus... quam esse aliquod Numen præstantissimæ mentis, quo hæc regantur? etc.

(2) Herrera, Década I, lib. 9, cap. 4.

aunque al explicarlas deliraban. Una y otra noticia se hallaron en el Perú y en Méjico (1).

En otras tres naciones que luégo nombraré tienen palabra con que expresar (á su modo) y nombrar á Dios (esperamos que el tiempo y la práctica lo descubrirá tambien en otras, que hasta ahora no han dado señal de conocerle, por frase ó palabra destinada para ello); pero en dichas naciones no se ha reconocido ceremonia alguna exterior para el culto divino, ni las voces con que, segun la variedad de lenguas, nombran á Dios, son tan individuales y positivas que nos hayamos asegurado ya de su cierta y fija significacion. Por esto en la doctrina cristiana que traducimos en sus idiomas usamos de la palabra Dios y de las demas palabras españolas necesarias para la explicacion de los misterios de nuestra santa fe, así como los latinos tomaron del griego muchos términos facultativos de que carecían, para explicar muchas dificultades escolásticas.

Los caribes, nacion dominante por muy numerosa, llama á Dios *Quiyumocón*, es decir, *nuestro Padre grande;* pero áun no está bien averiguado si estas voces tienen por objeto la causa primera ó si se refieren al más antiguo de sus abolengos, y por esto no usamos de dicha palabra.

Los salivas dicen que el Púru hizo todo lo bueno; que Púru vive en el cielo; que el Hijo de Púru mató aquella serpiente que destruía las gentes, etc. Estas son sombras y vestigios borrados de la verdad.

Los betoyes decían ántes de su conversion que el sol era Dios; y en su lengua al sol y á Dios llaman Theos, voz griega, que tambien significa á Dios; pero ninguna de estas tres naciones da la menor muestra de culto ni de adoracion á su Púru, Theos ó al Quiyumocón.

En ninguno de aquellos vastos países hemos hallado hasta

(1) Solorzan: *Politic.*, cap. 5; y Torquemada, cap. 9.

hoy muestra de idolatría, y así hay este obstáculo ménos que vencer para su enseñanza. No obstante esto, en la nacion betoya hubo que vencer algo, porque pusimos en el catecismo esta pregunta: *¿Theodá, Diosoque?—¿El sol es Dios?* y al punto respondian que sí. La respuesta que se les enseña es: *Ebamuca, futuit ajajé Diosó abulú, ebadú. tuluebacanutó:* no es, *porque es fuego que Dios crió para alumbrarnos.*

Viendo, pues, que pasaban muchos meses sin acabar de creer que el sol era fuego, me valí de la mecanica de un lente ó cristal de bastantes grados, y junta toda la gente en la plaza, cogí la mano del capitan más capaz, llamado Tunucúa. Preguntéle *si el sol era Dios*, luégo respondió que sí; entónces en voz alta, que oyeron todos, dije: *¿Day dianu obay refolajuy? Theodá futuit ajaduca, may mafarra.—¿Cuándo acabareis de creerme? Ya os tengo dicho que el sol no es sinó fuego.* Y diciendo y haciendo, interpuse la lente entre el sol y el brazo del dicho capitan, y al punto el rayo solar le quemó. Clamó luégo él con voz amarga, diciendo: *Tugaday: tugaday: futuit ajaeudacá. — Es verdad: es verdad: fuego es el sol.* Corrian en tropel los hombres y mujeres á ver el efecto del sol y de la lente; veían la quemadura y el capitan les explicaba con eficacia la operacion, que miraban con espanto correlativo á su nativa ignorancia. Entre tanto rompí por entre el gentío y llegué á la turba de muchachos, deseosos de ver y saber lo que pasaba: hice la misma pregunta al mayorcillo de ellos, erró la respuesta, y lo desengañé con la quemadura de la lente. Aquí fué mayor la bulla; todos querían experimentar aunque a costa suya si el sol era fuego ó no: díle la lente al fiscal de la doctrina, para que fuese dando gusto a todos, y yo me retire a mi choza. El efecto de esta maniobra fué cual se deseaba, porque de allí en adelante ningun betoy dijo jamas que el sol era Dios: luego respondía que el sol era fuego.

No puedo omitir aquí lo que me pasó con un gentil betoy, llamado Cagiali, al principio de la conversion de esta nacion.

Insistí en una de las pláticas que el que no creyese la doctrina que yo de parte de Dios les enseñaba le llevarían á ser quemado perpetuamente á la casa del fuego, donde viven los demonios (ésta es frase propia de aquel lenguaje). Vino despues el Cagiali á informarse más despacio de la materia; expliquèsela de varias maneras y con símiles materiales (que son los que más sirven para su rudeza); y cuando se hizo cargo de esta tan importante verdad, se alteró todo, encendiósele el rostro, soltó las lágrimas, y con voz lamentable dijo: *¡Ayaddí, Babicá! ¿Day ma ebá Diosó? ¿Dayque ojabolá, obay reaje afocá, arreacabi, dusuque arribica?—¡Ay, Padre mío! ¿Cómo ha hecho Dios esto? ¿Con que mis mayores se han perdido, y están ardiendo porque Dios no les envió Padres que les enseñasen?* Confieso que me enternecí, y que me costó mucho trabajo el consolar al Cagiali y mucha dificultad el hacerle entender que la causa de la perdicion de sus mayores no estuvo en Dios, sinó en los pecados de aquellos gentiles, por los cuales se hicieron indignos de que Su Majestad les enviase predicadores. Este Cagiali fué un gran indio, sirvió mucho para aquella fundacion, y cuando le bautizé (que fué *in articulo mortis*) le llamé Fortunato, porque logró la fortuna que lloraba perdida en sus mayores.

Pero por el mismo caso que reinan las tinieblas en los entendimientos de aquellas gentes, cuando al abrir los ojos de la razon perciben la luz de las verdades eternas, les da mayor golpe la novedad, y se reconoce por los efectos que entónces derrama Dios á manos llenas su misericordia, segun la mayor ó menor disposicion de los neófitos, entre los cuales vemos y advertimos la mutacion que en ellos hace la diestra del Todopoderoso. Y áun los mismos indios, al cotejar su vida racional y cristiana con su antiguo desconcierto, se regocijan, se admiran y dicen repetidas veces á sus Misioneros: *Diosó fausucajú, Babicá, ujuma afoca, ubadolandó maydaitú*, esto es: *Dios te lo pagará, Padre, pues por tu medio vivimos ya racionalmente*; y veis aquí aquel maná escondido, que endulza, suaviza y hace lleva-

deros los mayores trabajos presentes, y que dispone, da brío y ánimo para los venideros.

¿Qué consuelo podrá compararse con el de un operario entre aquellos neófitos, que se fatiga para que sus indios no frecuenten tan á menudo los sacramentos de la confesion y comunion, como los de la nacion achagua, que la desean y piden hasta ser molestos?

¿Qué mayor señal se puede hallar de que han abrazado seriamente nuestra santa fe, ni qué mayor gusto para el que se la predica que reconocer en los neófitos temor de Dios, deseos de salvarse y gran miedo de la eternidad del infierno, con la moderacion, recato y buena conducta debida que requieren las tales señas? y á la verdad de esto pudiera decir mucho.

Sólo diré para gloria de Dios y confusion de muchos cristianos que se precian de serlo, que me ha sucedido estar muchas mañanas seguidas oyendo confesiones de indios neófitos, sin hallar en alguno de ellos materia para la absolucion; y me consta que á otros Misioneros les ha sucedido lo mismo: *eso no, Padre* (responden); *desde que supe que Dios se enoja por los pecados, y cómo los castiga, no hago cosa mala.* Por otra parte se evidencia la sinceridad y verdad que profesan en la confesion con muchas señales ciertas, especialmente por la brevedad, ánsia y susto con que recurren al tribunal de la penitencia, si caen en algun lazo de los que arma el enemigo; en cuya prueba sólo digo que á deshora de la noche y lloviendo reciamente se entró un indio neófito en mi rancho, y puesto de rodillas á mis piés, todo asustado, me pidió las disciplinas: se las dí, y empezó á descargar recios azotes sobre sus espaldas y á llorar. Díjele atónito que por qué era aquella penitencia: respondió que le habia engañado el demonio, y que venia á desenojar á Dios y á confesarse, como lo hizo, añadiendo despues otros azotes sobre sus espaldas. ¿Quién no alabará á Dios por estas señas de fe viva y santo temor suyo, que Su Majestad infunde en los que poco ántes no le conocian?

CAPÍTULO II

Singular piedad y especial providencia de Dios, que resplandece en bautismos al parecer casuales de indios ancianos, indias y párvulos

Dije en el capítulo antecedente que, aunque ofuscada, no falta luz, ni á los más bárbaros, para discernir lo bueno de lo malo y lo lícito de lo prohibido (sentencia seguida por los doctores católicos), en tanto grado que el Padre presentado Fray Gregorio García y otros autores (1) notaron que en Méjico y el Perú había ántes de las conquistas noticia de los preceptos del Decálogo, y que unos en unas provincias y otros en otras tenían señalado castigo contra los transgresores.

En la *Vida del V. Padre José de Ancheta* vemos que este apostólico varon perdió el camino que seguía, y despues de varias vueltas y revueltas por un desierto, fué á dar en una choza donde estaba un indio anciano, hecho una imágen viva de la muerte, y examinándole, halló el Padre que había guardado exactamente la ley natural; instruyóle, bautizóle y luégo murió, como quien sólo vivía de la esperanza del bautismo, para pasar á mejor vida.

En la *Historia de Cinaloa* de las apostólicas y numerosas Misiones que la Compañía de Jesus tenía en la Nueva-España se lee un caso totalmente semejante al que acabo de referir, de dos Padres que permitió ó dispuso Dios que perdiesen el camino, para que por el bautismo pusiesen en el camino del cielo á un anciano indio que hallaron (despues de bien examinado) que no tenía otra culpa que la contraida en la original, fuera de las le-

(1) In tract. de Origin. Indor. lib. 3, et infra.

ves que de su cosecha trae la fragilidad humana. Este tal no esperó para morir sinó el tiempo necesario para su instruccion y bautismo.

De estos casos y otros admirables en materia de la fe, del culto divino y de grandes penitencias de los indios está llena la *Historia de Cinaloa* ya citada, donde el curioso hallará mucho en que alabar la piedad del Altísimo. Y á la verdad, por lo que los Padres Misioneros me refirieron, y por lo que yo mismo experimenté en esta materia, es para mí indubitable que en los demas partidos de misiones se ve con frecuencia esta especial providencia y misericordia de Dios y se verifica la verdad de aquel axioma teológico, que *facienti quod est in se, Deus non negat gratiam*; y aquí me cito á mí mismo al capítulo doce de la primera parte, donde escribí un caso de un bautismo muy singular.

En este punto me enterneció mucho lo que me refirió el Padre Juan Rivero al retorno de su viaje al Ayrico, de doscientas leguas de ida y otras tantas de vuelta. Había hecho tan arduo y largo viaje á pié y por desiertos estériles en busca de achaguas gentiles, y viendo yo que traía muy pocos, traté de consolarle del mejor modo que pude, y me interrumpió diciendo: «No, Padre mio, tan consolado vuelvo por haber bautizado un achagua que al llegar allá encontré moribundo, que si supiera había de lograr otro bautismo semejante, ahora sin descansar emprendiera y repitiera este mismo viaje»: y prosiguió refiriendo el caso, que por muy parecido á los dos antecedentes puedo dar por referido. Este es aquel denario diurno y paga sobreabundante con que quedan satisfechos aquellos operarios y por él dan por muy bien empleadas todas sus fatigas.

En el año 1716, despues que puse los primeros gentiles *lolacas*, que Dios me dió, entre los dos ríos Tame y Chicanoa, se me ofreció un viaje muy urgente y dilatado en bien de las almas; y luégo que de retorno llegué á mi rancho, vino un indio mozo con tal priesa que de puro fatigado apénas podia hablar,

y dijo como mejor pudo estas palabras en su lengua: *Padre, há tres dias que mi madre te está esperando, y dice que no quiere morirse sin ser cristiana.* Pasé luégo á ver la enferma; halléla muy descaecida; la instruí en los más principales misterios de nuestra santa fe, y ya dispuesta, la bauticé. La choza en que estaba era tan estrecha y baja, que para resollar un poco de aire puro salí fuera de ella: ¡cosa rara! apénas me habia limpiado el sudor, cuando oí que decian adentro ya espiró; entré, y era así, que para morir sólo habia esperado el agua del santo bautismo, y alabé á Dios con el Profeta David (1), diciendo: «Separaste, Señor, tu lluvia voluntaria para tu heredad, que tu mismo perficionaste.»

Todavia resplandecen más los arcanos de la divina Providencia y los caminos (á nuestro corto entender) casuales de que Su Majestad se vale para salvar á los que están escritos en el libro de la vida, en el caso que voy á referir. Para que el misionero antiguo de una de las nuevas misiones que mi provincia tiene en Casanare entrase en los bosques á domesticar gentiles, para aumentar su grey, entró á suplir el Padre Miguel de Ardanaz, natural del reino de Navarra, recien llegado á dichas misiones, empeñado con un intérprete á estudiar y aprender aquella lengua. En el año 1717, un dia, fastidiado de aquel estudio, que en los principios es amargo, llamó al intérprete para ir á divertirse algo en las sementeras de los indios. No le hallaron, y así tomó por guia un indio bozal, que no sabía palabra de la lengua española. Dió vuelta espaciosa por las vegas en donde trabajaban los indios; y ya tarde, al volver hácia el pueblo, vió un pobre rancho apartado de la senda, y por mera curiosidad fué á ver qué cosa era y si en él habia algun indio, y veis aquí que se quedó asombrado al ver una india moribunda: armazon funesta, que sólo tenía la denegrida piel sobre los hue-

(1) Psalm. lxvii, vers. 10.

sos. Tenía en vano colgada de sus pechos una criatura, tan flaca y moribunda como su madre. Dió la india muchas muestras de alegría luégo que vió al Padre, y esforzando la voz, le decia: *Babica, rosaca, dojacarrú, oculiba fu,* que es: *Padre mío, échame el agua del bautismo sobre mi cabeza.*

No entendia aún el Padre la lengua: volvióse al indio que le guiaba á preguntarle; mas éste no sabia ni entendia el lenguaje en que le hablaba al Padre, y asi le respondia en el suyo. La india enferma clamaba; pero el Padre, ni entendia á ésta, ni al otro; y así se halló muy afligido y en gran confusion: y hé aquí la especial providencia de Dios, porque viendo la moribunda que el Padre no la entendía, calló un rato, como quien estudia ó piensa, y llamándole despues por señas, le dijo sola esta palabra, que, ó sabía, ó le inspiró Dios: *agua,* y tocando con la mano su cabeza repetidas veces, decia: *agua, agua.* Con esto conoció el Padre que pedía el bautismo; buscó agua, y no hallando ni una gota en el rancho, corrió al rio, trajo agua, y siéndole imposible otra diligencia ni instruccion, la bautizó: y aquí fué donde brilló más la piadosísima providencia del Criador, pues luégo que recibió el bautismo cruzó sus brazos y espiró la dichosa india. Omito aquí el consuelo del Padre Ardanaz, que le duró muchos dias. Quiso bautizar la criaturita, que tambien agonizaba; pero se lo estorbó el indio con las señas que le dió de que ya lo estaba. La mencionada india estaba ya instruida con otras por su misionero, que las habia dejado dispuestas para hacer un bautismo con la mayor solemnidad posible, á fin de que los gentiles que esperaba domesticar y sacar al pueblo viesen aquella funcion y se fuesen aficionando á la vida civil con este y otros medios que se practican: y así el consuelo del Padre que la bautizó fué más completo cuando supo la buena disposicion con que tan casualmente (por lo que toca á nuestro corto entender, que para Dios no hay casualidades) había conseguido el bautismo aquella pobre y mil veces dichosa india.

De todas las tribus, pueblos, naciones y lenguas vió el evangelista San Juan predestinados innumerables, que cantaban himnos y alabanzas al divino Cordero, que con su preciosa sangre los había redimido y conducido al dichoso puerto de una feliz eternidad: profecía que desde el principio de la Iglesia se empezó á verificar en el eunuco de la reina Candace, para cuya enseñanza y bautismo llevó un ángel á San Felipe, diácono, y despues que le instruyó y bautizó, él mismo ú otro ángel le arrebató de la vista del eunuco, y se halló de repente el santo diácono en Azoto, y prosiguió allí evangelizando á Jesucristo. Y aunque no con tan manifiestos favores, no con ménos oportunas providencias ha proseguido y áun prosigue Dios Nuestro Señor socorriendo con la oportuna luz de su santa ley y con el santo bautismo á muchos que de su parte no han puesto voluntario obstáculo de culpa grave con que hacerse indignos de esta celestial gracia y favor.

A las riberas del rio Cravo llegué en el año de 1724, á tiempo que una capitanía de guajivas, vagos y andantes, había hecho pié, porque estaba muriéndose una india anciana de su comitiva; instruíla con la brevedad que la urgencia requería, la bautizé y espiró luégo. Con la misma casualidad, en el rio Duya, que entra en el rio Meta, encontré otra tropa de chiricoas, tan vagos y andantes como los antecedentes, quienes acababan de llegar del Ayrico, que es viaje de doscientas leguas. Llegóse á mi el capitan, que ya era anciano, y me dijo en lengua achagua: *Nu saricaná ribarinaú matata*, esto es, *Mi padre se muere aprisa.* El hijo era viejo; ¿de qué edad sería el padre? Fuí al punto, y me encontré no tanto con una imágen de Matusalen por su avanzada vejez, cuanto con un esqueleto medio vivo, por lo flaco y desfallecido. Más de una hora trabajé en instruirle en la santa fe; pero en vano, porque no respondía al intento; de manera que formé juicio de que el moribundo deliraba. Pregunté á su hijo si le habían dado de comer, y me respondió que ni en aquel día ni en el anterior había

probado cosa alguna. Trájele al punto un pescado asado, y luégo que le vió se animó: comióselo todo, quedó capaz de instruccion (que el hambre, si es fuerte, tambien priva del juicio), y respondió bien á todo lo que le iba explicando y preguntando; y luégo que reconocí estaba dispuesto, le bautizé y me retiré á descansar de la funcion, que fué larga y algo molesta. No había caminado cien pasos, cuando vino corriendo el capitan, su hijo, diciendo: *Padre, padre, ya murió mi viejo.* ¡Dichoso él á quien Dios nuestro Señor miró con tan gran misericordia, despues de tan larga vida!

Más larga y dilatada edad mostraba por todas sus coyunturas y artejos de su cuerpo una india guajiva, que no sin especial providencia de Dios encontré en las vegas del río Cravo, entre la tropa de aquellas gentes, que viven de puro caminar. Muchos años había que la cargaban dentro de un canasto, porque no se podía tener en pié: sus ojos, de puro hundidos, eran ya extrañamente pequeños, y hacia mucho tiempo que había perdido la vista; sus uñas parecian de águila real; las arrugas de todo aquell pellejo, tostado á los rigores del sol, remataban con unas como escamas ó callos duros, etc. No me causó tanta armonía este espectáculo, cuanto la resistencia que mostró á la instruccion y al bautismo: tres días gasté en vano, y otros tantos estuvo aquella gente violenta, porque no podia, ni yo la dejaba proseguir su incierto y vago viaje. Por otra parte, la anciana no estaba enferma sinó de la carga de sus años, cuyo peso no podia ya aguantar; y se mantenia siempre firme en que ni quería creer cosa de cuantas yo le decia ni ser cristiana, porque luégo que me bautices (decia ella) me moriré. Muy buenas congojas me costó su terquedad: en fin, fuí a verla, rogandole al santo Angel de su guarda que le ablandase aquel terco corazon; y creo que oyó mi súplica, pero de un modo raro. Llegué al canasto, jaula de aquella vejez, y sin preámbulo alguno le dije: «¿Por qué no quieres ser cristiana?» A lo cual respondió: «Porque luégo que lo sea me moriré». Volvíla á preguntar si

había estado en algun pueblo de cristianos algunos dias, y díjome que sí. Pregnntéla de nuevo si había visto cómo allá bautizaban á los párvulos pocos días despues de nacidos. Respondió que sí. «¿Y por qué los bautizan tan pequeños?» la repliqué yo. «Eso no sé», respondió ella. «Pues sábete, la dije, que para que vivan, y para asegurarles una vida que no se acabe, por esto los bautizan.» «Pues si es por esto, replicó la anciana, yo tambien quiero que me bautices». Alabé á Dios al ver que nadie se cansa de vivir, por trabajosa que sea su vida, y porque ya se ablandaba aquel terco corazon, aunque con motivo terreno; pasé á explicarle el fin para que Dios nos crió, y luégo los demas misterios, que oyó y abrazó muy bien la catecúmena; y hechas todas las diligencias delante de su gente que había concurrido, la bauticé, y volviéndome á los circunstantes, les estaba rogando que dejada aquella vida andante y trabajosa, formasen un pueblo, cuando levantó uno el grito, y dijo: *Ya murió la vieja.* ¡Caso verdaderamente singular! por el cual debemos ensalzar la misericordia de Dios y admirar los caminos ocultos con que procura el bien de las almas; y si se hace reflexion se hallará que todos cuantos estábamos allá quedamos contentos, porque la anciana salió con la suya de que luégo que la bautizase había de morir; los gentiles se libraron de cargar aquel estorbo en su canasto, y yo quedé más consolado que todos por haber encaminado aquella alma al cielo: sólo el demonio, quien es de creer que le había puesto en la cabeza que se había de morir si recibia el bautismo, salió despechado y confundido de aquella ranchería.

Omito otros muchos casos semejantes con poca diferencia á los referidos; pero no pue lo ménos que hacer mencion de un indio de setenta años y más, segun las señas que daba de la destruccion de la ciudad de Pedraza con la violenta irrupcion de los indios. Hallé á este anciano, llamado Seysere, en el centro de los vastos bosques de Apure, que tendrán ciento cincuenta leguas de travesía: era régulo de su nacion Guanera y

obedecíanle otras naciones que se le habían agregado. Tenía una casa mucho más suntuosa que las que usan los gentiles, y tenía otras dos casas destinadas para recibir á los huéspedes y pasajeros, á quienes cuidaba y regalaba con franqueza. Recibiéronme con las armas en la mano, pero luégo se desvaneció el susto: el anciano tenia un peligroso cáncer en el pié, el cual, despues de varios días que tratábamos sobre que saliese con los suyos á mejor poblado, era el único impedimento de la marcha, porque era preciso caminar casi veinte días á pié por aquellas espesuras; quiso Dios que con algunos remedios eficaces sanase Saysere, y así salió con su gente, y despues de bien instruidos se bautizaron todos á imitacion de su régulo.

Fué este indio muy singular: jamas tuvo ni conoció otra mujer que la primera; jamas asistió ni en su gentilidad ni en ocho años que vivió despues de bautizado á convites ni á casas de bebida, donde de ordinario hay muchas embriagueces; y cuando no podía excusarse, en brindando á los convidados se volvía luégo á su casa. Lo principal de don Ventura Seysere (que este nombre le puse) es que despues de un largo y serio exámen hallé que había guardado exactamente la ley natural desde que tuvo uso de razon. En los ocho años que vivió dió grande ejemplo á los neófitos, cooperó personalmente á la conversion de muchos gentiles, y recibidos en su última enfermedad los santos sacramentos, estando ya muy descaecido le dispuse una sustancia, y rogándole con instancia que la tomase, me dijo con notable alegría de rostro: «*Déjame ir al cielo*», y espiró.

A un indio saliva (que sobresalia en capacidad y en bondad á todos los de Duya, y despues de bautizado era tan dado a la penitencia que era menester irle à la mano' le pregunté si allá en su gentilidad había tenido alguna noticia ó pensamiento de Dios. Estuvo un rato pensativo y respondió: «No, Padre: sólo una noche muy clara y despejada me estuve contemplando la luna y las estrellas; reconociendo su movimiento pensé que serían hombres; despues hice reflexion sobre las plagas que acá

sufrimos de mosquitos, tábanos, culebras, etc., y dije: allá están bien aquellas gentes libres de estas plagas y peligros; el que puso aquella gente allá ¿por qué no me pondría á mi tambien?» Esta fué á la letra su respuesta, de que colegí el recurso de aquellos toscos pensamientos á su primera causa, que es Dios, cuya magnífica luz por entre las mismas tinieblas se insinúa por más que los ciegos gentiles añadan sombras á sus ojos.

CAPÍTULO III

Si aquellas naciones tienen idolatría. Si tienen noticia del demonio y se valen de él ó no

Aquí es preciso se angustie el corazon humano y vea lo que de suyo es si le falta la luz de la fe; ¡ á qué cáos le precipitan su misma ignorancia y la malicia del comun enemigo! Este, como es y se llama príncipe de las tinieblas, domina de asiento entre las sombras de aquellos ignorantes, y de tal modo se insinúa entre ellos que en todas aquellas naciones le conocen por el nombre propio que cada una le da, segun la variedad de sus lenguas. Los indios achaguas le llaman Tanasimi; los betoyes y jiraras Memelú; los guajivas Duati; los guaraúnos Jebo, etc.; pero al mismo tiempo tenemos el consuelo de que no ha permitido Dios que aquellas gentes den culto alguno ni adoracion á tan cruel enemigo; ántes bien generalmente es tenido por malhechor y á él le atribuyen todos sus males, como ya dijimos. Los indios guamos le atribuyen sus enfermedades; los mapoyes los daños de sus sementeras; los guayquiríes le tienen por autor de pleitos y riñas; los betoyes le atribuyen la muerte de todos los párvulos, y dicen que el demonio les rompe el pescuezo con gran secreto para no ser oido; y á este modo en todas aquellas naciones tiene malísima opinion, y esta base, tan

asentada entre ellos, ayuda mucho á los misioneros para explicarles la doctrina y aumentarles el horror á tal enemigo.

No se puede negar que entre estas naciones hay indios taimados y parleros de quienes se dice que tratan con el demonio; pero tambien es cierto que los más de los que tienen esta fama, que ellos mismos hacen creer cuanto pueden, como apunté ya (1), son embusteros, se precian de lo que no hay, se fingen muy amigos del demonio por su interes, por sobresalir y ser temidos del resto del gentío, para que no les nieguen cosa alguna de las que se les antoja, como realmente sucede, y viven respetados, atendidos y con abundancia de todo lo que en medio de su gran pobreza se puede desear: á los tales en unas naciones llaman Mojan, en otras Piache, en otras Alabuqüi, etc.

De las máquinas fantásticas con que aturden al vulgo ignorante, sólo contaré un caso que sirva por muestra de los muchos que omito. Es el caso que en una selva llamada Casialo había un mojan muy afamado entre los indios, pero muy oculto á los misioneros de todos aquellos partidos: su nombre era Tulujay, que despues se convirtió y le puse por nombre Cárlos, y á mi ver murió con muchas señas de predestinado. A su escuela concurrían indios de todos aquellos países: mas no todos aprendían ni se sujetaban á su enseñanza, porque les costaba muy cara; pues fuera de la paga competente, era tan riguroso el ayuno de cuarenta días á que les obligaba, que pocos se atrevían á emprenderle, y de los que se animaban los más dejaban al maestro, enflaquecidos de los ayunos: al que cumplia su fatal cuarentena, preparado en ella con varias yerbas, por último le hacia tragar sin mascar tres píldoras del tamaño de una pepita de guinda: y le decia que aquel antídoto era contra todo género de veneno y que ya quedaba seguro de todos sus émulos y enemigos.

(1) Cap. 10 de la primera parte.

En la simple credulidad de los indios basta y sobra esta noticia para que nadie se meta con los tales curados, y áun para que los tengan mucho miedo y respeto; y no repugna que haya yerbas de tal virtud, que sean antídoto preparativo contra aquellos venenos. como despues diré.

Un indio fiel y sincero me descubrió todo lo dicho, con ocasion de preguntarle yo cuál seria la causa de andar N. tan descolorido y macilento «Yo te lo diré, si no descubres mi nombre», me respondió el indio. Dile mi palabra, y dijo: «La causa de su palidez es porque está ayunando para curarse y recibir las píldoras, etc.» Mostréme incrédulo, y realmente lo estaba; mas el indio confirmó toda su relacion, añadiendo: «Y N., nuestro indio principal y de buen vivir, y á quien tú quieres tanto, tambien está curado, y tomó las píldoras; y si no estuviera curado, ya le hubiera muerto.» Disimulé y despaché al declarante: despues, en buen sitio y con gran secreto, me ví con el indio principal y denunciado, á quien yo quería mucho por lo que obraba en la conversion de los infieles (aquí pido la atencion curiosa del lector), y sin preámbulo alguno, ni afectacion de novedad, sinó como quien habla de cosa muy sabida, le dije: «¿Y cómo tú, siendo buen cristiano, eres uno de los curados en Casiabo y cargas píldoras en tu estómago?» No se turbó ni demudó el indio, y me respondió con esta otra pregunta: «¿Y cómo los españoles, áun los que son muy buenos cristianos, traen sobre su cuerpo pistolas y espada?» «No las cargan para hacer daño, dije yo; sí sólo para su defensa.» A lo que respondió el indio: «Ni yo traigo estas píldoras para dañar á alguno, sinó para que sabiéndose que estoy curado y armado nadie se meta conmigo.» Confieso que luégo mudé de conversacion y traté con él. de otras materias: y por ahora dejo la respuesta del indio al exámen de los curiosos.

En otros casos cogí en la trampa á los otros mojanes que llaman médicos. Estos curan ó quieren persuadir que curan los males á puro chupar: si duele, por ejemplo, á alguno el estó-

mago, previenen en la boca algunas raíces de yerbas, y despues de chupar terriblemente sobre el estómago del paciente, escupen aquellas raíces y dicen que aquello le mataba; reciben su paga, y cuando despues muere el enfermo, se excusan diciendo que si no hubiese comido pimiento, ó esto, ó aquello, no hubiera muerto. Los médicos de la nacion otomaca chupan a sus enfermos con tal fuerza y pertinacia que no descubren la boca sin sacar sangre del paciente; luégo la escupen en lugar limpio, y de entre la sangre y saliva apartan unas piedrecillas menudas que á prevencion traían en la boca, y hacen creer que ellas eran la causa de la enfermedad; y en muriendo el enfermo se valen de un desatino para que quede en todo su vigor el buen crédito de su medicina. Pero por lo que mira á la cura arriba expresada, hecha á fuerza de ayunos y radicada despues de ellos en yerbas salutíferas, no puedo ménos que tenerla por factible. Y más con la cierta ciencia de la cura con que queda burlado el veneno de las culebras en el Guayaquil, provincia de Quito, situada á dos grados y cincuenta minutos despues de la línea equinocial, donde son tantas las culebras ponzoñosas que hay en aquellas haciendas, á causa de la humedad del terreno y del calor activo de la zona tórrida, que apénas se puede dar paso sin pisar alguna; mas el sapientísimo Autor de la naturaleza previno en aquellos territorios cierto bejuco (esto es, un sarmiento que enredándose por los árboles crece) para remedio universal contra los venenos de culebras. La práctica de los trabajadores es ésta: luégo que se levantan, la primera tarea es mascar cantidad de aquel bejuco, y con aquella masa y la saliva tinturada con sus cualidades se untan los piés y las piernas, las manos y los brazos: preparados con este antídoto, salen sin miedo ni sobresalto á su ordinario trabajo, con la experiencia de que los que salen con este preservativo admirable, no sólo no son acometidos de culebra alguna, sino que las que, o casualmente pisan, ó al arrancar la yerba cogen á veces entre sus manos, quedan como adormecidas é incapaces de dañar; efecto

singular de aquel raro bejuco, que precisamente ha de causar novedad á los curiosos botánicos de nuestra Europa; no así en aquel país, por ser cosa de todos los días divertir su trabajo los negros manejando y enroscando en sus brazos las culebras más ponzoñosas.

Pero lo más admirable y lo que hace á nuestro propósito es que cuando alguno de aquellos campesinos quiere librarse del trabajo y molestia de mascar el bejuco, nada sabroso, busca un práctico (que los hay, y de ordinario los mejores son los negros), y en sana salud se pone en sus manos para *curarse* (ésta es su expresion) contra toda especie de culebras.

El curandero (nombre que dan á los tales médicos) le impone cierta dieta, le da á ciertos tiempos agua tinturada en la infusion del dicho bejuco en determinado número de días, y al fin de ellos le saja, más que levemente, en distintas partes de los piés y piernas, de las manos y brazos, de los muslos, pecho y espaldas, hasta correr sangre; y exprimida y recogida ésta en paños, le empapa las cisuras con el jugo extraido del bejuco fresco, y hé aquí curado ya al tal, fortificado y armado para toda su vida contra los venenos de las culebras. Con esto pasa á ser entretenimiento y juguete de los que se han curado aquella bestia, que sólo en el paraíso se mostró halagüeña, para difundir con más seguridad su ponzoña entre los hijos de Eva, porque los que se han curado, por grande y horrible que sea la culebra, la cogen y manosean, y se la enroscan en la cintura sin el menor sobresalto ni temor de daño alguno: lo que en Guayaquil es notorio.

Vuelvo ahora á lo referido de los indios que se curaban contra todos los venenos en Casiabo con el ayuno y preparativos de yerbas saludables; y no encuentro repugnancia en que aquellos cuerpos, secos al rigor del ayuno, teniendo preparados por el espacio de cuarenta días sus humores con el jugo de yerbas medicinales, se saneasen y fortaleciesen contra la maligna actividad de las ponzoñas.

Ni hay que extrañar en ello, cuando en sola una pepita (que la devocion de los misioneros jesuitas llamó de San Ignacio) epilogó Dios, y hallaron los indios filipinos, no sólo un remedio universal contra el tósigo y veneno ya recibido, sí que tambien un antídoto cierto y preservativo admirable con sólo traerla consigo: cosa tan de hecho y tan notoria que ni aun necesita de este leve apunte. ¿Qué mucho, pues, que el divino Autor de la naturaleza haya depositado en el bejuco de Guayaquil y en las yerbas de Casiabo aquella gran virtud que estrechó al breve círculo de una pepita en Filipinas?

CAPÍTULO IV

Variedad de lenguas de aquellos indios: búscase su orígen por la mejor conjetura

Busco el orígen de las varias y diversas lenguas de unos hombres tan poco hombres que están persuadidos de que cada especie de aves habla lengua diferente y que ellas solas se entienden, y por esto lo mismo es dar un chillido el pájaro, ó un graznido el buitre, y asi las otras aves, que luégo al punto preguntarle qué es lo que quiere avisarles: *¿day fajecaqui?* esto es: *¿qué es lo que nos dices?* Por esta misma necia persuasion no dan el nombre á las aves por lo que ellas son, sinó por lo que piensan que ellas dicen: y asi no se les pregunta como se llama aquella ave, sinó *¿day faicaque cusiduca?* esto es: *¿qué es lo que dice este pájaro?* y les ponen el nombre de lo que les parece que pronuncian las aves: v. gr., al pato llaman *cuiriri;* a la gallina *focará;* al gallo *totelelo*, etc., queriendo conocer a las aves por su eco, al modo que acá conocemos a los hombres por el metal de su voz.

Busco (vuelvo á decir) la raiz de las lenguas de unas gentes que, no sólo no saben, sinó que ignoran tambien su origen y el

de sus progenitores (1), como vimos en la primera parte, ideándose, ya descendientes de las piedras, ya de los árboles, etc., error y vileza de pensamientos en que estaban radicados los indios pobladores de Méjico (2), extraidos de sus siete cuevas fantásticas; y los del Perú, brotados de la tierra por su *Viracocha* (3): ceguedad que áun se halla á su modo en los gentiles que ahora se van descubriendo.

Digo, pues, que el laberinto de las lenguas de las misiones en que trabaja mi provincia del Nuevo Reino, no sólo agrava la cruz de sus misioneros, sinó que es la piedra de toque de su paciencia y constancia y la prueba más firme de una verdadera vocacion á aquel santo ministerio. Si las naciones de una lengua fuesen numerosas, como en Europa, á nadie faltara brío para aprender una lengua que le abriría campo para trabajar toda su vida; y si en aquel ángulo de América hubiera, á más de las lenguas particulares, una general (como en el Perú, desde Lima á Quito, donde corre la inga; y en el Paraguay, donde corre la guarani; y áun en el mismo Nuevo Reino, donde miéntras fué necesaria corrió la muyssca), fuera menor el trabajo, y fuera mediano el empeño; pero en las misiones de que hablo no há lugar este, que siendo trabajo, fuera alivio: sólo hay un corto consuelo, que no es capaz de experimentarse sinó despues de muy largo. Este está en que de aquella gran copia de lenguas unas son *matrices*, otras son derivadas (al modo que de la latina, como matriz, se derivan la española, francesa é italiana, mudado respectivamente el dialecto); de modo que entendida con perfeccion la matriz, da luz y disminuye la dificultad para sus lenguas subalternas; v. gr., de la lengua betoya y jirara, que aunque ésta gasta pocas erres, y aquélla demasiadas, ambas quieren ser matrices, se derivan

(1) Cap. 6, pág. 50, 51, etc., in I part.
(2) Fr. Greg. García, lib 5, cap. 3 y 4.
(3) Herrera, Decada 4, lib. 3, cap. 6.

las lenguas situfa, ayrica, ele, luculia. jabúe, arauca. quirrufay, anabali, lolaca, y atabaca, etc. De la lengua cariva nacen la guayana, la palenca, güiri, guayquiri. mapú y cumanagota: de la saliva se deriva, ó es su corruptela, la aturi; de la guajiva salen varias ramas, entre la gran variedad de chiricoas: de la achagua, aunque es la más pronunciable, suave y elegante de todas, todavía no se han descubierto lenguajes derivados, porque aunque en la lengua maypure se hallan muchas palabras achaguas, son introducidas por el comercio, como los grecalismos de la lengua latina, que se introdujeron con el estudio de las ciencias y facultades que en ella se explican; las lenguas otomaca, áruaca, guaraúna y otras que hasta hoy parecen estériles, el tiempo y el descubrimiento de nuevos indios creo que las hará fecundas para los venideros.

Nuestros mayores, bien prácticos en los rudimentos de las lenguas, nos dejaron advertido que las que se derivan de una capital siempre mantienen los pronombres primitivos de su matriz, aunque con alguna variedad; y se ha experimentado que es regla cierta. Si esta variedad de lenguas que resulta de la varia combinacion de unas mismas sílabas no tuviera otra dificultad que encomendarlas á la memoria combinadas y practicarlas en una regular pronunciacion, fuera tarea molesta, pero llevadera. Lo que pesadamente agrava es la diversidad de pronunciaciones, porque unas son narigales, como las de los salivas, cuyas sílabas casi todas han de salir encañadas por las narices: v. gr. *¿Chónego, anda cuicuacá tandemá?* R̃. *Tandema, chonego ohicuadicuá*; esto es: *¿Amigo, qué comerás mañana?* R̃. *Mañana, amigo, no comeré.* Otras son guturales, como la situfa, que ahoga las letras consonantes en el garguero: v. gr. *¿Madageuá nefecóla falahidáju?* R̃. *Ebamucá, dayfalabomelú, gotubica*; esto es: *¿Qué cosa te están diciendo tus parientes?* R̃. *No me dicen cosa; ellos se están bebiendo.* Otras son escabrosas, llenas de erres, como la betoya; v. gr. *Day, ráaquirrabicarru romu, robarriabarrorráacajú.* Esto es: *porque me hurtáis el maiz, os he de apa-*

lear. En fin, la excesiva velocidad de las lenguas guajiva, chiricoa, otomaca y guaraúna es horrible, causa sudor frio y congoja el no poder prescindir el oido más línce una sílaba de otra. Es cosa cierta y averiguada que en cada una de las dichas lenguas falta una letra consonante, y no se halla palabra que la requiera: v. gr., la lengua betoya no ha menester la *p*; la situfa no necesita la *r*; y asi de las demas que se han reducido á arte en dichas misiones, cosa que ha dado mucho que pensar, sin poderse alcanzar el misterio que en ello se encierra.

Pero basta lo dicho; no sea que esta verídica y genuina relacion forme algun agigantado imposible que retraiga de su empeño ó resfrie los deseos de algun operario á quien Dios dé aldabadas y amorosamente llame á la conversion de aquellas gentes; pero no, no hay que temer, no hay tal peligro, no se acobarda el esforzado batallon ni le retarda el ímpetu del asalto el ver la brecha por todas partes coronada de imposibles; por todo se rompe cuando media el amor del Soberano. Pasarán el Jordan los escogidos de Dios dándoles paso franco las corrientes, y sólo á su vista caerán los muros de Jericó, por más que los explotadores les pinten la tierra como inexpugnable y sus habitadores como gigantes invencibles; Dios hace casi todo el gasto; basta una prudente cooperacion de la criatura y Su Majestad lo suaviza todo. El amor á aquellas almas que costaron la sangre de su Criador y nuestro, y el verlas volar desde las aguas del bautismo al cielo, no halla estorbo, porque es fuerte como la misma muerte, pues ni la misma muerte (que es lo más espantable) retrae á los operarios del Señor ni les empereza en su dulce afan de recoger aquella madura mies: ya se ve que no habrá arduidad á que no hagan frente y venzan con la divina gracia.

Es cierto que á los principios el estudio de nuevas lenguas tiene las raices muy amargas; pero como despues el fruto en la salvacion de muchas almas es tan suave y abundante, es por lo mismo muy corto el costo á vista de tanta ganancia, y si la sal-

vacion eterna de sola una de aquellas almas fuera superabundante recompensa de muchos años de apostólicas tareas, ¿qué será el ver una continua ganancia de almas para la gloria, no sólo de contado, sinó tambien para lo venidero? Porque, ¿qué otra cosa es segregar de las selvas y domesticar aquellos salvados genios, sinó establecer fincas de inestimable valor, que han de ir tributando anuales réditos de párvulos y adultos para el cielo, no por espacio de uno ni de dos siglos, sinó hasta la fin de todos los siglos? Este pensamiento pone en olvido los mayores afanes y fatigas.

Pero ya es tiempo que desentrañemos, con la brevedad y claridad posible, el orígen de esta confusa variedad de lenguas. La raíz de las derivadas ó subalternas se evidencía ella misma con la relacion que tiene, aunque confusa, con su matriz, de quien no sólo tiene, aunque disfrazados, los pronombres, sinó tambien algun eco en las voces; mas la division entre sí de dichas lenguas subalternas y la separacion de su original no puede proceder de otro principio que de una notable dispersion de muchas familias de la lengua principal, que, ó voluntariamente desterradas, ó extraidas violentamente por enemigos mas fuertes y poblados á notables distancias (como realmente se hallan entre aquellas salvas), de la falta de comunicacion entre sí y de la insensible omision de unas sílabas y aumento de otras, que en casi todas las lenguas va mudamente caminando con el tiempo, al cabo de años viene á resultar un nuevo lenguaje, que la misma madre, de quien se originó, le desconoce: así como el claro arroyo, que se alimenta al influjo de cristalina fuente, no conociera al rio que de él se forma, si fuera capaz de visitarle, á sola la distancia de cien leguas. El hallar el orígen de las lenguas matrices ó no derivadas, de que vamos hablando, es materia muy difícil, pero curiosa y digna de que en capítulo aparte se explayen algun tanto más la pluma y el discurso.

CAPÍTULO V

Investígase el orígen de las lenguas vivas ó matrices de aquellos paises

A la manera que un noble caballero, deseoso de autenticar la hidalguía de su antigua prosapia, no tiene otro recurso que el de la respetable antigüedad, bebiendo de generacion en generacion las más antiguas memorias de sus progenitores, hasta cierto término, en que la fuerza del tiempo, borrando las memorias, atajó las humanas diligencias, del mismo modo en el presente discurso de noticia en noticia podemos ir subiendo, hasta hacer punto final en la portentosa confusion de lenguas que obró la diestra del Altísimo en la célebre torre de Babel, sin que valga el decir que estas lenguas índicas, que nos parecen radicales, vivas ó matrices, tal vez serán derivadas de otras que no conocemos. No repruebo la especie: pero digo que esta diligencia ya está hecha con toda la exaccion factible, en órden á las lenguas referidas; y luégo se ha encontrado otra lengua totalmente diversa, así de las matrices como de las subalternas conocidas, de modo que en lugar de aclarar esta dificultad con vivas diligencias, la práctica de ellas levanta más de punto la confusion cuanto más distintas lenguas descubre; y áun por eso la multitud de idiomas se llamó confusion.

Mucho ménos cabe aquí evadir la dificultad diciendo que, siendo el hombre racional, sociable, amigo de comunicacion y por su naturaleza discursivo, dispersas muchas familias al principio de la poblacion del mundo americano (ó voluntaria ó violentamente á fuerza de disturbios), cada familia de por sí, distante de la otra, inventó su lenguaje para explicarse á su modo. No há lugar este discurso: lo uno, porque no hallamos

en las historias padres de familia que, perdiendo el amor de la lengua materna, hayan inventado una lengua regular para sus descendientes, y aunque hubiera ejemplar, no sería del caso por la rusticidad suma de las naciones de que trato; y más, siendo sus lenguajes tan regulares y expresivos de los conceptos como la más cultivada lengua de nuestra Europa, es inventiva muy superior á la cortedad de su genio. Esto es evidente á los Padres misioneros, quienes, penetrado íntimamente el el idioma y cotejado con la tosquedad de los que lo usan, al reconocer una regularidad tan formal como la del arte latino ven que tiene superior fuente el caudal de aquella natural elocuencia, y recurren luégo al prodigio con que Dios confundió una lengua dividiéndola en muchas; medio ejecutivo con que Su Majestad apresuró la dispersion que aquellos hombres habían premeditado (1).

Este es realmente mi parecer, y muy conforme á lo literal del sagrado texto (2): *Confundamus ibi linguas eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui*; porque aquella palabra *unusquisque*, por distributiva, toca á cada uno de por sí de aquel cúmulo de hombres que habian concurrido á la temeraria fábrica de Babel; luego á cada padre de familias de por sí, con su familia, le cupo diferente idioma y diverso territorio, y cada cual tomó su camino, como dice el mismo texto (3): *super faciem cunctarum regionum*; en donde aquel *cunctarum* es preciso que se extienda y comprenda las regiones de las dos Américas. Ni obsta el decir que no habría familias para tan vastos terrenos, porque desde que Noé (4) salió del arca hasta esta confusion y division de lenguas habían ya pasado 143 años, en los

(1) *Antequam dividamur*, GENES., XI, 4.

(2) GENES., XI, 8.

(3) GENES., XI, 9.

(4) Salió en el año 1657 de la Creacion del mundo. *Confusio ling. ann. 1800 Mundi.*

cuales morian rarísimos viejos, y era mucho lo que multiplicaban las familias; y así hubo suficientes familias (nótese), no para poblar el universo, sinó para que en cada region de él hubiese un fundador ó poblador; y así nos avisan las historias que á *Tubal* le tocó España; y aquel *dispersit* del *Sagrado Texto* tiene la energia de lo mismo que he dicho: regó y sembró Dios por la redondez de la tierra aquellas familias, para poblarla toda (1): *Dispersit eos Dominus super faciem cunctarum regionum.*

Pero contra este mi parecer tengo que oir á mi propia experiencia en el largo trato de indios gentiles, y debo hacerme cargo de lo que he oido á muchos y muy prácticos misioneros jesuitas de ambas Américas. Todos realmente convenimos en que los indios judaízan (como con muchas señas innegables dije en el capítulo sexto de la primera parte), de donde nace el inclinarnos á que los pobladores de las Américas fueron hebreos. Todas ó parte de las diez tribus que al sexto año del reinado de Ezechías trasplantó Salmanasar, rey de Asiria, y despues, ó se confundieron entre todas las naciones, ó pasaron separados á regiones incógnitas (como dice Esdras), tal vez entónces poblaron el Nuevo Mundo, region bien incógnita hasta estos siglos últimos: así casi lo persuade la multitud de ceremonias judaicas que entre las sombras de su ignorancia se han observado y llevo ya apuntadas (2).

Y en esta suposicion, queda en pié la dificultad del orígen de tanta variedad de lenguas vivas ya descubiertas, á más de las otras muchas que restan por descubrir, que, segun todas las señas, son muchas más, por ser muy vastas las regiones americanas á donde no ha penetrado aún la luz del santo Evangelio. Y para mí resulta otra no menor dificultad, porque habiendo la providencia del Altísimo dispuesto, proveido y adornado este

(1) Genes., xi, 9.

(2) Fr. Gregor. Garc. con muchos autores: lib. 3 a cap. I, et infra Herrera, Decada 4, lib. 9, cap. 7.

globo terráqueo para casa, sustento y recreo del género humano durante su peregrinacion, hasta que, cooperando con la divina gracia, pase de esta á la eterna vida, se hace increible y duro de asentir el que tan notable terreno cual es el de las Américas, tan fértil, abundante y rico, le dejase Su Majestad (digámoslo así) ocioso, abandonado y privado del fin para que le habia criado, esto es, sin hombres, por más de 3283 años que corrieron desde la creacion del mundo hasta el cautiverio y dispersion dicha de las diez tribus de Israel. Dejo esta reflexion al maduro juicio del erudito lector; y paso á la dificultad que del dicho sistema resulta y es la que más hace á nuestro propósito.

Es cierto que las doce tribus de Israel hablaban en aquella era una misma lengua (aunque con alguna variedad, como se colige del libro (1) de los Jueces); ni miraban como muy extraña la siriaca y la caldea, como advierte San Jerónimo. Demos ahora que las tres lenguas fuesen comunes á las doce tribus; demos tambien que de las doce las diez se trasportasen á las Américas; dado todo este supuesto, ¿qué son tres lenguas para que de ellas se hayan derivado tanto número de otras distintas, como llevo dicho, y cuantas sola la experiencia puede creer?

A más de esto, si el trasporte de las diez tribus hubiera sucedido en alguna de tan diversas misiones como ha cultivado mi provincia, se hubieran hallado voces hebraicas, ó claras ó disfrazadas, lo que hasta hoy no consta haber sucedido, ni me consta hayan otras provincias hallado señas suficientes de la lengua hebrea; digo suficientes, porque el que en lengua tuneva, mision de mi provincia, usen los indios de esta palabra *abá*, esto es, *padre*, con la misma significacion, téngolo por una mera casualidad, como el que los guaneros llamen *papá* y *papale* á su padre, y el que los betoyes, que en su gentilidad te-

(1) Judic., XII, 6.

nan al sol por Dios, le llamasen con el nombre griego Theos, sin que esto pueda probar que aquella nacion descienda de la Grecia; luego es preciso supender el juicio, y no consentir del todo en que dichas diez tribus de Israel poblasen las Américas ántes que otras gentes.

Y así, miéntras la erudicion y el tiempo trabajaren sobre esta dificultad, tomemos un término racional y factible, y digamos, pues tenemos á nuestro favor las sagradas Letras, que desde la torre de Babel, de donde salieron los operarios tan bien aviados de nuevas lenguas, que ninguno entendía á otro, cada cual con sus hijos y mujer tomó diverso rumbo: *super faciem cunctarum regionum*, y que cuantas familias llegaron á las Américas (sea por donde se fuere) otras tantas fueron las lenguas que en aquellos remotos países se entablaron, resultando con el tiempo del aumento de estas familias nuevas divisiones hácia nuevos territorios, y de aquí nuevas divisiones de lenguas subalternas, como ya apunté, opinion (1) que siguen graves autores; y así es muy creible que, como en la dispersion de Babel del año 1800 de la creacion del mundo pasaron muchas familias á las Américas, así en la dispersion de las diez tribus de Israel, del año 3283 de la creacion del mundo (2), pasasen muchas más familias hebreas, de quienes los antiguos moradores de aquel Nuevo Mundo tomasen las ceremonias judaicas que se han notado entre los indios, admitidas á los 1483 años despues de su primera poblacion; al modo que tantas naciones y pueblos que siguen hoy la detestable secta de Mahoma observan gran número de ceremonias judaicas, sin que por eso podamos decir que estas gentes descienden de los judíos.

---

(1) Vasconcelos: *Chron. del Brasil*, lib. 1, num. 80. Ornio, Laet. y el P. Acosta, lib. 1, cap. 23.

(2) Genebrardo: lib. 1, *Chron*, pag. 162, Garc., lib. 3, cap. 1, 2 y 3, § 1, et infra.

CAPÍTULO VI

De las primeras gentes que pasaron á la América, y el modo que lo hicieron

Aquí caía como de su propio peso tratar del primer tránsito de las gentes americanas, habiendo hablado de las lenguas que ellas mismas llevaron consigo; pero bien meditada la materia, por todos sus visos incierta, reconozco que así como á los autores modernos ha sido fácil impugnar el parecer de los antiguos, me fuera factible no impugnar, pero sí responder á sus argumentos, con las razones que me ocurren; mas fuera superfluo mi afan y sólo sirviera para que los venideros tuvieran esta opinion más que impugnar. Por lo que sólo pongo á la vista un suceso cierto y notorio que podrá dar alguna luz á los curiosos para nuevo discurso, en confirmacion de la opinion antigua de Diodoro Sículo.

En la ciudad de San José de Oruña, capital del gobierno de la Trinidad de Barlovento, sita á doce leguas de las bocas del Orinoco, oí á aquellos vecinos, que aunque son pocos son muy honrados, que pocos años ántes (me dijeron el año, pero no me acuerdo: sólo hago memoria de que me lo refirieron en Diciembre de 1734) habia llegado á su puerto un barco de Tenerife de Canarias cargado de vino, y en él cinco ó seis hombres macilentos y flacos, que con pan y vianda para cuatro días de Tenerife atravesaban á otra isla de las mismas Canarias, y que arrebatado el barco de un levante furioso, se vieron obligados á dejarse llevar de la furia del mar y del viento varios dias, hasta que se les acabaron aquellos cortos bastimentos que habian prevenido; y en fin, mal contentos, con sólo vino, que les servia de bebida, y segun los físicos no de nutrimento, *quia vinum non nutrit, sed prestat nutritionem*, cuando ya flacos y des-

fallecidos esperaban la muerte por horas, quiso Dios que descubrieran tierra, que fué la isla de la Trinidad de Barlovento, que hace frente á muchas bocas del río Orinoco, y dando repetidas gracias á Dios, llegaron y dieron fondo en el puerto que llaman de España, con grande admiracion así de los soldados como de aquellos vecinos y de los de la ciudad de Oruña, que no dista mucho y concurrieron á ver la novedad.

Que este tránsito fuese casualidad y no estudio de aquellos pocos isleños, fuera de su declaracion y el testimonio evidente de sus cuerpos casi difuntos al rigor del hambre, se evidenció con el pasaporte y guía de la Aduana real de Tenerife, que demarcaba su viaje á la isla de la Palma ó de la Gomera, que pertenecen á las Canarias. Esto así asentado (y para mí realmente indubitable) ¿quién podrá negar que lo que sucedió en nuestros días sucediese en los tiempos y siglos pasados, y más atestiguándolo autores clásicos, como luégo veremos? Ni hay repugnancia en que de las costas de España, Africa y otras, despues de la confusion de las lenguas y separacion de aquellas gentes, fuesen arrebatados por los vientos muchos barcos en varios tiempos hácia el Poniente, al modo que le sucedió al referido barco canario; porque no es creible que los descendientes de Noé á quienes tocó poblar dichas costas occidentales olvidasen las reglas de construir embarcaciones que Dios enseñó al santo Patriarca. Verdad es que en aquellos tiempos sólo navegaban sin perder la tierra de vista, por no estar descubierto el uso de la brújula; pero todavia cabe que desde semejante altura arrebate un levante los barcos con tal fuerza que no puedan arribar y se vean precisados á entregarse al golfo, como le sucedió al mencionado barco; cuyo suceso referí casualmente en Roma delante de sujetos eruditos y le apreciaron mucho, especialmente un maestro de escritura, que me pidió la relacion firmada de mi mano, como se la di, aunque mi firma refunde toda su autoridad en lo cierto y notorio del hecho sucedido, segun y como arriba dije.

Con el acaecimiento del barco canario se corrobora la opi-

nion y la aventura de los fenicios, que escribe Diodoro Siculo, que es muy parecida y casi uniforme con la de los canarios (1), pues unos y otros fueron arrebatados, y fué en ambos casual el tránsito á la América (2). Mr. Fer corrobora esta misma sentencia, y la confirma con el navío de los vizcainos que, arrebatado de furiosos vientos y mares, en el siglo décimoquinto, despues de avistar las tierras occidentales, vino á dar en las islas de la Madera, en donde casualmente se hallaba Cristóbal Colon; el cual, de las ideas que tenía concebidas y de lo que oyó al piloto vizcaíno, se resolvió últimamente á su primer viaje y descubrimiento de la América.

No hay aquí por qué negarle á Mr. Neblot la fe que se le debe en la relacion que cita, de la fuerza con que los vientos se llevaron á los pescadores bretones en el año de 1504 á las costas de Canadá, que hoy se llaman Nueva Francia; porque habiendo dado cuenta á su rey cristianísimo del caso y descubrimiento, dió Su Majestad las providencias para el nuevo entable. El Padre Acosta (3) tiene esta opinion por probable y por muy factible. No se le ocultó al gran Padre de la Iglesia San Agustin la posibilidad de estos sucesos; y así en el lib. 16 *de civitate Dei*, cap. 6 (4) los dió por factibles y áun da á entender que este modo de poblar el género humano las tierras transmarinas es incapaz de ponerse en duda.

A vista de lo alegado, no es mucha la fuerza que añade á esta opinion la conjetura ó el impulso poético de Séneca; pero como éste era hombre tan versado en los libros de la antigüe-

(1) Diodoro Siculo, lib. 6, cap. 7. Cum Africæ littora legerent, ingentibus ventorum procellis, ad longinquos, in Oceano, tractus fuisse abreptos; tandem ad insulam pervenisse ingentis magnitudinis.

(2) Tom. V, *Histor. Univers*, fol. 503 y 505.

(3) Lib. 1, cap. 20.

(4) Lib. 16 *de civitate Dei*, cap. 6 ibi: Homines, multiplicato genere humano, ad insulas inhabitandas navigio transire potuisse, quis ambigat?

dad, no es despreciable su voto, y más siendo tan expresamente á nuestro favor. Dice así (1):

Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceeanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Tiphisque novos
Delegat Orbes, neque sit terris
Ultima Thule.

Lo que pudo decir, por noticias semejantes, de embarcaciones arrebatadas por los vientos á tierras que suponía se habían de descubrir despues, como ya ha sucedido.

Y al contrario, se hace durísimo de creer que aquellos nietos de Noé, á quienes sobraba terreno en estas tres partes del mundo, sin apurarse y sin especial urgencia que les obligase á desterrarse en busca de nuevos y remotos países, buscasen y hallasen paso franco por las frigidísimas tierras del Norte para ir á poblar las Américas, cuando en estos tiempos, en que el género humano está tanto más despierto y avivado por la codicia, que cada dia crece más, sin dejar rincon de tierra ni de mar que no escudriñe, halla tan pocas esperanzas de encontrar por tierra aquel paso, istmo ó camino á las Américas, que aquellos antiguos chontales, y casi ciegos, hallaron con tanta facilidad.

De modo que la principal dificultad de la gran comprension del padre Acosta (2) no fué tanto por el tránsito de los hombres á las Américas, cuanto por el de los animales perfectos, en especial los nocivos é inútiles, porque si la navegacion fué de caso pensado (lo que no es probable), tuvieron los viajantes malísimo gusto de llevar consigo tantos enemigos; y si

(1) Actu secundo, in Medea. *Seneca*.
(2) Lib. 1, cap. 19 y 20.

el tránsito fué casual, arrebatados por una ó por varias borrascas (que es lo más creible), ¿quién creerá que la carga de los tales barcos, ó parte de ella, fuese de tigres, leones, etc? Luego es preciso (añade el Padre Acosta) suponer unida la tierra de este continente, por alguna parte, con las Américas; pues así como los americanos descienden de Adan (1) y de la familia de Noé (2), así todos los animales perfectos dimanan de los que Noé reservó en el Arca. Principio es éste de nuestra santa fe, de que nace esta cuestion.

No es de admirar que esta dificultad diese que pensar al Padre Acosta y á los demas autores, cuando vemos que le pareció ardua á la eminente comprension del sol de la Iglesia, San Agustin, en órden de la poblacion de las islas de que en su tiempo había noticia. ¿Y cuánto mayor será la dificultad en órden á la poblacion de tan remoto continente como el de las Américas? En órden á ésta, segun las cortas noticias que había en su tiempo, suponía el Padre Acosta que despues del estrecho de Magallanes se seguia un vasto continente hácia el Sur y que siguiendo la costa de Terranova hácia el Norte, ó por este ó por aquel ángulo, se hallaría tierra y paso franco á las Américas, así para los hombres como para las fieras. Pero ya hoy abandonara el Padre Acosta esta congruencia, viendo que despues de la isla del Fuego y de Estad-Lant, entre las cuales está el corto estrecho de Mayre, se sigue un golfo inmenso, en lugar del continente pretendido; de donde podemos inferir que en la costa de Terranova, hácia el Norte, suceda lo mismo; ni falta fundamento para creerlo, sin que obste lo observado del estrecho de Davis, en la tierra de Labrador, ni lo que se afirma de otros estrechos, pues esto es dar con el agua, al tiempo que buscamos el camino de la tierra, hallando muchas dificultades para evitar sola una.

(1) Genes., I, 26.
(2) Genes., VII, 23.

Dije en la primera impresion que *no faltaba fundamento* para creer que así como la Tierra-Firme, que se creía contigua con la isla del Fuego, hácia el Sur, paró en un golfo inmenso, así la tierra pretendida para unir alguna parte del Asia con la América Septentrional, había de parar en lo mismo. Esta proposicion nació de la noticia que volaba por la Europa de las muchas islas que entre el Norte y las costas de la Tartaria habían descubierto las naves que para este fin había equipado y despachado la Czarina, entónces gobernadora de Moscovia; mas ya va rayando más luz, al paso que se acaloran las diligencias en aquellos hasta ahora intratables é incógnitos mares del Norte. Y por esto la emperatriz de Moscovia, émula de la magnanimidad de su padre, Pedro el Grande, envió órden á su Academia de Ciencias, en Agosto de 1742, para que se diputasen académicos que se aplicasen á facilitar la navegacion por aquellos mares hasta los del Japon; la cual conseguida, se acabó la cuestion.

La demostracion se hace palpable de este modo: tienda el curioso geómetra un plan del orbe terráqueo sobre la mesa; establezca el punto A en el puerto de Arcángel y miéntras nos dan en el plan que deseamos hasta las costas del Japon, ideemos que los navios moscovitas dan vuelta á todas las costas de la Tartaria, hasta salir á las del Japon, ó por todo el golfo, ó por entre la Corea y la Tartaria (si acaso este golfo ó estrecho llamado de Yeso se comunica con el mar del Norte): puestos aquéllos en el punto B del mar del Japon, pueden volver al puno A retrocediendo por el mismo rumbo: luego desde el punto A al B no hay tierra que una el Asia ni la Europa con la América; porque de haberla ¿cómo pasaran los navios?

Vamos ahora al puerto de Arcángel, y veremos como desde el mismo punto A salen los navíos moscovitas y entran por el estrecho del mar Báltico; pues hagamos que no entren y vamos con ellos costeando la Europa, hasta las Canarias, y luégo costeemos el Africa y el Asia, hasta el punto B, en el mar del Ja-

pon; sigamos su regreso hasta el punto A de Arcángel, y habremos dado una vuelta, dividiendo el Mundo Nuevo de este antiguo, no ménos gloriosa que la que dió la nave española llamada la *Victoria* en contorno de ambos mundos.

Por lo que mira al pasaje de tigres y otras fieras por vía de navegacion á la América, dan varios autores muchas salidas y congruencias, como se pueden ver en el lugar citado del Padre Acosta y en el Padre Presentado Fr. Gregorio García; lo que puedo afirmar es que en el navío en que vine de Caracas á Cádiz trajeron un feroz salvaje para la leonera del Rey nuestro señor: ni es novedad el que se envien embarcadas semejantes fieras.

La dificultad que realmente urge en cualquiera de las opiniones que se hallan sobre esta materia no tiene tan fácil salida. La apuntaré, no para dársela, sinó para que algun noble ingenio la discurra. Y para explicarme mejor supongamos por ahora que hubiera habido paso franco y camino trillado para las Américas; y sea enhorabuena la Atlántica, que supone Platon (1), por donde (si tal hubiera) ya se ve que así los hombres como los animales hubieran pasado sin dificultad: hecha esta suposicion entra el reparo: ¿Por qué ó cómo tan enteramente se fueron ó trasladaron de este mundo antiguo al nuevo los vicuñas, paquiras, ovejas del Perú y otros muchos animales perfectos, desterrándose ó desterrándolos todos, sin dejar un individuo solo de su especie, y sin que quedase memoria suya ni en Plinio, ni en Aristóteles, ni en otros autores? Más; siendo algunos de ellos domésticos, y casi todos muy útiles para los hombres, se hace increible que el resto de los hombres que se quedaron poblando estas tres partes del mundo se descuidasen tanto y los dejasen retirar del todo. De los turpiales, toches, tominejos, guacamayos y otras muchas aves que no hay acá y abundan en las Américas,

(1) Plato *in Timeo.*

todas apreciables, unas por su canto suave y otras por la hermosura de sus plumas, se forma el reparo á proporcion, y corre la misma dificultad; la cual, así propuesta, demos de mano á la fabulosa Atlántica, y sepamos si pasaron ó no (sea el pasaje por donde se quisiere); si pasaron, ¿por qué no dejaron ni individuos algunos, ni rastro, ni memoria suya? Si los útiles al hombre no se fueron ni pasaron de acá, ¿por qué habían de pasar los feroces, como son los tigres, leones, etc.? Confieso que no hallo más salida que aquella en que (despues de largos discursos llenos de erudicion) descansó la comprension del Padre Presentado Fr. Gregorio Garcia, fundada en la autoridad de San Agustin, en las siguientes palabras:

«Digo que como por ministerio de los ángeles (1), segun dice »San Agustin (2), y tambien lo siente nuestro Padre Santo To»más (3), fueron traidos todos los animales á Adan, para que les »pusiese nombres, y como por el mismo ministerio fueron trai»dos los propios animales, segun lo siente Pedro Comestor, de »todas las partes del mundo al Arca de Noé, así por el minis»terio de los mismos ángeles fueron llevados despues del dilu»vio á diversas partes del mundo, en donde habían sido criados. »Este parecer es de San Agustin (4), del doctísimo Abulense (5) »y de otros hombres doctos. Esta respuesta última es la mejor »y la que quita toda la dificultad de la duda.» Hasta aquí son palabras del loado y citado autor, á las cuales ni puedo ni tengo que añadir.

---

(1) *Origen Ind.*, lib., 2, cap. 4, § ult.

(2) In GENES., cap. XXXIII.

(3) D. Thom , I part., quæst. 102, art. 2 ad 2.

(4) Lib. 16, *de Civ. Dei*, cap. 6.

(5) *Super Genes.*, cap. 6.

CAPÍTULO VII

Por qué de las naciones del Orinoco (aunque en sí muchas) se reduce cada una á tan corto número de gente

Puso Dios el mundo á vista de los hombres, y lo entregó en manos de sus disputas, discursos y averiguaciones. ¿Y para qué? Parece que el fin que tendria Su Majestad seria para que el hombre, con su industria y estudio, consiguiese una noticia de las verdades naturales que resultan de la variedad de los mixtos, de las propiedades de los animales y de las virtudes de las yerbas, y adquiriese una cierta ciencia de las provincias y naciones de que se compone el orbe de la tierra: *Mundum tradidit Deus disputationi eorum* (1): ocupacion muy loable y digna de la atencion, aplicacion y estudio de los más insignes héroes en los siglos pasados, á que dan realce los del presente. Mas veís aquí que no fué ésta la intencion ni el fin total que tuvo la inexcrutable providencia del Criador, sinó el que expresa el divino texto: *Ut non inveniat homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem,* para que ninguno de los mortales se alabe de que averiguó, halló y supo los arcanos secretos de la maravillosa máquina de este mundo, ni pueda á punto fijo encontrar, por más que las quiera, las virtudes intrínsecas de las causas, ni la hermosa variedad de sus efectos, no sólo en órden á la fábrica de la tierra en general, *opus, quod operatus est Deus,* pero ni áun de sus menores partes de que Dios la formó y ordenó, desde la primera hasta la última: *ab initio usque ad finem.* Y para que nadie piense que en esta locucion ab-

(1) Eccles., xxx, 2.

soluta de Dios' tal vez no se comprenderá la noticia geográfica de las regiones de la tierra, ni las varias calidades de sus habitadores. por estar ya casi descubierta aquélla y casi conocidos éstos, advierte la Sagrada Escritura que ni áun al recinto de sus descendientes era factible se extendiese la perspicaz vista y alta comprension del Patriarca Abrahan (1). Es cierto que Dios quiere que investiguemos las obras de su poder; pero quiere que sea con reverencia y humildad : *non plus sapere, quam oportet sapere*, etc. (2). Gran rayo de luz es éste si quisieran abrir los ojos para recibirle aquellos vivos ingenios que temerariamente soberbios, abandonando el oráculo infalible del Vaticano, pretenden exaltarse sobre el Monte del Testamento santo, y haciéndose intérpretes de aquellos profundos arcanos, que no entienden, caen por último precipitados al abismo, arrastrando consigo gran número de estrellas que hubieran adornado el cielo de nuestra santa Iglesia católica romana (3); cuando al mismo tiempo no me sabrán decir en qué consiste la virtud nutritiva de una hormiga, ni en qué se radica aquel afan económico y regular con que se gobierna un hormiguero.

Pero volviendo á nuestro propósito, no prohibió Dios á los hombres el que trabajen en esta seria y curiosa averiguacion de las cosas naturales ; ántes bien liberal y graciosamente, no sólo nos dió la facultad, si que tambien nos entregó Su Majestad enteramente, *tradidit Deus*, todo el orbe terráqueo, para que averiguando en lo factible sus naturales secretos, alabemos al Criador de todo por aquellas noticias que alcanzamos, y veneremos su infinito poder y sabiduría por aquello mismo que no percibimos, y confesando nuestra ignorancia nos humillemos.

(1) Exod., xxxii, 3; Genes., xv, 5.

(2) Ap. ad Rom., xii, 3.

(3) Lib. Sap. ix, 16. Difficile æstimamus, quæ in terra sunt: et quæ in prospectu sunt invenimus cum labore. ¿ Quæ autem in Cœlis sunt quis investigabit ?

Bien sé yo que ni á la dificultad propuesta en este capítulo ni á otras semejantes puedo dar cabal satisfaccion ni adecuada respuesta; pero sé que ocuparé honestamente el tiempo en discurrir é investigar las causas que prudentemente nos quiten ó minoren la novedad y admiracion que me asiste y que he reconocido en otras personas al ver tanta multitud de naciones de indios en el Orinoco y sus vertientes formadas de tan corto número de individuos, cada una considerada de por sí; que el país que á vista de tantas naciones parece corto, á vista de la cortedad del gentío de cada nacion parece y está mal poblado.

Deaquí se excita la curiosidad ó la admiracion y el deseo de saber cómo ó por qué ha resultado una nacion aparte con modales y usos, con caras y lenguajes diferentes de un corto número de indios, cuando acá vemos todo lo contrario, y áun en las Américas se reconocen naciones de largo y numeroso gentío, v. gr., los mejicanos, los trascaltecas y los otomistas en la Septentrional; los ingas y los guaranis en la Meridional, y en mi provincia, por todo el terreno frio, los muyscas; qué contratiempo, qué borrasca ó qué infortunio padeció aquella colmena del Orinoco (y lo mismo digo de Filipinas, de California, de Maynas en Marañon, etc.); qué cosa ó qué casualidad dividió, separó y desvió tanto sus enjambres, que ninguno se parece al otro; qué hormigueros son estos; de dónde tanta diminucion.

Y para que se vea práctica y claramente esta dificultad, y con cuánta razon causa admiracion, individuaré algunas naciones, para que por ellas se infiera el gentío de otras. La nacion cacatía, cristiana ya, no pasó de mil almas, y por lo que despues diré hoy no pasa de quinientas. La nacion achagua, parte convertida ya y parte próxima á convertirse (en lo que actualmente se trabaja), no llega toda junta á tres mil almas. Las naciones jirara y betoya, que en su gentilidad eran un agregado de varias naciones, hoy forman tres colonias que no pasan de

tres mil almas. Lo mismo digo la nacion saliva, en que al presente se trabaja, iman y embeleso de los misioneros por su singular docilidad; no pasará de cuatro mil almas. Otras hay de mayor gentío, como la caribe, que puede poner por tierra, ó por mar, doce mil indios en campaña. La que ocupa parte del rio Orinoco, y mezclada con indios aruacas, puebla la costa marítima de barlovento, hasta la Cayana, fundacion del rey cristianísimo, en donde de esta inhumana nacion tienen formadas misiones muy lucidas los Padres jesuitas franceses, venciendo la caridad y humanidad de aquellos varones apostólicos lo agreste y carnicero del genio caribe, hasta reducirlos á mansas ovejas del rebaño de Cristo.

La nacion caverre, áun más carnicera, brutal é inhumana que la caribe, poblada en el Orinoco á cuatrocientas leguas de sus bocas, es tambien numerosa, y tanto, que hace frente á las invasiones de los caribes, que suben, ya con ochenta, ya con cien piraguas de guerra á invadir á los caverres, como despues diré, y hasta hoy siempre han llevado los caribes el peor partido; de lo que se infiere el valor y el numeroso gentío caverre. Fuera de estas dos naciones, las restantes que se han descubierto son de tan corto gentío, como apunté ya, y algunas de tanto menor, que apénas se pudiera creer á no experimentarlo.

Vamos, pues, á ver en qué puede consistir esta cortedad de gentío y esta variedad de naciones tan diversas entre sí. Y sea el primer declarante el cacique ó régulo de la nacion guayquirí. Llegué repentinamente con mis compañeros la primera vez á su pueblo, mal formado de chozas pajizas, á dos ó tres leguas del Orinoco, á la banda del Sur, y salió aquél con toda su gente, asustados unos y otros de la novedad, ellos de ver misioneros en su tierra, y nosotros de ver una sombra de república compuesta de cincuenta hombres, que es el número de súbditos que tiene el tal cacique. Entramos en su triste casa, que pudiera servir de ejemplar á las más penitentes monjas de la Thebayda. No tenía más ajuar que las pobres redes en que duermen en

alto para librarse de las culebras y murciélagos y unos asientos de palo sólido y tosco que llaman en su lengua tures. Tomamos asiento, y no hubo aquí mirray, como usan otras naciones, esto es, arenga de bienvenida, de que ya hablé en otro lugar. La primera cosa que me dijo el cacique, no bien recobrado del susto, fué esta: *Padre, si traes algo que comer nos desayunaremos todos, porque no hay en todo el pueblo cosa que llevar á la boca.* En este y en otros semejantes pueblos quisiera yo que estuviesen siquiera un mes aquellos críticos especulativos que intentan macular con sus plumas, bien que en vano, las apostólicas tareas que la Compañia de Jesus, mi madre, fomenta en las Américas y en las otras partes del mundo, pintándolas, no segun ellas son, sinó segun la tintura de sus pasiones en que mojan la pluma: pero vamos al hecho. Quiso Dios que un indio catecúmeno de nuestra comitiva trajese un canasto de huevos de tortuga tostados al uso de la tierra; con ellos se consoló el cacique, y convidó á sus vasallos, aunque les tocó poca racion.

Concluido el almuerzo, aturdido yo, no de su pobreza, que es general en aquellas gentes, sinó de que sólo tuviese cincuenta peones, contando entre ellos á los viejos y á los inválidos, le dije: *Cacique, ¿cómo tienes tan poca gente? ¿No hay de tu nacion y de tu lengua otros pueblos fuera de este?* Respondióme en lengua caribe con este laconismo que pudiera servir de epitafio á la nacion guayquiri: *Cuaca Patri, ana rote, Cariná acusinimbo;* que al pié de la letra fué decir: *No somos más, Padre, y los que vivimos somos los que han querido los caribes.* Proseguí la conversacion, y en ella me contó el régulo como su nacion habia sido de las numerosas y guerreras; que habia mantenido guerra largos años con la nacion caribe; y que prevaleciendo ésta, mató, destrozó y llevó esclavos cuantos quiso; que si ellos se mantenian vivos era porque los caribes lo querían así, no por piedad, sinó para tratarlos como á esclavos, talándoles sus sementeras, y tomando sus frutos así á la ida

como á la vuelta de sus continuas navegaciones del Orinoco: y veis aquí una causa muy principal del corto gentío que contiene cada una de aquellas naciones del Orinoco, porque este estrago lo han padecido tambien las demas naciones, unas más, otras ménos, á excepcion de la nacion caverre, que, como apunté ya, no se ha dejado dominar de los caribes. Esta es la causa extrínseca, y digámoslo así, forastera de la ruina de casi todas las naciones de este gran río.

Hay otras dos causas más sensibles por ser domésticas, y no ménos inhumanas. La primera es el freeuente y cruel uso de darse veneno los de la misma nacion unos á otros por causas muy leves; de manera que todos viven en un continuo sobresalto y temor de que les den veneno, originado, no sin razon, de las continuas desgracias que ven entre ellos. Si la india no quiere consentir en faltar á sus deberes, tarde ó temprano morirá á violencias del veneno que infaliblemente le dará quien la solitó. Soy testigo de vista, y no sin lágrimas he celebrado, y admirarán cuantos leyeren esto, que entre aquella barbarie se hallen mujeres que, sólo instruidas de la ley natural, elijan ántes una muerte envenenada que hacer injuria á su consorte, cuando, al contrario, hallamos tanto que deplorar en esta materia entre el feo desahogo de muchas que profesan la ley santa de Dios. ¿Qué responderán éstas en el divino y riguroso tribunal, cuando para juzgarlas les ponga Dios delante una moza de veinte y dos años de edad, criada en lo más inculto de las selvas de Urú, y del gentilismo, llamada Tajalú, la cual hizo más aprecio de su honestidad que de su propia vida, pues la rindió á violencias del tósigo, que ocultamente le dió el inhumano y ciego enamorado? Llamóse Javiera en el bautismo, y entregó su alma al Criador por tan loable causa, adornándola al despedirse de su cuerpo con serias protestas de que *perdonaba al ciego malhechor*. ¡Oh feliz alma, y á cuántas has de confundir con tu ejemplo en el día tremendo del juicio! No se tenga por digresion un ejemplo tan del caso y de tanta edificacion.

Esta mutua carnicería en la mayor parte se aminora y en muchos pueblos enteramente se acaba despues de recibir nuestra santa fe; pero no entre los ciegos gentiles, porque luégo que muere uno de veneno, cuyas señas infalibles son, en unos el secarse y morir con sola la piel sobre los huesos, en otros el morir dentro de breves dias, rajándoseles las carnes, con lastimoso horror, y en otros el acabar la vida echando raudales de sangre por la boca y narices, segun la malignidad de los venenos, al pasar el entierro, ó ya la tienen, ó rastrean noticia del matador los parientes del difunto, y despues de habida, sea probable, sea cierta, disimulan con singular esmero y habilidad, hasta asegurar el lance, dando veneno al matador con la mayor cautela. De esta manera se eslabona una cadena y áun muchas de muertes, con que ellos mismos se destruyen, sin necesitar de enemigos externos que los persigan, aunque rara ó ninguna nacion de aquellas se hallará que no los tenga, como despues diré.

La segunda causa doméstica de su ruina es tan doméstica, increible é inhumana, que no la puedo escribir sin irritarme contra el enemigo comun del género humano, de quien únicamente tiene origen una inhumanidad que no se halla entre las fieras más sangrientas. Este es un vicio que, segun lo que he experimentado en mis misiones, leido y oido contar de otras, es plaga muy general entre el gentilismo de las Américas, y tal, que cuesta muchos afanes y pesadumbres á los misioneros el desarraigarle enteramente.

¿Quién creyera que aquella misma india que por nueve meses carga en sus entrañas la criatura con tanto cuidado, ella misma, trocando la ternura de madre en una saña de lobo carnicero (poco dije, porque la loba no usa tal crueldad con sus hijos, ántes expone su vida por defenderlos), la misma india, digo, que con tantos dolores da á luz la criatura, si la que nace es hembra, muda el oficio de madre en el de verdugo cruel, quitando la vida á su misma hija con sus propias manos? Pues

ello es así y las niñas que escapan de este naufragio sangriento lo deben, ya á los ruegos, ya á las amenazas, ya tambien á los azotes con que los maridos castigan á sus mujeres para defenderlas; pero esto no bastara, si la providencia del Criador no hubiera dispuesto que en dándoles dos ó tres veces el pecho á sus hijitas les cobran tal amor verdadero que vence y sobrepuja *aquel falso amor* con que les procuran, al tiempo de nacer, la muerte. Esta crueldad practican con gran disimulo, rompiéndoles la nuca, apretándoles de recio la tabla del pecho, ó cortándoles tan á raíz el ombligo, que no se pueda atar y acaben desangradas. De esta depravada intencion nace en su gentilidad el que luégo que siente los primeros dolores la india, se va con disimulo á la vega del rio ó arroyo más cercano, para lograr á sus solas el lance: si sale á luz varon, se lava y le lava lindamente y muy alegre, y sin otra convalecencia ni sahumerio, salió con bien de su parto; pero si sale hembra, le quiebra el pescuezo, ó sin hacerle daño, como ellas dicen, la entierra viva; luégo se lava y vuelve á su casa, como si nada hubiera sucedido.

Aunque el parto sea en casa, delante del marido y de la parentela, si la criatura sale con algun defecto ó con alguna monstruosidad, v. gr., con una mano ó pié ménos, ó con el labio rajado, como suele suceder en tales casos, sea hembra ó sea varon, nadie se opone, ántes bien todos consienten en que muera luégo, y así se ejecuta; y si la mujer da á luz dos criaturas, es indefectible el que uno de los mellizos ha de ser luégo al punto enterrado á instancias ó por mano de su misma madre. Muchos casos pudiera contar de estos; pero no quiero ensangrentar mi pluma con enfado mio, y tal vez con enojo y horror de los que leyeren; que no es lo mismo oir un desatino en general que irlo registrando en casos particulares. Pero no puedo omitir, en honor de la Santísima Vírgen María, lo que por su intercesion sucedió en uno de estos lances. Supo un Padre misionero que cuatro horas ántes había enterrado una in-

dia á su hija; imploró la proteccion de la Virgen; fué volando, y al empezar á sacar tierra de la sepultura, sacó la criatura la mano como si hiciera señas para que más aprisa la socorriesen: sacáronla viva, no sin admiracion; bautizándola el padre, con el consuelo que se deja entender, llamóse *María del milagro* y hoy vive en la mision de San Miguel y tiene unos diez años de edad.

De aquí nace que despues que los misioneros han entablado amistad con una nacion nuevamente descubierta; despues que á fuerza de dádivas y razones los amansan y les buscan sitio á propósito para el pueblo, porque ellos, por lo regular, viven dispersos, aunque sean de una misma nacion: despues de buscar herramientas para la labor de sus casas y sementeras: despues de esto, que todo es llevadero, el mayor cuidado del Padre misionero es tener lista de las mujeres preñadas y poner toda atencion en que no vayan al rio ni á sus sementeras en el mes del parto, señalando para esto espías ocultas; pero á pesar de todas sus diligencias, ya le viene el aviso; que fulana enterró á su hija, y despues que zutana, etc.: y como la primera ganancia fija de los misioneros estriba á los principios en el logro de los párvulos, de los cuales á unos lleva Dios al cielo mediante el santo bautismo, á otros les deja. para que bien enseñados vaya adelante la cristiandad, no es creible ni ponderable el dolor que les causa la pérdida de aquellos pobres inocentes, á quienes la barbaridad de sus padres, con la vida temporal, quita la eterna.

No por eso quiero decir que sea comun en todas las mujeres gentiles esta crueldad; muchas hay que crian con el mismo cariño á las hijas que á los hijos: pero no tantas que basten á disminuir el horror que causan otras con su diabolico estilo, tal que, como dije, es causa muy considerable del poco aumento del gentio. la cual, junta con el uso de dar veneno y la frecuencia de las guerras, tengo por causas proporcionadas para que aquellas naciones no sean ni puedan ser numerosas durante su gentílica barbaridad.

Fuera de estas tres causas tan poderosas, hay otras que concurren á la disminucion de los gentiles, á saber: la ninguna piedad que tienen con sus enfermos; la voracidad con que comen cuando hallan ocasion; la desnudez y desabrigo; el arrojarse al rio á lavarse aunque estén sudando, y otros usos todos contra su salud. De modo que la luz evangélica, no sólo les acarrea la vida eterna, sinó tambien la temporal, desterrando guerras y venenos y atajando la crueldad de las madres, que es lástima darles tal nombre siendo como son tan crueles. Si Mr. Noblot (1) hubiera tenido presentes estas ventajas, que son realmente grandes para el aumento y comodidad de los americanos, no se lamentara tanto siguiendo el ejemplo de otros muchos ni ponderara la crueldad que se idea de los españoles para con los indios; pero vamos al caso.

No hay tal, no somos crueles, sinó muy amantes de nuestras hijas, responden las madres al afearles la dureza de su tirano corazon, y por eso dije arriba que esta crueldad por instigacion del demonio es hija del falso amor á sus hijas, pues se persuaden que el mayor bien que pueden hacerles es sepultarlas entre las sombras de la muerte al mismo tiempo que se asoman á la primera luz.

Y es una prueba nada equívoca de ello la respuesta que me dió una india, la más capaz de una de aquellas colonias. Parió una niña, y á instancias de una vieja taimada le cortó el ombligo tan á raíz de las carnes, que murió luégo desangrada. Pasado un mes tuve noticia cierta del hecho, é hícele cargo de su inhumanidad con toda la viveza, energía y nervio de razones que pude por largo rato. Escuchóme la india sin levantar los ojos del suelo, y cuando yo pensé que ya estaba del todo convencida y arrepentida, me dijo: «Padre, si no te enojas te diré lo que hay en mi corazon.»—«No me enojaré, bien puedes ha-

(1) Tom. V de la *Historia Universal*.

blar», la dije. Entónces ella me habló así (es literal traduccion de la lengua betoya al castellano): «Ojalá, mi Padre; ojalá cuando mi madre me parió me hubiera querido bien y me hubiera tenido lástima librándome de tantos trabajos como hasta hoy he padecido y habré de padecer hasta morir. Si mi madre me hubiera enterrado luégo que nací, hubiera muerto, pero no hubiera sentido la muerte, y con ello me hubiera librado de la muerte que vendrá, y me hubiera escapado de tantos trabajos tan amargos como la muerte; ¿y quién sabe cuántos otros sufriré ántes de morir? Tú, Padre, piensa bien los trabajos que padece una pobre india entre estos indios: ellos van con nosotras á la labranza con su arco y flechas en la mano y no más: nosotras vamos con un canasto de trastos á la espalda, un muchacho al pecho y otro sobre el canasto: ellos se van á flechar un pájaro ó un pez, y nosotras cavamos y reventamos en la sementera; ellos á la tarde vuelven á casa sin carga alguna, y nosotras, á más de la carga de nuestros hijos, llevamos las raíces para comer y el maíz para hacer su bebida: ellos en llegando á casa se van á conversar con sus amigos, y nosotras á buscar leña, traer agua y hacerles la cena; en cenando, ellos se echan á dormir, mas nosotras casi toda la noche estamos moliendo el maíz para hacerles su chicha: ¿y en qué para este nuestro desvelo? Beben la chicha, se emborrachan, y ya sin juicio, nos dan de palos, nos cogen de los cabellos, nos arrastran y pisan. ¡Ah, mi Padre! ¡ojalá que mi madre me hubiera enterrado luégo que me parió! Tú bien sabes que nos quejamos con razon, pues todo lo que he dicho lo ves cada día: pero nuestra mayor pena no la puedes saber porque no la puedes padecer. ¿Sabes, Padre, la muerte que es ver que la pobre india sirve al marido como esclava en el campo sudando, y en casa sin dormir, y al cabo de veinte años toma otra mujer muchacha sin juicio? A esta la quiere, y aunque pegue y castigue á nuestros hijos no podemos hablar, porque ya no hace caso de nosotras ni nos quiere; una muchacha nos ha de mandar y tra-

tar como á sus criadas, y si hablamos, con el palo nos hacen callar; ¡cómo se sufre todo esto! No puede la india hacer mayor bien á la hija que pare que librarla de estos trabajos, sacarla de esta esclavitud peor que la muerte; ¡ojalá, vuelvo á decir, Padre mio, que mi madre me hubiera hecho experimentar su cariño enterrándome luégo que nací: no tuviera ahora mi corazon tanto que sentir ni mis ojos tanto que llorar!»

Aquí las lágrimas cortaron su razonamiento, y lo peor del caso es que todo cuanto alegó y mucho más que hubiera alegado, si su dolor se lo hubiera permitido, todo es verdad. Tengo por cierto que no hay en el mundo mujeres más desdichadas que las indias gentiles, y al paso que no hay trabajo personal que se pueda comparar con el suyo, tampoco hay trabajo tan mal pagado ni tan mal agradecido. Por otra parte, hemos de suponer que están faltas de fe, no tienen luz de la eternidad, no tienen ojos sinó para ver su desventurada suerte y el remo á que nacen condenadas. A esto se añade la industria del demonio, que les pinta la esclavitud para que nacen con tales colores que, como vemos, se persuaden que es verdadero amor el de la madre que entierra á su hija luégo que nace; persuasion tan arraigada en ellas que pasa de generacion en generacion y cuesta mucha fatiga el arrancarla de sus corazones; ni hay otro remedio que aplicarse de veras á la enseñanza de nuestra santa fe, pues cuando ya perciben que hay otra vida eterna de gloria ó de pena, al paso que la enseñanza amansa y muda el genio y costumbres de sus maridos, al mismo paso ellas mudan de parecer y deponen su bárbaro dictámen.

Vuelvo á decir que no es comun en todas aquellas naciones esta crueldad; y aunque es vicio dominante en ellas, se exceptúan, no obstante, muchas familias, en especial aquellas en que los maridos se portan bien con sus mujeres; de lo que se colige que la crueldad de las madres para con sus hijas nace de la que los maridos usan con sus mujeres, y como ésta cesa con la luz de la doctrina cristiana, entendida ésta, cesa tambien en aquéllas la crueldad y se convierte en amor.

Dije al principio de este capítulo que despues de investigar las causas del corto número de gente de que se compone tanta variedad de naciones no aseguraba una entera satisfaccion á la duda; y es así, porque si bien es verdad que las tres causas que llevo referidas de guerras, venenos y entierros de párvulos, y las que como ménos principales insinué, son bastantes para que no se aumente y tambien para que vaya á ménos el número de aquellas gentes, con todo queda en pié la armonía que hace el ver tantas naciones (tales cuales ellas son) tan reducidas á tan corta distancia unas de otras, y con tanta diversidad de lenguas, usos y costumbres. Ni todo lo que llevo dicho abre camino para saber la raíz de tan notable mutua separacion: es muy factible que en tiempos pasados todas fuesen naciones numerosas; pero no hay más que venerar rendidamente la sabia y oculta providencia del Altísimo y humillarnos al considerar que, con tener á la vista muchas de sus obras patentes, es tanta la pequeñez de nuestro alcance, que no las entendemos: y así pasemos á buscar la raíz de otras más fáciles de percibir, no ménos curiosas, y en gran parte útiles.

CAPÍTULO VIII

Motivos de sus guerras

Levantó nuestro Padre Adan la mano para comer del árbol prohibido, que fué lo mismo que levantarla contra Dios y rebelarse contra su divina Majestad. De aquí nació el que sus pasiones, antes sujetas á la razon, se levantasen contra él, y que los brutos y animales más fieros, que le rendian vasallaje, se le mostrasen rebeldes, y para que despues conociese ser ya la guerra universal, Cain, su hijo, mató al inocente Abel, y desde entónces acá, de generacion en generacion, de gente en gente,

así como han corrido los siglos, ha ido corriendo por el suelo perpetuamente la sangre de los mortales entre continuas guerras, hasta nuestros días, en todos los reinos, gentes y naciones; tanto, que las que se llaman paces perpetuamente inviolables para afianzar inalterablemente la tranquilidad y union de las potencias (por más fuerza y perfeccion que se añada á sus cláusulas) sólo son honrada pausa para descansar un rato y como treguas para prevenir los pertrechos para nuevas guerras, como si se hubieran unido las gentes y formado los reinos sólo para combatirse y quitarse las vidas unos á otros.

Bajo este concepto nadie extrañará que suceda esto mismo entre aquellas diminutas y bárbaras naciones del grande Orinoco y sus vertientes, cuyas mutuas y continuas guerras sólo se finalizan al tiempo que les va amaneciendo aquella paz evangélica que el cielo intimó la noche de nuestra mayor dicha á los humildes é ingenuos pastores de Belen; así realmente se verifica que los misioneros evangelizan la paz, no sólo eterna para las almas, sí que tambien la temporal, porque con el bautismo se unen entre sí las naciones más enemigas. Es verdad que cuestan estas paces muchos pasos á los misioneros; pero los dan con mucho gusto, porque por el Apóstol (1) saben que son preciosos los piés de los que evangelizan la paz.

Pero siendo en este antiguo mundo el ordinario motivo de las guerras el ampliar los reinos y dilatar los dominios, no teniendo tal ansia ni deseo aquellos gentiles del Orinoco, porque les sobra terreno, sin que haya nacion de aquéllas que se halle estrechada con términos y linderos, es digno de saberse el motivo de sus sangrientas y continuas guerras. Luégo trataremos de sus jefes, de las ceremonias con que los gradúan, del modo con que fabrican sus armas, su destreza en manejarlas, de los venenos con que las preparan y el modo de fabricarlos, etc.; todos puntos que ofrecen un dilatado campo á la curiosidad.

(1) PAUL. AD ROM., X, 15.

El motivo y causa principal de las guerras mutuas de aquellos gentiles es el interes de cautivar mujeres y párvulos y el casi ningun útil del saqueo y botin. El fin antiguo de cautivar era para tener con las cautivas más autoridad, séquito y trabajadoras en sus sementeras y en la chusma criados para servirse de ellos. Esto era así ántes que los holandeses formasen las tres colonias de Esquivo, Berbis, Corentin y la opulenta ciudad de Surinama, en la costa de barlovento, que corre hàcia el río Marañon; pero despues que los holandeses se establecieron en dicha costa, se varió el fin de la guerra, y ya no es otro que el de la mercancía é interes que de ella resulta, porque los holandeses, los judíos de Surinama y otra multitud de gentes que han pasado à vivir en dicha costa compran à los caribes todos cuantos prisioneros traen y áun les pagan adelantado, dando con esto particular motivo á que se multipliquen los males. Suben las armadas de los caribes, y á las naciones amigas, que les sujetan á más no poder, les compran todos los cautivos que han podido haber con sus guerras no ménos bárbaras que injustas; siendo el precio de cada cautivo dos hachas, dos machetes, algunos cuchillos, algunos abalorios ú otra friolera semejante. Pasan despues con suma cautela á las naciones enemigas, y todo su estudio consiste en asaltar de noche sin ser oidos y pegar fuego á la poblacion, en donde así por el susto del fuego como por el ruido de las armas de fuego, que ya usan los caribes, el único remedio de los asaltados consiste en la fuga; pero como los caribes ocupan de antemano con emboscadas todas las retiradas, el pillaje es cierto y la carnicería lamentable, porque matan á todos los hombres que pueden manejar armas y á las viejas que reputan por inútiles, reservando para la feria todo el resto de mujeres y chusma con la inhumanidad que se deja entender del mismo hecho.

Ni pára aquí su derrota: remiten toda la presa en una ó dos piraguas armadas à sus tierras, y prosiguen su viaje río arriba sin hacer ya daño à nacion alguna aunque sea enemiga;

y á las amigas les dicen que ellos no tienen la culpa de haber quemado y cautivado tal pueblo, porque si los del pueblo les hubieran recibido bien y vendídoles bastimentos para su viaje, no les hubieran hecho daño; pero que habiendo tomado las armas con tanta descortesía, era fuerza castigarlos para que vean las demas naciones cómo los han de recibir y con qué cortesía los han de tratar. Este es ardid con que aseguran otro asalto para el año siguiente, que siempre logran, ménos en la nacion de los caverres, que, como ya dije, es numerosa y tan belicosa que siempre han sacado la peor parte los caribes, porque si bien éstos siempre procuran coger de repente alguna de sus colonias, nunca lo pueden conseguir á causa del arte con que aquéllos se juntan y les rechazan. Es el caso que en las lomas altas de su territorio, desde las cuales se divisa gran trecho del Orinoco, tienen los caverres puestas centinelas en atalayas que hacen á éste fin, y en ellas tienen unos tambores tan disformes, como adelante diré; la primera atalaya que divisa el armamento enemigo toca su llamada de guerra, que entienden todos; óyela el pueblo más cercano, toca luégo su tambor, y sale la gente de guerra; óyela el segundo pueblo y hace lo mismo, y así los demas. De manera que en ocho ó diez horas está toda la nacion en armas; todos acuden al puesto del primer toque, y á pecho descubierto esperan al enemigo, quien, escarmentado de muchas pérdidas, pasa adelante río arriba á distancia que no alcancen las flechas enemigas, sin que se atreva á dormir jamas al lado del Poniente, que ocupa la nacion caverre, por temor de los asaltos nocturnos.

Debo ahora advertir que de aquí adelante, por lo que mira á lo restante del rio Orinoco, hablo por relacion, porque sólo el venerable Padre José Cabarte siguió y apuntó este viaje. Despues le hizo Juan González Navarro, vecino al presente de la Guayana, hijo de don Cárlos González Navarro, gobernador de la isla Margarita; y en el año de 1728, por órden del gobernador de la Trinidad de Barlovento, el Exento de guardias mari-

nas, don Agustin de Arredondo, subió embijado, esto es, desnudo y pintado á lo caribe, con pocos compañeros del mismo traje, Orinoco arriba hasta que el piloto perdió el tino, y al cabo de catorce meses de continuos riesgos de la vida se volvieron sin noticia alguna cierta del célebre Dorado, que era el único fin de su viaje. El dicho Juan Navarro y sus compañeros hicieron su diario y derrotero, que he leido varias veces; y aunque apuntaron en él varias noticias que necesitan de confirmacion y omito, con todo, aqui y en otras partes me valdré de algunas de ellas, que tengo por ciertas, asi porque las he visto practicadas en otros rios y naciones, como porque examinando á Ignacio de Jesus, que hoy es soldado de nuestra escolta y acompañó al dicho Juan Navarro en el citado viaje, he visto tener probabilidad. Quede hecha aqui esta salvedad para cuando citaré á estos viajeros, á fin de que se sepa la probabilidad de lo que por sus noticias hubiere de referir.

Siguiendo, pues, éstos su viaje, llegaron á la boca del rio Guaviare, llamado comunmente Guayavero, y turbado el piloto (ó lo que yo tengo por cierto, temeroso de dar en otras naciones más agrestes y crueles que las que habian ya experimentado), en lugar de seguir el Orinoco contra sus corrientes, se entró por la boca del río Guaviare, en donde al cabo de muchos dias de navegacion encontraron una armada de caribes que estaban haciendo la feria entre aquellas naciones, tan destituidas de herramienta y tan faltas de aquel amor natural á sus hijos, que á trueque de una hacha, un machete y cuatro sartas de abalorios dan un hijo ó una hija á los caribes, pudiendo más para con ellos el logro de aquellas alhajuelas que el amor natural y lágrimas de los hijos, víctimas inocentes de su codicia.

Despues que han recogido todas cuantas piezas pueden comprar en aquellas remotísimas naciones, que distan de la costa hasta seiscientas leguas, dejan en poder de los caciques la herramienta y abalorios que les han sobrado, para que entre año vayan comprando hasta su vuelta, que es el año siguiente: y

para evitar todo engaño quedan dos ó tres indios caribes en cada una de aquellas naciones guardando las mercancías que ellos llaman rescates, y mejor llamaran cautiverios, pues con ellas quitan la libertad á tantos inocentes. A su partida protestan á los caciques que si á su retorno hallan haber recibido algun daño ó vejacion los caribes que quedan con ellos les quemarán los pueblos y se llevarán todas las mujeres é hijos, con lo cual cuidan mucho los caciques á sus huéspedes.

Concluidas sus cosas, ponen las proas río abajo, hasta llegar á la costa donde están la mayor parte de sus pueblos, y en habiendo descansado pasan á las colonias holandesas, unos á pagar lo que deben y á recibir otra vez de fiado para el viaje siguiente, y otros á vender, bien que éstos son pocos, porque los holandeses y judíos les dan tanta multitud de *rescates* que casi todos los caribes están gravemente adeudados por más esclavos que roben y compren, no obstante de ser la ganancia en los que compran exorbitante; porque la paga, valor ó rescate que da el holandes al caribe por un esclavo, que llaman *iloto*, es una caja con llave y en ella diez hachas, diez machetes, diez cuchillos, diez mazos de abalorios, una pieza de platilla para su guayuco, un espejo para pintarse la cara á su uso y unas tijeras para redondear su melena, y á más una escopeta, pólvora y balas, un frasco de aguardiente, y menudencias, como son agujas, alfileres, anzuelos, etc. Pero lo que el caribe da por un esclavo cuando lo compra en las naciones distantes es una hacha, un machete y alguna bagatela más, y en las cercanas un tanto más. ¿Quién no ve la excesiva ganancia de los caribes en la venta de los esclavos que compran? ¿Y cuánto mayor será contando los que roban, que es la mayor parte? Con todo, como ya dije, siempre viven adeudados los más de ellos; y tanto, que los mismos holandeses y judíos de Surinama les obligan á salir á campaña para ir cobrando algo y no perderlo todo.

Desde el año de 1731 hasta acá, los herejes, ya holandeses, ya de otras naciones, se embijan, esto es, se pintan al uso caribe

y se ponen guayucos, esto es, unas tres varas de platilla, prendidas de un cordon que se ciñen; y con esta, que es la mayor gala de los magnates del Orinoco, por ir todos los demas como sus madres los parieron, se pasan á los caribes, y con estos nuevos soldados que han dado en alistarse de poco acá para la guerra, es increible á cuánto ha crecido el atrevimiento y desvergüenza de los caribes. Por esto en el año de 1733 me quejé agria, aunque modestamente al gobernador de Esquivo, con una larga carta en que le conté los daños que padecian nuestras misiones, y que de no poner remedio su señoría, daria cuenta á mi católico monarca, para que Su Majestad se querellase á las alti-potencias de Holanda. Respondióme en lengua francesa con mucha cortesía ofreciendo el remedio que no puso, y echando la culpa á los judios de Surinama, quienes en medio de tener impuestas graves penas si venden armas y municiones á la nacion caribe, con todo, lo ejecutan con tal secreto que rara vez les pueden probar el delito que realmente cometen asi holandeses como judíos, recatándose cuanto pueden los unos de los otros.

CAPÍTULO IX

Daños gravísimos que causan á las misiones las armadas de los indios caribes que suben de la costa del mar

Aunque ha sido uso inmemorial de los caribes hacer los viajes ya referidos, los pinté en el capítulo pasado como modernos, porque los daños, que áun prosiguen, se empezaron á renovar en el año de 1733, en que bajando de su ordinaria campaña el cacique Taricura, el dia 31 de Marzo quemó el pueblo de Nuestra Señora de los Angeles; y aunque toda la gente saliva tuvo la fortuna de escaparse, ardieron las casas todas y la casa y capilla del Padre misionero. No paró en esto el atrevimiento

de los caribes: arrimaron muchas hojas de palma seca para que ardiese la santa cruz que estaba en medio de la plaza; pero por más que porfiaron, no quiso Dios que ardiese y sólo quedó la señal del fuego en lo tiznado del pié de la cruz, como con ternura vimos pocos días despues. Viendo un caribe que el fuego natural no bastaba para destruir la santa cruz, arrebatado del fuego de su ira, subió y desclavó el travesaño de que se formaban los brazos y le arrojó al río, como nos lo declaró un saliva que ocultamente se introdujo entre la multitud de los caribes; el cual, viéndonos buscar despues el travesaño de la cruz, dijo que él le había visto arrojar al río. Pusimos otra mayor cruz en su lugar, cantamos la letanía de la Santísima Vírgen, y luégo empezando los Padres y siguiendo los soldados, y despues todos los indios chicos y grandes, besando la santa cruz de rodillas, fué vengada de los agravios que de los pérfidos caribes había recibido. Levantáronse de nuevo las casas del pueblo y en lugar de capilla se erigió una iglesia capaz y fuerte para clamar á Dios y para refugio y seguridad de la chusma en lances semejantes, como realmente los hubo despues.

La misma noche del día 31 de Marzo navegaron río abajo las veinte y ocho piraguas de guerra del cacique Taricura, y por no distar la reduccion y pueblo de San José de Otomacos sinó cinco leguas, al amanecer del día primero de Abril la acordonaron; pero al aprestarse para el asalto, fueron sentidos de los indios otomacos, que tomando las armas y levantando el grito hasta el cielo, como acostumbran, tocaron al arma, y con el auxilio del capitan Juan Alfonso del Castillo y seis soldados que con él estaban, y de don Félix Sardo de Almazan, español esforzado, natural de San Clemente de la Mancha, y algunos compañeros, con quienes había subido de la Guayana, quienes con valor y arresto salieron con sus bocas de fuego á resistir el asalto, pudieron librarse del arrojo de los caribes, en cuyas manos, á no haber habido tanta prevencion, hubiéramos perecido todos. Los cari-

bes, que no saben pelear sinó á traicion, luégo que vieron la resistencia, á boga arrancada se echaron á medio rio; mas encendido el coraje así de los soldados como de los valientes otomacos, aquéllos en tres barcos que habia prontos y éstos en más de veinte canoas, se arrojaron al rio en pos de los caribes: éstos, viendo el valor de los nuestros y su riesgo, arribaron á la barranca de enfrente y con una brevedad increible arrimaron sus piraguas á la orilla y unos hicieron foso detras de ellas, teniéndolas por parapeto, otros al mismo tiempo formaron trinchera de palos, fagina y tierra, con tanta presteza y arte militar que causó admiracion y se conoció, como despues lo supimos de cierto, que iban con los caribes algunos herejes embijados y disimulados. Por fin, los nuestros, con falconetes en las proas de los barcos y mucha fusilería, hicieron mucho fuego, pero no pudieron romper las trincheras, aunque porfiaron valerosamente en combatir, hasta que la noche les hizo volver al pueblo, y si bien á cada rato recibian descargas de los caribes, de cincuenta fusiles, dos esmeriles y diluvios de flechas envenenadas, quiso Dios que ninguno muriese de los nuestros, por la intercesion de San Francisco Javier, cuya imágen tuvo enarbolada todo el día uno de los Padres misioneros á vista del combate. De los caribes, por más que se amparaban de sus trincheras, fueron catorce los muertos y más de cuarenta los heridos, como despues noslo refirieron algunos indios de otras naciones que iban forzados del miedo con ellos, y añadieron que pasaban de trescientos los esclavos que llevaban, á los cuales para que no se escapasen durante el combate tuvieron amarrados y cercados de gente armada: noticia que llevaron pesadamente los soldados, por no haber podido librar á tantos inocentes de su tiránica esclavitud.

Como áun es reciente el dolor, se me fué la pluma refiriendo este trabajo ántes que otros mucho más antiguos: pero sirva éste de muestra ó regla para medir y entender los muchos asaltos, ardides y estratagemas con que casi siete años continuos

han perseguido los caribes á sangre y fuego aquellas misiones y otras del mismo río Orinoco, procurando de todos modos desterrar el nombre de cristiano de sus riberas, quitar ese estorbo á su tiránica insolencia y poder cautivar y robar á todo su salvo. El año siguiente quemaron la colonia de San Miguel Arcangel del rio Bichada y abrasaron la iglesia. Poco despues arrasaron y destruyeron el pueblo de la Concepcion de Uyapi, de donde se hubieron de retirar los reverendos Padres misioneros-observantes franciscanos, con su reverendísimo comisario fray Francisco de las Llagas, volviendo á sus misiones de Piritu: que es prudencia no arriesgar la vida cuando no se espera fruto en las almas, y tambien es consejo de Cristo que cuando nos persiguen en un lugar pasemos á otro; ya se ve que no por temor de la muerte, sinó para que la vida se emplee en bien de los prójimos, despues que pase la borrasca que impide la labor.

Por los años de 1734 y 1735 creció más la osadía del bárbaro enemigo, que asaltó y quemó la colonia de San José de Otomacos y la de San Ignacio de Guamos, con pocas muertes de los catecúmenos, pero con gravísimo daño, porque retirados éstos y los misioneros á lugar más seguro, los caribes talaron las sementeras, arrancaron los frutos y quemaron las trojes; golpe el más fatal con que pensó el enemigo desterrar las misiones de todo el Orinoco. En este gravisimo aprieto salió el Padre Bernardo Rotella léjos del Orinoco á comprar provisiones hácia ciertos parajes, sin reparar en costas ni en trabajos, á fin de que el hambre fuese menor y no ahuyentase los indios catecúmenos; llegó, pero despues de penoso camino y peor navegacion, tan fatigado, como se puede inferir, sin más comida que el pescado que Dios le deparaba; y el recibimiento que le hizo cierto sujeto, á quien por sus circunstancias no debo nombrar, fué levantar el grito contra él tan alto, que se oyó en Caracas, en Santa Fe de Bogotá y mucho más adelante, achacándole que iba con muy diferentes intentos: de modo que se vió su crédito

oscurecido y gravemente denigrado, hasta que ejecatoriada jurídicamente en Santa Fe y en Caracas con declaraciones de testigos oculares la inocencia de dicho Padre, le dio competente satisfaccion para restaurar su crédito y estimacion debida. Estos regalos envía Dios á sus ministros en medio de sus mayores aprietos y éste es el verdadero distintivo (1), según el apóstol San Pablo, de los que de veras quieren acompañar y seguir á Jesus.

Todo hubiera sido llevadero si hubiese conseguido el fin de tan arduo viaje; pero no era tiempo sinó de padecer, y así el buen Padre ni siquiera halló maiz, porque aquellos hatos y partidos parece que tienen prisionera el hambre y la pobreza: tanto que, si movido á compasion un buen vecino, llamado Miguel Angel, no les hubiera vendido algun poco de cazabe (es pan formado de raíces), hubiera vuelto con mayor necesidad y hambre que la que llevó con sus compañeros. No obstante, todos quedamos gustosos y consolados de que el Padre hubiese vuelto con salud despues de tan arduo é inútil viaje: ni faltó Dios á los suyos, porque entretanto, así los Padres misioneros como los pobres indios de su cargo, para mantenerse, hasta coger nuevos frutos, tomaron el arbitrio de añadir pescadores y cuidado en la pesca para que hubiese peces para vianda y peces asados y casi tostados que sirviesen en lugar de pan: viéndose aquí claramente que el hombre puede vivir sin pan (2).

Persuadidos los caribes de que habian dado ya el último golpe para arruinar las misiones de la Compañía, bajaron furiosos á la mision de Mamo que los ya citados reverendos Padres observantes de Piritu acababan de fundar no léjos de la ciudad de Guaya: entraron á todo su salvo en el pueblo, porque toda la gente estaba oyendo misa, y la primera seña de guerra fué ver

(1) Qui pie vivere volunt, in Christo Jesu persecutionem patientur. Ad Timoth., III, 11.

(2) Matth., IV, 4: Non ex solo pane vivit homo.

arder la iglesia; finalizó la misa el Rev. y Ven: Padre Fr. Andres López (que siempre habia clamado á Dios recibiese su vida en sacrificio por la salvacion de aquellas almas), cuando ya estaba trabada la batalla en la plaza, y depuestos los ornamentos sacerdotales, tomando en la mano un santo Crucifijo, salió y empezó á predicar con esforzado fervor; recibió un balazo en una pierna; mas sin hacer caso de la herida, prosiguió con mas espíritu, hasta que un sacrílego caribe le dió un fiero macanazo en la boca, diciéndole: *calla, no prediques de balde*; cayó del golpe en el suelo, y ya habian caido muertos tres soldados que tenia de escolta y quince de sus indios: de los caribes llegaban á treinta los despedazados; pero como era mucho mayor el número de éstos, viendo caido á su pastor, todas las ovejas buscaron seguridad en la fuga; saquearon los caribes el pueblo, y pasando á quitar el santo hábito al religioso, le hallaron todavía vivo, con el Santo Cristo en sus manos, y sin duda clamando por la salvacion de aquellos bárbaros.

Diéronle otro fiero golpe en la cabeza, y colgándole desnudo de un árbol, ántes que espirase, encendieron fuego debajo para acabar con él; pero su santo cuerpo permaneció libre de la voracidad de las llamas, habiéndose hallado despues de ocho dias sin lesion alguna; de manera que hemos de creer de la bondad de Dios que aceptó el sacrificio de la vida de aquel fervoroso misionero y que su alma, purificada en las llamas del divino amor y de los prójimos, voló triunfante á los cielos. Quiso Su Majestad que no fuese el dia ántes el asalto sangriento, para que se librasen de él otros tres Religiosos misioneros de la misma órden que habian venido á Mamo á consultar con su venerado compañero negocios importantes de sus apostólicas misiones.

Como salió tan favorable á los caribes este asalto, contentos con el botin y gran número de esclavos, enderezaron las proas rio abajo con ánimo de asaltar y destruir el pueblo de San Antonio de Caroni, perteneciente á las reverendos Padres Capuchinos de la provincia de Cataluña; mas una casualidad estorbó

este atentado. Al entrar los caribes en el rio Caroní, en cuya vega está dicho pueblo, hallaron pescando á dos indios de él; llamáronlos con el fingimiento que acostumbran, y luégo que arrimaron la canoa á las piraguas mataron cruelmente á uno de ellos; el otro, que se dió por muerto, se arrojó al rio, y sufriendo el resuello nadó por debajo del agua largo trecho, y como al sacar la cabeza para resollar le disparasen varios fusilazos, siguió nadando, sin sacarla hasta que salió á la vega, y con su aviso se puso la gente en arma, con lo que la armada caribe viró la proa hácia sus puertos.

Ni por haber referido tanto número de estragos y muertes debemos olvidar la que dos años ántes dieron los caribes de Aquire, caño de Orinoco, no léjos de la costa, al ilustrísimo señor don Nicolas de Labrid. Este tan noble como docto y fervoroso caballero frances, canónigo de Leon, con otros tres émulos de su espiritu, postrados á los piés de Su Santidad Benedicto XIII le pidieron los emplease en misiones de gentiles en las regiones que gustase, y Su Santidad, movido de especial mocion del Espiritu Santo (como dice en su bula apostólica, que hoy se guarda en Guayana), los consagró en obispos para las cuatro partes del mundo. A la occidental, donde corre el grande Orinoco, con bula especial de obispo de él, vino el ilustrísimo Labrid; y miéntras se esperaba el pase de sus bulas y *fiat* de Su Majestad católica, el gobernador de la Trinidad y Guayana le ofreció su palacio. Agradeció el obispo el ofrecimiento y determinó esperar en la Cayana, territorio de franceses, el despacho de sus bulas; pero despues de embarcado, impelido de su mismo fervor, mudó de intento y de rumbo y dió fondo en el caño de Aquire, donde los caribes le recibieron con buen semblante para lograr la suya, y á pocos dias quitaron la vida a dos capellanes del obispo, el cual luego se puso de rodillas con un Crucifijo en las manos, y del primer macanazo dió su espiritu al Criador. Los caribes se llevaron los sagrados ornamentos, hicieron pedazos un santo Crucifijo de marfil y una ara consa-

grada por Su Santidad Benedicto XIII, cuyo nombre se ve grabado en sus pedazos. El cuerpo de este ilustrísimo obispo está en una lápida honorífica al lado del evangelio del altar mayor de la iglesia de San José de Oruña, en la isla de la Trinidad de Barlovento, y los cuerpos de sus dos capellanes al lado de la epístola, en otra lápida, cada una con su epitafio.

Omito aquí (porque se hallan en la *Historia General de la provincia y misiones del Nuevo Reino de Granada*, escritos con superior facundia) otros repetidos asaltos hechos por los cariben con nuevas industrias y sagacidad diabolica contra las misiones de la Compañia, fomentados con la esperanza, segun lo decian á gritos, de que como sus mayores en los años de 1684 y 1693 habían muerto á los misioneros antiguos del Orinoco, así ellos, siendo como eran tan valientes como sus padres, habian de porfiar y proseguir ahora su guerra hasta quitar la vida á todos los Padres misioneros y destruir todos sus pueblos; pero á pesar del infierno, las misiones destruidas se han reedificado, y cada dia se entablan otras de nuevo, mostrándose la bondad divina manifiestamente propicia en esto y en evitar con rara providencia muchos lances que no se pudieran evitar con industria humana. Sea de su divina Majestad toda la gloria.

Ahora, con las especiales providencias que se ha dignado dar el catolico celo de nuestro invicto monarca Felipe V, á quien Dios prospere, cometiendo sus especiales órdenes é instrucciones á don Gregorio Espinosa de los Monteros, coronel de los reales ejércitos, gobernador y capitan general de las provincias de Cumaná y la Guayana, jefe de la reputacion, destreza militar y valor, que sabe España, tenemos fija esperanza de que amanecerá la tranquilidad en el Orinoco y con ella los progresos en la cultura espiritual de aquellos retirados gentiles y la feliz resulta de copiosos frutos para el cielo.

CAPÍTULO X

Jefes militares de aquellas naciones; mérito y ceremonias que preceden á sus grados

Virtud, valor y letras, son los tres escalones por donde suben los hombres á la cumbre del honor, del aplauso y de la veneracion. No conocen, ni áun por sus nombres, las naciones de que trato, á la virtud, ni á las letras; y así, todos sus ascensos, que en su débil juicio se reputan por muy grandes, les tienen vinculados al valor y á la destreza con que desde niños se ejercitan en jugar el arco y flechas, la lanza y la macana. Sus juegos pueriles, todos se reducen á lo mismo que ven hacer á sus padres: forman arcos, aguzan flechas, pintan macanas, tejen rodelas y desbantan palos tan firmes como el acero para formar lanzas. Los chicos de un mismo pueblo forman batallones, eligen cabos, disponen sus filas, dan su señal y traban sus pueriles batallas, en cuyos ensayos están sus padres como en sus glorias. En estas escaramuzas usan de flechas de junco grueso que no pueden hacer daño ni herida, y de rodelas para adiestrarse á evadir el golpe de la piedra, lanza ó saeta; y como el ejercicio es único y de toda la vida, es increible la destreza á que llegan algunos. Ella es tanta como lo acredita el caso siguiente: Un indio otomaco, lleno todo el cuerpo de cicatrices, auténtico testimonio de muchas batallas contra caribes en que se habia hallado, blasonaba de su valor delante de tres soldados de nuestra escolta, y al pasar yo casualmente, les dijo: «Si tengo las señales de estas heridas, es porque me he hallado solo entre muchos enemigos; pero cuando he peleado con tres jamas me han herido»; y diciendo y haciendo, juntó tres montones de aquellos dátiles que comen, y colocándoles en triángulo á buena distancia, se puso en el

centro de ellos, y sobre apuesta les dijo: tirad vosotros, y si alguno acierta á pegarme pierdo yo la apuesta; si me libro de todos, yo ganaré. Asistí con gusto á la funcion, y fué para mí cosa maravillosa ver aquel indio, que apénas tocaba con los piés en el suelo para mudar lugar: á un mismo tiempo bajaba la cabeza para evadir un golpe, retiraba una pierna para evitar otro y doblaba todo el cuerpo para no recibir el tercero; parecía un hombre de goznes y un cuerpo todo penetrado de azogue; tirábanle los tres soldados, al principio con gana de darle, y despues con ira, viendo que no podían lograr golpe alguno, hasta que, acadados los datiles prevenidos, ganó el indio otomaco la apuesta. Divertimiento en que despues estos y otros soldados perdian de buena gana sus apuestas para pasar las las tardes desocupadas y admirar más y más tan singular agilidad y destreza. El regio historiador Herrera (1) dice de otro indio semejante que se movía con la ligereza de un gavilan, sin que piedra alguna de cuantas le tiraban le tocase.

Para el ejercicio de la flecha cooperan tambien las madres, no dando á sus hijuelos la comida ó fruta en sus manos, sinó colgándola á proporcionado tiro, para que la gana de comer los avive al acierto de pillar con la punta de la saeta despedida lo que desean comer. No es ponderable á lo que llega su destreza en el arco y flecha: baste decir que se ha tenido por especial providencia de Dios el que los caribes se hayan enamorado del uso del fusil, porque en ellos es casi inerrable el tiro del arco y poco acertada la puntería del fusil. Adiestrados al arco, saben que cuanto más tiran la cuerda tanto más seguro es el tiro, y de este principio cierto infieren un error, para nuestro bien muy apreciable, pues juzgan que cuanto más pólvora atacan en la escopeta tanto más seguro es el golpe de la bala, lo que es falso, porque por lo mismo la bala vuela por alto, sin

(1) Decada I, lib. 6, cap. 9.

hacer daño: á más de que miéntras cargan y descargan un fusil sin hacer daño, pudieran haber disparado seis ú ocho flechas con mucho estrago; así que es tambien especial providencia de Dios el que no hayan caido en la cuenta en lo uno ni en lo otro.

Adiestrada la juventud en el modo dicho, ántes de salir á la guerra se llevan algunos la fama, ya de muy certeros en la flecha, ya de singularmente prontos á rebatirla, ó con la rodela, ó con el mismo arco, habilidad de pocos, y por eso muy apreciable entre ellos. Cuando tienen edad para salir á la guerra en todas sus acciones tienen la mira al honor, aspirando con ansia á que les aclamen por valientes y puedan subir á capitanes. Para este fin guardan con gran cuidado los trofeos y despojos de las guerras, y cada cual hace tantas estatuas, tejidas con bastante arte y propiedad de hojas de palma muy sutiles, cuantos son los enemigos que ha muerto. Tienen colgadas dichas estatuas de los techos, y á todos los huéspedes que entran en sus casas, despues del recibimiento, añaden: *Yo soy muy valiente; ya llevo tantas campañas; y mira allá cuántos enemigos llevo ya muertos; yo seré un gran capitan*, etc.

Es verdad que en este estilo y regla, que es casi general, no se cuentan ni entran los de las naciones achagua y saliva: no son éstas gente de guerra y dicen que ni sus mayores lo fueron: sólo un saliva, que hoy es ya cristiano, tiró por este rumbo, y pasó por los exámenes que diré. No obstante, gustan de tener muy lucidas armas, penachos de plumas y otras divisas de bravos soldados, y lo que es más de admirar, á sangre fr.a, y cuando no hay enemigos, gastan sus ademanes de brio y azotan el aire con bravatas.

El que se ha de graduar, así como va ganando crédito se le va agregando primero la gente de su parentela, y despues otros, ó atraidos de su valor, ó sobornados por él mismo y por medio de sus parientes y amigos. Cuando tiene, verbigracia, cien hombres de su séquito, previene bebida, convida á los caciques y capitanes de su nacion, les hace relacion de sus hazañas, y por último

pide exámen para ser contado entre los capitanes. Convenidos los jueces en que se gradúe, plantan en medio de la casa al actuante desnudo como su madre le parió, y tomando el capitan más antiguo un látigo de pita bien torcida, le descarga fieros y repetidos azotes por todo el cuerpo de arriba abajo, y entrega el látigo al capitan que por antigüedad se le sigue; éste y todos los restantes jefes le azotan horrorosamente á su satisfaccion. Los caciques y mucho auditorio que concurre están con gran silencio observando si se le suelta algun *acaya*, que es nuestro ay, ó algun otro ademan de ménos valor; y si se queja con sólo un ay, ó hace algun ademan de sentimiento, le niegan redondamente el voto y ya no puede ser admitido á los otros dos exámenes que le restan; pero si ha sufrido como un bronce aquel diluvio de azotes que le dejan sin pellejo y con muchas heridas entran los víctores, el aplauso y los parabienes, y se acaba este primer exámen, emborrachándose todos larga y alegremente.

Parecerá increible esta bárbara tentativa; pero es cierta, y ellos realmente la practican y sufren brutalmente; mas para quitar la admiracion de ésta vamos á la segunda, que, á mi entender, es más intolerable; son leyes inspiradas por el demonio, que en todas y en todo se muestra cruel enemigo del género humano.

Pasados los meses necesarios para que sanen y cicatricen las heridas, dispone el pretendiente otra tanta cantidad de chicha, que en buen romance es una multitud de tinajas de aquella su cerveza extraida del maíz; señala el dia para la funcion, y habiendo comparecido aquel rústico cabildo, cuelgan una hamaca (es la hamaca una manta de algodon bien tejido que, colgada en el aire, pende de las dos extremidades de dos sogas prendidas de las paredes ó árboles); esta es la cama de los magnates, porque el resto del vulgo duerme en *chinchorro*, que es una red prendida y colgada al modo dicho; entra el pretendiente en dicha hamaca, se compone en ella á su modo y luégo los capitanes examinadores lo tapan de piés á

cabeza con los dobleces de la misma y lo aseguran dentro de ella con trés ataduras, una junto á la cabecera, otra á los piés y la tercera por enmedio; hecho esto, cada capitan por su lado levanta algo el doblez de la hamaca y suelta dentro de ella un cañuto de hormigas bravas y tan tenazmente mordaces que cuando llega el tiempo de arrancarlas ántes se dejan partir por medio que soltar el bocado. ¿Cuál se verá aquel necio valenton con cinco ó seis mil enemigos sobre sí que todos le tiran á cual peor sin que dejen parte de aquel desventurado cuerpo sin herida, y entre tanto sin facultad para defenderse ni aun para menear pié ni mano? porque la formalidad de este examen y el salir bien ó mal de él depende de un solo movimiento, por más que sea indeliberado, con que dé á entender que le son molestas las sangrientas hormigas, y si se le escapa un ¡ay! al morderle las pestañas de los ojos ú otras partes especialmente delicadas, ya perdió el pleito, quedó mal en su exámen, sin fama de valiente é incapaz de subir al honor de capitan: y al contrario, si sufre con valor el tiempo determinado por su diabólica ley, despues de los parabienes acuden todos á quitarle las hormigas de que sale aforrado ó revestido: pero le quedan claveteadas en el cuerpo las cabezas de ellas, hasta que con el unto que para ello tienen les hacen aflojar su tenaz diente: luégo se siguen los brindis hasta quedar todos satisfechos, que este es siempre el paradero de todas sus juntas y funciones.

Se horroriza uno sólo al pensar en esta segunda prueba, tanto más penosa que la primera; pero como ni una ni otra llegan á ser mortales, aunque sí muy molestas, viene á ser que la tercera prueba es mucho peor que las dos referidas, porque en ésta hay riesgo de muerte, y á la verdad en ella mueren algunos.

La tercera prueba, que se debe llamar infernal, se hace de este modo: juntos ya los magistrados y el vulgo, se cuelga en el aire un cañizo bien tejido de cañas menudas y capaz de recibir el cuerpo del examinando: suspenso ya á distancia de una

vara en alto, lo cubren con una tanda de hojas de plátano (pocas son menester, porque son de una vara de largo y casi media de ancho); luégo sube el penitente y se echa boca arriba en aquella cama, que ha de ser su potro de tormento ó su cadalso para morir; despues de echado le dan un cañuto hueco de casi una vara de largo, que se pone en la boca para resollar por él, y luégo empiezan á cubrirle de piés á cabeza por encima y por todos los lados con dichas hojas de plátano, con la advertencia que las hojas que caen sobre la cabeza y pecho las rompen y ensartan por el cañuto dicho, que desde la boca sube á lo alto. Ya, en fin, arropado y sumergido en aquel cáos de hojas, empiezan á poner fuego debajo del cañizo; llámase fuego manso, porque las llamas no llegan á lamer el cañizo; pero realmente da notable calor á aquella infausta víctima de la necia ignorancia, que para quedar sofocada le bastaba la multitud de hojas, que suele parar en túmulo funesto. Entre tanto unos ministros se ocupan, ya en atizar, ya en disminuir el fuego para que no sea ni más ni ménos del que se acostumbra y del que sufrieron ellos cuando pasaron por estos baños; otros están observando con vigilancia si el paciente se mueve ó no, porque si hace el menor movimiento queda reprobado y se acaba la funcion tristemente; y otros están á la mira del cañuto, observando el resuello del paciente, para ver si es débil ó vigoroso. Concluido el espacio destinado, quitan prontamente las hojas; si hallan difunto al pretendiente, todo pára en llanto fúnebre; pero si le hallan con vida, todo son júbilos, víctores y tragos á la salud del nuevo capitan, cuyo valor invencible dan por evidenciado en los tres dichos exámenes. ¡Tanto como esto sufren por sola la honra! ¿Qué fuera si esperaran alguna renta?

CAPÍTULO XI

Variedad de armas de estas naciones, destreza en manejarlas, su fábrica, y el tambor raro con que se convocan á la guerra.

§ I

Armas, su fábrica y su uso

A todas las bestias, aves y animales dió el sapientísimo Autor de la naturaleza instinto para mirar por su conservacion, y á casi todas les dió armas defensivas y ofensivas para defenderse y para ofender tambien cuando les conviene: á unas fieras dió garras y colmillos agudos; á otras durísimos cascos y dientes penetrantes; dió uñas sangrientas y tenaces picos á las aves, y en fin, ni á la abejilla hacendosa falta su aguijon, ni á la menor hormiga su mordaz tenaza: sólo al hombre crió Dios desarmado, tal vez porque en ira y coraje excede a todas las fieras, ó porque habiéndole dotado de entendimiento y discurso, le dió las mejores armas en los medios oportunos para inventarlas, así defensivas como ofensivas, para los casos necesarios.

Entre todas las armas ofensivas que inventó la industria humana parece que se llevan la primacía el arco y la flecha, ó por más proporcionadas á su genio, ó por ser mas manuales. Sea por lo que fuere, ello vemos en las Sagradas Escrituras que su antigüedad compite con la de los primeros hombres del mundo, y hallamos, así en las historias sagradas como en las profanas, que su uso fué general entre todas las naciones del mundo antiguo, y en el nuevo ha sido y es hoy general para todas aquellas gentes. A más de esto, así como acá se inventaron broqueles y y rodelas contra las agudas puntas, del mismo modo hallaron esta defensa los americanos, y si acá los antiguos usaron porras

de Hércules y entónces y ahora varios géneros de lanzas aceradas, asimismo los indios usan macanas formidables y lanzas de madera tan sólida que puede competir con las puntas más afiladas de las bayonetas. Y en fin, si acá se inventaron las cajas y timbales de guerra, los clarines y las trompetas para el gobierno de las marchas y para excitar los ánimos al ardiente manejo de las armas, tambien las gentes del Orinoco usan una moda rarísima de cajas para la guerra y una gritería infernal para avivarse y excitarse mutuamente en sus batallas. Pero en lo que ponen su mayor cuidado es en pintarse todo el cuerpo, y especialmente la cara, con tanta fealdad que, fuera de ponderacion alguna, despues de pintados ó embijados, no parecen hombres, sinó un feo ejército de demonios, con tanta similitud que, como consta en la historia de las misiones del Chaco y en otras historias semejantes, muchos españoles de valor y acostumbrados á batallas en Europa, sorprendidos de aquella no imaginada y horrenda fealdad, han vuelto indecorosamente las espaldas, no sin grave daño. La vista se horroriza; pero la bárbara algazara y confusion de gritos, si oida de léjos aturde, oida de cerca provoca á risa, porque unos dicen gritando: *yo soy bravo como un tigre*; otros *yo soy rabioso como un caiman*, y cada cual dice su desatino á este mismo tono; y con todo eso, ménos los otomacos y los caverres, los demas, viendo caer muertos algunos de los suyos, vuelven las espaldas y toman la fuga por asilo; ni acometen jamas, si no es notoria su ventaja, y así todas sus gueras se reducen á emboscadas, retiradas falsas, asaltos nocturnos y otras inventivas. Ahora veamos el modo de fabricar sus armas.

Parecerá á algunos que se pudiera omitir este punto de que voy á tratar, porque bien se ve cuán fácil es formar la punta de una flecha y de una lanza y reducir un palo tosco á que sirva de macana; pero yo deseo que el curioso lector se considere conmigo en una de aquellas naciones, donde la primera noticia que llega de que hay hierro la da el misionero, repartiendo

anzuelos y arpones para ganarles la voluntad. En la tal nacion no se halla un cuchillo, ni un machete, ni herramienta alguna para labrar, desbastar y pulir sus armas: ¿cómo, pues, se ingenian ó de qué se valen para suplir el defecto de instrumentos para labrarlas?

En las naciones donde hay misioneros y en las que no distan mucho de ellos usan ya de herramientas á propósito para el caso: pero en todas las naciones en general, ántes que llegasen los españoles, y en las muchas á donde no han llegado hasta ahora, labran sus armas, tambores y embarcaciones con sólo fuego y agua, á costa de mucho tiempo y de una prolijidad increible. Con el fuego, soplando las brasas, abren y gastan lo que es necesario de las maderas, y con el agua, que está á mano siempre, apagan el fuego para que no gaste de ellas más de lo que es menester. No hay sufrimiento ni paciencia que baste sólo para verlos trabajar, tan á lo natural, que casi crece su labor al paso insensible con que crecen las yerbas del campo: pausa sólo proporcionada á la innata pereza de los indios.

Despues de consumido lo que basta para que el palo tome forma de lanza, de macana ó de punta de flecha, entra otra prolijidad no ménos espaciosa y molesta: buscan ó tienen ya cantidad de caracoles de extraña magnitud, que se crian en las tierras anegadizas y húmedas: hacen pedazos las cáscaras, cuyo borde viene á tener lo tajante que hallamos acá en un casco de vidrio que se quebró, y con dichos cascos de caracol, á fuerza de tiempo y de porfía, dan el último sér y lustre á sus arcos y dan agudeza increible á sus lanzas y flechas, todo á fuerza de tiempo y de una flema intolerable.

Despues encajan una punta afilada ó una púa de raya en la extremidad de la flecha, asegurándola con hilo preparado con peraman, que es un lacre, muy parecido al nuestro, que fabrican de cera negra y otras resinas que en ella derriten á fuerza de fuego. Este peraman, aplicado caliente en una bizma al hueso que se quebró, sea el que se fuere, le reune y consolida en bre-

ves dias, sin necesitar de segunda bizma, ni de otra diligencia que la de tener quieto el brazo ó pierna quebrada, de lo cual tengo repetidas experiencias.

§ II

Sus cajas de guerra, fábrica y sonido

Las cajas de guerra las labran con fuego y agua en el modo dicho, y el lustre exterior se lo dan á costa de tiempo y con cascos de caracol; pero como se recatan para esta maniobra, nunca vi fabricar caja alguna, y todas las que vi eran ya perfectamente concluidas. Ni hallo términos con que explicar su arquitectura, por ser maniobra tan extravagante que sin verla no se puede hacer cabal concepto de ella. Voy á explicarla como pudiere.

En las casas de los caciques, y en lo más desembarazado de ellas, hay fijados tres palos, que forman ni más ni ménos que una horca; del travesaño de encima, con dos bejucos de á cuatro ó seis brazadas cada uno, está colgado el tambor por las dos extremidades, distante una media vara del suelo. La caja es un tronco hueco de un dedo de casco, tan grueso, que dos hombres apénas le podrán abarcar, y de tres varas de largo poco más ó ménos: es entero por todo el circuito, y vaciado por las extremidades de cabo á cabo á fuerza de fuego y agua. En la parte superior le hacen sus claraboyas al modo de las que acá tiene el harpa, y en medio le forman una media luna como una boca, por donde la repercusion sale con más fuerza; en la madera que hay en el centro de la media luna se ha de dar el porrazo para que suene, pues en cualquiera otra parte que se dé sólo suena como quien da en una mesa ó en una puerta, y aunque se aporree en el centro de la media luna, si no es con uno ó dos mazos envueltos en una resina, que llaman currucay, no suena: y lo que es más, aunque le den con dichos mazos,

si abajo en el centro de la caja, en el sitio perpendicularmente correspondiente á la media luna, no hay fijado con el betun que ellos llaman peraman un guijarro de pedernal que pese unas dos libras, tampoco suena. Puesto el pedernal en su lugar, tapan ajustadamente las dos bocas extremas de aquel disforme tronco hueco, y ésta es la última diligencia de la obra, que, como dije, ha de estar pendiente en el aire de aquellos dos correosos sarmientos, que llaman bejucos; y si topa en el suelo ó en otra parte, tampoco da sonido alguno, y esta tropelia de requisitos, y en especial el del pedernal, que parece no ser del caso, es lo que me ha causado notable armonia y creo la causará á todos.

Pues su ruido y eco formidable, ¿quién le podrá ponderar? Y ya ponderado, ¿quién en Europa lo querrá creer? El que no quisiere creerlo, no por esto incurrirá en pena ó multa alguna, y si le pica la curiosidad, con pasar al rio Orinoco podrá salir de sus dudas; yo refiero ingenuamente lo que he visto y oido, y protesto que es fiero y extravagante el ruido y estrépito de aquellas cajas, cuyo eco formidable, fomentado del eco con que responden los cerros y los bosques, se percibe á cuatro leguas de distancia, y nuestros indios dicen que las cajas de los caverres, á quienes se atribuye la invencion, se perciben mas, ó porque les dan mejor temple, ó porque son mayores, ó porque es más á propósito la madera; lo cierto es que en el año de 1737, habiendo mil caribes y cinco herejes, que los capitaneaban, asaltado la mision de Nuestra Señora de los Angeles, al romper el dia, fueron sentidos á tiempo, y tocando á rebato el cacique Pecari con su caja, al punto se oyó desde el pueblo de San Ignacio al de Santa Teresa, distantes cuatro leguas: con cuyo aviso el Padre Ignacio Agustin de Salazar puso en cobro la gente de Santa Teresa y se retiró al castillo o fuerte de San Javier para guardar su vida, y los indios del pueblo asaltado, que estaban en sus pesquerias, á gran distancia, todos oyeron el toque del rebato y los otros especiales toques que durante

el combate (que desde el amanecer duró hasta las tres de la tarde ó las cuatro) se tocaron incesantemente, hasta que los caribes, cargando con sesenta muertos de los suyos y con más de cien heridos, se retiraron vergonzosamente, sin haber de nuestra parte ni uno levemente herido ; en lo que se vió el amparo de María Santísima y de San Francisco Javier ; y con los ecos de la pavorosa caja se evitaron muchos daños, poniéndose en cobro los otros pueblos y las gentes que fuera de ellos andaban dispersas. No se llevan á la guerra dichos tambores ó cajas; pero, como se ve, aunque el combate sea á mucha distancia, se oyen y sirven de aliento á los combatientes. Con el arbitrio de estas cajas, cuyo sonido pasa de pueblo en pueblo con gran brevedad, se han mantenido los caverres firmes contra los asaltos de los caribes, juntándose con gran presteza todos al aviso de las cajas, que al punto corre por todos sus pueblos.

Ruego al erudito lector traiga á su memoria la tan antigua como celebrada cornetilla de Alejandro Magno, con cuyo sonido y eco, cuando convenia, llamaba á sus jefes, que la oian á distancia de cuatro leguas, siendo así que no era grande, ni de metal selecto, y todo su eco dependia de la singular hechura, puesto que muchas cosas que parecen imposibles suelen depender de un accidente muy corto. Llevan tambien á sus guerras tambores manuales y hechos casi como los de Europa, que les sirven para sus bailes y días de bebida general, en los cuales usan tambien de variedad de flautas, como ya dejamos dicho en su lugar.

§ III

Trátase seriamente del sonido del tambor caverre, y se evidencia el alcance de su sonido

Muy sonoro es el tambor caverre de Orinoco ; pero mayor es el eco que de su noticia ha resultado, con esta voz refleja, que dice : él es tambor ; luego de algun modo ha de sonar como

nuestros tambores. Niego la consecuencia porque no se infiere, y redarguyo con otra en el mismo tono, así: él es tambor en todo desemejante á los de acá; luego su sonido debe ser en todo y por todo diverso de los de acá. Esta parece que se infiere mejor que la otra consecuencia, porque aquel es mal modo de argüir, y si él valiera, no hubiera noticia forastera cierta, si no se hallaba por acá alguna cosa semejante con que verificarla: de que se inferiría volverse inútiles las historias y se negara redondamente que en las islas Filipinas el palo llamado molanguen, se convierte en piedra; se negara que en las costas de Tierra-Firme el palo guayacan pardo dentro del agua se convierte en pedernal, no obstante que una y otra conversion son evidentes, y yo he tenido en mis manos uno de los guayacanes, la mitad palo y la otra mitad convertida ya en pedernal fino; y tambien se negara que el agua de Guancabalica, mineral del Perú, se saca del arroyo, se echa en moldes de la figura que se quiere y se cuaja en piedra de sillería, segun fueron los moldes, y de la tal cantería se fabrican las casas. Se negaran las dos célebres caleras, la de Tanlagua, que dista de la ciudad de Quito nueve leguas, y la de Cocoñuto, que dista de Popayan ocho leguas, siendo así que ellas son dos manantiales, cuyas aguas se congelan en piedras de cal; de modo que si esas caleras estuvieran cerca de Guancabalica se viera una gran maravilla, pues fueran sus paredes de cal y canto, y de ellas con verdad se podría afirmar que poco ántes fueron agua corriente: pero todas estas singularísimas y ciertas noticias serán despreciables, si vale aquel modo de argüir primero; y segun él, ésta será buena consecuencia: en Europa no hay árboles que den mazorcas de cacao, que críen grana, que den achote: ¿luego nada de esto hay en Indias?

Pero demos un paso más adelante, y vamos á evidenciar la certidumbre del sonido del tambor caverre de Orinoco por buena filosofía, deducida de experimentos físicos, cuya solidez conocerá el que tuviere alguna tintura de filosofo, y el que no

la tuviere no se disgustará de ver los fundamentos y los experimentos con que pruebo y confirmo mi proposicion.

Cuatro cosas debemos por ahora considerar en el sonido y en la voz: produccion, propagacion, reflexion y aumento. Su diminucion no es del caso, pero sí lo es el saber qué es el sonido en comun y en particular. Sonido en comun, es la vibracion del aire compelido con mayor ó menor impulso. La vibracion activa imprime en el aire mayor ó menor impulso y ondulacion, segun la mayor ó menor solidez del cuerpo sonoro, v. gr., campana, caja de guerra, ó timbalete. El sonido que resulta por mera impulsion del aire toma su cuerpo y tono alto, bajo, tenor ó tiple, segun es la fuerza impelente que le arroja por el clarin, bajon, obúe ó flauta; y lo mismo se debe decir de la voz humana y de las de los animales, aunque tan diversas entre sí; y en fin, la diferencia acorde de las voces de los instrumentos de cuerda se origina de la vibracion total de unas cuerdas y de la no total de otras, que en ciertos términos las comprimen; del mayor ó menor cuerpo de las mismas cuerdas vibradas, y de la concavidad varia de los instrumentos músicos, y esta es propiamente la produccion ó la causa productiva del sonido. La propagacion del sonido nace de que el aire vibrado ó impelido mueve é impele al inmediato y éste al que se sigue, y con este sucesivo movimiento corre la voz y el sonido al modo del movimiento que causa una piedra arrojada en un estanque, que forma un circulo y éste forma otro, y aquél forma otro hasta que llegan los circulos y el movimiento á las orillas. Este modo de filosofar consta por el siguiente experimento: tóquese una campana ó una caja de guerra junto al mismo estanque, ó junto á una ventana por donde el rayo del sol descubra los átomos, y se verá que así el agua del estanque como los átomos que se descubren al rayo del sol se conmueven y á su modo corresponden á los golpes sonoros de uno y otro instrumento; en que se ven los efectos de la vibracion con que las partes del aire se impelen unas á otras.

La velocidad de estas vibraciones sucesivas del ambiente es tanta que ya á fuerza de repetidos experimentos (1) se ha averiguado que en el cortísimo espacio de un segundo camina el sonido ciento ochenta brazas, de manera que el sonido que corriese por una hora entera debería oirse en el distrito de doscientas ochenta y tres leguas ordinarias de España: bien que se debe atender mucho á la hora y á las circunstancias en que, v. gr., se dispara un cañon de artillería, porque de noche, mayormente si es sosegada, anda más que de dia, y si el día está en calma, corre más que el que sopla mucho viento, si bien es verdad que hácia donde corre el viento andará mucho más la voz y el sonido.

Corrobórase más la velocidad de esta ondulacion sucesiva del aire vibrado é impresionado del sonido con el experimento del Padre Grimaldi (2), que despues han hecho otros muchos. Pónese en el suelo raso un tambor con unos dados encima y á grande distancia da señas del estrépito de la caballería que marcha hácia el tambor, y en ciudad sitiada se valen de este arbitrio para saber por qué lienzo ó frontera se abre mina, porque por profunda que ella se trabaje, los dados en el tambor responden al golpe del pico ó de la barra, y aunque es verdad que este último experimento se alega para probar la velocidad con que el sonido ó ruido se transmina por la tierra, es al mismo tiempo prueba eficaz de la mayor y suma ligereza con que debe correr por un cuerpo tan sútil como es el aire: pero todo lo dicho es poco y fuera corta la extension del sonido si le faltara la reflexion, en virtud de la cual á un sonido corresponden muchos si el sitio es para ello; ó á lo ménos uno, cuando la voz ó el sonido da en cuerpo sólido, de que resulta el eco.

El eco, con el oido, hace lo que la reflexion del espejo con la vista. El espejo revuelve hácia los ojos la imágen de lo que

(1) P. Regnault, tom. 3, Entr. 2.
(2) In Physico-Mathes. de Lumine.

se le pone delante y el peñasco ó bóveda obsistente revuelven la voz y el sonido á los oidos, en el mismo tono ó modificacion, con mayor ó menor claridad, segun la solidez y resistencia en que da el aire vibrado, de modo que si el peñasco ó fábrica tiene concavidades es más á propósito para rebatir la voz, con tal que medie la debida distancia, porque si se da el grito, ó muy cerca ó muy léjos, descaece la reflexion del eco por el exceso de la vibracion del aire, cuando es de muy cerca, y por el defecto, cuando es de muy léjos. Las lomas de Alcalá de de Henares, que se llaman Alcalá la Vieja, revuelven el eco con todas las sílabas de la palabra, con notable claridad. El célebre peñasco, que es un cerro de piedra de una pieza, llamado pararuma (1), de que ya traté, tiene enfrente otro menor, y allí observé repetidas veces tres ecos sucesivos de resultas de sólo una voz: la primera respuesta la da pararuma, la segunda la peña de enfrente y á ésta responde el tercer eco el mismo pararuma. Más es lo que experimenté en el río Apure, y es que á un solo tiro de fusil responden cuatro ecos sucesivos: el primero, de la barranca y bosque de enfrente; el segundo, de la barranca donde se disparó el tiro; el tercero, de la parte de río arriba; y el cuarto, del río hácia abajo.

Pero esto es nada en vista de lo que refiere el Padre Marsenne (2) del eco de Charenton, que repite la misma palabra trece veces; del del parque de Voostock, en Inglaterra, que de dia responde diez y siete sílabas y de noche veinte; del de Ormeson y de otros que refiere el *Diario de los sabios parisienses*, semejantes y áun más admirables (3).

Y hé aquí que así como de la propagacion del sonido al dar con el cuerpo capaz de ella nace la reflexion y el eco, así del

(1) Supra I p., cap. 17.
(2) In Arm. Univ., lib. 3, pag. 214.
(3) Día 16 de Agosto de 1677.

sonido directo y del reflejo, que es el eco, resulta lo cuarto que apunté, que es el aumento del sonido, lo que se conoce palpablemente cuando se bate una caja de guerra ó tambor junto á una iglesia hecha de bóvedas ó cerca de otra fábrica semejante: porque entónces á un mismo tiempo atormenta los oidos el sonido directo de los segundos golpes que se une con los ecos que resultan de las vibraciones primeras, y esta es la causa de que en algunas iglesias los ecos del predicador le atormentan y confunden, y aturden y exasperan á los oyentes.

¿Y qué diremos de este aumento si la caja se bate, por ejemplo, á vista de un río con bosque á una y otra banda y con algunos picachos de peñas opuestos y propios para responder ecos muy vivos? Es preciso decir que las barrancas, los bosques y la multitud de elevados peñascos responden unos á un mismo tiempo y otros despues, segun las distancias; que cada barranca, bosque y picacho responde al eco de los demas con notabilísimo estruendo; y si el sonido de la caja persevera, es necesario que persevere el estrépito y la confusa tropelía de los ecos con una extension y un aumento casi increible, pero cierto é innegable: y esto es puntualmente lo que sucede y afirmé del sonido del tambor de los caverres, puesto en el pueblo de los salivas, fundado junto al río Orinoco, y de sus bosques, barrancas, vegas y multitud de elevados peñascos, cuyos ecos multiplicados y repetidos propagan y aumentan el sonido. Esta no es idea especulativa, ni argumento fundado en formalidades metafísicas, sinó una serie de evidencias que concurren á evidenciar la certeza de mi experimento.

Confieso que no era menester tanto aparato para los medianamente filósofos, porque para los entendimientos cultivados basta este solo entimema: El rayo del sol que da directamente en el espejo recibe aumento de luz y de calor en virtud del rayo reflejo del cristal opuesto: luego la voz y el sonido vibrados hácia el cuerpo opuesto capaz de ello crece y se aumenta con la multitud de ecos reflejos, tanto más, cuanto es más cor-

pulenta la voz, grito ó sonido directo, y mucho más si el término de oposicion es sólido ó cóncavo, como ya noté.

Ni vale el efugio de que éste no tanto es sonido del tambor cuanto de los ecos, porque yo percibo el modo de separar el sonido que resulta de la vibracion directa del instrumento agitado y el que resulta de la vibracion y ondulacion refleja, que son los ecos de cuya union resulta el dicho aumento, del cual puedo citar muchas experiencias. En primer lugar la de Murcia, que con distar nueve leguas de Cartagena, no obstante la cumbre que media, que es obstáculo para el aire y sonido vibrado, con todo se oye la artillería; y cuando el viento es favorable tambien se oyen los cañonazos de Alicante, que dista de Murcia más de doce leguas.

En segundo lugar la del sitio ó asedio que Francia puso á la ciudad de Gerona (1), en que se oyó el estruendo de la artillería por el Rosellon adelante, hasta cuarenta leguas de distancia de aquella ciudad; y dan allí por causa la cooperacion de los valles-picachos de piedra y las concavidades de los montes Pirineos, á que añado yo que es muy creible que concurriría tambien el correr por entónces viento favorable.

En tercer lugar la mia, y con ella he consolado á los Padres misioneros recien llegados al río Orinoco y á otros muchos pasajeros, que se aturdian y llenaban de pavor al oir en las tempestades unos truenos que se unen y forman un trueno formidable que dura sin intermision alguna todo el tiempo que las nubes van á pausas disparando sus truenos; de modo que lo que percibe el oido es un continuado trueno con sus altibajos, ya más, ya ménos intensos, que es cosa muy notable y que causa mucho pavor y asombro á los forasteros; pero luégo que entienden que aquello no es todo un trueno, sinó un horrible estruendo que resulta de los truenos regulares y de la sucesiva

(1) In Bibliot. Phylosoph., tom. I, pag. 70.

confusion de los ecos con que responden los bosques, barrancas, cerros, peñascos, cóncavos y abras de los montes circunvecinos se consuelan los recien llegados, aunque no del todo, porque si bien conocen la causa de tan singular novedad, la misma novedad los hace temblar de miedo.

Con lo dicho queda evidenciado que este aumento horroroso resulta de los truenos y de la sucesiva y poco despues simultánea respuesta de aquella multitud de ecos; y cuando se bate el tambor caverre sin interrupcion resulta á proporcion un sonido y estrépito capaz de ser oido á las dichas cuatro leguas de distancia: por esto dije, aunque de paso, en su lugar (1), la presteza con que corre en toda la dilatada nacion de los caverres la noticia de que hay enemigos, que vuela de pueblo en pueblo con el eco de sus tambores. Y por ser tal el confuso estruendo de las tempestades del rio Orinoco, dije en la primera parte (2), hablando de aquellas trompetas funestas y nocturnas, que se parecia su estruendo al que se oye á lo léjos cuando va caminando una tempestad de las que allí se sufren con frecuencia, por ser el terreno húmedo, con muchas lagunas, y el calor del sol sumamente intenso, todo muy á propósito para que abunden las borrascas; y pues esta precisa adicion ha dilatado tanto este capítulo, démosle fin con un epílogo de noticias curiosas.

§ IV

De sus embarcaciones: modelo y modo irregular de fabricarlas

Con fuego y agua, tiempo, flema y paciencia reducen á canoas ó á piraguas los troncos de los árboles más disformes de lo que puede pensar el que sólo tiene luz y noticia de los astilleros de Europa; de modo que en una de aquellas piraguas, que en las costas de Cartagena y Santa Marta llaman seivas, á más

(1) 2 part., cap. 8.
(2) Cap. 13.

de la carga ordinaria y bastimentos se embarcan treinta indios de guerra; toda aquella mole es de una pieza, ménos las compuertas de popa y proa, que son añadidas, y hay muchas de una pieza sin añadidura alguna. Para engolfarse mar adentro, como lo hacen con frecuencia, y para subir Orinoco arriba en tiempo de oleaje, que son los cinco meses desde Diciembre hasta Abril, en que sopla indefectiblemente el viento oriental, que allí llaman *briza*, añaden á los costados de las piraguas y al batidero de las olas, para que no entren adentro, una tabla por banda, corrida de popa á proa; y lo que hay más que maravillar es que en toda una piragua y en toda una armada de cien piraguas que se ven subir navegando á la vela no se hallará un clavo, pues hasta las hembras y machos con que se gobierna y vira de una á otra banda el timon son tambien de palo; ni se hallará una onza de estopa, ni de brea, ni de alquitran, gastada en el calafate de las compuertas ó de las tablas que añaden. Esto, como yo no lo quise ni pude creer hasta que lo ví y registré muy despacio pieza por pieza, y añadiendo muchas preguntas, de que los indios se reían mucho, lo dejo al juicio del curioso lector, con la protesta de que no puedo enojarme si no se cree aquello mismo que yo no creí hasta que lo ví, toqué y palpé con mis manos. Con esta experiencia, y á ojos vistas, todo se me hacía factible ménos el calafate sin estopa, brea ni alquitran, y aunque lo estaba viendo, no creía que pudiese aquel buque resistir al golpe continuo del oleaje, ó que no saltase para afuera con la fuerza que hace la piragua al andar á punta de bolina ó cuando vira forzada, toda á orza, porque hasta los barcos grandes y tambien los navíos calafateados á toda costa y á nuestro uso suelen darse por sentidos en estos lances y modos de correr á la vela; pero ello es cierto que los indios, los españoles pasajeros, los Padres misioneros, y yo entre ellos, hemos navegado en dichas piraguas con la misma seguridad y sosiego que si fuera un buen barco de Cádiz.

Mi mayor dificultad, que lo será de todos, era el calafate de

las junturas que se abren entre la piragua y las tablas; pero salí de ella al ver que para ello juntan gran cantidad de cortezas de palo, que, al modo del mangle, nace junto al agua y dentro de ella en las riberas del río y del mar; las machacan bien hasta que resulta una masa pegajosa trabada de muchas hebras, que son los nervios de las mismas, y con esta masa llenan apretadamente las aberturas y costuras de la piragua, la cual, siendo como es pegajosa, se agarra, mantiene y sacude el golpe del agua sin daño y con facilidad.

Todo lo dicho, que á la verdad me causó mucha admiracion á los principios, hallé despues en Mr. Blaew (1) que lo practican los indios bárbaros de las islas Maldivias, que á diez y siete leguas del cabo de Comorin corren hácia la isla de Java, en el golfo de la India oriental. Dice este autor que de solos los troncos de los cocos forman aquellos indios sus embarcaciones, sin clavo alguno, sinó estrechando y uniendo las tablas con sogas que tuercen del cáñamo que sacan de las hojas de los mismos cocos; y áun aquí crece mucho más la dificultad, porque en las embárcaciones del Orinoco, que, como dije, son de una pieza, tan largas y anchas cuanto puede dar de sí el mayor tronco, sólo hay la dificultad de acomodar y afirmar la tabla que añaden por el bordo; pero como los indios de Maldivia unen sus tablas de coco en forma de embarcacion, desde la quilla hasta el bordo, sin clavos, sólo con enlaces de cuerdas, es mucho más arduo de hacer y difícil de percibir.

Que los indios orientales maldivios formen las velas para navegar del material que dan las hojas de los cocos es industria que practican los naturales del rio Orinoco, especialmente para las canoas en que salen á pescar, porque aquellas mismas esteras que tejen de los cogollos de la palma muriche les sirven por

(1) Atlas Indiæ, part. 2, pag. mihi, 3, ibi: Notatu dignum, naves hic confici ex solis harum arborum lignis, quæ non clavibus, sed funibus, ex hac ipsa arbore factis solide nectunt. Folia pro velis sunt, etc.

la noche de colchon y de colcha y de día hacen el oficio de vela para navegar. Y si llega el caso, como sucede, de haber vendido las esteras, los he visto salir á pescar, asegurando en medio de la canoa un arbolillo coposo, que es suficiente para que el viento empuje la embarcacioncilla río arriba, y hecha ya la pesca, bajan con la corriente del agua.

Por lo que toca al modo de carpintear y trabajar sus embarcaciones, así las mayores, que llaman piraguas, como las menores, que llaman canoas, en las naciones que no tienen aún noticia de la herramienta ni de su grande utilidad, con la misma flema con que dijimos labran sus arcos, flechas y lanzas de macana, palo durísimo; pero si en aquellas maniobras cortas gastan dias y semanas, en la de las embarcaciones consumen muchos meses y á veces años.

Y es la razon porque, cortado el árbol con las hachas de pedernal, y desmochado por la parte conveniente con el afan y costo de tiempo, van gastando con fuego desde la parte superior del tronco, dejando tres dedos de casco por uno y otro lado, hasta que en el fondo sólo queda un grueso semejante al de los bordos; concluida esta tarea llenan de agua aquel trozo cóncavo y con hojas secas de palma le van arrimando fuego manso, siendo cosa muy digna de notarse el ver como el calor por la parte de afuera y el agua por la de adentro concurren y van ensanchando el hueco, abriendo y retirando los bordos á uno y otro lado; al mismo tiempo cooperan los indios encajando por lo interior de la canoa barrotes y travesaños de madera firme y muy ajustados que ayudan á abrirla, y despues de abierta no la dejan cerrar; en el lugar que corresponde al árbol que ha de llevar la vela duplican los travesaños más fuertes y mas corpulentos para afianzar contra ellos el dicho árbol, y concluida la maniobra apartan el fuego, apagan el que se prendió en la superficie exterior y con gran prolijidad gastan muchos dias en desbastar el carbon de adentro y de afuera, hasta que toda la canoa queda con un lustre como de azabache que resulta del

carbon bruñido; y es de saber que aquel poco carbon exterior que le queda es una defensa grande para que el agua no dañe ni pudra las embarcaciones.

Para navegar por el Orinoco y por los otros ríos que entran en él, si el tiempo amenaza borrasca, para asegurarse más y resistir mejor á los golpes del oleaje, usan de dos canoas algo separadas una de otra, pero unidas con maderos firmes por la proa y popa y por la mitad del buque; con lo que, por recio que sea el oleaje, jamas se trabucan las canoas, y yo he navegado en ellas repetidas veces con recios temporales y con toda seguridad. Este arbitrio causó notable novedad á Mr. le Mayre (1) en las costas de la Nueva Guinea, maravillándose de ver en alta mar unidas, ó por mejor decir, uncidas con tres yugos, de dos en dos las canoas de aquellas gentes bárbaras, que por más que lo son, no les falta ingenio y trazas para mirar por su seguridad y utilidad: instinto que ha concedido Dios á las fieras y animales, para su conservacion y propagacion, y asi no es mucho se halle en aquellos hombres, que parecen fieras.

Aquí parece que corresponde el hacer mencion de los inventos ó artificios de que usan los indios de quienes voy hablando para pasar los rios caudalosos que les niegan el vado en los viajes que emprenden por tierra, y á que se acomodan los misioneros que caminan con ellos, por la precision en que los pone la falta de puentes y de embarcaciones. El más comun, y al parecer más seguro, es el que llaman taravita, y vulgarmente cabuya, del cual nadie se puede librar si sube á la capital del Nuevo Reino, por el camino de Mérida y Pamplona. Este da el paso por el aire en los rios de Chama y de Chicamocha: la maniobra consiste en sola una maroma, que atraviesa de barranca á barranca, bien elevada en el aire, y afianzadas sus extremidades en maderos fijos y sólidos: de la maroma

(1) Diario de Mr. le Mayre.

está prendido un garabato de madera fuerte, con dos sogas fijas en las dos partes íntimas; la una soga tiene las veces y oficio de asiento, y con la otra afianzan al pobre pasajero por la cintura y por debajo de los brazos, tan ajustadamente, que si al pasar se rompe la taravita ó el garabato, es preciso que se ahogue el pasajero, pues allí no hay valor que valga, y el hombre más valeroso se pone mortal (hablo por experiencia) luégo que, ligado, se ve volando por el aire, y llega á la otra banda del río sin color en el rostro y sin habla á veces, y no falta quien llega desmayado. Del mismo modo pasan las cargas de una en una. Si el pasajero es persona de distincion, pasa metido en un canasto firme, afianzado en dicho garabato; pero no creo que esto disminuya el susto y miedo. Del garabato ó taravita hay dos sogas prendidas; la una llama la carga para el otro lado del río, y la otra hace retornar la taravita, para transportar nueva carga, ó nuevo pasajero. Donde el río es muy ancho, como en Chicamocha, para pasar la carga atan la soga del garabato a la cola de un caballo que esté ya enseñado á dar un galope hasta cierto término, que equivale al ancho del río: en Chama y otros ríos menores hace uno de aquellos hombres este oficio, á fuerza de brazos, y de ordinario concurren dos, que tiran al desventurado pasajero por aquellos aires con notable velocidad.

Esto, que con razon causa horror á los forasteros, es tan familiar á las gentes de aquellos paises que no necesitan de pagar á nadie que los pase; ellos mismos se atan, aunque vaya uno de ellos solo, y tomando la soga, que está afianzada en el otro lado del río, se transportan sin susto. Tanto como esto puede la costumbre.

Otro artificio más peligroso es el de los puentes de Paya y de Siama, que son una especie de red colgada en el aire de banda á banda y afianzadas ambas extremidades en árboles y en estacas firmes; la red es de bejucos correosos, á modo de largos sarmientos: en el fondo de la red ponen guaduas, que

son cañas huecas y muy gruesas, una en pos de otra, desde la una á la otra barranca: en una y otra orilla de la red ponen de las mismas guaduas, trabadas unas con otras, las que sirven de barandillas, y las del fondo de la red para ir poniendo los piés: por aquí se pasa con mucho cuidado, porque todo ayuda y provoca á desmayarse en la travesía: la red toda se conmueve y balancea, y al llegar á la mitad de ella, los balances son mayores, el río está muy abajo y pasa con estrépito entre peñascos; la vista se turba, y muchos caen desmayados, pero quedan dentro de la red, y entónces va un indio, carga con el pasajero y le pone en tierra; y despues va y vuelve por dicho puente ó red, transportando las cargas con tanta frescura como si fuera un puente de cal y canto: yo confieso ingenuamente que con la repeticion de pasar por ellas llegué á perderles el miedo. Pero es todavía más arriesgado el otro artificio de las balsas, que son las más usadas, porque se reducen á unas tres tandas de maderos, de guaduas ó de haces de juncos atados unos sobre otros, en las cuales, aunque medio hundidas en el agua, se atraviesan los ríos; y á los Padres misioneros se les ofrecen con frecuencia ocasiones de valerse de ellas para largos viajes de río abajo.

Y aquí ocurre recordar un favor singular que hizo mi gran Padre San Ignacio á un Padre que me acompañó muchos años en las misiones, y de cuya boca le oí repetidas veces, ya por vía de agradecimiento, ya para excitar la devocion y confianza para con tan santo y amable Patriarca. Fué el caso que, navegando río abajo por el que se llama Sarare (cuyo nombre pierde al entrar Apure), por donde habia ya bajado en balsas otras veces, al doblar una vuelta del río, no léjos del sitio llamado Masibuli, fué arrebatada la balsa repentinamente de un furioso raudal por donde en las crecientes últimas se habia hecho paso el río, derribando cedros y destrozando toda aquella parte de bosque, por donde corria precipitado. Cuatro indios catecúmenos y áun bozales que, con cuatro varas largas y

gruesas gobernaban á su modo la balsa, hicieron todo esfuerzo para evitar el peligro que amenazaba de hacerse pedazos y ahogarse todos; mas no alcanzando las varas al fondo del río, quedó la balsa sin gobierno, se atravesó luégo é iba á estrellarse contra un tronco de los muchos que allí había; era el riesgo en la mitad del río y ya no quedaba esperanza de salvar la vida sinó nadando, porque de la balsa hasta el escollo sólo habría seis varas de distancia. En este urgentísimo conflicto exclamó el Padre misionero diciendo: «Padre mío San Ignacio, asistidnos», y al mismo tiempo, olvidado con la turbacion de que sobre la sotana traía apretado el ceñidor, trabajaba para sacarla por encima de su cabeza, lo que á fuerza de tirones consiguió en parte, quedándole el rostro cubierto con la misma parte de ropa que habia atraido de las espaldas; y á la verdad, ni el Padre sabia ya lo que se hacía, ni dónde estaba, ni lo que pasaba; en este estado, el capitan don Domingo Zorrilla, de quien en otras partes de esta historia se hace mencion muy debida á sus meritos, tomó al Padre por la mano y le dijo: «Padre, ¿qué es lo que hace?»—«Hijo mío, respondió el Padre, ropa afuera y nademos.» – «Ya San Ignacio glorioso nos puso en la playa», replicó el capitan; y los mismos indios, absortos del prodigio, decían todos á una y á gritos: *Tugaday, tugaday. San Ignacio ausucañutó. ¿Day dia qué?—Verdad, verdad. San Ignacio nos ha favorecido. ¿Cómo es esto?* A estas voces apartó el Padre la sotana del rostro, vió la balsa encallada en la playa, y volviendo los ojos al raudal y al tronco del riesgo, le vió en medio del río frente á frente exdiámetro de la arena en que estaba varada la balsa; y con tal maravilla y favor, excitó de nuevo las veras con que dicho capitan y los cuatro indios alababan á Dios por el favor que por la intercesion del santo Patriarca habían recibido, y los que viven de ellos todavía mantienen reciente en su corazon el agradecimiento al beneficio, siendo así que sucedió á principios de Febrero del año de 1717. Instó mucho el

Padre al capitan que supuesto que había estado con la vista desembarazada dijese cómo había sido aquel transporte de la balsa sin descaecer río abajo y con tanta brevedad. Respondió constantemente que no sabía cómo fué, y que ni pudo reparar en ello, porque oir la invocacion de San Ignacio y hallarse en la playa le pareció que todo fué al mismo tiempo.

Y áun creo que fué mayor favor y más evidente la maravilla que obró el Santo en las otras siete balsas que, llenas de indios gentiles, pero deseosos del santo bautismo, capitaneados por un indio buen cristiano llamado don Antonio, navegaban en compañía del dicho Padre; porque arrebatadas las siete balsas frágiles y recargadas de indios, bajaron por todo aquel largo raudal dando repetidos porrazos, ya contra los palos, ya unas contra otras, sin desbaratarse alguna de ellas, sin que cayese indio alguno en el agua y sin perder los pobres, pero muy necesarios bastimentos que llevaban; por lo que dieron todos repetidas gracias al Señor, como era justo.

Y yo refiero aquí estos casos para que todos, y en especial sus hijos, nos valgamos de la poderosa intercesion de nuestro benignísimo Padre San Ignacio, en quien con especialidad deben confiar mucho los jesuitas misioneros por el grande amor que el santo Patriarca tuvo y tiene á tan santa y apostolica ocupacion.

CAPÍTULO XII

Del mortal veneno llamado curare: raro modo de fabricarle, y de su instantánea actividad

No satisfecha la serpiente infernal con haber inficionado desde el paraiso con su pestífero y mortal veneno á todo el género humano, no se cansa ni desiste de su maligna porfía, vomitando nuevas muertes, para las almas con el pecado, y para los

cuerpos con los venenos á que incita entre las gentes de razon y juicio y con las ocultas ponzoñas que descubre y manifiesta á las naciones ciegas del Orinoco y á otras semejantes. Digo esto con toda seriedad y sinceridad, porque á lo que puedo percibir de sus ocultos arcanos de algunos venenos, cotejados éstos con la corta capacidad y ninguna reflexion de aquellos incultos indios, infiero con bastante fundamento que su noticia y circunstancias de toda la maniobra no son ni pueden ser hijas de su debil juicio ni de su tosca industria, y así unas armas tan mortíferas provienen de la saña implacable con que el enemigo comun mira á todo el género humano, cuya total ruina fuera su mayor consuelo. La demostracion del hecho será la mejor prueba de lo que llevo expresado.

La nacion caverre, la más inhumana, bruta y carnicera de cuantas mantiene el Orinoco, es la maestra y ella tiene el estanque del más violento veneno que á mi ver hay en la redondez de la tierra. Sólo esta nacion tiene el secreto y le fabrica y logra la renta pingüe del resto de todas aquellas naciones, que por sí ó por terceras personas concurren á la compra del curare, que así se llama. Véndese en unas ollitas nuevas ó botecillos de barro que la que más tendrá cuatro onzas de aquel veneno, muy parecido en su color al arrope subido de punto: no tiene sabor ni acrimonia especial; se pone en la boca y se traga sin riesgo ni peligro alguno, con tal que ni en las encías ni en otra parte de la boca haya herida con sangre, porque toda su actividad y fuerza es contra ella, en tanto grado que tocar una gota de sangre y cuajarse toda la del cuerpo con la velocidad de un rayo todo es uno. Es maravilla el ver que herido el hombre levemente con una punta de flecha de curare, aunque no haga más rasguño que el que hiciera un alfiler, se le cuaja toda la sangre y muere tan instantáneamente que apénas puede decir tres veces Jesus.

Un soldado, y despues alférez de la escolta de nuestras misiones, oriundo de Madrid, llamado Francisco Masías, hombre de

brío y de valor, grande observador de la naturaleza, propiedades de las plantas y animales y hasta de los insectos, fué el primero que me dió la noticia de la instantánea actividad del curare. Suspendí mi juicio y me remití á la experiencia. Presto ocurrió una manada de monos amarillos (gran comida para los indios, que en su lengua les llaman *arabata*): todos los indios compañeros se alistaron para matar cada uno cuantos pudiese, y tomando yo un indio aparte le rogué que flechase uno de aquellos monos que, parado en pié sobre una hoja de palma, con la mano izquierda tenia otra hoja más alta; dióle la punta de la flecha en el pecho, levantó la mano derecha que tenia colgando é hizo ademan de querer arrancar la flecha (como lo hacen cuando las tales no tienen curare); pero al mismo tiempo de hacer el ademan, y sin acabar de llegar la mano á la flecha, cayó muerto al pié de la palma; corri, aunque estaba cerca, y no hallándole calor en lo exterior del cuerpo, le mandé abrir desde el pecho hasta abajo; pero, ¡oh prodigio grande de las causas ocultas que ignoramos! no le hallé rastro alguno de calor ni áun en el mismo corazon. Al contorno de éste tenia mucha sangre cuajada, negra y fría; en lo restante del cuerpo casi no tenia sangre, y la poca que le hallé en el hígado estaba del mismo modo que la del corazon, y en lo exterior tenia una espuma fria algo naranjada; y colegi que el frio sumamente intenso del curare enfria instantáneamente la sangre y que ésta, á vista de su contrario, tira á refugiarse al corazon, y no hallando en él suficiente abrigo, se cuaja, hiela y ayuda á que el viviente muera más aprisa, sofocándole el corazon.

Mucho ha dado que pensar y discurrir esta noticia del curare á los curiosos, así por la raiz ó bejuco de que se extrae como por su fábrica singular y especialmente por el efecto instantáneo que produce, y aunque sobre esta noticia no han ocurrido dudas que desatar, como se han ofrecido acerca de algunas otras de esta historia que llevo ya corroboradas con pruebas autorizadas, con todo quiero ilustrar la del curare con la que

nos dejó el Padre Acuña, de la compañía de Jesus, en el memorial que presentó á Su Majestad de resulta del viaje de observacion que por órden de la real audiencia de Quito hizo con todo cuidado, registrando el Marañon, rey de los ríos.

En dicho memorial describe el Padre Acuña la serie de los ríos que desaguan en el principal, notando sus bocas, caudal y las naciones de indios que viven en ellos; y llegando á tratar del río Treinta, despues de otras cosas, dice que viven en sus vegas los indios *tapajosos*, nacion valiente y guerrera, y añade que éstos usan de tal ponzoña en sus flechas que con sólo llegar á sacar sangre quita sin remedio la vida.

No da dicho Padre las señas de aquella ponzoña, ni de su color, ni tendría noticia del modo con que la fabrican ó la adquieren, pues á tenerla es regular nos la hubiera dejado en su escrito; pero es creible que así como los indios caverres, no obstante su tosquedad, hallaron este fatal veneno, le hayan hallado tambien los tapajosos. Por otra parte, si no obstara la mucha distancia que concibo entre la parte inferior del Marañon y la que ocupan los caverres en el Orinoco, y las muchas naciones belicosas que sin duda habrá en el intermedio, me persuadiera que de mano en mano llega hasta los tapajosos el curare; no obstante, como este veneno es para aquellas gentes un género muy apreciable, dado caso que los tapajosos no le fabriquen, ni alguna de aquellas naciones cercanas, no es difícil creer que, aunque de tan léjos, le adquieren por mano de algunos comerciantes.

A vista de tan instantánea operacion de la naturaleza, quiero poner otra del arte é ingenio del nunca bastantemente alabado Padre Atanasio Kilkerio. Celebraba la casa profesa de Jesus en Roma las glorias de nuestro santo Patriarca Ignacio de Loyola: la funcion era á toda costa; toda la testera de aquella grande iglesia era un intrincado é innumerable laberinto de velas: la hora de encenderlas ya se pasaba, y el concurso de comunidades y nobleza estaba ya impaciente por la demora;

salió un hermano viejo con una caña, y en ella una luz para encender, con lo que creció la impaciencia. Ni en tres horas, decían, podrá encender tantas velas. Y ¡ aquí del asombro ! apénas tocó una pavesa de la vela cercana, cuando improvisamente ardieron todas por la simpatía del preparativo secreto, quedando en un instante iluminado el templo y asombrado el concurso ; prontitud muy parecida á la del curare.

Dejo otras ilaciones que hice de la actividad del curare para los curiosos, y voy á otra admiracion, y es que á mi vista hizo el indio pedazos al mono, le puso en la olla y le aplicó fuego: y la misma diligencia hicieron los demas indios con sus monos: mi reparo no era en que comiesen de aquella carne, ni por ser de mono, ni por ser muerta á veneno ; lo que me admiraba era que aquellos cuajarones de sangre envenenada, y que en sí contenía toda la actividad del veneno, tambien fueron á dar dentro de las ollas y despues á los estómagos de los indios : híceles varias preguntas sobre la materia, y quedé tan satisfecho de sus respuestas que ese día comí de una de sus ollas el hígado (que en lo sabroso puede competir con el del más tierno lechon, si el hambre no me engañó), y en adelante, en semejantes batallas con los monos, siempre pedía un hígado para probar de los despojos. El mismo instantáneo efecto reconocí despues en los tigres, antes, leones y otras muchas fieras y aves. Con esta ventaja el indio nunca se asusta aunque repentinamente le salga un tigre cara á cara, porque al verle con gran paz saca su flecha, hace la puntería y dispara, con el seguro de que por su destreza no yerra tiro, y más seguro de que con que le pique levemente la punta de la nariz ó cualquiera otra parte del cuerpo da la fiera uno ó dos saltos y cae muerta.

A la vista de este inaudito y fatal veneno, y á la vista de la gran facilidad con que todas las naciones del Orinoco y de sus dilatadas vertientes le consiguen, no puedo dejar de alabar la sabia providencia del Altísimo y bendecir su paternal misericordia por haber dispuesto que no sepan bien aquellos bárbaros

las invencibles armas que tienen en su curare; ni permita su divina Majestad que lo penetren ni entiendan para que puedan lograr la luz del santo Evangelio. ¿Qué misionero, qué español, qué soldado pudiera vivir entre ellos, si despreciada por los mismos la silenciosa furia de su saeta y curare, no se aturdieran al estrépito y tiro contingente del fusil? Digo contingente, ya en la chispa, que tal vez no prende, ya en la puntería, que acaso se yerra, ya en las muchas aguas que impiden totalmente su manejo: cuando al contrario, la punta mojada con el curare, ni tiene contraste, ni remedio, ni áun da tiempo para clamar á Dios. Y no sólo no tiene remedio el herido con el curare, pero ni se ha hallado antídoto que pueda preservar de su repentina actividad, pues aunque un chico inocente descubrió al V. Padre Juan Rivero que al que tiene sal en la boca no daña el curare, y el V. Padre halló ser cierto despues de varios experimentos hechos en animales, no es practicable este remedio en los hombres, porque ¿quién sufrirá la sal largo tiempo en la boca? Y si está en la faldriquera, no da el veneno lugar á sacarla.

Ya hemos visto, no sin novedad, la fuerza eficaz del curare: pasemos á examinar su maniobra singularísima. Es de saber que toda la ponzoña del curare se origina de una raiz del mismo nombre, tan singular y única, que sólo es raíz de sí misma, sin arrojar jamas hojas ni retoños, y aunque crece, siempre va escondida, digámoslo así, temerosa de manifestar su oculta malignidad, y para que se escondiese más le señaló el Autor de la naturaleza, no la tierra comun al resto de las plantas, sinó el cieno podrido y corrupto de aquellas lagunas que no tienen desagüe, de manera que sus aguas sólo en caso de grave necesidad se beben, por ser gruesas, de mal color, peor sabor y de hedor correspondiente. Entre el cieno corrupto sobre que descansan aquellas aguas pestíferas nace y crece la raíz del curare, parto legítimo de todo aquel conjunto de inmundicias: sacan los indios caverres estas raíces, cuyo color es pardo, y

despues de lavadas y hechas pedazos, las machacan y ponen en ollas grandes á fuego lento; buscan para esta faena la vieja mas inútil del pueblo, y cuando ésta cae muerta á violencias del vaho de las ollas, como regularmente acontece, luégo sustituyen otra del mismo calibre en su lugar, sin que ellas repugnen este empleo, ni el vecindario ó la parentela lo lleve á mal, pues ellas y ellos saben que éste es el paradero de las viejas. Así como se va entibiando el agua, va la pobre anciana amasando su muerte, miéntras de olla en olla va estregando aquella raiz machacada para que con más facilidad vaya expeliendo su tosigo en el jugo de que se va tinturando el agua, que no pasa de tibia, hasta tomar el color de arrope claro; entonces la máestra exprime las raices con todas aquellas pocas fuerzas que su edad le permite, dejando caer el caldo dentro de la olla, y las arroja como inútiles; luégo añade leña y empieza de recio el cocimiento, y á poco rato de hervir las ollas, ya atosigada, cae muerta, y entra la segunda, que á veces escapa y a veces no.

Cobra finalmente punto el cocimiento, merma la tercera parte del caldo, y condensado ya, grita la desventurada cocinera y acude al punto el cacique con los capitanes y el resto de la gente del pueblo al exámen del curare y á ver si está ó no en su debido punto, y aquí entra la mayor admiracion de toda esta rara maniobra. Moja el cacique la punta de una vara en el curare y al mismo tiempo uno de los mocetones concurrentes con la punta de un hueso se hace una herida en la pierna, muslo ó brazo, donde le da la gana, y al asomarse la sangre por la boca de la herida acerca el cacique la punta de la vara con el curare sin tocar la sangre, porque si la tocara y retrocediera inficionara toda la de las venas y muriera luégo el paciente; si la sangre que iba á salir retrocede ya esta el veneno en su punto; si se queda asomada y no retrocede, le falta ya poco; pero si la sangre corre por afuera, como naturalmente debe correr, le falta mucho fuego, y así le mandan á la triste anciana que prosiga

en su maniobra, hasta que repetidas despues las pruebas necesarias, aquella natural antipatía con que la sangre se retira violentamente de su contrario les manifiesta que ya el curare subió á su debida y suma actividad.

Si algun botánico famoso hubiese encontrado esta raíz y conocido su oculta malignidad, no habia de que admirarnos. Si el famoso Tritemio ó Borri, ó alguno de aquellos sabios inventores de la química, á fuerza de experimentos y discursos hubiera finalmente dado en esta singular maniobra, fueran dignos de grande alabanza, y nada extrañara este efecto como parto de entendimientos tan cultivados; pero que todo esto sea invencion de la nacion más tosca y bárbara del Orinoco, ¿quién lo creerá, sinó confesando que todo ello, desde el hallazgo de la raíz hasta el fin, fué dictado por el demonio? Yo así me lo persuado. ¿Pero qué fuera, y qué quinta esencia saliera si esta maniobra se ejecutara por uno de nuestros científicos, con las vasijas competentes y con las reglas de la facultad, cuando sacado tan groseramente tiene tal eficacia?

Yo he tenido muchas veces el curare en mis manos, y aunque no soy testigo ocular de la referida maniobra, tengo su individual noticia por tan seguros conductos que no me dan lugar á la menor duda ó sospecha. El venerable Padre José Cabarte, de la Compañia de Jesus, que gastó casi cuarenta años en las misiones del Orinoco y sus vertientes, es el único de los nuestros que ha entrado en la nacion de los caverres con un indio sáliva, muy capaz y de muy buenas costumbres, á quien el venerable Padre, con el bautismo, le dió su mismo nombre. De estos dos autores fidedignos oí la primera vez todo lo que llevo referido. Despues que bajé al Orinoco tuve las mismas individuales noticias por indios de varias naciones de aquellos mismos que concurren á la feria anual del curare y vuelven con sus ollitas, más guardadas que si fueran de un bálsamo muy precioso; cuyas declaraciones, aunque de tan diversas gentes, siempre hallé concordes en todo con la primera é individual no-

ticia que he referido; y así no me queda razon alguna de dudar en órden á la seguridad de lo referido en la fábrica del curare.

Ni es ménos digna de saberse la duracion de este veneno, esto es, la obstinacion con que mantiene toda su actividad y vigor hasta que se acaba de gastar todo en medio de tenerlo los indios sin resguardo alguno, sin tapar las ollitas en que le compran, sin evaporarse ni perder un punto de su mortal eficacia. Esto es mucho; pero en fin, como allí está junto y condensado no es de admirar que se mantenga toda su actividad. Lo singular y digno de reparo es que una vez untadas las puntas de las flechas con muy poca cantidad, tal, que apénas llegará á un adarme lo que recibe cada punta, en aquella corta cantidad mantiene y guarda toda su fuerza largos años, tantos cuantos gasta el dueño de la aljaba ó carcaj en gastarlas. De modo que hasta ahora no se ha experimentado que por largos años que aquella corta untura haya estado sin resguardo alguno en la punta de la flecha haya jamas sido menor la fuerza del maligno curare. Sola una cosa reparé en varios viajes de aquellas selvas, y era que al sacar los indios las flechas de la aljaba, ó para matar monos ó jabalíes, ó para los rebatos repentinos, lo mismo era tener la flecha envenenada en sus manos que revolver la punta del veneno y metérsela en su boca. Preguntéles la causa, movido de mi continua y natural curiosidad, y me respondieron siempre que con el calor de la boca y la humedad de la saliva se aseguraba más el tiro, avivando la actividad del curare, cosa que me pareció muy natural.

CAPÍTULO XIII

De otros venenos fatales: su actividad: la cautela con que los dan, y cómo los descubrí

Aunque sola una mortífera boca fuera bastante para que la hidra se hiciera formidable á los mortales, con todo se le atribuyen muchas para que causen mayor espanto y temor los multiplicados conductos de su ira y de su mortal ponzoña. No es idea poética el curare, de que largamente hemos tratado en el capítulo antecedente, sinó veneno efectivo, mortal y maligno, y á la verdad, aunque la hidra infernal no hubiera abierto otra boca ni otra puerta para la muerte de las naciones del Orinoco, era esta muy suficiente para destruirlas, mayormente no habiéndose hallado todavía triaca que sea practicable; pero como su ira y saña infernal contra los hombres es insaciable, abre cada dia más y más bocas para vomitar nuevos venenos, descubriendo las malignas cualidades que, recónditas en los simples, no acechaban ni amenazaban á las vidas de aquellas ignorantes naciones; las cuales, cuanto más quieren asegurarse usando los venenos en lugar de armas, tanto más se arriesgan multiplicando puertas á su muerte y nuevas asechanzas á su frágil vida.

Bien casualmente descubrí otro veneno que, tomado en la comida ó bebida en corta cantidad, infaliblemente quita la vida, reduciendo el cuerpo ántes de morir á un vivo esqueleto, á violencias de una calentura irremediable; éste se llama en lengua jirara *irruqui alabuquí*, esto es, *veneno de hormigas*. Y el caso con que adquise esta noticia fué el siguiente: caminábamos el año de 1719 por las vegas del río Apure, y miéntras los indios, segun su costumbre de lavarse tres veces cada día, se estaban

refrescando en el río, me senté sobre un árbol seco; vi venir contra mí una hormiga de extraña magnitud toda veteada de listas negras, amarillas y encarnadas; y áun era más extraño su modo de caminar, porque echados los dos piés de delante hácia sus espaldas venía parada, y la cabeza en alto contra mí. Yo, enamorado de sus bellos colores y de su nunca visto modo de caminar en su especie, estaba divertido rechazándola con un palito. A poco espacio salieron otras y otras más de aquella misma hechura, y con todas tenía yo faena rechazándolas para que no me echasen de mi asiento, cuando llegó un indio de buena ley, que no lo son todos, y dando un grito formidable, me dijo en tono asustado: *¡Day Jebacá, Babi, alabuqui, ajaducá! — ¡Qué haces, Padre, que esas están llenas de veneno!* Apartéme luégo y me puse á examinar al indio, el cual, no reservando el secreto, como acostumbran casi todos, dijo: «Estas hormigas son muy bravas y muy ponzoñosas; si pica una sola, da un día de calentura; si pican dos, se alarga más la calentura; y si llegan á picar más, corre peligro la vida. Los indios malignos y matadores sacan de estas hormigas el veneno para matar y vengar sus agravios. Estos hormigueros no llegan á tener el número de treinta hormigas, como lo ves (ya habian salido todas); pero con ellas basta y sobra para sacar cantidad de veneno con que matar mucha gente.» — «¿Cómo las cogen y cómo sacan su veneno?» repliqué yo. Y dijo el declarante: «Como las hormigas se enojan tan fieramente y porfían en querer morder, se van cogiendo con un copo de algodon bien esponjado una á una, y puestas sobre el borde de una ollita en que hay agua, se cortan por la mitad, dejando caer el vientre en ella y echando lo restante, sin recibir daño el que las coge y parte: á pocos hervores que dé aquella agua con las medias hormigas á fuego lento las sacan, y el agua, despues de fria, cría una tela ó nata de grasa, procedida de las hormigas, que recogen y guardan en cañutos, no de caña, porque se penetra y se pierde, sinó en cañutos que labran de canillas de tigre, de mono ó de leon, donde

se mantiene bien.» — «¿Y sabes tú, repliqué yo, cómo la dan para matar.» — «Sí, Padre, dijo él, que cuando nos juntamos á beber chicha es cortesía que unos den de beber á otros sin soltar la tutuma ó vaso miéntras bebe el otro, pues el que quiere vengarse de alguno no lo hace hasta que venga un dia de bebida; entónces da él de beber á sus amigos, y cuando llega el tiempo de dar de beber á su enemigo, pone bajo su uña del dedo pulgar un poquito de manteca de estas hormigas, coge la tutuma, y al cogerla, con gran disimulo mete en la chicha su dedo pulgar y da de beber al que quiere matar; y como da bebida á muchos y otros muchos la reparten tambien, queda el malhechor oculto; y cuando á la noche le da la calentura de muerte al doliente, nadie puede saber quién le dió el veneno».

Hasta aquí la declaracion del indio, para mí cierta é indubitable, no sólo por su dicho, si que tambien porque ántes y despues de esta noticia ya yo sabía muchas denunciaciones hechas á las justicias, delatando, ya á unos, ya á otros de que tenían canillas de veneno, y me constaba que los Padres misioneros de otras misiones antiguas habían hallado y enterrado semejantes canillas á sus solas y con secreto para que no se hallasen jamas; con que crei y creo que aquel indio me dijo cándida y sinceramente la verdad en la declaracion que llevo referida. Esta noticia me sirvió y sirve grandemente á todos los misioneros, y me ha parecido al caso continuarla aquí para que los venideros se valgan de ella y se precaucionen, como lo hice yo desde que la tuve.

Es el caso que, llegue el Padre misionero á la hora que llegare á casa de cualquier indio (hablo de los chontales, no de los que ya están doctrinados y cultivados), ó á ver un enfermo, ó á cualquiera diligencia, luégo le ponen la tutuma llena de chicha junto á la boca y no hay que excusarse, porque toman á agravio el que no beba de ella el convidado; pero quedan consolados con que sólo pruebe algun poco. A más de esto, en los pueblos que se van amansando, cuando hay estas bebidas, que

son sus mayores fiestas, el primer convidado ha de ser el Padre misionero, quien no hay que excusarse so pena de incurrir en su enojo; y debe sentarse junto al cacique y romper el nombre á la salud del concurso aunque sea con sólo el ademan de beber. Esto supuesto, y supuesta la moda referida de dar veneno, jamas probé en adelante su chicha si el que me la daba no bebía primero de ella; y aunque á los principios se resistían, con todo los convencía diciendo que era uso de la gente blanca y señal de buen corazon en el que da la bebida y en el que la toma. Esta práctica pareció muy bien á todos los Padres misioneros, cuando les revelé el secreto; y parecerá bien á todos los que, leyendo esto, vieren cuán arriesgadas tienen aquellos operarios sus vidas, porque jamas llegará á tanto la barbaridad del que da el veneno oculto en la bebida que quiera él mismo tragarse primero la muerte. En el primer recibimiento y entrada á nacion nuevamente descubierta no hay peligro, porque semejantes indios son muy bozales y á los principios están preocupados del interes, de la curiosidad y del miedo.

Pregunté tambien á mi declarante si habia ó sabía algun remedio contra el referido veneno, y me respondió resueltamente que no; que la muerte del que lo tomaba era cierta é infalible, y que si hubiera remedio él lo dijera con la misma verdad con que me había declarado lo ya dicho. Despues, con el tiempo, asistí á varios moribundos de diversas naciones que murieron de este veneno; el cual, como ya apunté, causa una calentura lenta é inquitable que va aniquilando los cuerpos hasta dejar los huesos solos y la piel: unos viven más, otros ménos, con una notable vivacidad en los ojos; y me persuado que el dilatarse ó abreviarse más ó ménos la muerte en los tales depende de la mayor ó menor cantidad de veneno que el matador aplicó á dicha bebida. Véase sobre otro veneno semejante á Herrera (1).

(1) Decada 1, lib. 7. cap 16. pag. mihi 202.

El miedo de este y de otros venenos tiene tan á raya en la bebida á los indios tunevós que, contra la universal costumbre de todas las naciones de indios, solos los tunevós, ni usan convites de bebida, ni áun fabrican género alguno de chicha que pueda emborrachar, cosa que por muy singular y sin ejemplar entre los indios he querido notar aquí; pero esta parsimonia, como se ve, no es por virtud, sinó hija del miedo y de la mutua desconfianza y poca fe que unos entre otros se tienen. Pero pasemos á ver otro veneno no ménos fatal que los dos que llevo referidos.

En aquellos valles dilatados, llenos de espesa arboleda, poblados únicamente de fieras, se hallan en tanta copia las serpientes, culebras y víboras que apénas se puede creer; entre ellas hay una especie de serpientes de singular variedad y velocidad en su carrera. Su especialísima divisa es un copete de pelo sutil que en señal de sus muchos años de vida les nace sobre la cabeza.

¿Y quién les dijo á los ciegos y bárbaros indios que aquellos pelos son veneno cruel y sangriento? Ellos lo saben; ellos usan de él, ojalá no fuera con tanta frecuencia. Y no es juicio temerario creer que este secreto se lo manifestó el demonio, amigo de ver derramada la sangre humana desde el principio del mundo. Dije veneno sangriento, porque poco despues que, ó en la bebida ó en un bocado de comida, ha recibido el paciente un pelo solo, entero ó cortado en menudas partes, hace su efecto violentísimo, empezando el pobre á vomitar sangre á bocanadas, y tanta que de ordinario acaba presto con la vida, sin haberse hallado hasta ahora remedio contra tan fatal actividad. El indio José Cabarte, á quien cité arriba como testigo de la maniobra del curare, será ahora más abonado testigo del veneno de que hablamos. Despues de haber servido este buen indio casi cincuenta años á los Padres misioneros con singularísima fidelidad y amor, no desamparándolos jamas en sus mayores tribulaciones, persecuciones y hambres ordinarias; despues de

haber ayudado últimamente al venerable Padre Juan Rivero á fundar y poner en toda formalidad la mision de San Francisco Regis de Guanapalo, murió á la violencia de este veneno. Picado un maligno viejo de que hubiese aquél demarcado una planta de iglesia mayor de lo que él quería, vengó su ira dándole un pelo de los dichos; siguióse luégo el efecto en la copiosa sangre que el pobre arrojaba; pidió los sacramentos luégo que los vómitos dieron alguna tregua, y á vista de nuestro Amo, que por Viático había de recibir, dijo estas palabras: «Ya mis hijos los achaguas, por cuyo bien tanto he trabajado, me han dado el pago; pero Dios, por quien principalmente trabajé, como lo espero, me pagará mejor; y con esta esperanza que tengo perdono muy de corazon al que me dió este veneno, que si Dios no lo hubiera permitido él no hubiera hecho este daño, y más no habiéndole yo hecho mal alguno á él ni á persona alguna de todo este pueblo; yo sé quién es y quiero que sepa que le perdono muy de veras; sólo deseo que se arrepienta de su pecado.» Esto dijo; y nos dejó aquel indio cristiano nuevo un ejemplo admirable muy digno de que le imiten los que se precian de cristianos viejos.

A pesar de que el venerable Padre Rivero quedó muy edificado de la protesta del moribundo, con todo le visitaba con frecuencia, y suavemente tiraba á persuadirle que aquella enfermedad era cosa natural; que con alguna fuerza, al levantar algun madero de la iglesia nueva, se le habría roto alguna vena interior, y que esta era la causa de sus vómitos de sangre; que él era bienhechor de todo el pueblo: que toda la gente le amaba mucho y sentía su muerte como si se muriera el padre de todos ellos, y así que no pensase en que éste ó el otro le hubiese dado veneno; pero el enfermo, que con tantos años de asistencia á los Padres estaba bien cultivado y de suyo era capaz, le respondió: «Padre mio, yo sé de qué mal muero; yo muero de buena gana porque Dios lo quiere;—yo he perdonado y perdono al viejo que me dió el pelo de serpiente: sé cómo y

cuándo me lo dió y tambien el motivo, y me alegro que la fábrica de la iglesia sea la causa de mi muerte; más de cuarenta indios he visto morir con este tal veneno, y todas las señas que vi en ellos veo ahora en mí. ¿Qué es lo que te aflige, mi Padre? ¿Tengo otra obligacion que la de perdonarle? Pues mira, para que quedes más satisfecho verás lo que hago ahora.» Llamó luégo á sus hijos y les dijo: «So pena de mi maldicion y de que seréis malditos de Dios, os mando que cuando sepáis algun dia quién me dió el veneno que me mata no le hagáis mal alguno, sinó todo el bien que pudiereis; así os lo mando para que Dios os haga bien y á mí me dé el cielo.» Hé aquí otro ejemplo muy digno de imitacion. Íbase consumiendo poco á poco el buen indio, y movido á lástima el Padre, le dijo: «José, pídele á Dios que cuanto ántes te lleve al cielo, porque es mucho lo que padeces»—«No, mi Padre, replicó el enfermo; no le pido eso; lo que le pido es que me castigue aquí, y que en habiendo pasado el purgatorio que debo, en esta vida, me lleve á descansar: esta súplica le tengo hecha por mano de San Francisco de Borja, mi patron; y este mi purgatorio durará hasta la fiesta del Santo.» Como lo dijo, así sucedió. No quiero decir que en esto profetizase ó tuviese revelacion; lo que digo y sé de cierto es que murió en las primeras vísperas de la fiesta del glorioso San Francisco de Borja, dejándonos á todos muy edificados y con prendas muy claras de su salvacion.

Poco despues de su entierro, llegué yo á aquella mision de San Regis, y el V. Rivero me contó todo lo que llevo referido; en donde se ve, no sólo la eficacia mortífera de un solo pelo de aquellas serpientes, sí que tambien la eficacia de la divina gracia, que de hombres semejantes á las fieras sabe formar cristianos que nos den ejemplos de virtudes heroicas, como nos dió el indio José Cabarte.

Hay otro gran número de venenos en muchas yerbas de que usan los indios para matar á sus enemigos, y á los que usan de las tales yerbas llaman yerbateros. De los que mueren

emponzoñados con ellas pudiera decir mucho, porque no son pocos; y la señal fija de ser yerba ó yerbas la causa de las tales muertes es el rajarse las carnes del cuerpo en largas cisuras y salir de aquellas sajaduras, no sangre, sinó un humor amarillo que en breves dias saca de este mundo al doliente. Jamas he podido investigar qué especie de yerbas sean. Puede ser que algun misionero con alguna casualidad las descubra; y quiera Dios que al mismo tiempo se descubra su remedio ó su contrayerba.

CAPÍTULO XIV

De las culebras venenosas de aquellos países

§ I

Del culebron espantoso llamado *buio*

Las plagas que el poder de Dios multiplicó en Egipto para castigar los endurecidos corazones del bárbaro Faraon, de sus crueles ministros y de todos los ciegos idólatras de aquel reino, no creo que sean tantas como las que la justicia divina ha enviado á las vertientes del Orinoco y á las vegas de los muchos ríos que le tributan sus raudales para azote y castigo del bárbaro modo de proceder de sus moradores: y así como al principio de esta obra, entro ahora con nuevo sobresalto en este capitulo; no sea que la ingenua relacion de la verdad retraiga á alguno ó algunos de los deseos que tienen de regar aquel terreno con sus sudores á vista de las plagas de que está infestado; pero reparando que quien alista estos soldados es sólo Dios, con accion reservada para sí, cooperando la criatura: *ego elegi vos* (1) *designavit Dominus, et alios septuaginta duos*, etc. (2); y

(1) Joann., xv, 16.
(2) Luc., x, 1.

que su divina Majestad les da el valor y fuerzas necesarias y tambien la triaca contra todos los venenos y serpientes: *serpentes tollent, et si mortiferum quid biberint* (1), *non eis nocebit;* así afianzado sobre tan sólido fundamento, detesto y desecho al punto toda sospecha y paso á referir con toda seguridad la realidad de las plagas propuestas; y más con la protesta de que no hay en las misiones de que trato memoria ni tradicion de que haya muerto Padre misionero alguno, ni de veneno dado maliciosamente, ni de mordedura de culebra, ni en las garras del tigre, dientes del caiman ni de otras fieras, que es cosa notable.

El primer horrible serpenton que se nos pone á la vista, por hallarse con gran frecuencia en aquellos paises, es el buío, á quien llaman los indios jiraras *uriofú*, y otras naciones y los indios de Quito le llaman madre del agua, porque de ordinario vive en ella. Es disforme en el cuerpo, del tamaño de una viga de pino con corteza y todo; su longitud suele llegar á ocho varas; su grueso es correspondiente á la longitud, y su modo de andar es poco más perceptible que el del puntero de los minutos de la muestra de un reloj. Dudo mucho que cuando anda en tierra haga en todo el día media legua de jornada; y en las lagunas y ríos, donde de ordinario vive, no sé á qué paso anda; sólo el verle da notable espanto, bien que da consuelo saber cuán de plomo son sus movimientos: con todo, el que sabe el alcance largo del pestilente vaho de su boca pone en la fuga su mayor seguridad. Así que siente ruido, levanta la cabeza y una ó dos varas de cuerpo, y al divisar la presa, sea leon, ternera (2), venado ú hombre, le dirige la puntería, y abriendo su terrible boca, le arroja un vaho tan ponzoñoso y eficaz que le detiene, atonta y vuelve inmóvil; le va atrayendo hasta dentro de su boca á paso lento, é indefectiblemente se le traga. Dije que

(1) Marc., xvi, 18.
(2) Ilustrísimo Piedrahita, cap. I, pág. 7.

traga, porque no tiene dientes (1), y así gasta largo tiempo, y áun días enteros, en engullir una presa; y es tal, y tiene tales ensanches su fatal gaznate, que á fuerza de tiempo se traga una ternera de año, estrujándole la sangre y el jugo al tiempo que la va engullendo; de manera que algunas presas que se le han quitado estando ya medio tragadas se han reconocido sin lesion alguna en la parte engullida, pero ya sin jugo ni sustancia. Se encuentran frecuentemente los buios tendidos al sol, con las astas de un venado hechas bigoteras, porque despues de engullido el venado se le arranca ó atraviesa en la boca la cornamenta, hasta que, digerido lo que tragó, sacude de su boca las astas y pasa á buscar otra presa, con el seguro de que no se le escapará si la alcanza con la vista y puede dispararle su ponzoña. Sin embargo, puede la casualidad librar la presa, pues si al tiempo que con aquella invisible cadena de su vaho atosigado va el buío atrayendo algun animal pasa casualmente otro, y más si pasa con velocidad, se interrumpe aquella linea de veneno atraente, vuelve en sí el viviente que estaba aprisionado y se le escapa con presteza: por esta causa nadie se atreve á viajar solo, sea á pescar, sea á montear, sea al viaje que se fuere; han de ir á lo ménos dos de compañía, para que en el caso de que el buío, oculto ó descubierto, haga su puntería al uno de los dos, el otro, ó con el sombrero ó con una rama, sacuda y corte el aire intermedio entre el compañero y el buío: con que prosiguen su camino sin hacer caso de aquella fiera bestia. Esta es la práctica corriente y ordinaria en las tierras inficionadas de esta plaga, que no son todas; pero hasta aquí no hay en qué tropezar ni de qué maravillarnos, sinó de la mole bronca del culebron; porque el atraer con el vaho es cierto y notorio que lo hace tambien el escuerzo ó sapo ponzoñoso con las lagartijas, contra las cuales abre la boca, y por más diligen-

(1) P. Matías de Tapia, en su memorial dado al Rey nuestro señor, año 1715, en la pág. 6.

cias que hagan, por último van á morir en sus fauces; pero es de notar la diferencia entre el escuerzo y el buío, pues el vaho del escuerzo, por ser animal de poco cuerpo, da lugar á la lagartija para que haga algunas diligencias para escaparse; pero el buque pestilente del buío arroja tal exhalacion de ponzoña que no le deja accion ni al hombre más valiente ni al tigre más bravo

Es verdad que el hombre atraido del buío no pierde su juicio, segun lo declaran muchos que se han visto tirados de su vaho; pero ¡qué congoja! ¡qué sudores fríos! ¡qué angustias fatales no sofocarán el ánimo del pobre que contra toda su voluntad se ve llevar á la tremenda boca de aquella bestia carnicera é insaciable monstruo! Gran similitud es la de este apretado lance, para que abran los ojos, suden y se acongojen los que, halagados de la serpiente infernal, se dejan llevar de su vaho y atractivo, sin reparar en que el paradero es la boca de un infierno inacabable, que ya tiene abierta su garganta para tragarlos sin remedio. De lo dicho resulta que el culebron de que habla el caballero Esloane en las *Memorias Filosóficas de la Real Sociedad de Lóndres* (1) es de especie diversa, porque el buío no tiene colmillos ni dientes, y por eso no come, sinó que engulle la presa que atrajo. A más de esto, Mr. Esloane supone que su culebron primero hiere y luégo sigue con la vista la presa, que por instinto sabe morirá luégo que el veneno que lleva consigo difunda toda su actividad; no así el buío, que, como dije, primero ve, v. gr., al venado, luégo abre la boca, le arroja el vaho, é inficionado y aturdido, lo atrae y se lo engulle. Lo singular del serpenton de Mr. Esloane es que tenga dientes para herir á la incauta avecilla y no para retenerla.

Pero voy á responder á una tácita querella que harán tal vez los curiosos. ¿Cómo no se da, dirá alguno, una eficaz provi-

(1) Tom. 38, en cuarto, del año de 1738.

dencia para destruir unas bestias tan nocivas y malignas? Antes de responder debo advertir que esta misma providencia es necesaria contra los tigres, que son innumerables, contra los leones y caimanes, contra los osos y leopardos de los páramos, que bajan á hacer gravísimos daños, y contra innumerables fieras que infestan aquellos países.

Esto supuesto, doy dos razones, á mi ver convincentes, por las cuales estas plagas tan gravosas no tienen remedio: la primera, es lo poco poblado, mejor diré, lo despoblado de aquellos terrenos; la segunda, lo vasto y extendido de aquellos países, llenos de bosques, selvas y lagunas. Estas dos causas se dan mutuamente la mano, porque por ser corto el número de los habitadores relativamente al vasto terreno no pueden perseguir á las bestias dañosas, como convendria, y lo dilatado de bosques y selvas da largo campo á que se multipliquen sus madrigueras á todo su salvo. Por esta causa mandó Dios á su pueblo que no destruyese las naciones de Canaan todas en breve tiempo, porque entónces, dice Dios, quedará la tierra desierta, y se multiplicarán y crecerán contra vosotros las bestias fieras, para vuestro daño (1).

No obstante, se ha reparado que aunque al principio de la fundacion de nuevas colonias abunda toda especie de fieras y de insectos nocivos, con el concurso de la gente y las diligencias que se hacen persiguiendo á unos y matando á otros á los cuatro años de la fundacion ya todas aquellas cuatro ó seis leguas al contorno del pueblo están libres y limpias de aquella epidemia, y en especial de triges, buios y otras culebras, porque el concurrir á su muerte, en descubriendo dónde están, se toma por materia de fiesta y de divertimiento. En uno de éstos se halló

(1) Exod. XXIII, 29: «Non ejiciam eos a facie tua, uno anno; ne terra in solitudinem redigatur, et crescant contra te bestiæ.» —Deuter. VII, 22: «Non poteris eas delere pariter; ne forte multiplicentur contra te bestiæ terræ.»

con mucho susto un Padre á quien yo traté, y á quien le oí referir muchas veces la funcion, que fué así: Pasando de Caracas á las misiones de Orinoco, se halló un tremendo buío, que habiendo disparado su vaho contra un caiman formidable, ya se le habia atraido y engullido hasta la tercera parte, que sería vara y media, y sobre lo restante del cuerpo del caiman con su larga cola habia el buio asegurado la presa, estrechándola con tres enroscadas vueltas, que sólo de pensarlo da pavor. Al aviso acudió gente de unas casas vecinas, tres con escopetas, dos ó tres con lanzas y algunos otros con flechas sin veneno; todos á un mismo tiempo hirieron al culebron, y al punto se llenó de sangre el charco del arroyo donde estaba, y lanzó aquél violentamente de sus fauces todo aquel trozo de caiman engullido, el cual ya estaba muerto; pero el buío dió mucho que hacer. Viendo uno de aquellos hombres que miéntras estuviese en el charco se habia de defender, buscó un lazo largo, y con brío y maña le enlazó el pescuezo, y tirando todos de la soga, puesto ya en seco, le mataron luégo. Mandó el amo de aquella gente desollar al buío, para enviar á la ciudad de Caracas su piel, que estaba hermosamente dibujada de blanco y pardo, y despues de seca tuvo siete varas y tres cuartos de largo y tres tercias de ancho; debiendo suponer que se encogería mucho, porque se secó á los rayos del sol. Todos los sitios anegadizos de tierra caliente abundan de estos buíos, y en los sitios despoblados mucho más. No hay año en que no desaparezcan hombres campesinos de los que salen ó á pescar, ó á cazar; y creo que el mayor daño nace de dichos buios, que maliciosamente acechan; yo me he encontrado con muchos de ellos repentinamente, y á uno espantoso, que hallamos junto al río de Tame, un mozo que iba conmigo le dió diez y ocho lanzadas por los costados, huyendo siempre el vaho de su pestilente boca.

No faltará quien aquí exclame, diciendo: ¡Bendito sea Dios, que en nuestra Europa estamos libres de tales bestias! Tambien yo alabo á Su Majestad por lo mismo; pero añado que no

estamos tan libres como parece de sierpes, no tales ni de tan desmedido tamaño, pero sí de semejante ponzoña y vaho atractivo con fuerza proporcionada á su cuerpo. Testigo ocular de ello es un sujeto (1) que hoy vive en este colegio imperial, el cual, saliendo á una de las huertas de Graus, ciudad del obispado de Barbastro, en Aragon, reparó con su compañero que una avecilla batía sus alas á poca más altura del suelo que una vara. Al ver que no mudaba de sitio, les causó novedad y fueron á observar la causa: vieron una culebra del grueso de un dedo pulgar y de poco más de tres cuartas de largo que, erguido el cuello y levantada en alto casi una cuarta de su cuerpo, con la boca abierta, estaba atrayendo á la triste avecilla, que afanada no dejaba de batir sus alas para evadir el peligro en que se hallaba, y habiendo observado en el corto rato que estuvieron contemplando al pájaro que éste descaeció más de una cuarta, atraido en derechura hácia la boca de la culebra, asegurados ya de que no podia escaparse de aquellos lazos venenosos la presa, tiraron á matar la culebra, y lo mismo fué bajar ésta la cabeza que remontarse alegre la avecilla; luego no faltan culebras por acá del mismo vaho y atractivo del buío.

§ II

De otras culebras malignas y de algunos remedios contra sus venenos

Antes de entrar en el asunto, para evitar el horror y aversion que con la lectura de este capítulo podría concebirse al terreno que cria tan fieros monstruos, reconozco importante el prevenir que la impresion que causa la vista de aquellos es muy diversa de la que causa su representacion, y el caso es muy otro de lo que aquí parece, sin el menor agravio á la verdad de esta historia, porque toda aquella multitud de venenosos buíos, ca-

(1) P. José Sales, procurador general por la provincia de Aragon.

lebrones, insectos, guacaritos y caimanes se reconoce aquí epilogada y reducida á pocos pliegos é imprime en la mente, en corto tiempo, un enorme agregado de especies sobremanera melancólicas, fatales y retraentes, las cuales precisamente han de engendrar en los ánimos una notable aversion hácia aquellos países y una firme resolucion de no acercarse á ellos; pero es muy fácil de disipar y desvanecer este melancólico nublado, porque todo este torbellino de especies funestas, que estrechadas á breves páginas espanta, no es así allá en sus originales, á causa de no estar ellos juntos y amontonados en un lugar, en una provincia, ni en un solo reino; es muy extendido el terreno que abarca esta historia, recopilando especies y noticias que están allá dispersas en muchos centenares de leguas. En unos países se hallan buios, pero no hay osos de páramo; en unos hay más, en otros ménos culebras; en algunos no hay, y generalmente es cierto que los insectos y plagas no son generales á todas las provincias, como ni tampoco los frutos y frutas de ellos; todo lo cual se origina de la notable diversidad de los temperamentos de que hablé ya en la primera parte. Y así, desvanecido este escrúpulo, prosigamos.

Bajo esta prevencion digo que en aquellos países hay otras culebras, que llaman *cazadoras*, que en lo corpulento llegan á igualar á los buíos, pero en lo largo los exceden en muchas varas; éstas tienen librado su alimento en su velocidad, muy impropia de su pesada mole, y causa espanto la ligereza de rayo con que corren á la presa, sea venado, irabubo, ó cualquier otro animal, pues como le vea le da alcance sin remedio. Las he visto vivas y muertas, y de otro modo no me atreviera á afirmar que sus colmillos son del mismo tamaño que los del mejor lebrel. No se sabe que éstas tengan veneno; pero ¿qué peor arma que su velocidad, junta con lo tenaz de su diente? En mi tiempo una de estas culebras cazadoras prendió del carcañal y tobillo de un pié á un labrador. Era éste hombre de brío, y viéndose llevar arrastrando á la muerte, se asió reciamente del primer árbol

que le vino á las manos, cruzó contra el tronco sus brazos, gritando reciamente, y como á sus gritos acudiese gente, luégo que la serpiente lo reconoció, apretó sus dientes, y cortando el carcañal mordido, se escapó con velocidad de rayo. Tanto como ésta es la fuerza de aquellas sangrientas bestias y tal el peligro de los que andan no léjos de ellas.

El que estas y otras culebras lleguen á tal corpulencia proviene, como ya dije, de lo vasto y desierto de aquellos bosques. En los de la Isla Española topó el venerable hermano Bartolomé Lorenzo tales culebrones que, á no ser el Padre José de Acosta, de la Compañía de Jesus, el primero que escribió la prodigiosa historia de su vida, no hubiera quien creyese la monstruosidad á que llegan (1). En los bosques de Coro, provincia de Venezuela, dice fray Pedro Simon (2) que diez y ocho españoles, fatigados en tiempo de aquella conquista, se sentaron sobre uno que tuvieron por tronco ó viga tosca y que á corto rato empezó á caminar, porque á la verdad no era sinó un formidable culebron.

Otras culebras hay de menor tamaño que se llaman cascabeles: tienen los sonoros en la extremidad de la cola y sirven á los curiosos y á los médicos, á aquéllos para saber, despues de muerta, cuántos años tenía la culebra, porque cada año le nace un nuevo cascabel; á éstos de triaca y remedio para varias dolencias; y Dios dispuso que tambien sirviesen de aviso á los incautos caminantes, porque asi como el tigre americano ántes de acometer se sienta y menea lentamente la cola, accion con que imita á los gatos cuando quieren abalanzarse á la presa, del mismo modo, ántes de fijar la culebra cascabel su venenoso diente, toca á rebato con la sarta de sus encadenados cascabeles, que sirven de aviso al caminante, no sólo para evadir su furia, sinó

(1) P. Acosta, apud P. Euseb. in vita.

(2) *Histor. Conquista del Nuevo Reino*, noticia 2, cap. 2, núm. 2 pág. mihi 57.

tambien para quitarle la vida y lograr el apreciable despojo de los medicinales cascabeles, que se buscan con ansia y se hallan con dificultad y costo.

Más traidora es la culebra llamada macaurel; ésta, no sólo acomete al caminante sin darle seña, sí que tambien con increible audacia, si pasa á pié, tira á fijarle su diente venenoso en la misma cara; ni queda satisfecha con el primer salto; sigue con porfía, y cuanto más se defiende el pasajero, con tanta mayor ira multiplica sus asaltos; ni pierde sus bríos aunque á su furia se interponga algun jinete. El capitan don Domingo Zorrilla y Salazar, cabo principal de la escolta que la Majestad del Rey nuestro señor concede á nuestros misioneros, natural de la Rioja y hombre de notorio brío, ejercitado en continuos ataques con indios rebeldes y enemigos del nombre cristiano, como ya en otra parte apunté, yendo á rechazar una partida de guajivas que amenazaba á la nueva colonia de San Ignacio de Chicanoa, marchando casi á media rienda, como lo pedía la urgencia, se vió asaltado de improviso de una culebra macaurel, con tal ímpetu, que el primer golpe lo recibió en la capellada de la bota; al mismo tiempo dió un salto el caballo y un bufido (que hasta las bestias se temen unas á otras); sacó su alfange el capitan, y olvidado del riesgo ajeno, puso todo su cuidado en el suyo: largo rato persistió la macaurel en sus saltos y el capitan en tirarle tajos, pero eran al aire por la suma velocidad de la culebra, hasta que, fatigada ésta, se enroscó en el suelo para dar más violento el salto, como lo acostumbran; entónces, aprovechándose el capitan del intermedio, le disparó un trabucazo, dividiendo al enemigo en tantos trozos cuantas eran las roscas con que daba calor á su cabeza, que tenia en el centro de ellas. Un cuarto de hora se pasó desde esta batalla hasta que me la refirió dicho capitan y todavía no le habían vuelto sus colores naturales al rostro. Tal y tanta es la saña de estas culebras.

Más que todo esto es de temer la culebra sibucan y más irregular es su hechura. Su color es térreo, tanto, que la tiene

el pasajero á sus piés, y por ser su color de tierra, ni la ve ni la distingue; esto es cuando ella está tendida á lo largo: pero cuando se recoge enroscada dentro de si misma se hace más incógnita, porque á cualquiera le parece una boñiga de buey ya seca y descolorida á los rigores del sol y del tiempo: no se puede percibir ni entender cómo una culebra larga se esconde entre sus mismos dobleces y queda encogida al modo que solemos recoger la calceta ó la media para calzàrnosla con más facilidad. No he visto sus huesos; pero imagino que el espinazo, que en las demas culebras y animales se compone de junturas que permiten algun juego y declinacion del cuerpo de uno á otro lado, en la culebra sibucan no son junturas, sinó ó goznes ó cañutos de hueso que al tiempo de recogerse ó (digámoslo así) de amontonarse se entran unos dentro de otros; pero sea como fuere, ella asi recogida se desenvuelve y da tan ligero salto al mismo tiempo, que alcanza al pecho del caminante si va á pié, y junto á la rodilla si va á caballo, con gran riesgo de uno y de otro porque la ponzoña es mortal. La fortuna es que de esta pésima especie de culebras no hay ni en lo que llamamos tierra fría, esto es, cerca de los páramos y picachos nevados, ni en lo que llamamos y realmente es tierra perpetuamente cálida, que son las tierras que distan largas leguas de las cordilleras nevadas: sólo viven y se multiplican en aquellas tierras intermedias en que ni prevalece el frío ni domina el calor, que se han levantado con el nombre de tierra templada y realmente lo es; allí abunda la fatal plaga de culebras sibucanes, y no en otro lugar: y se multiplican con tanta fecundidad, por haber poca gente que las persiga, que habiendo el Padre Juan de Ortega, ejemplar de apostólicos misioneros, juntado con la fatiga de no pocos años á los indios ayricos, eles, araucos y otros muchos, y domesticádoles á las orillas del rio Macaguane, donde hoy están, compadecido del calor intolerable que padecian en la vega de aquel rio, trató con ellos y todos convinieron en mudar su pueblo á tierra templada, cual es al entrar en la cor-

dillera de la Salina de Chita. Fué el cacique, que vive todavía, con los capitanes á escoger el sitio que fuese más á propósito; se pusieron todos á desmontar con sus machetes la maleza que había debajo de un coposo árbol, donde habían determinado dormir aquella noche, y me contó el indio fiscal de dicha gente que sólo en aquel corto distrito, á que hacían sombra las ramas de aquel árbol, tuvieron contienda reñida con diez y siete culebras sibucanes, y que aturdidos y espantados de tan fatal persecucion, sin querer hacer noche allí, aunque ya era tarde, se pusieron en camino para su pueblo de Macaguane, conviniendo todos á una en que valía más padecer calor que estar en tierra templada llena de tales enemigos.

En las tierras calientes, especialmente donde hay abundancia de hormigueros, se halla una especie de culebras de dos cabezas y de tan raras propiedades que no extrañaré causen notable armonía y dificultad á los que no las han visto. Son de ordinario del grueso del dedo pulgar, pero no corresponde su longitud á su grosor, porque la mayor apénas llega á dos palmos: su movimiento es muy tardo; y por eso, aunque su diente es fatal y de ponzoña muy activa, rarísima vez hacen daño; á más de que son enemigas del calor, y así se meten en los hormigueros, donde logran el fresco de las cuevas que las hormigas cavan para guardar la comida que buscan y para criar sus hijos; en dichas cuevas las encuentran los labradores cuando cavan y meten caños de agua para desterrar las hormigas, que destruyen los árboles del cacao, la yuca, el panizo y todo cuanto hallan, no con menor destrozo que si fuera una manga de langosta: el único tiempo en que las dichas culebras salen de las cuevas es despues que ha caido algun aguacero recio, industriadas del natural instinto que les enseña el refrigerio que contra el calor les dará la tierra mojada.

Salen, en fin, y aunque su paso es tardo, les ha da dado el Autor de la naturaleza el alivio que dió de otro modo á los cangrejos; éstos caminan de lado, y si al andar á mano derecha se

les antoja tirar por la izquierda, no dan vuelta ni mudan de postura, sinó que en la misma postura toman el movimiento contrario: á este modo las culebras dichas van, v., gr., al Oriente, y la cabeza que mira al Poniente se deja arrastrar: y cuando toma el rumbo de Poniente, esta cabeza, que servia de cola, toma su viaje y arrastra á la otra.

El Padre Manuel Rodríguez hace mencion de estas culebras de dos cabezas en su *Historia del río Marañon* (1); pero sin duda no tuvo de ellas las demas noticias que yo averigué despacio y á todo seguro y pondre aquí, no sólo para curiosidad, sinó tambien para utilidad del bien comun.

Y en primer lugar digo que es muy difícil matar una de estas culebras al que no está inteligenciado del modo, porque si le da, v. gr., una cuchillada en medio, cada cabeza de por sí busca á la otra y luégo que se encuentran de comun acuerdo se apartan, unen las extremidades cortadas, y sirviendo la misma sangre de liga quedan otra vez unidas. Si le dan dos cuchilladas y queda dividida en tres partes, cada cabeza busca el pedazo y lado que le toca, y unida aquella parte pasa á unirse con la extremidad de la otra cabeza en el modo dicho. El modo de matarlas es cortando ambas cabezas con muy poca parte del cuerpo, ó enlazadas con un cordel, colgarlas de una rama: y áun este modo segundo no es seguro, porque si alguna ave de rapiña no se las come, se llega á podrir el cordel, y las culebras, secas á los rayos del sol, caen; y luégo que llueve, reviven y toman su camino. Ello parece increible y por tal lo tuve a los principios; pero habiéndome encargado el hermano Juan de Agullon, boticario, médico y excelente químico del colegio máximo de mi provincia de Santa Fe, que le enviase de estas culebras, sacó de su obrador cuatro que tenia secas y colgadas en el aire, y me aseguró que, con estar tan áridas, puestas en el

(1) Lib. 6, cap. 3, pág. 377.

suelo empapado en agua á las veinticuatro horas revivían; y así, que las que me pedía las secase bien al humo de la chimenea, y bien resguardadas de toda humedad se las remitiese, porque eran muy útiles. ¿«Cuál es su utilidad?» le repliqué yo: y diciendo y haciendo, sacó un cristal con polvos de dicha especie de culebras y certificó que era un específico maravilloso para soldar y reunir los huesos quebrados por caida ó por golpe, asegurándome que tenía de ello repetidas experiencias. A un hombre que era buen religioso y por otra parte erudito no es razon negarle su autoridad.

La eficacia de estas culebras se confirma con la que nos enseñaron las culebras de cierta especie en Filipinas, en una yerba ordinaria, que en el lenguaje de aquellos indios se llama *ductung-ajas*, que en castellano quiere decir une-culebras; porque si parten por medio una ó muchas de aquellas culebras corren luégo cada una con el cuerpo que quedó unido á la cabeza, come de aquella yerba, refriega las heridas con la que trae en la boca, hasta dar con la parte que le falta, y hecha esta diligencia arrima la una cisura contra la otra, se une luégo y huye apriesa. Con esta leccion hacen los filipinos esta misma diligencia, ahorrándose de pagar cirujanos, cuando por riña ó por otra desgracia les dan una cuchillada, porque con la confricacion de la yerba ductung-ajas se une luégo la una tajada de carne con la otra. Esto me aseguró el Padre procurador general de la provincia de Filipinas, de la Compañía de Jesus (1), en esta Córte, de resultas de baberle referido lo que llevo dicho de la culebra de dos cabezas.

De dicha especie de culebras y de la yerba que buscan para reunirse habla Mr. Salmon en su *Historia Universal*, tratando de las islas Filipinas (2), y aunque no deja de insinuar algun género de duda, bien puede deponerla con todo seguro, porque

(1) El Padre José Calvo.

(2) Tom. 2, cap. 9, pág. 228.

el sujeto citado que me dió la noticia del ductung-ajas, á mas de su larga experiencia, adquirida en muchos años de misionero en aquellas islas, está adornado de todo lo que concurre á formar una grande autoridad.

Ya considero fastidiado al lector (y con mucha razon) á vista de tantas y tan formidables serpientes, y así omito una gran multitud de varias especies de ellas, de las cuales, unas, esto es, la gran variedad de víboras, infestan los páramos y y tierras frías; otras, en número innumerable de especies distintas, llenan las tierras calientes; otras, en fin, como acabamos de decir, acompañan á las sibucanes en la tierra templada: sólo las culebras corales, llamadas así porque prevalece en ellas el color encarnado, veteado de negro, pardo, amarillo y blanco, se hallan bien en cada uno de los tres temperamentos dichos, aunque segun la variedad de ellos varian más ó ménos sus colores, que á la verdad enamoran y arrebatan la vista, aun con verlos en sabandijas tan detestables; pero aunque varian de color no varían de humor, tal, que entre todas cuantas culebras hay hasta hoy por allá conocidas ninguna llega á la violencia del veneno de las corales, aunque el de las culebras macaureles se le parece mucho; pero hablemos ya de los remedios.

Ya dije arriba el modo bárbaro, cruel y necio con que los indios, en su ciega gentilidad, curaban, ó por mejor decir, no curaban á los mordidos de culebra. Ahora sera muy del caso, supuesto que este libro tambien se ordena al bien de aquellas pobres gentes, apuntar aquí brevemente los remedios usuales que los Padres misioneros tienen prontos, y llevan tambien en sus espirituales correrías, para bien de aquellos pobres ignorantes indios, á cuya noticia no habia llegado la especie de tales antídotos.

El primero y principal remedio es el bejuco de Guayaquil, de que latamente hablé en el capítulo tercero de esta segunda parte, pues el que puede conseguirle no tiene necesidad de buscar otro; pero la distancia dificulta su logro. Es tambien

remedio universal la hoja del tabaco, que mascado en cantidad, parte tragado y parte aplicado á la mordedura sajada, continuándole tres ó más días, es remedio muy eficaz contra la mordedura de cualquiera culebra que se fuere, y á más de la larga experiencia en los heridos, la tengo hecha tambien repetidas veces en las mismas culebras. He probado, despues de aturdida la culebra con un golpe, de cogerle la raíz de la cabeza con una horquetilla, de manera que apretando con ésta luégo la culebra abre la boca; entónces, á todo seguro le he puesto tabaco mascado en ella, en virtud del cual luégo le da un temblor general, y pasado éste queda muerta la culebra, tiesa y fría, como si fuera un baston duro.

El tercer remedio general es la piedra oriental, esto es, el asta de aquellos venados, aserrada en diminutas piezas, las que se tuestan hasta tomar color de carbon; se saja la mordedura y se aferra dentro aquel casi carbon, que chupa el veneno; pero á veces no bastan cuatro ni seis, y lo más seguro es que juntamente masque tabaco el herido.

El cuarto remedio es, si la mordedura está en sitio capaz de admitir ventosa, el aplicarle cuatro ventosas: la primera seca, la segunda sajada, y ésta chupa un humor amarillo; la tercera da el mismo humor con pintas de sangre, la cuarta ya saca la sangre pura y queda evacuado el veneno y sano el paciente.

El quinto remedio cierto y practicado es una buena porcion de aguardiente fuerte, tinturado con pólvora, repetido, y á la tercera vez ya se superó y amortiguó el veneno.

El sexto remedio, y muy bueno, es el bejuco de playa, llamado así porque nace en las playas de casi todos los ríos de tierra caliente. No es grueso como el bejuco de Guayaquil, ni se enreda en árbol alguno, porque nace en arenal limpio; su color es tan verde como sus hojas; su virtud es contra todo veneno de culebras, pero con una circunstancia rara por la cual se

usa de él rarísima vez, á saber, que si tomado el zumo de este bejuco toma el paciente cualquiera de los remedios ordinarios, luégo le cuesta la vida: tan celoso como esto es; y como comunmente los heridos de culebra no se contentan ni se pueden contentar con tomar una sola medicina, por eso este remedio casi no está en uso. En fin, el colmillo del caiman ó cocodrilo, antídoto general contra los tósigos y venenos que maliciosamente se dan, es contra la ponzoña de las víboras y culebras, como diré adelante, en el capítulo diez y ocho.

CAPÍTULO XV

De otros insectos y sabandijas venenosas

Lo mismo es dejar el golfo y entrar por el Orinoco, ó por cualquier otro río de tierra caliente, que entrar en una fiera batalla con varias clases ó especies de mosquitos, que todos tiran á chupar la sangre, y algunos mucho más. Durante el dia pueblan el aire y se llena la cara, las manos y cuanto hay descubierto de mosquitos grandes, que llaman zancudos, porque tienen las piernas largas y pintadas de blanco; á más de estos, persiguen al hombre otros ejércitos de mosquitos llamados jejenes, cuyo tamaño no llega al de un grano de pólvora de artillería: al mismo tiempo sobrevienen otros del tamaño de granos de pólvora fina que llaman rodadores, porque luégo que se llenan de sangre, no pudiendo sus alas sostener tanto peso, ruedan por el suelo y se pierden por golosos. Estas tres especies de mosquitos, á más de la sangre que hurtan, dejan una comezon rabiosa, que al que se deja llevar del prurito de rascarse le cuesta caro. Sin embargo, es tolerable esta plaga, porque por último el pobre paciente en parte se venga y mata muchos de ellos, y aunque acuden otros á millones, con una rama en la mano ó con un pañuelo se ocupa en espantarlos. Pero la cuarta

plaga, que es de unas moscas negras como un azabache y del tamaño de estas caseras que llaman galofas, no tiene contraste, porque al mismo llegar, con la velocidad de un pensamiento, elevan el pico, sacan sangre y dejan la herida, y hay muy pocos que puedan alabarse de haber muerto una sola galofa, con haberlas á millares, en especial en tierras anegadizas. A esta se allega la persecucion de los tábanos, unos grandes, otros pequeños, otros medianos y todos sangrientos. Si se anda por las selvas ó en piragua navegando á la orilla de los ríos no es creible cuántas especies de avisperos salen al encuentro de avispas furiosas á cual peor, tales que en tierra obligan á una fuga acelerada y en el agua exponen al navegante á mucho riesgo, de manera que, no hallando los indios remeros otro efugio, sueltan los remos, se arrojan al agua y queda la embarcacion expuesta á un naufragio y entregada á la fuerza de las corrientes.

Toda esta multitud de enemigos es despreciable y se hace llevadera en comparacion de unos mosquitos verdes que llaman de gusano : éstos abundan en los ríos Apure y Urú, en Tena, Espinal y en las tierras excesivamente calientes : son intolerables y chupan la sangre como los otros ; pero en pago del sustento dejan, ó por mejor decir vomitan dentro de la carne, hasta donde penetró su afilado pico, un huevecillo imperceptible que, fomentado con el calor natural, á los tres dias pasa á gusano peludo, de tan mala calidad, que inflama la parte en donde está y causa calentura como si fuera un grande tumor. No es esto lo peor, sinó que, como está en la carne viva y los pelos de que está lleno son ásperos, á más de los vivos dolores que causa cada vez que le da gana de comer, en todos los movimientos que hace cada uno de sus pelos es un lancetazo cruel. El forastero que piensa que es un tumor y trata de curarle como á tal va perdido, porque á los ocho dias ya tiene diez ó doce hijos, cada uno de los cuales va cundiendo en la carne viva por su lado para formar cóncavo aparte y multiplicar otros enjambres, en tanto grado que á muchos les ha costado la vida y en los pa-

rajes donde más abundan aquellos mosquitos aniquilan á los perros y cabras, y hasta el ganado mayor perece penetrado todo de ellos. Nadie se admire de que los pinte tan por menor, porque escarmentado de su furioso diente y azicalados pelos, deseo que este aviso sirva de precaucion á los que llegaren de nuevo por aquellas tierras. Es cierto que la herida del mosquito verde nadie la puede evitar en el paraje donde abunda; pero se puede estorbar que el gusano procree, y para ello se ha de observar que en el mismo centro del tumor inflamado que se levanta se ve siempre una aguadija que arroja el gusano por la boca; sobre ella se pone chimú, que es quinta esencia de tabaco, y á falta del chimú se pone tabaco mascado, con que se emborracha el gusano, y si bien aumentan los dolores con los movimientos que hace, apretando con los dedos pulgares la carne à buena distancia del gusano (por no machacarle), dando el apreton con fuerza, salta el gusano entero y sólo hay que curar el cóncavo que deja; pero si se estruja y muere dentro ó salta al apretar sólo la mitad de él, queda trabajo para muchos días, porque luégo se forma apostema y como á tal se ha de seguir la curacion. Estas seis plagas de intolerables sabandijas persiguen y acometen de día cara á cara. Pasemos ya á otras nocturnas, que no solamente roban la sangre, sinó tambien el sueño y el descanso, tan necesario y apetecido despues de haber trabajado todo el dia.

Luégo que anochece llueven enjambres de mosquitos cenicientos, pequeños, pero sumamente molestos, no sólo por sus penetrantes picos, sí que tambien por el sonido y zumbido con que atormentan el oido, tanto, que si ellos fueran capaces de entrar en partido, fuera trato útil á unos y á otros darles amplia facultad de chupar sangre con tal que callasen.

Entran en segundo lugar unos insectos pardos de una hechura muy rara, del tamaño de tábanos medianos, que se llaman pitos, los cuales tienen un pico rabioso y suave; miéntras beben la sangre, lo hacen con tal tiento y dulzura que no

se dan á sentir; pero al retirarse llenos dejan un dolor y comezon intolerable: éstos abundan en todas las tierras calientes, y en especial en las casas recien fabricadas es grave su persecucion por más de un año.

¿Y quién creyera ó se atreviera á decirla, si no fuera tan evidente y tan sangrienta y mortal la plaga nocturna de los murciélagos? De éstos hay unos regulares, del tamaño de los que se ven en España, y otros tan grandes que de punta á punta de sus alas tienen tres tercias, y unos y otros gastan la noche buscando á quien chupar la sangre. Los que por no tener otro arbitrio duermen en el suelo, si no se tapan de piés á cabeza, lo que es muy arduo en tierra de tanto calor, seguramente son heridos de dichos murciélagos, y tambien los que duermen en camas sin toldillo ó sin mosquitero, pues aunque no quede sin tapar sinó la frente, allí le muerden; y si por desgracia pican una vena, como acontece, el sueño pasa á ser muerte verdadera, desangrándose el cuerpo sin sentirlo el dormido; tanta es la suavidad con que clavan el diente, batiendo al mismo tiempo blandamente sus alas para halagar con el ambiente al mismo á quien tiran á destruir. A causa de esta persecucion y otras, han inventado los indios el dormir colgados en el aire, sobre una como red, que llaman chinchorro.

Los blancos ó españoles duermen colgados, al modo dicho, en hamacas, que son mantas fuertes de algodon; pero ni una ni otra inventiva resiste á los picos de los mosquitos, y por esto los indios ya cristianos y cultivados usan mosquitero ó toldillo, aunque sea un pobre remero: los gentiles, para resistir á las plagas del dia, se untan, como ya dije, con aquel ungüento hecho de manteca ó de aceite, con achote molido, y para irse á dormir renuevan la dicha untura. Algunas naciones, con los otomacos, usan pabellones tejidos de hoja de palma con gran curiosidad: otras naciones labran sus dormitorios junto á sus ranchos, que llaman unos sulccí, otros maspara, etc., segun la variedad de lenguas. Estos dormitorios son unas pequeñas cho-

zas muy cerradas y de cubiertas tríplices para que no penetren los enemigos nocturnos, en especial los tigres, que buscan su remedio de noche más á su salvo. En fin, la necesidad ha obligado á todas aquellas gentes á inventar arbitrios para su defensa, ménos las naciones guajiva, chiricoa y guama, cuyas gentes duermen en el duro suelo, sin más cubierta que la del cielo raso, expuestos á todas las plagas referidas y á otras muchas que diré, y viva quien viviere, y al que amanece muerto lo entierran, sin apurarse ni tratar de remedio para evitar otras desgracias.

Lo que yo no podía ni puedo entender es cómo aquellas gentes llegan á tomar el sueño cubiertos de innumerables mosquitos. Ello es así, que luégo que se tienden por aquel suelo á dormir hay tal estrépito de palmadas, matando mosquitos, que me han quitado sólo ellas el sueño muchas veces; al cuarto de hora ya suenan ménos y á la media hora ya no se oye golpe alguno, y entra á atormentar en su lugar un horrible ruido de ronquidos intolerables. Yo, para registrar si aquel profundo sueño era por haberse retirado los mosquitos (como sucede en la nacion guaraúna, que los destierra de casa con humo, segun ya queda dicho), encendí varias veces luz, y reconocí, no sin espanto, aquellos cuerpos revestidos de piés á cabeza de millares de mosquitos, forcejeando unos con otros para hacerse lugar y fijar su pico, yéndose unas bandadas llenas y viniéndose otras á llenarse de sangre, sin cesar, toda la noche. Despues, con el tiempo ví que no hay trabajo á que no se acostumbre el cuerpo humano, porque conocí algunos Padres misioneros que tenían la cara, frente y corona llena de dichos mosquitos, sin sentirlos ni poco ni mucho: ello es una cosa dura de creer, pero cierta; y aunque no entiendo el cómo, no cabe duda en que el cuerpo se acostumbra á no sentir tantos y tan agudos aguijones.

Todas estas plagas volátiles hemos registrado, fijando la vista, ya en el aire, ya en los cuerpos atormentados á violencia de sus agudos picos. Ahora es preciso bajar los ojos al suelo.

para ver, aunque de paso, otras plagas originadas de otros crueles y mortíferos insectos. Molesto es el asunto, pero útil para los que allá viven expuestos al daño y curioso para los que acá le miran de léjos.

CAPÍTULO XVI

De otras sabandijas muy ponzoñosas

No se puede dar paso en las vegas de los ríos de tierra caliente sin llenarse el cuerpo de una comezon general, que causan innumerables animalillos, imperceptibles á la vista, á quienes los españoles llaman coquitos y los indios betoyes *sumi*, los cuales, despues de llenar el cuerpo de ronchas con sus mordeduras, cuando ya están llenos de sangre, se perciben con la vista, pero no se pueden arrancar, porque son tan menudos que no alcanzan las uñas á poderlos prender. El remedio es sufrir hasta hallar sitio apto para darse una untura de tabaco mascado, con que ó caen ó se mueren: pero si se ha de seguir el viaje por las mismas vegas, es diligencia ociosa la untura, porque á los primeros pasos se llena el viajante de ellos segunda vez. Es esta una plaga muy molesta, pero ni causa calentura ni otro grave daño, y lo que se hace es sufrir hasta la noche, en que con la dicha untura del tabaco se remedia todo para poder dormir.

Poco mayores son otros animalillos semejantes, llamados coyas, que se perciben y ven andar, v. gr., por las manos; pero es preciso guardarse de matarlos y áun de tocarlos. Son de color muy encarnado y su hechura de una garrapata menuda; pero si alguno inadvertidamente mata á uno de ellos, luégo que aquel humorcillo le toca la carne, con ser tan corto y casi nada, al punto se le hincha disformemente todo el cuerpo y muere infaliblemente, si no sufre el tormento del fuego de paja, llamada

guayacan. El remedio único es desnudarse, y encendido el fuego en dicha paja, dejarse chamuscar de piés á cabeza: esto lo hacen cuatro ó cinco hombres con destreza, cogiendo al doliente unos por los piés, otros por los brazos y pasándolo por las llamas. Lance muy duro y remedio cruel, pero único para librarse de la muerte.

Las bestias sienten á las coyas, segun parece, por el olfato; porque se observa que estando paciendo una de ellas de repente da un salto y un bufido, y averiguando el motivo, se hallan coyas en aquella mata de yerba que iba á morder: no obstante, se descuida tal vez por estar la coya muy entremetida ó tapada entre las hojas, y luégo que la traga entre la yerba, muere hinchado, sea buey ó sea caballo, y no tiene remedio. Esta plaga se siente sólo en las tierras muy calientes, como son los llanos de Neiva y otros semejantes, que son pocos.

En los territorios de Mérida, que ni son del todo fríos ni del todo cálidos, y en otros semejantes se crían arañas de picadura tan venenosa que si no se acude á tiempo con remedio oportuno, como lo es el sebo amasado con tabaco hecho emplasto, corre manifiesto peligro, aunque sea caballo ó vaca el que recibió la picadura.

Las niguas son plaga muy universal, y no sólo abundan en toda tierra caliente y templada, sí que no faltan en tierra fria, aunque no tantas. En el Paraguay y otras provincias las llaman piques; los jiraras las llaman sicotú, y nadie se escapa de esta epidemia sinó tal cual, de humores muy irregulares. No hay resguardo que baste; se meten por entre las medias y zapatos y penetran la carne viva, con un dolor y comezon ardiente: luégo forman una tela, y dentro de ella á las veinticuatro horas ya tienen huevecitos para criar un hormiguero de niguas. Son unas pulguillas, y hay tantas en algunos parajes que apénas es creible: es plaga lastimosa para los indios y negros, que andan descalzos y gastan poco cuidado en sacarse las niguas, que les entran por todas partes en gran abundancia, y como multiplican

tan apriesa, los imposibilitan á poco tiempo. Unas familias que de Canarias llegaron á la Guayana por los años de 1720 se descuidaron tanto en sacarse las niguas que murieron gran parte de ellas sin otro achaque que este.

Es importante el saber que si luégo que entró la nigua (que avisa su bienvenida con la comezon ya dicha) se quiere sacar es perder tiempo, porque miéntras se va apartando la carne para sacarla se va entrando más adentro y es peor. Lo mejor y ménos peligroso es sufrir hasta el día siguiente, y entónces se sacan juntamente con su casita, que ya tienen, del tamaño de un grano de aljófar, y aquel hueco que dejan se llena de tabaco en polvo para que no se encone, como ordinariamente sucede. Ello es pension indispensable y urgente el que un criado con el alfiler ó la aguja en la mano reconozca todos los dias los piés; y se suelen hallar cada día cuatro ó seis niguas que sacar, otros quince, y otros muchas más, conforme los humores de cada uno: ¡plaga, á la verdad, terrible!

El remedio eficaz que yo he practicado siempre para que jamas entre nigua alguna y para que se mueran las que ya entraron es una resina que los indios tunevos de Patute, del Piñal, de Chisgas y de Guacamayas recogen al pié de los páramos nevados de Chita; esta resina, que llaman otova ú oliva, la cogen del centro de una flor blanca que crían allí los árboles; recien cogida es blanca y se parece á la mantequilla bien lavada, pero despues pierde algo de su blancura; su olor es fastidioso, como el olor del tocino muy rancio; se derrite entre los dedos con sólo el natural calor de ellos; es á propósito para muchos remedios, como diré á su tiempo; es muy sutil y penetra los piés untados con ella y calentados al rescoldo, de manera que si halla niguas las mata y prepara los piés para que en todo un mes no entren otras. Pasado el mes, como se evaporó aquella virtud, se debe hacer otra untura, y de este modo me he visto siempre libre de niguas desde que supe el secreto, y por mi aviso se han librado cuantos lo han sabido y se librarán cuantos usaren

de él. Y en fin, cuando los panales de niguas en los que se han descuidado cogen ya enteramente los piés y parte de las piernas, se untan con dicha otova, y aplicando un tizon á proporcionada distancia para que la derrita con su calor y no moleste al doliente, despues de empapada se arropan y vendan los piés, y á las tres unturas, hechas en tres dias consecutivos, no solo se han muerto todas las niguas, sinó que cae toda aquella costra seca y queda nuevo y limpio el cútis en toda la parte lesa. Esto es tan cierto que con mis manos he curado muchos indios negros y blancos con sola la referida diligencia. He oido á personas inteligentes que la brea aplicada en el modo dicho equivale á la otova, y la falta de estos untos se suple muy bien con sebo, repitiendo con frecuencia las unturas.

No está todavía averiguado, ni es fácil de averiguar, si la *culebrilla*, de que voy á dar noticia, nace en las plantas de los piés por alguna congelacion de los humores del mismo cuerpo humano, ó si se origina de algun animalejo que se entra al modo que dijimos de las niguas. Lo cierto es que en Cartagena de Indias y en semejantes temperamentos sumamente calidos y húmedos, aunque no con frecuencia, se padece la culebrilla, la cual se da á sentir y á conocer por la inflamacion que ocupa la planta del pié y por la calentura que de ella se excita. Para observarla lava un cirujano el pié con agua tan caliente cuanto puede sufrir el paciente, y despues de limpio y enjuto el pié, se deja ver un verdugon, más ó ménos enroscado, segun los dias que lleva de engendrada la culebrilla, el cual indica su grandeza. Con este conocimiento se procede á la curacion en el modo siguiente: se prepara un lazo hecho de un torzal de seda fuerte, y se vuelve á meter el pié en el agua caliente: sofocada la culebrilla del calor, ó la tenia ya, ó abre puerta para sacar su cabeza, y al sacarla, prontamente, ántes que la retire, se le echa y ajusta bien el lazo, cuya extremidad se debe afianzar sobre los tobillos, en la garganta del pié, de modo que quede tirante, y se deja arropado el pié y quieto hasta el otro dia. Se

repite el baño, y se halla que ya la culebrilla salió hácia fuera, supongamos el espacio de una uña, y en este estado la destreza y cuidado grande se ha de poner en dos cosas: la una en no violentar demasiado la culebrilla para que salga; la otra, en que el lazo no afloje, y retirándose ella hácia dentro, se pierda lo ya ganado. En uno y otro se requiere gran tiento, porque si se parte la culebrilla se corrompe la parte que queda dentro y se apostema el pié, dando materia á una prolija y arriesgada curacion. Y á fuerza de tiempo y de prolijidad, sin más que repetir los baños dichos, sale últimamente la culebrilla entera de cosa de tercia de largo, del grueso de un bordon ordinario de arpa, y es casi nervosa y de poca carnosidad. Esta relacion, casi con los mismos términos, la oí al Padre Cárlos de Anison, de mi religion, quien decia haber padecido de la culebrilla y haber sido curado en el modo referido.

Otra especie de culebrilla da tambien en las tierras cálidas y húmedas, y abunda mucho en aquellos dilatados llanos de Pauto y Casanare, donde están nuestras antiguas misiones; las señas con que se manifiesta son horribles, y como yo la padecí, daré una noticia de ellas y apuntaré un remedio fácil y seguro con que curar sin dolor un mal tan arriesgado. Da una inflamacion, v. gr., en el pecho ó en la espalda, á que se sigue la calentura; brotan despues unas ampollas con aguadija clara sobre la dicha inflamacion, y luégo desde allí, como de su centro, empieza la inflamacion á caminar, dando vuelta al cuerpo, y como si la cabeza de la culebrilla buscara el sitio mismo de donde salió, va caminando la inflamacion con punta piramidal, y el el sitio que ocupó hoy mañana amanece lleno de las dichas ampollas. Más de la mitad del cuerpo me habia ya ceñido la culebrilla, y no hallaba quien me dijese qué cosa era, ni qué remedio tenia, hasta que un indio silvestre recien bautizado, llamado Ignacio Tulijay, viéndome fatigado me consoló diciendo: *Babicá, fajijú, futuit fu, rufay fafolejú*, que á la letra fué decirme: *Padre mio, tú mueres sin falta; no hay más reme-*

dio que dejarte quemar. Viendo que no había otro partido, quémame, le dije, como tú quisieres. Él caldeó un cuchillo luégo, y hecho una ascua de fuego, empezando desde el principio de la culebrilla, la fué sajando y quemando por diez y siete partes. La culebrilla no pasó adelante y la calentura se quitó luégo; pero las sajaduras costaron de curar muchos dias, durante cuya curacion vino á visitarme una vieja mestiza, esto es, medio india y medio mulata, que se preciaba de médica, y lastimándose mucho del rústico remedio que me aplicó el indio, me dijo que ella de sus mayores había aprendido que para matar la tal culebrilla basta calentar bien un limon, partirlo, empapar pólvora con aquel agrio y untar con dicho limon y pólvora con frecuencia toda la inflamacion; añadiendo que sabia por experiencia que en llegándose á juntar la cabeza de la culebrilla con la cola ó sitio de donde salió luégo al punto muere el paciente. Este remedio del limon caliente y pólvora es muy eficaz y no causa al enfermo molestia de cuidado, de manera que despues le apliqué á muchos, porque, como dije, es este mal muy frecuente en aquellos territorios. Y para que llegue á noticia de todos un remedio tan fácil y útil se pone aquí, y advierto que no sólo da en el cuerpo, v. gr., en las espaldas ó pecho; da tambien en los brazos, en los muslos, etc., con las mismas señas que ya dije. Lo que yo no acabo de creer es que sea animal vivo, como lo afirman aquellas gentes, si bien aquel modo de caminar en círculo perfecto puede ser algun indicio de lo que ellos piensan. Despues experimenté que con sólo la untura del limon tibio repetida basta para atajar esta rara enfermedad.

Tambien afirma el vulgo de aquellas gentes, y muchos que no son parte del vulgo lo creen, que un mal muy comun y casi cotidiano de los citados llanos, que se llama *bicho*, es un animalejo vivo, nacido en los intestinos ó entremetido en ellos, como dijimos de la culebrilla de los piés y de las niguas. Las señas que da el bicho son una gran calentura, con un sueño tan profundo que no hay forma de que despierte ni abra los

ojos el doliente, á quien al mismo tiempo se le aflojan y lajan notablemente los músculos hemorroidales, bien que si éstos se fomentan con repetidos gajos de limon, y al doliente le hacen tragar del mismo agrio, sana luégo; pero si no se le aplica con puntualidad dicho remedio á las doce horas del achaque le tiembla algo el brazo izquierdo, de allí á poco el brazo derecho, luego empiezan á temblarle y á encogérsele los dedos pulgares, y en fin todos los dedos se garrotan reciamente contra las palmas de las manos, y á las veinticuatro horas muere sin falta, precediendo notables convulsiones en todos los miembros del cuerpo.

A mí no me han dado prueba ni razon que me haya inclinado á creer que este tal bicho sea animalejo viviente; mejor creyera que es especie de calentura efímera, que preocupa toda la sangre, parte de la cual, elevada al cerebro, causa aquella modorra y sueño profundo, pues experimentamos que, refrescadas las hemorroidales, se quita con tanta facilidad la calentura y la modorra, y los dichos músculos se estrechan y recobran, volviendo al estado connatural. Pero este y otros puntos sólo los apunto para que los doctos tengan este campo más para sus discursos, propios de los profesores de la física.

Es plaga muy ordinaria en las tierras calientes la de los *aradores*, que en sentir comun son unos animalillos imperceptibles á la vista: lo que se ve es el lugar por donde van caminando entre cuero y carne, donde van dejando unos surcos de salpullido en forma de semicírculo y en ellos una ardiente comezon: es plaga que cunde mucho en el cuerpo y es muy difícil de quitar en tanto que no se ha hallado aún específico contra ella, pues si bien con limon caliente y pólvora se amortigua, luégo recobra su fuerza.

Por fin, sólo tocaré aquí de paso un mal para mí de admiracion, del cual en los dichos territorios he visto morir y he ayudado á bien morir á muchos. Este consiste en ir creciendo el bazo hasta cubrir todo el estómago, con la circunstancia de

que luégo que llega á topar en la costilla del otro lado, que viene á ser la penúltima, sin acceso alguno de calentura muere el enfermo.

CAPÍTULO XVII

Peces ponzoñosos y sangrientos

Despues de haber manifestado á los caminantes los peligros de la tierra en la multitud de fieras y de insectos malignos, quedaran con razon quejosos los navegantes de aquellos rios y lagunas, especialmente los forasteros, si no les diésemos noticia de los riesgos y peces venenosos que entre aquellas aguas se ocultan, para que con cuidado se recaten de ellos, y si no les insinuásemos el modo de librarse de ellos y los remedios usuales para sanar en caso de hallarse heridos. Muchos de estos daños padecieron los primeros españoles que bajaron y subieron por el Orinoco, y despues los ingleses en sus expediciones, con pérdida notable de soldados, como consta en nuestras historias y en los itinerarios que ellos formaron, que se hallan recopilados por Mr. Laet; pero como el único empeño de aquéllos era el descubrir minerales, pusieron toda su mira en demarcar los rumbos del agua y caminos de tierra, sin dejar noticias individuales de los animales que les destruian y acababan la gente; y este es el asunto de este capitulo, no poco útil á los que han de navegar aquellos rios.

Se lamentaban aquellos españoles de que las aguas de las lagunas y anegadizos circunvecinos del Orinoco les mataban mucha gente; pero este daño se evita ahora fácilmente si con un pañuelo doblado ó con un giron de la capa ó de la casaca se cuela dos ó tres veces aquella agua ántes de beberla, de manera que desde que se averiguó y se usa de esta fácil precaucion se han evitado una infinidad de muertes, y lo creo muy bien, porque

en ellos se corrompe el agua y luégo cría lama verde sobre sí y dentro engendra multitud de sanguijuelas, renacuajos, cabezones y otros innumerables animalejos, casi imperceptibles á la vista, que, transferidos al estómago, se aferran á él, y ya sea porque allí crecen, ó ya porque, sin crecer más, llevan consigo bastante malignidad, de ellos y de la putrefaccion del agua se originaban dichas muertes.

Otra precaucion conviene tener presente, y es de no vadear rio ó laguna de poca agua ni andar por las orillas de río grande dentro del agua sin llevar en la mano un baston, picando con él la arena donde se han de sentar los piés, porque todos los ríos, arroyos y lagunas de tierra caliente tienen *rayas* cubiertas con arena; éstas son unos animales redondos y planos al modo de un plato grande que llegan á crecer disformemente; tienen el pecho contra el suelo y en medio de él tienen la boca, pegada siempre contra la arena ó tierra, de cuyo jugo se mantienen; en la parte inferior tienen la cola, bastantemente larga y armada con tres ó cuatro púas ó aguijones de hueso firme y de punta muy aguda, y lo restante hasta la raíz con dientecillos de sierra muy sutiles y firmes.

Estas púas buscan los indios y las encajan con firmeza en las puntas de sus flechas de guerra, con que hacen la herida fatal ó muy difícil de curarse por el veneno de aquellos animales. Luégo que la raya siente ruido, juega su cola y la encorva al modo que con la suya lo ejecuta el alacran y hiere á quien la va á pisar sin advertirlo, por estar ella siempre oculta entre la arena. El que va caminando con su baston picando el terreno por donde ha de pasar va seguro, porque si hay rayas al sentir el palo se apartan.

Es digno de notar que por recia que sea la herida de la raya no arroja gota alguna de sangre, ó porque el frio de aquella púa venenosa la cuaja, ó porque la misma sangre á vista de su contrario velozmente se retira, y esta circunstancia me excitó á hacer dos experimentos, que son los que hoy se practican ya en

todas aquellas misiones contra las cotidianas heridas de rayas, contra las cuales los indios no habian hallado otro remedio que morir despues de cancerada la herida. Los españoles habian hallado alivio al agudo dolor aplicando una tajada de queso bien caliente, pero no evitaban una llaga gravísima y peligrosa que siempre resultaba. A los indios adultos rarísima vez hieren las rayas, porque con el mismo arco que llevan para flechar pescado van picando la arena al vadear por el agua; toda la plaga recae sobre los chicos incautos, que al irse á lavar y travesear jamas escarmientan, y áun malicio que se alegran de las heridas por librarse de ir á la escuela y á la doctrina, que evitan cuanto pueden, por ser tareas opuestas al humor de aquella edad.

Deseoso de atajar tantos daños, impelido de la reflexion arriba dicha, al primer chico que me trajeron herido saqué una vena que hay en el centro de los ajos, que es la que pasa á retoño cuando nacen, y la introduje por la herida de la púa: á breve rato brotó por ella tal copia de sangre, que arrojó a la dicha vena ó nervio del ajo; despues que paró la sangre puse otro semejante y volvió al cabo de rato á salir sangre, pero en menor cantidad; y reteniendo en mi casa al paciente á los tres días ya estaba sano, sin habérsele inflamado la herida ni poco ni mucho; de modo que se infiere que lo cálido del ajo pone fluida la sangre coagulada con el frío del veneno, y se ve que con la misma sangre sale el veneno que la pua había entremetido. Este experimento me dió motivo para el segundo, que fué llenar la herida hecha por la púa de la raya con raspadura de nuez moscada, y surtió el mismo efecto y con las mismas circunstancias dichas ya en el experimento primero. Dejo otras noticias de las dichas rayas, y concluyo con decir lo que me causó notable armonía, y es que haciendo anatomía de la rara hechura de una, le hallé el vientre, no lleno de huevecitos, como tienen los otros peces, sinó lleno de rayas del tamaño de medio real de plata, y cada una de ellas, que pasa-

ban de veinte, armada con sus púas en la cola, para salir prontas á dañar desde el vientre de su madre.

Otra plaga fatal es la de los guacaritos, á quienes los indios llaman *muddé*, y los españoles, escarmentados de sus mortales y sangrientos dientes, llamaron y llaman hasta hoy caribes. Contra éstos el único remedio es apartarse con todo cuidado y vigilancia de su voracidad y de su increible multitud, pues es tanta aquélla y tal ésta, que ántes que pueda el desgraciado hombre que cayó entre ellos hacer diligencia para escaparse se le han comido por entero, sin dejar más que el esqueleto. Y es cosa digna de saberse que el que está sano y sin llaga ó herida alguna puede entrar muy bien y nadar entre innumerables guacaritos (si sabe espantar las sardinas bravas), seguro y sin el menor sobresalto; pero si llega á tener algun rasguño de espina ó de otra cosa por donde se asome una sola gota de sangre, va perdido sin remedio; tal es su olfato para conocer y hallar la sangre. Y para mayor advertencia añado que pocos años hace, precisado á pasar el rio Cravo un buen hombre estando el rio muy crecido, dejó la silla de montar al otro lado y encima del caballo en pelo se arrojó á pasar; tenía el caballo lastimado el espinazo, y al olor de aquella sangre le embistieron los guacaritos con tal ímpetu y multitud que, por más presto que el hombre se arrojó del caballo á nadar, cogiendo luégo tierra, salió lastimado y murió en breve; y aunque no tenía herida alguna, sus compañeros discurrieron que á río revuelto llevó de aquellos animales los fatales mordiscos que le causaron la muerte. Esto es muy creible, porque se ha reparado que durante los ataques sangrientos se comen los guacaritos unos á otros, porque por estar los más inmediatos á la presa teñidos de sangre, dan con ellos los que van llegando de nuevo, y es muy creible que esto es lo que sucedió al referido pasajero.

No há mucho que en la mision de Guanapalo le llevaron al Padre misionero de aquella gente, los alguaciles de la doctrina,

un esqueleto recientemente descarnado de un chico de unos seis ó siete años de edad que inadvertido se entró en el río, con un leve rasguño, y le arremetieron tan apriesa los guacaritos, que con haber muchos indios presentes nadie le pudo remediar, pues ninguno se atrevió á exponer su vida á un manifiesto peligro.

Esta mala casta de guacaritos abunda en el Orinoco, en todos los ríos que á él bajan y en todos los arroyos y lagunas; y porque ellos, como queda dicho, no saben abrir brecha si no la hallan, hay con ellos otra multitud innumerable de sardinitas de cola colorada, sumamente atrevidas y golosas, las cuales lo mismo es poner el pié en el agua que ponerse ellas á dar mordiscos y abrir camino á los voraces guacaritos, sus compañeros. Esta es la causa por que los indios, cuando por falta de canoa se ven precisados á vadear algun rio mediano, pasan dando brincos y aporreando el agua con un garrote, á fin de que se espanten y aparten así las sardinas y rayas como los guacaritos, cuyos dientes son tan afilados que los indios quirrubas y otros que andan sin pelo se lo cortan, sirviéndose en lugar de tijeras de las quijadas de los guacaritos, cuya extremidad, afianzada con una amarra que ajusta la quijada de arriba con la de abajo, forma las tijeras de que usan.

Otro pez hay en las bocas del Orinoco y costas de la isla de la Trinidad y en las del golfo Triste, que llaman *tamborete*. A éste cuando cae en la red luégo le arrojan otra vez los pescadores, porque á algunos que incautos le han comido luégo se les ha hinchado horriblemente el vientre y han muerto. Doy las señas de él para que sea conocido: no crece mucho, pues el mayor no llega á ocho onzas de peso; no es pez de escama, sinó de pellejo, y es más grueso de lo que pedia su longitud; tiene el lomo casi morado y la barriga blanca.

El pez *espada* piensa neciamente que la canoa que pasa navegando es algun animal que va en su alcance, y luégo saca la cabeza y en ella su espada, no de dos filos, sinó de dos sierras,

y da tal tajo á la débil canoa que la pone á pique de trabucarse. Si es la canoa vieja le suele sacar una buena astilla, y si es nueva suele dejar la mitad de su espada encajada en el bordo y se va medio desarmado. El se hace respetar de todos los peces por su espada, y hasta los caimanes, manatiés y bagres procuran evitar su encuentro. ¡Cuánto más cuidado deben tener los hombres para librarse de su furiosa ira y fatal golpe!

Desde las bocas del Orinoco, por todo el golfo Triste, hasta las bocas de los Dragos, se cría el pez *manta*, de quien huyen á remo y vela así las piraguas de los pescadores como las de los pasajeros. Se cree que es pez, aunque no tiene trazas de ello; es un témpano cuajado, tan ancho, que luégo que se arrima á la canoa la cubre en gran parte y regularmente con la canoa y gente dé ella se va á pique.

No he visto este monstruo; pero navegando por aquel golfo en los años de 1731 y 1732 ví y oí el sobresalto de los marineros y pasajeros y el miedo grande que tenían de dar con una de estas mantas, que tan fieramente arropan y abarcan tanto buque cuanto parece increible. De los buzos ó pescadores de las pesqueras de perlas he oido á personas fidedignas que entran al fondo con un puñal en la mano para defenderse de dichas mantas, que al primer piquete se retiran.

Bagre armado se llama otro pez de que abundan aquellos rios, á distincion de otros bagres, de muy buen sabor al paladar, que no tienen armas ni ofensivas ni defensivas. Dicho bagre armado, desde los huesos en que se ajustan contra el cuerpo sus agallas hasta la extremidad de la cola, tiene por cada costado una fila de uñas de hueso muy agudas y parecidas á las uñas del águila real; náda con la velocidad de un rayo, y á los peces, caimanes, hombres ó á cualquiera animal á que se arrima de paso le deja destruido é incapaz de vivir. Sus carnes no se pueden comer por estar todas penetradas de almizcle intolerable.

El pez *temblador*, por otro nombre *torpedo*, á causa del en-

torpecimiento que comunica, se llama así porque hace temblar á cuantos le tocan, aunque no sea inmediatamente, sinó mediante una lanza ó caña de pescar. Se parece en la hechura á las anguilas y crece mucho más que ellas; yo los he visto del grueso de un muslo y de más de una brazada de largo; sólo en los lomos tiene carne muy gustosa, pero muy llena de espinas que rematan en horqueta, y el resto de su cuerpo todo es manteca muy blanca; no tiene agallas y en su lugar tiene dos como orejas de color rosado y en ellas reside la mayor actividad para entorpecer; tanto, que despues de muerto le manosean y cortan los indios para poner en la olla ó para asar, sin sentir ya temblor; pero si le tocan las orejas todavía tiemblan y se entorpecen. Todo su cuerpo es sólido, ménos un corto geme mas abajo de la boca, donde no se halla tripa alguna, sinó sólo el buche é inmediatamente el desaguadero de las heces. En el charco ó remanso del río donde ellos andan no paran ni caimanes ni otros peces grandes por el miedo que les tienen. El temblador, para pescar los peces medianos, se arrima á ellos de paso, los atonta y se los traga á su gusto; pero más gusta de las sardinas menudas, y es curioso el modo con que las pesca. En reconociéndolas, las va siguiendo hasta cerca de la barranca, en donde hace de su cuerpo un semicírculo, fijando la cabeza y la punta de la cola contra la barranca; con que todas aquellas sardinas que tocó al formarse y las que, pretendiendo salir del semicírculo, tocan con él, se quedan entorpecidas y boca arriba tanto tiempo cuanto ha menester para engullírselas todas; digo engullir porque no tiene dientes.

La *payara* es de los peces más hermosos de aquellos ríos, y de buen sabor. Algunos llegan á crecer tanto que pesan veinte y cinco y más libras; pero por grandes que sean dan unos brincos de más de una vara fuera del agua, y si alguno de los que van en canoa trae jubon, ceñidor ó ropa colorada en el cuerpo, da la payara el salto, pégale un mordiscon y queda colgando de la ropa que mordió. Estos peces se pescan sin cebo y sin

anzuelo, sirviendo de golosina la soga y sus largos y agudos colmillos de anzuelo. Para pescarles atan á la punta de un palo un retazo de bayeta ó sarja colorada y se la van mostrando ó desde la orilla del río ó desde la canoa, y ellos van saltando y prendiéndose como dije; porque á más de su dentadura, que es larga y sutil, los colmillos de la quijada inferior son tan largos, que por los conductos que Dios les hizo por entre la cabeza les van á salir las puntas junto á los ojos, por lo cual cierran la boca como con llave, y siendo ropa lo que muerden, como no pueden cortarla del todo, quedan aprisionados con sus propias armas. Al contrario sucede cuando de repente dan un salto y al pobre indio que va remando ó pescando desnudo (segun su costumbre) de improviso le arrancan un pedazo de carne de la pierna ó de un muslo, lo que sucede muchas veces. Dejo otras plagas de animales acuáticos, así porque no son considerables como porque no quisiera ser molesto. Resta sólo tratar de los caimanes, de quienes, aunque los autores que han escrito de la América han dicho mucho, yo diré más por el largo tiempo que he lidiado con ellos, observando sus ardides y haciendo tambien anatomía de sus entrañas; todo lo que pide capítulo aparte, que será no sé si más útil ó curioso.

CAPÍTULO XVIII

De los caimanes ó cocodrilos, y de la virtud nuevamente descubierta en sus colmillos

¿Qué definicion se podrá hallar que adecuadamente comprenda la fealdad espantosa del caiman? El es la ferocidad misma, el aborto tosco de la mayor monstruosidad y el horror de todo viviente; tan formidable, que si se mirara en un espejo huyera temblando de sí mismo. No puede idear la más viva

fantasía una pintura más propia del demonio que retratándole con todas sus señales. Aquella trompa feroz y berrugosa, toda negra y de duro hueso, con quijadas, que las he medido, de cuatro palmos, y algunas algo más; aquel laberinto de muelas, duplicadas las filas arriba y abajo, y tantas, no sé si diga navajas aceradas, dientes ó colmillos; aquellos ojos, resaltados del casco, perspicaces y maliciosos, con tal maña, que sumida toda la corpulenta bestia bajo del agua, saca únicamente la superficie de ellos para registrarlo todo sin ser visto; aquel dragon de cuatro piés horribles, espantoso en tierra y formidable en el agua, cuyas duras conchas rechazan las balas, frustrando su ímpetu, y cuyo centro de broncas y desiguales puntas, que le afea el lomo y la cola de alto abajo, publica que todo él es ferocidad, saña y furor, me horrorizan de manera que no hallo términos que expliquen la realidad de las especies que de este infernal monstruo tengo concebidas.

La dicha de los hombres está en que no todos los caimanes son carniceros ni se alimentan de otra cosa que de pescado, bien que no siempre le tienen á mano, porque siendo como es el caiman pesado y de tardo movimiento, temerosos y áun escarmentados de su ferocidad los peces, se le escapan, y pasa los días enteros sin pillar alguno: dígolo, porque habiendo desentrañado algunos despues de muertos, rara y casi ninguna vez les hallé en el estómago comida alguna; lo que todos sí tienen en el fondo del ventrículo es un gran canasto de piedras menudas muy lisas y lustrosas, amolándose con la agitacion unas á otras. Procuré averiguar este secreto y las causas de este lastre, y hallé que cada nacion de indios tiene su opinion en la materia y que todos tiran á adivinar, sin saberse quién acierta. El parecer que más me cuadró es el de los indios otomacos, mortales enemigos de los caimanes por muy amigos de su carne, de que luégo hablaremos. Dicen aquellos indios que cuando va creciendo el caiman va reconociendo dificultad en dejarse aplomar al fondo del río, en cuyas arenas duerme cubierto de

todo el peso de las aguas que sobre él corren, y que guiado de su instinto recurre á la playa y traga tantas piedras cuantas necesita para que con su peso le ayuden á irse al fondo, que busca para su descanso: de que se infiere que cuanto más crece de más piedras necesita para su lastre y contrapeso, por lo que en los caimanes grandes se halla, como dije, su vientre recargado con un canasto de piedras.

No ha faltado quien, leyendo lo referido, de corrida y sin la reflexion que se requiere me atribuya á mí el parecer que yo refiero como opinion de los indios otomacos, sin reparar en que allí doy por supuesto que todos tiran á adivinar, sin saberse quién acierta. Lo que yo digo es que el parecer de éstos me cuadra más; y esto sólo es afirmar que tiene más probalidad que el de otros indios, cuya opinion no lleva camino; pero aunque fuera mio dicho parecer, no rehusara fundarlo y defenderlo de los argumentos opuestos; sobre que diré algo al paso, soltando el argumento que se me hizo, que es este: El caiman es pescado: al pescado ha dado Dios toda la agilidad que ha menester para nadar, subir y bajar en el agua; luego el caiman no necesita de piedras para sumirse en el río. Si quisiera negar la mayor se acababa todo el argumento, y pudiera muy bien negar que el caiman sea pescado, porque es animal anfibio, como lo es el lobo marino, la nutria y en las Américas el ante, que es cuadrúpedo y acuátil, la bigua y cierta especie de cerdos que llaman irabubos, todos los cuales, igualmente que el caiman, viven y habitan tan alegremente en la tierra como en el agua. Pero vengo ya en que sea pescado, y voy á la menor, que hallo falsificada en la América, no sólo en el pescado que se llama coletó, torpe y miserable, que vive en las cuevas que él mismo cava en las barrancas de los rios, y al paso que el río mengua, va formando cuevas hácia abajo, de donde los extraen los indios á todo seguro, si que tambien en la raya, de que ya hablé, que es pescado y vive aplomado en el fondo de los rios de la América, cubierto ordinariamente de

arena, y se arrastran mudando sitios al crecer y menguar los ríos, dejando señalados los puestos en la playa.

Dios da á los vivientes sensitivos lo que han menester de dos modos, ó real ó virtualmente. Al pez espada se la dió formidable en la cabeza para herir y defenderse; al leon dió garras; al perro colmillos, y así á otros animales: y todo esto se lo dió Su Majestad al hombre virtualmente dándole habilidad para inventar armas, así para ofender como para defenderse. En este mismo sentido dió Dios al caiman lo que ha menester para hundirse en el río, dándole instinto para tragar las piedras que necesita para ello, al modo que al gavilan y á otras aves de rapiña que en comiendo demasiado no pueden levantar el vuelo les dió aquel instinto natural con que lanzan lo que conviene para remontarse en el aire con menor peso. Las grullas son tardas en levantar el vuelo, y para no ser sorprendidas se remudan de noche haciendo centinela; y para dispertar ésta, si acaso se duerme, levanta un pié, y entre sus garras una piedra ó un terron que al adormecerse se le cae y la dispierta con el golpe: con que el Señor, que dió este arbitrio á las grullas, dió el otro á los caimanes. Ahora insto el argumento contra el que le hizo de esta forma mirando el modo de volar de las grullas: la grulla es ave; á las aves dió el Criador todo lo que han menester para volar; luego vuelan sin adminículo alguno externo. Y veis aquí que ya es menester dar la misma solucion que yo dí al argumento, distinguiendo la menor y negando la consecuencia; porque ya que la grulla no puede mantener en el aire el peso de su cabeza por largo tiempo, le dió la industria de recargarla sobre la espalda de la que va delante, y luégo que la delantera se fatiga se aparta y reclina la cabeza en la espalda de la última, sin lo cual ya no pudiera volar, como ni el caiman irse á fondo sin lastre de piedras.

De modo que no solamente dió el Criador á los animales admirables industrias para su conservacion, sí que tambien para nuestra enseñanza, como se ve en las repúblicas ordenadas y

hacendosas de las abejas y de las hormigas. Y quien quisiere maravillarse y alabar á Dios, vea en la *Historia del Canadá* ó *Nueva Francia* la república que forman los castores, la vida sociable que hacen, su gobierno económico y la formalidad y arte natural con que labran sus viviendas, para las cuales, unos cortan madera, otros la cargan; aquellos amasan barro, estos le cargan, y los demas, á fuer de arquitectos, labran las viviendas.

Estas y otras cosas admirables que vemos hasta en las más despreciables arañas me movió á decir que me inclinaba é inclino á que los indios otomacos no van muy fuera de camino diciendo que el caiman engulle piedras para lastre, arbitrio de que usan los marineros para que, hundido con proporcion el navío, navegue con la seguridad que no tuviera sin lastre: de modo que asi como cuanto mayor es la embarcacion requiere más lastre, asi cuanto más crece el caiman más piedras tiene en el buche, y ésta es materia de hecho indubitable, no sólo por haberlo visto yo, como ya dije, sinó porque es notorio en donde quiera que hay caimanes y cocodrilos, así en las Indias Occidentales como en las Orientales. En los ríos en que no hay piedras retienen los caimanes los huesos de los animales que comen, como me aseguró del río de Tame el capitan don Domingo Zorrilla despues que hizo la experiencia, y Mr. Salmon afirma (1) que en las costas de Mendanao y de Xobo se hallan en los vientres de los cocodrilos huesos de hombres, de animales y tambien cantidad de piedras que tragan para llenar el estómago.

Sólo casualmente aprenden á cebarse en carne humana, y así en los ríos donde no hay poblaciones y hay poco concurso de embarcaciones pasajeras sólo en tres circunstancias de tiempo son de temerse los caimanes. La primera cuando por Setiembre

(1) Aperti alcuni di essi *coccodrilli*, si sono trovate, nel loro ventre, ossa de huomini, e di animali; come ancor *pietre*, che inghiottono, per empirsi lo stomaco. Tom. 2, cap. 9, pag. 225.

y Octubre andan celosos en contínuo movimiento de sus hembras. La segunda cuando, puestos los huevos en hoyas que para ellos cavan en las playas, donde con el calor del sol y de la arena se empollan, andan la hembra y el macho remudando la guardia no léjos de la nidada. La tercera cuando, salidos ya del cascaron los caimancillos, van todos juntos arrimaditos á las barrancas, nadando por la misma orilla del agua, pues entónces andan sus padres á la vista, y en este y en los otros dos tiempos dichos gastan infaliblemente de su sañudo humor y embisten con furia, disparando al mismo tiempo una ventosidad é intolerable almizcle que aturde el sentido, por lo que en los dichos tres tiempos es necesario navegar con gran cuidado y vigilancia.

En los raudales furiosos de los ríos, en los remolinos y peñascos donde suelen naufragar las embarcaciones, y junto á las poblaciones, en los sitios á donde van las gentes á lavarse y á tomar agua para llevar á sus casas, en todos estos sitios hay caimanes cebados y enseñados á comer carne humana : en aquellos remansos de agua es donde, estando sumidos, tienen afuera la superficie de sus ojos, acechando maliciosamente la presa, y allí es donde tambien perecen muchos de ellos con las flechas de caña brava que les disparan los indios. La caña brava, llamada así porque es sólida, es un veneno tan activo para los caimanes que por poco que entre la punta de la flecha, ó por el lado de los brazuelos, ó por los ojos, que son los sitios únicos por donde son capaces de recibir herida, á poco tiempo nadan sobre el agua ya muertos. Tambien los mata su misma voracidad, cebándoles aquellas gentes de este modo : en medio de una estaca de madera firme atan una soga fuerte y larga : en la estaca amarran un pescado que la tape ó un pedazo de carne : luégo concurren allí los caimanes, y el primero que llega se traga la carnada y la estaca ; espera el pescador un rato, y luégo, con ayuda de compañeros, saca el caiman á la playa por más que se resista, y á esta trampa llaman tolete.

De ésta misma usan en la playa seca para prenderlos sin cebo ni carnada alguna, y es una fiesta, no de toros, sinó de caimanes, digna de verse. Coge el indio el tolete ó la estaca con las puntas bien aguzadas, la toma del medio y sale á provocar al caiman, que con más de una vara de boca abierta contra el sol, se está calentando; luégo que el caiman ve venir contra sí al indio, le acomete en derechura con la boca abierta; á distancia competente se aparta el indio sólo un paso, y con este lance pasa el caiman de largo; no se apura el indio, porque por tener el caiman el espinazo tieso é inflexible, ha de hacer un gran círculo para volverse á encarar con su enemigo; éste espera la segunda, tercera y cuarta embestida y cuantas quiere, evadiéndolas con la misma frescura y facilidad, hasta que de hecho suelta la soga, empuña bien la estaca y espera al caiman á pié firme; llega éste á coger furiosamente la presa con la boca abierta, y entónces el indio le mete intrépidamente el puño con la estaca y todo el brazo dentro de la disforme boca, con el seguro de que al tiempo de cerrarla se clava el caiman la punta superior del tolete en el paladar y la punta inferior abajo de la boca, y así se queda cogido con toda la bocaza abierta, hecho ya juguete de los muchachos. Cúbranse de vergüenza los circos y anfiteatros romanos con sus soberbios emperadores, que yo aseguro que jamas vieron espectáculo de semejante valor y destreza, ni lo dicho fuera creible sinó al que lo ha visto, y para que lo crea el que lo leyere es preciso que haga reflexion sobre que en él sólo interviene un bárbaro jugando con un bruto. Los indios de Campeche usan el mismo divertimiento, y con mayor destreza los de Filipinas, por ser más ligeros y ágiles aquellos caimanes con quienes juegan.

Yo no he visto riña del tigre feroz americano con el caiman; pero los indios que la han observado me han referido que estando el caiman calentándose al sol, suele de un salto el tigre clavarle todas cuatro garras, montando sobre él, quien no halla otro remedio que arrojarse al profundo del río para que se

ahogue su enemigo: si ántes que se hunda el caiman el tigre, como suele suceder, le ha rajado el vientre y derramado las tripas, le saca al seco y se lo come; pero si el caiman ligeramente ganó el fondo del río, despues de ahogado el tigre, le saca á la playa para su regalo.

Y es digno de saberse que el caiman dentro del agua muerde lo que encuentra, pero no puede comer, y sale al seco para lograr la presa, y la causa es porque el caiman ni tiene lengua ni cosa equivalente; sí solo la campanilla del garguero, que es un tapon de carne informe que le tapa el tragadero al cerrar la boca, y al abrirla queda el paso franco para el agua, que si se descuida le ahoga; por lo que coge, aprieta reciamente la presa y luégo que la siente privada de movimiento sale con ella a la playa y logra el fruto de su trabajo.

Se recrean y regalan mucho los indios con los huevos de caiman, y es gran fiesta para ellos cuando hallan algunas nidadas, en cada una de las cuales á lo ménos encuentran cuarenta huevos tremendos, gruesos y largos, con ambas extremidades redondas: todos van al caldero, y aunque al tiempo de comerles encuentren ya empollados los caimancillos, no se afligen, porque todo lo comen brutalmente; todo cuanto contienen los huevos adentro es clara, y en su centro una mancha parda, que dicen ellos ser la parte que ha de ser la cabeza del caiman.

Y lo creo así, porque abriendo muchos de aquellos huevos ya empollados, he reconocido que el cuerpo y cola del caimancito, de más de un geme de largo, da vuelta enroscada por el circuito interior del huevo y la cabeza queda en el medio o en el centro, la cual saca luégo que se rompe la cáscara y muerde con furia el palo con que se rompió el huevo, clavando reciamente los dientes afilados en el palo: así nacen armados estos feos animales.

Pero, como apunté, ya sean chicos, ya sean grandes los caimanes, no les valen sus armas contra la industria y temeridad de los indios otomacos y guamos, que usan de sus carnes por

regalo, especialmente en el invierno y creciente del río, cuando es poco útil otra pesca; entónces salen aquéllos de dos en dos, con una recia soga de cuero de manatí y un lazo en la extremidad de ella; el uno lleva la soga, y el otro el cabo donde está el lazo, y en viendo al caiman tomando el sol, procuran acercársele sin ser sentidos de él, hasta que al mismo tiempo que cae al río el caiman el indio que lleva el lazo monta sobre él con toda seguridad, porque ni puede volver la cabeza para morderle ni doblar la cola para que le alcance; con el peso del indio que carga encima luégo va á dar el caiman al fondo del río; mas cuando llega á dar fondo ya tiene el lazo bien apretado en la trompa y tres ó cuatro lazadas añadidas para mayor seguridad, de las cuales la última es la mejor, porque asegura á las otras en el mismo pescuezo; sale afuera el indio tan fresco como el mejor buzo de una armada real, y él y su compañero tiran hácia afuera el caiman, que aunque hace con la cola sus extremos no puede resistirse ni evitar la muerte.

Danle un fiero garrotazo sobre los ojos, del cual queda enteramente aturdido, y ántes de darle otro golpe, miéntras está vivo, le cortan y sacan del pecho la tabla de conchas donde reside el fiero almizcle, porque si muere el caiman ántes de quitarle dicha tabla se difunde por todo el cuerpo tanto almizcle que apesta la carne, de modo que no puede comerla ni la gran voracidad de los indios. Quitada aquella tabla, destrozan la carne, que es tan blanca como la nieve, tierna y de buen gusto, y sólo queda la sospecha de que tal vez se habrá comido aquella bestia algunos hombres. De ordinario tienen mucha grasa y manteca, que guardan los indios para sus amasijos de pan, como ya dijimos; y como hay tanta abundancia de caimanes pasan aquellas dos naciones sus inviernos alegremente y con mucha abundancia de vianda. ¡Tanto como esto puede la industria humana!

Como vimos en la primera parte, el pan de los indios otomacos es á lo ménos la mitad de tierra gredosa, que natural-

mente habría de dañar á los que le comen; pero sucede lo contrario, porque aquellos indios exceden á las demas naciones en robustez, fuerza y corpulencia; y esto me movió á indagar cómo ó por qué las otras gentes, si por vicio comen tierra (como sucede en los de poca edad y en las mujeres embarazadas), luégo pierden el color, se ponen enteca y enferman, y comiendo los otomacos chicos y grandes, no sólo el dicho pan, sinó tambien muchos terrones de pura greda, no les causa daño alguno. Y despues de repetidas experiencias hallé con toda evidencia que la manteca ó grasa del caiman limpia totalmente el estómago, sin dejar en él tierra alguna; de modo que dándole al que se opiló con comer tierra tres ó cuatro mañanas una onza de dicha grasa en ayunas, con algo de azúcar para evitar el asco, expele toda la tierra del estómago, recobra las ganas de comer y vuelve á su nativo color el rostro; y de esto hay innumerables experiencias.

Antiguamente arrojaban al río las cabezas de los caimanes que enlazaban; pero de pocos años á esta parte tienen en ellas su mayor ganancia, porque venden á muy buen precio los colmillos, que se buscan con ansia para enviarlos á personas de estimacion, que los reciben y agradecen como un apreciable y rico regalo, á causa de haberse descubierto en la provincia de Caracas ser dichos colmillos un gran contraveneno. Por esto y por lo que han experimentado ya, el que no lleva un colmillo de caiman engastado en oro ó plata y apretado con una cadenilla á uno de los brazos se pone en los dedos una ó dos sortijas hechas de los mismos colmillos contra las yerbas venenosas, que los negros esclavos suelen usar unos contra otros y no pocas veces contra sus amos. El descubrimiento de la virtud del dicho colmillo es moderno, y fue asi: deseoso un negro esclavo, en las haciendas de Caracas, de matar á otro, le dió ocultamente de cuantos venenos y yerbas venenosas tenia noticia; y viendo que se cansaba en balde y porfiaba en vano, porque su enemigo estaba bueno y sano despues de sus diligencias, á fin

de saber la causa, empezó á saludarle, visitarle y enviarle todos los regalos que podía, y como el otro estaba muy léjos de saber la mala intencion que había tenido éste, correspondíale con buena amistad; y con esta ocasion un día dijo el negro malévolo al otro: «Camarada, si algun mal cristiano nos quisiese dar veneno, ¿qué remedio sabes?» El otro negro sacó el brazo, levantó la manga, y mostrándole un colmillo de caiman atado á la carne, le dijo ingenuamente: «Amigo, teniendo este colmillo no hay veneno que valga.» Corrió la voz, y con la experiencia el aprecio de tan buen preservativo.

Al mismo tiempo, á poca diferencia, una enojada y cruel mujer quiso matar á su marido, dándole á este fin varios venenos; pero éstos no tuvieron fuerza, porque casualmente para guardar yesca traía siempre consigo un colmillo de caiman. El caso se hizo público en la ciudad de Panamá: pasó la noticia á las de Guayaquil y Quito, en donde se hicieron varios experimentos, dando tósigos á varios animales, despues de atarles al pescuezo el dicho colmillo; y el efecto fué lanzar á breve rato la carne envenenada y quedar sin daño alguno.

Con estas experiencias se pasó despues á poner sobre las mordeduras de víboras y culebras el colmillo del caiman, y se ha visto ser el antídoto más activo y más universal, como es ya notorio en las tres citadas provincias; de modo que hasta la mortífera ponzoña de aquellas víboras que llaman bejuquillo, para la cual con gran dificultad se hallaba triaca, cede luégo á la virtud de aquel colmillo, como consta de instrumento jurídico con que se autenticó en Guayaquil semejante caso. Sólo lo ya experimentado equivale á más de lo que se afirma del unicornio; y la pericia de los botánicos descubrirá con el tiempo mucho más.

En fin, hay abundancia de caimanes de la misma forma y figura; pero no son en sí bravos, aunque cuando los torean mucho los he visto enojados, y éstos sólo se mantienen de pescado, y son comida apetecible y de buen gusto; de manera que

cuando hay babilla, que es el nombre que se da á aquel caiman, abandonan los indios cualquier otro pescado.

CAPÍTULO XIX

Modo de cultivar sus tierras los indios y los frutos principales que cogen

Es de fe que con el sudor de su rostro ó á costa de él han de comer todos los hijos de Adan: solas las naciones guajiva y chiricoa, de que ya hemos tratado, por su innata pereza parece que procuran evadir esta inevitable pension; pero neciamente, porque por no inclinar sus hombros al cultivo de la tierra se ven obligados á estar en una continua marcha y caminar siempre de río en río, para lograr las frutas silvestres de las vegas, y por la misma causa, ni fabrican casas, ni tienen resguardo alguno contra los soles ni las lluvias: penalidades mucho mayores que las que de suyo trae el cultivo de la tierra, que aunque trabajoso, da treguas al descanso, admite algun reposo y con la cosecha abundante hace olvidar las fatigas.

No así el resto de las naciones de que voy hablando en esta historia; ántes bien las que tienen noticia de los guajivas y chiricoas abominan de su genio, usos y costumbres: y dicen que han aprendido aquel modo de vida de los monos y otros animales, y aunque todos los indios generalmente son dominados de la pereza, con todo, unas naciones son más inclinadas al cultivo de la tierra, otras ménos, y en todas, como ya queda dicho, el mayor peso del trabajo recae sobre las pobres mujeres, así en las tareas del campo como en las domésticas, unas y otras mal agradecidas y peor pagadas por sus maridos.

Es muy diverso el modo y mucho menor el trabajo que tienen en cultivar las tierras despues que admiten Padres misioneros, y por su medio consiguen herramientas despues de

congregados á vida civil en colonias. Los gentiles, unos vivían y muchos aún hoy viven escondidos entre dilatadas selvas é impenetrables bosques, otros en espaciosos llanos, al abrigo de las vegas de los rios. Por lo que respecta á los habitadores de las selvas, yo no percibo hasta ahora cómo podía su trabajo producir fruto suficiente para su manutencion, porque para sembrar deben primero cortar la maleza, derribar los árboles y quemar despues uno y otro para descubrir el terreno que ha de recibir las semillas; y hacer toda esta faena sin herramienta me causó siempre gran dificultad, y aún me la causa, porque jamas quedé satisfecho de lo mismo que ví, oí y experimenté. La primera vez que entré á los gentiles silvestres, creí, en vista de su tosquedad, que sería fuerte argumento para agregarlos á mejor sitio el ponderarles que allí no tenían herramientas con que rozar la tierra y derribar los árboles; pero no fué así, porque sacando sus hachas de pedernal de dos bocas ó de dos cortes, encajándolas por el medio en garrotes proporcionados, me respondieron que con las macanas, que son sus espadas de palo duro, tronchaban la maleza y con aquellas hachas cortaban los troncos verdes y las mujeres iban quemando los palos secos. Pregunté cuánto tiempo gastaban en cortar uno de aquellos árboles, y me contestaron que dos lunas, esto es, dos meses, cosa que con una hacha ordinaria se hace en una hora. Por eso dije que no percibo todavía cómo su trabajo tan lento les podía dar suficiente fruto para su singular voracidad. Pregunté, además, cómo ó con qué labran aquellas hachas de piedra tan dura, y me respondieron que las picaban con otras piedras, y despues, á fuerza de amolarlas en piedras más blandas, con la ayuda del agua, les daban figura y sacaban los filos de las bocas. Jamas ví esta maniobra; pero creo que sólo á fuerza de mucho tiempo salían y salen con ella, ocupacion propia para gente ociosa.

Para mover, amontonar y formar surcos en la tierra despues de quemada la maleza se valen de palas formadas de palo

durísimo, que unos llaman araco, otros macana y cada nacion segun su lengua le da su nombre, y con ellas cavan, por ser muy poco ménos duro aquel palo que el hierro acerado y de buen temple: estas palas las fabrican con fuego, quemando unas partes y dejando otras, no sin arte, proporcion y dispendio de largo tiempo.

Los bárbaros que vivían y los que áun viven en campos limpios, como no tienen el embarazo de arboledas y bosques, consiguen sus frutos, aunque en menor cantidad, con ménos trabajo; porque con las palas de macana que dije en los sitios húmedos levantan la tierra de uno y otro lado del surco, tapando la paja y el heno con la tierra extraida del uno y del otro lado, y luégo siembran su maíz, yuca ó manioca y otras raíces, y en todas partes gran cantidad de pimiento, que tienen de muchas especies, y algunas demasiadamente picantes, de que gustan mucho, y es el único condimento de sus comidas. Da ménos fruto el campo raso que las vegas y bosques, porque en éstos el terreno es de más jugo, y áun por eso arroja de sí las arboledas y malezas, y la misma hojarasca que cae de ellos, y se va pudriendo, les añade fuerza. A más de esto, aquella ceniza de las ramas que queman y el calor que al arder concibe la tierra la fecunda mucho, como sucede entre los catalanes, que tapan filas de haces hechos de ramas de pino, y á su tiempo hacen arder todo el campo que han de sembrar. Al contrario, los indios que cultivan el campo limpio, como no tienen estiércol con que fomentar aquel campo de poco jugo, cogen poquísimo fruto en comparacion de los otros. Viene á ser la diferencia como la que hay entre los trigos de regadío, cultivados, estercolados y regados, que suben con tanta fuerza en Murcia, Cataluña y Valencia, que muchos exceden á la estatura de un hombre, y los trigos de secano, que por no tener otro beneficio que el del arado, no dan ni la mitad del fruto que aquéllos.

Es cosa muy singular y notable la que observé en los anegadizos de los ríos Orinoco, Meta, Apure, Casanare Tame y

otros; y es que en lugar del junco, que de ordinario se ve en otras lagunas, en las de los dichos ríos nace, crece y madura el arroz, que brota voluntariamente la tierra húmeda sin que nadie lo siembre ni cultive. No conocen los indios bozales la utilidad de tan precioso grano, pero sí las avecillas, que á bandadas concurren de todas partes á disfrutar la cosecha, sin que pueda dudarse que sea arroz verdadero, pues no pude en ello padecer engaño, porque en el reino de Valencia, mi patria, que es la ribera del Júcar, es donde más abunda. A más de que á muchos sujetos incrédulos, estrujando las espigas entre mis manos, la evidencia de los granos limpios les quitó la duda. Y es aún más de admirar lo que abunda en terreno cultivado y de riego, en donde, sembrado y trasplantado á su tiempo, nacen, como lo conté repetidas veces, sesenta espigas de una sola mata; siendo prueba de la fertilidad de la tierra y de que es el arroz fruto muy connatural de aquel temperamento el que la tierra le produce de suyo y cultivado le da tal aumento.

Todos los indios otomacos, que viven cerca de las lagunas, de que hay muchas y muy grandes, al tiempo que éstas van bajando despues de la fuerza de las aguas van sembrando toda aquella tierra limpia de que se retira el agua, y en ella cogen abundante fruto, porque aquella tierra holgazana y podrida es apta y prorumpe en copiosos frutos. En el contorno de estas lagunas siembran los dichos otomacos, guamos, paos y saruros una singular especie de maíz que no se ha extendido ni he visto en otras naciones: llámanle en su lenguaje *onona* ó maíz de los dos meses, porque en los dos meses de sembrado crece, echa mazorcas y madura; de modo que en el transcurso de un año cogen seis cosechas de este maíz buscando terreno á propósito, porque el temperamento es siempre uniforme; siendo esto cosa bien singular.

Ni pierden palmo de tierra, porque entre el dicho maíz siembran matas de caña dulce, mucha variedad de raíces, gran diversidad de calabazas, y sobre todo inmensidad de melo-

nes de agua, que son sus delicias, y son de otra especie muy diferente de los que hay en Europa y abundan ya en las Américas. Estos melones de que hablo son propios de aquellos países y más pequeños que los nuestros, tienen la corteza más dura y sus pepitas redondas, del tamaño, hechura y picante de los granos de pimienta; pero es muy particular la sandía, que llaman en su lengua *gibiria*, y no hallo con qué comparar su suavidad, pues lo mismo es tomar un bocado de ella que tomarle de un panal de miel.

Los gentiles que vivían y los que viven en los bosques, aunque no tienen la semilla del maíz de los dos meses, con todo, como allí es en todo el año uniforme el temperamento, continuamente tienen maíz tierno y maduro, otro en flor y otro naciendo, y cada uno siembra cuando se le antoja ó cuando acaba de preparar la tierra, sin riesgo de que le falte la cosecha, con tal que tenga cuidado de espantar las bandadas de papagayos, loros, periquitos, guacamayos y otras inundaciones de pájaros, que á poco que se descuiden les destruyen las sementeras. Pero sobre todo es preciso el mayor cuidado para defender los sembrados que hacen en las selvas de la multitud de varias especies de monos, pues apénas se puede creer el grave daño que hacen y la malicia con que proceden. Si reconocen desde los árboles por donde vienen que hay centinela, no baja ni uno de ellos á la sementera; viene y se va una multitud de ellos con tanto silencio, que si la vista no los descubre seguro está que sean sentidos: y siendo así que el ruido, bulla y gritería que meten en otras partes es intolerable, para hurtar nadie chista. Con todo, vuelven una y muchas veces á reconocer si hay centinela, y cuando se aseguran de que no, queda uno de ellos en la cumbre del árbol más elevado observando si viene alguno, y baja todo el resto de ellos; cuando logran el lance cada uno se lleva cinco mazorcas de maiz, una en la boca, dos debajo de los sobacos y una en cada mano, y luégo, sostenidos en los dos piés, corren como un rayo á brincos hasta ocultarse en el bosque. Si al tiempo de

estar ya cogiendo las mazorcas sale el amo de la choza ó se aparece á un lado de la sementera al punto empieza á gritar el mono que está de atalaya sobre el árbol, y cada cual de los monos, con lo que pudo pillar, huye con presteza; pero de los que ya estaban aviados con sus cinco mazorcas perecen muchos en estos lances, porque son tan tenaces en retener lo que una vez han cogido, que se dejan matar ántes de soltarlo; en este caso, al salir el indio ó indios con sus garrotes á perseguir los monos, los que se llevan una ó dos mazorcas, que a mas de los piés les queda una mano libre, suben á los árboles y se escapan; pero los que por huir bien aviados sólo van dando brincos con los dos piés juntos, casi todos mueren á palos, porque los indios corren más y logran cobrar parte del daño, pues los monos son para ellos gran regalo. Ello es cierto que son tantos los monos y tan dañinos, que si pudieran hacer daño de noche como lo hacen las faras y otros animales nocturnos, no dejaran coger á los pobres indios ni un grano de maiz.

Por lo que mira á la tenacidad con que retiene el mono la presa que cogió, habiendo yo referido lo que acabo de escribir aquí de los monos del Orinoco y sus vertientes á algunos españoles de los que entran y salen á las minas de oro del Chocó, Anserma y otras, me refirieron como cosa comun y ordinaria que en algunas de aquellas minas que tienen bosques a poca distancia la vianda ordinaria de los negros son monos, que pillan sin más trabajo que el dejar á la orilla del bosque, de parte de noche, unas botijuelas, de las que de Cádiz van á dar allá llenas de aceite, dentro de las cuales ponen una porcion de maiz tostado: salido el sol, ven los monos las botijuelas, y su vivísima curiosidad y golosina los hace bajar precipitadamente á reconocer lo que hay: meten la mano, que entra apretadamente por la boca de la botijuela, encuentran el maiz adentro y cogen cuanto pueden apañar con la mano, y como sube ya llena y con el puño cerrado, no pueden sacarla: porfían todos para sacar sus manos, pero ninguno suelta, ni quiere sol-

tar el maíz; y así, dándose por presos, empiezan á gritar tremendamente, con una confusion intolerable: el muchacho, que á lo léjos está de espía, conoce con los gritos que ya han caido en la trampa, da aviso á los negros, vienen éstos con su machete ó garrote en la mano, y aunque al verlos añaden los monos esfuerzo á sus gritos, no por eso dejan el maíz que cogieron, y como el peso de la botijuela ni les permite subir á los árboles ni áun caminar á su gusto, cada negro le da un porrazo á su mono y lleva que comer y cenar para aquel dia.

No he sido, como dije, testigo de esta trampa con que los monos se prenden por sus mismos puños; pero tengo por fidedignas las personas citadas, á quienes oí lo referido. Vamos ya á ver cómo cultivan la tierra los indios despues de domesticados, qué frutos y frutas cogen, qué pan comen y con qué vino ó cerveza se embriagan.

CAPÍTULO XX

Prosigue la materia del pasado

Visto el modo con que los indios gentiles cultivaban sus sementeras sin herramienta alguna, y hoy las cultivan los que no tienen trato con los españoles ni con los extranjeros, ni con otros indios que traten con aquéllos, pasemos ya á ver cómo los reducidos á vida civil y á misiones cultivan sus tierras, y cuán contentos están con el uso de las herramientas, que les alivian tanto el trabajo cuanto va de gastar dos meses en cortar un palo á emplear sólo una hora. Cortados ya todos los palos, que caen sobre la maleza menuda, que fácilmente tienen ya de antemano rozada con machete, van cortando las ramas principales de los árboles ya derribados, y esta diligencia sirve para que aquellos árboles, que enteros tardarian á secarse tres meses á violencia de los calores del sol, cortadas sus ramas se se-

quen, como sucede, dentro de un mes, por la fuerza con que en aquellos paises arde el sol. Secos ya aquellos árboles y ramas, esperan un dia claro en que sople algun viento, y por la parte por donde viene éste les pegan fuego por varios sitios, y por todos, al favor del viento, arde de tal modo y toma luégo tanto cuerpo el incendio, que en ménos de una hora arde todo lo preparado en doscientos pasos en cuadro, y queda todo el campo lleno de ceniza y ardiendo tal cual tronco de los mayores. Se hallan despues entre las cenizas muchas y grandes culebras tostadas, y al rigor del calor del fuego se ven salir huyendo otras muchas más, con que queda el terreno ménos infestado de aquella mortal plaga y en estado de poderse cultivar.

Esta maniobra, en las colonias donde hay misionero, se hace de este modo: llegado el tiempo de desmontar, que empieza por Enero, se señala el dia para la sementera del cacique, á que concurren de buena gana todos los indios. La mujer del cacique tiene prevenida una comida competente para todos ellos, quienes madrugan al trabajo, y como son muchos, á más tardar, á la una ó á las dos de la tarde ya tienen concluida la tarea: se lavan y se van al convite prevenido. Concluida la comida, señala el cacique y nombra al capitan cuya tierra se ha de rozar al dia siguiente; y hechos ya todos los desmontes de los indios casados, entran los de las pobres viudas, y finalmente se trabaja el último para la iglesia, que se destina y consume para sustentar los niños de la escuela y niñas huérfanas de la doctrina. Este es un medio muy bueno, para que, cooperando mutuamente entre si, tengan todos qué comer sin hacer daño á sementeras ajenas, y como es funcion de bulla y de concurso, y áun de poco trabajo para cada uno de por sí, y remata en una comida decente, entran alegremente en este uso.

Concluida esta faena, y una vez ya quemada la labranza, no les queda que trabajar á los indios, segun su detestable costumbre; porque el sembrar, limpiar, coger los frutos y almacenarlos, todo pertenece ya á las pobres mujeres. «Hermanos, les

decía yo, ¿por qué no ayudáis á sembrar á vuestras pobres mujeres, que están fatigadas del sol, trabajando con sus hijos á los pechos? ¿No veis que pueden enfermar ellas y vuestros hijos? Ayudadles vosotros tambien.»—«Tú, Padre, respondian ellos, no sabes de estas cosas y por esto te da lástima; has de saber que las mujeres saben parir y nosotros no; si ellas siembran, la caña de maíz da dos ó tres mazorcas; la mata de yuca da dos ó tres canastos de raíces, y así multiplica todo. ¿Por qué? Porque las mujeres saben parir y saben cómo han de mandar parir al grano que siembran: pues siembren ellas, que nosotros no sabemos tanto como ellas.» Esta es la ignorancia de aquellos pobres bárbaros, y esta la satisfaccion de su gran caletre con que á los principios responden á esta y á otras racionales reconvenciones; pero hay el consuelo de que despues van cayendo en la cuenta y se aplican al trabajo; van logrando las mujeres alivio y saliendo de la dura servidumbre en que mas que esclavas servían á sus maridos, quedando últimamente moderado y proporcionalmente repartido el trabajo entre marido y mujer.

Cuando siembran el maiz, ya la yuca lleva una cuarta de retoño, y entre una y otra mata de yuca siembran una mata de maíz; entre la yuca y el maíz siembran batatas, chacos, calabazas, melones y otras muchas cosas cuyos retoños, como corren extendidos por los suelos, no impiden al maiz ni á la yuca, ántes bien, como cubren todo el suelo á manera de una verde alfombra, impiden que brote la tierra otras malas yerbas. No entra arado en estas sementeras ni bueyes para arar, porque no los tienen, y áun en las partes donde hay bueyes y arados para cultivar tierras limpias no pueden arar en estas sementeras: porque aunque arden los árboles cortados, quedan innumerables raíces trabadas entre sí, que no dan paso al arado ni a los azadones. Está aquella tierra tan cubierta de hojarasca y de basura podrida, que fácilmente se deja abrir para recibir lo que quieran sembrar en ella.

Cogida la primera cosecha de todos los frutos dichos, siembran segunda vez los mismos, y ántes de cogerlos van interponiendo retoños de plátano que sacan de los piés de los plátanos antiguos, de modo que cuando disfrutan la segunda cosecha ya los plátanos están coposos. Estos platanales dan el fruto más duradero y más util de cuantos los indios siembran. Una vez arraigadas sus plantas, las unas filas de los platanos unen sus largas y anchas hojas con las otras, formando con ellas bóvedas verdes sobre aquellas dilatadas calles. El tronco del platano no es sólido, sinó un agregado de cortezas una sobre otra, cada una de las cuales remata en una hoja de más de vara de largo y casi media de ancho. Despues que llegó á la altura de dos estados de un hombre, desde la misma raiz va subiendo un vástago por el centro del tronco; y en cuanto se asoma entre las hojas, deja caer dos cortezas con que sube abrigado el racimo, y muestra éste sus gajos de plátanos coronados de flor blanca y de suave olor. Este racimo, si es de bartones, en buen terreno llega á pesar dos arrobas y suele tener ochenta plátanos, los cuales, verdes y asados, sirven de pan, y en la olla sirven de nabos; ya medio maduros y amarillos sirven para los guisos; tienen el agridulce de la manzana medio madura, y sirven de pan y en la olla dan buen gusto; y despues de maduros son una fruta muy sabrosa, aunque pesada, y si los asan no hay fruta más sana en las Américas, ni tan sustancial ni tan sabrosa. Puestos los maduros al sol, se pasan al modo de los higos de Europa, con sabor mucho mejor que el de los higos. Antes que se lleguen á secar al sol los amasan las indias con agua tibia, y su masa, que toma punto de agrio, colada despues con agua tibia en tinajas, hierve como el mosto, y resulta de ella una bebida muy fuerte y que en poca cantidad causa embriaguez. Puestos los plátanos muy maduros á destilar colgados sobre una vasija, de aquel jugo que va cayendo resulta un vinagre muy fuerte y saludable; y en fin, los plátanos son en la América el socorro de todo pobre, pues sirven de pan, de vianda, de bebida, de conserva y de todo, porque quitan á todos el hambre.

Mr. Salmon, en su historia de *Todo el Mundo*, nuevamente dada á luz en lengua inglesa, la que, traducida ya en varias lenguas, anda en manos de todos los eruditos, hablando en su tomo segundo (1) de las frutas de la isla de Mindanao, contigua á las Filipinas, con ser un terreno tan distante del que yo voy tratando, describe los plátanos y dice de ellos las mismas propiedades que llevo referidas, tan individualmente como si hubiera vivido largo tiempo en las misiones de que voy tratando, en que resplandece la liberal providencia del Criador, que en sola una planta proveyó de abundantes víveres á unas gentes que, aunque entre si tan distantes, son tan uniformes en una suma pobreza y en una excesiva pereza. ¿Pero qué necesidad tienen de trabajar si en sólo el plátano hallan todo cuanto han menester para comer y beber con abundancia?

Y de los mindanaos filipinos añade el citado autor que despues que han logrado la fruta del plátano aprovechan sus cortezas, sacando de ellas hebras à modo de cáñamo fino, del cual hilan y tejen piezas de lienzo de que forman sus pobres vestidos, inventiva que no han discurrido las gentes del Orinoco, ó si dieron con ella no les pareció útil vestirse en un clima tan ardiente como aquel.

De modo que ya pueden deponer toda su admiracion los que quedaron sorprendidos al ver en la primera parte de esta historia que la nacion guaraúna tiene todo cuanto necesita en sola la palma llamada quiteve ó murichi (2); que los indios maldivios del Oriente hallan lo mismo y mucho más en sola la palma de cocos, y el vulgo innumerable del imperio de la China en sólo el arroz, viendo que los mindanaos filipinos, y las gentes de que trato, han hallado su maná y en cierto modo su arbol de vida en sólo el plátano.

Una vez crecido y cerrado el platanal y trabadas unas hojas

(1) Cap 5, pág. mihi 194 hasta la 196.
(2) Mr. Blaev. : *Atlant. Indiar.*,. fol. 3.

con otras, forma una línea permanente, que pasa dando continuamente fruto de padres á hijos, y con poco cultivo pasa á los nietos y biznietos, no porque aquel tronco que dió su racimo dé jamas otros, sinó porque al tiempo de madurar el racimo de la guia, ya su hijo, que retoñó de la cepa, tiene racimo en flor, y ya los otros retoños van subiendo en todas las cepas porque en ninguna falte racimo maduro y en flor en todo el trascurso del año, que es cosa admirable. Con este motivo, y á vista de tan abundante socorro, han establecido los Padres misioneros el que, convenidos ya los gentiles en el paraje en que se han de ir agregando para formar colonia, la primera diligencia sea desmontar y prevenir un dilatado platanal, para socorro universal de los que se han de ir agregando.

Abunda tambien, como dije, el maiz, aunque es verdad que es tanto el que comen cuando las mazorcas tienen el grano tierno, que ellos mismos destruyen y disminuyen notablemente sus cosechas. Del maíz molido á fuerza de brazo de las mujeres hacen panes que, envueltos en hojas, cuecen, no al horno, sinó en el agua hirviendo, teniendo para ello ollas muy grandes. A este pan llaman *cayzú*: suelen desmigarlo cuando está fresco y amasarlo segunda vez en mucha cantidad de agua caliente, y reducidos á polvo cuatro de aquellos panes antiguos y llenos de moho, que ellos llaman *subibizú*, mezclan dicho polvo en aquella masa liquida, la cual, puesta en tinajas, al tercer dia hierve como el mosto y resulta una chicha ó cerveza saludable, si se toma con moderacion, y es su bebida ordinaria.

Más sana es la chicha ó cerveza que extraen de la yuca ó raiz de manioca. Arrancan esta raíz, la tronchan del palito de que está prendida, y en el mismo sitio entierran tres ó cuatro pedazos del mismo palo, los cuales á los cuatro dias ya están con sus retoños, y veis aquí otra mata de yuca en lugar de la que se arrancó. Hay yuca dulce, que asada sabe á castañas asadas, y suple muy bien en lugar de pan; hay otra yuca, que llaman *braba*, la que no se puede comer sinó despues que

pasa á cazabe. Para hacer el cazabe rallan dicha yuca de manera que quede como aserrin; exprimen su jugo, el cual es tan activo que si lo bebe alguno, sea hombre, ó sea animal, luégo revienta; pero en cuanto le dan un hervor es muy sano y sabroso, y usan de él para dar gusto y sainete á sus guisos, y le llaman en su lengua *quisare*. Amontonado el aserrin de la yuca veinte y cuatro horas, toma punto como la masa de trigo, y entónces, en unos ladrillos delgados y anchos, que llaman budare, debajo de los cuales arde el fuego, van tendiendo aquella masa hecha torta al modo de las que acá hacen los pastores en sus cabañas; y este es el pan más universal de todos los países calientes, el que sirve en las casas y se lleva para los viajes: recien hecho no es insípido, pero es de casi ninguna sustancia, porque la que tiene la raiz de yuca se fué con el caldo que le exprimieron. En el Orinoco y en otras partes, especialmente en el Ayrico, amontonan las dichas tortas de cazabe calientes, las cubren con hojas de plátano y despues que á fuerza de calor fermentan las deslíen en agua tibia, y puesto el caldo que resulta en tinajas, hierve como mosto y resulta la cerveza que llaman *berría*, porque procede de *berri*, que es el cazabe, y es la chicha mejor que usan y el desempeño de sus convites.

En fin, de la raiz que llaman *cocenecá*, que equivale á batata, hacen chicha; la hacen tambien de otras raices que llaman *rajacá* y de cuantas semillas siembran, de cuantas raices cultivan y cuantas frutas cogen extraen chicha; pero entre todas especialmente la que resulta del caldo de las piñas es fresca y muy regalada. No es árbol el que da las piñas, sinó una mata parecida á las matas de pita, aunque sus hojas son ménos anchas; en lugar del vástago que arroja la pita se corona aquella mata con una piña que á la vista se parece mucho a la de los pinos, pero adentro no tiene piñones, sinó una carne muy suave: la guía en buen terreno llega á pesar cinco y más libras, y luégo del pié de ella y del pié de la misma mata salen cantidad de retoños, cada uno de los cuales se corona con su piña; y si

bien éstas son menores, y llaman *caperri*, son mucho más sabrosas que las de las guías principales; lo singular de las piñas es que el vástago arroja la piña, y desde la coronilla de ésta prosigue creciendo el retoño, y ya que la piña con una suavísima fragancia da señas de madura, se corta, y cortado aquel retoño de su coronilla, que le servía de penacho, se siembra, y sin perder de su verdor prende y resulta otra mata de piñas, y de cada mata se siembran tantas cuantas piñas dió, que son muchas, y así es grande la abundancia de esta rica y saludable fruta.

Parece que, segun la vida andante de las naciones guagiva y chiricoa, como ni siembran, ni paran en un lugar, no tendrán forma de adquirir chicha: así parece; pero ellos se han dado maña para ser tan indios en esta materia como todos los demas; y es el caso que miéntras unos pescan y otros andan en busca de venados, otros se aplican á derribar palmas y formar en sus troncos concavidades al modo que en la primera parte dijimos hacen los indios guaraúnos: pasan á otro río y hacen la misma diligencia, y así van andando de arroyo en arroyo hasta que dan ya por fermentado el caldo que ha dimanado de las primeras palmas; vuelven, visitando por su turno las palmas preparadas, y hallan aquellas concavidades llenas de licor claro agridulce, y tan fuerte que con poca cantidad pierden el juicio, bailan, cantan y hacen mil travesuras.

Es muy digno de saberse que entre la multitud de especies varias de palmas que producen aquellos terrenos crece una llamada *corozo*, que á primera vista da horror, porque desde la raíz y tronco hasta el último cogollo de sus hojas está tan revestida de espinas, tan agudas y largas como alesnas, que no se deja tocar por parte alguna, como si con estas armas resguardase el tesoro que encierra en su tronco. Nace en sitios secos y tierras arenosas; cuesta gran trabajo y muchas heridas el derribar un solo corozo, y muchas más abrirle concavidad en el tronco junto al cogollo para que en ella destile todo su jugo; éste se mantiene

dulce veinticuatro horas, y en las siguientes veinticuatro agridulce; es muy sano; pero lo más apreciable es que el que está picado de calentura hética, continuando quince días en beber en ayunas un buen vaso de aquel jugo, que llaman vino de corozo, esto es, del agridulce, queda enteramente libre de aquella maligna calentura. La especial virtud de este jugo la averigüé sin otro motivo de dársela á los tales enfermos que el saber de cierto que era bebida fresca y saludable, y cuando reconocí este singular efecto alabé á la providencia del Altísimo, viendo que áun en los desiertos previene remedios tan exquisitos para el bien de sus criaturas. Ahora será bien que salgamos hacia las sementeras de los indios á ver otros árboles frutales, y de paso observaremos varias yerbas y raíces muy medicinales y provechosas, tanto, que excitan mudamente á que alabemos al sabio y próvido Criador del universo.

CAPÍTULO XXI

Árboles frutales que cultivan los indios. Yerbas y raíces medicinales que brota aquel terreno

Ya vimos en la primera parte la multitud de frutas silvestres y saludables de que abundan los bosques y vegas del Orinoco, Apure, Meta y otros ríos; tanto, que los Padres misioneros no temen engolfarse por aquellos desiertos en busca de almas, por falta de comida para sí y para los indios compañeros y los necesarios para aquellos viajes. Se observa qué frutas comen los monos, huyen éstos al llegar la gente, y á todo seguro se pueden comer todas aquellas frutas de que los monos se sustentan. Si en los tales frutales no hay monos por entónces, se observa si las hormigas se aplican á morder de dichas frutas, y si ellas comen es señal cierta de que son saludables y sin riesgo usan de ellas.

No son ménos apreciables los frutales que siembran aquellos indios fuera de los plátanos y piñas, de cuya bondad y abundancia hablé ya; despues de las cuales, en tercer lugar, deben entrar los papayos, á que son grandemente inclinados los indios, de manera que por lo mismo no tienen número los que se siembran, à más de que, sin sembrarlos, en cualquier parte donde uno come una papaya, de las semillas que caen nacen innumerables. Es àrbol de tronco hueco y poco sólido, pero con el tiempo se consolida y sube á grande magnitud: echa, no flores, sinó ramilletes de flores por todo el tronco, ramas y hasta junto al mismo cogollo, y es una hermosura ver la abundancia de fruta que da. La hechura y tamaño de las papayas bien cultivadas y de buen terreno es la misma que tienen acà nuestros melones con sus tajadas señaladas en la corteza, que es sutil, y son nada ménos olorosas y sabrosas que nuestros melones buenos, pero más sanas.

Hay entre las naciones achagua, saliva y otras del Ayrico, y tambien en las costas de Coro y Maracayo, una especie de palma muy singular en su figura y utilidad. Los europeos, que usan mucho de su fruto, la llaman *cachipae*, y los indios *jijirri*. Su tronco no es muy grueso, pero es muy liso y muy derecho y sube á mucha altura: cada palma de estas echa dos ó tres racimos de dàtiles de la misma hechura y color de nuestras camuesas, y cada racimo en buen terreno llega á tener unos cien dátiles, entre los cuales apènas se hallarán ocho que tengan pepita para sembrar; las pocas pepitas que se hallan son del tamaño de una nuez y de la dureza de los cocos, y muy parecida á la de éstos la carne que dichas pepitas tienen adentro; y sembradas rara de ellas deja de nacer.

No es fruta esta que se pueda comer, aunque esté madura, sin pasar por el fuego, porque morderla es lo mismo que morder un membrillo á medio madurar, áspero é insípido; pero con un hervor que reciban al fuego se ablandan y tienen el mismo gusto que el de las camuesas hervidas en la olla: no es esto lo

principal, sinó la gran sustancia que tienen los jijirris: tanta, que el sujeto de buen estómago á lo más podrá comer seis de ellos, con el seguro de que aunque los haya comido por la mañana no tendrá gana de comer en todo aquel día.

Las mujeres blancas de la costa dicha, despues de hervidos los cachipaes, los muelen, amasan y forman pan: pero sale más sustancial de lo que es menester, por lo que se debe tomar en corta cantidad, para evitar embarazo y empacho en el estómago.

Esta fruta, tan útil y sustancial, es, á mi ver, la que tanto celebran algunos publicistas, que la estancan en las islas Marianas y en algunas de las Filipinas (1). Pero por lo dicho se ve como la benigna providencia del Criador envía este gran socorro á otras pobres gentes del Occidente.

A más de que en las islas orientales de Ternate, que comunmente se llaman Molucas, se halla con abundancia otro árbol de pan, á quien los naturales llaman *sagoe*, de cuya fruta usan aquellos isleños en lugar de pan, como lo afirma Mr. Salmon (2); y es de creer que así estos como aquellos árboles sean de la misma especie de los cachipaes ó jijirris de que hablé arriba.

Las mismas naciones dichas cultivan otra especie de palma pequeña, que con serlo, en la hermosura y en el gusto de sus dátiles sobresale y se lleva la hermosura y gallardía de todas las demas especies de palmas. Trece hojas tan pobladas de cogollos arroja esta palma, que se llama *camuirro*, que forman una maceta tan proporcionada y hermosa que arrebata la vista: al pié de dichas hojas arroja sus racimos de dátiles, tales, que mejor se podrían llamar uvas mollares, así por la forma como por el color y sabor, y sin duda compite esta con las mejores frutas.

(1) Salmon, tom. 2, part. 2, cap. 2, pág. mihi 176.
(2) Idem, tom. 2, part. 2, pág. 272 y 275.

No es de omitir la palma llamada *vesirri*, que es como las que se crían en Alicante, y son sus racimos de dátiles muy semejantes á los de éstas; pero es muy notable la singularidad de que, á excepcion de los que comen los indios de Meta, Moco, Bichada y otras naciones, ponen los dichos dátiles á hervir al fuego y sacan de ellos gran cantidad de aceite purísimo, de que usan los indios para sus unturas y para la comida, por ser de muy buen gusto.

Abunda tambien en estos parajes la fruta llamada *cunama*, que los indios llaman *abay*, de la cual sacan aceite, ni más ni ménos que el de las olivas en el color y sabor, y sirve á los indios para sus unturas y á los españoles para la comida y para el alumbrado.

Omito otros árboles frutales, y concluyo con el *anoto* ó *achote*, árbol el más estimado de aquellas naciones, porque se visten de él á su modo: la planta es muy coposa y produce en cada cogollo un hermoso ramillete de flores, medio blancas, medio encarnadas, y de cada ramillete resultan muchos racimos de frutas encarnadas, cuya cáscara es áspera y espinosa como la primera que tienen las castañas; y así como dentro de la cáscara de las castañas maduran dos ó tres de ellas, así dentro de cada cáscara del achote maduran un sinnúmero de granitos encarnados, como los que acá tienen las granadas silvestres. Puestas en infusion grandes cantidades de estos granos de achote, despues de bien lavados y estregados con las manos, queda el agua colorada y al otro dia se halla al fondo toda la tintura y el agua otra vez con su nativa claridad: derrámase el agua con tiento y se deja al sol el achote ó color que se quedó en el fondo, del cual, á medio secar, forman los indios pelotas, que guardan para moler con aceite y untarse diariamente, como ya dije.

Sabiendo yo la cualidad fresca de este unto, y cuán poderosa y eficazmente se defienden con él los indios de los violentos rayos del sol en aquellos paises del Equinoccio, descubrí

casualmente en él un eficacísimo remedio contra todas las quemaduras y pringues, ya de aceite, ya de grasa, ya de agua ó caldo caliente; y fué así: habiéndose pringado gravemente un doméstico mio, eché polvos de achote en aceite de oliva, y hecho el ungüento, lo mismo fué aplicarle á la parte dolorida y lastimada que faltar repentinamente el dolor: quedé admirado de tan pronta operacion, y despues con el curso de largos años se ofrecieron muchas ocasiones en que otros Padres misioneros á quienes comuniqué la casualidad, y yo tambien, hemos repetido el remedio dicho y experimentado la misma actividad y eficacia.

El *tutumo*, árbol cultivado, y que tambien de suyo nace en las vegas, aunque no da comida, es planta muy útil, porque de sus tutumas forman los indios escudillas, platos, vasijas para beber y cargar agua y para guardarla en casa. Las tutumas en el color y figura son muy parecidas á las sandías, y de casco tan fuerte, que resiste á repetidos golpes: su carne, cuando la tutuma es tierna, tomada algunas veces en la cantidad de tres onzas, es específico experimentado para que la sangre molida ó extravenada por caidas, palos ó porrazos no pase á formar apostemas en lo interior del cuerpo.

Apartemos la vista de la hermosura de las plantas y arboledas, y fijémosla un rato en el suelo de estos dilatados campos, pues en sus yerbas y raíces apénas hallaremos alguna que sea despreciable. La primera que ocurre á los piés y a la vista en aquellos terrenos por vulgar, es la *vergonzosa*, en la cual no se ha conocido virtud alguna; pero ¿qué más virtud que la leccion práctica que da del modo con que se deben portar las mujeres, y especialmente las doncellas? que áun por eso en muchos de aquellos países la llaman *la doncella*. Bien pueden los físicos prevenir sus admiraciones para lo que voy á decir. Es la vergonzosa una mata que empieza á echar ramas desde su raiz, que sobresale algo del suelo; sube la guia repartiendo ramas por todas partes, hasta la altura de una vara en alto, tan copo-

sa, que con la multitud de las hojas que arroja por todas partes de dos en dos no da lugar á que se vea ni el pié, ni rama alguna por mínima que sea : su figura, á modo de media naranja, y su verde claro forman un objeto tan apacible, que arrebata la vista y la atencion : al vello verde que ostenta corresponde en el reves de las hojas un color blanco que descaece en pardo. Esta es la bella perspectiva de la vergonzosa ; y aquí entra lo raro de ella ; tóquenle con la punta del baston ó de otra cosa aquel poco de tronco que apénas descubre ; tocarla, y marchitarse en un cerrar y abrir de ojos toda su fresca hermosura y lozanía, todo es uno : dobla en un momento todas sus hojas unas contra otras, oculta su verdor hermoso y se reviste, ó sólo muestra en el reves de sus hojas aquel color blanco que descaece en pardo, como si mostrara su pena y se vistiera de luto. No pára aquí su mutacion instantánea, porque en el mismo instante en que siente el ajeno contacto y dobla sus hojas retira su influjo de toda la multitud de cogollos que la hermoseaban, los cuales, desmayados y sin vigor, se inclinan torcidos hácia el suelo; de manera que no se parece ya á sí misma en cosa alguna. Prodigio de la naturaleza me pareció siempre, y no me causaba de ir tocando el pié de aquellas matas, para admirar más y más tal y tan instantánea mutacion.

Verdad es que á más tardar dentro de una hora vuelve en sí y se recobra, endereza sus cogollos y reverdece toda su hermosura y lozanía. Hace mencion de esta yerba el Padre Rodriguez (1) en su *Historia del Marañon* : es vulgar en Mompox y en muchas partes del rio grande de la Magdalena, y raro es el sitio de tierra caliente en la América Meridional donde no se halle esta bella mata, aunque con diferentes nombres, acomodados á su propiedad. En unas partes, como dije, se llama doncella ; en otras, *mírame y no me toques,* y en otras se le aplican

(1) Lib. 6, cap. 3, pag. 376.

á propósito y acertadamente otros nombres semejantes, que explican su encogimiento y muestras de rubor. Gran leccion para el recato en todas las mujeres, especialmente para las tiernas plantas. Mírense en el espejo de esta vergonzosa yerba, que al menor contacto ajeno se llena de luto, se amortigua, desfallece y parece que no es ella, sinó muy otra. Mirad (1), atended á los lilios del campo, y tomad enseñanza de su hermosura y de su candor, dijo Cristo Nuestro Señor, no sin grande énfasis de celestial doctrina; y á la verdad, para cumplir con su estrecha obligacion, tambien las madres de familias y las maestras pueden y deben exhortar á sus hijas y discípulas, cuyo cuidado está á su cargo y cuyo bien deben por todos medios procurar, diciéndolas: venid, observad, atended y aprended de esta yerba vergonzosa; reparad que en cuanto la tocan se da por muerta, desfallece, se desmaya y se marchita.

Esta misma yerba en las islas Filipinas se llama la mata vírgen, á causa de la armonía que causa á los filipinos su recato y encogimiento; y Mr. Salmon, diligente historiador (2), citando á otros, añade que en los escollos que sobresalen de entre las aguas en dichas islas nace otra yerba no ménos reparable que la referida; porque asegura que luégo que alguno toca aquella mata, dobla sus cogollos y los esconde en el agua como si se coriera y avergonzara, no sólo de sentir el ajeno contacto, sinó áun de ser mirada con cuidado; y por eso abate y esconde lo más gallardo de sus cogollos en el agua. ¡Oh, y qué enseñanza para las tiernas bellezas, que salen á ser vistas y se complacen en que las miren y remiren! La yerba filipina busca el agua para su resguardo, y estas otras buscan el fuego para su peligro.

Pero volvamos á nuestro Orinoco. Abunda entre el heno de aquellos campos una macolla formada de diez ó doce hojas,

(1) MATTH., VI, 26: Considerate lilia agri quomodo crescunt, etc.
(2) Tom. 2, cap. 9, pág. 229.

á las cuales por su figura les han puesto los Padres misioneros el nombre de espadilla ó espadin, porque aquellas hojas son remedo de éstas en su forma, aunque no exceden lo largo de un geme: los indios la llaman *issocá*, que quiere decir *amargura*, porque realmente las tales hojas son tan amargas que parecen ser la misma amargura alambicada; su eficacia contra el dolor de costado, sea propio, ó sea bastardo, es vivísima; seis ú ocho hojas de aquellas medio machacadas y hervidas en cantidad competente dan una tintura excesivamente amarga, la que bebe el doliente, y aquellas mismas hojas se aplican á la parte de las punzadas; y á la segunda, y cuando más á la tercera repeticion de este específico cesa el dolor de costado; experiencia que todos los días se toca con las manos, ya en una, ya en otra de nuestras misiones, en las cuales no hay otros enfermeros que los mismos misioneros. Dudó un gran médico que vivía en Santa Fe de Bogotá: pidióme, y le remití cantidad de dichas hojas, y como llegasen secas por la gran distancia, dobló la cantidad, y despues de suficiente infusion, hizo el cocimiento, y surtía en aquel temperamento frío el mismo buen efecto que en el cálido, cual es el de nuestras misiones.

Abunda en las márgenes de todos aquellos ríos y arroyos la caña que los indios llaman *titicaná*, la cual tiene alguna semejanza con la caña dulce, pero su jugo es agrio, poco ménos intenso que el del limon, por lo que los Padres misioneros la llaman caña agria; y viendo que los indios gentiles, en sintiéndose asoleados y con calentura, mascaban la dicha caña y sentian alivio, se hizo prueba, dándoles á los que padecían calentura el jugo de dicha caña hervido con proporcionada cantidad de azúcar, y se reconoció que luégo prorumpían en copioso sudor, y despues de él minoraba notablemente la calentura, y repetido el remedio quedaban sanos; por lo que es éste el más usado en los partidos de nuestras misiones.

La verbena, yerba admirable, nace por allá entre la maleza: á cada hoja le corresponde una florecita entre morada y blanca;

es específico muy eficaz para las calenturas efímeras, que se encienden con mucha frecuencia, ocasionadas del riguroso calor de la Eclíptica; tambíen quita las tercianas y cuartanas: tomado su cocimiento, que es en gran manera amargo, hace sin falta uno de dos efectos, ó hace sudar copiosamente ó excita repetidos vómitos, y de cualquier modo es siempre cierta la mejoría del doliente, y á pocos dias de repeticion, la salud.

Para supurar las llagas, en que hallá de ordinario sigue cáncer á causa del sumo calor, hay muchas yerbas á mano, de las cuales se hace un emplasto que, aplicado á la llaga, á la segunda ó tercera vez la pone limpia y libre de toda putrefacion. La más usual es la yerba de Santa María, muy amarga y bien semejante á nuestra *yerba-buena* en la hoja; sólo que la de aquélla es más ancha y echa flor encarnada. El espino, que nace en llanos húmedos, tiene sus hojas de hechura de lanceta y al pié de cada hoja una espina; tiene la misma virtud que la yerba antecedente. La misma eficacia tiene el mastranzo, que se parece á la yerba de Santa María, y sólo se diferencia en que sus hojas son vellosas y no amargan.

Mucho más activo es para lo dicho el carbon del vástago del *boró*, que nace junto á los ríos y lagunas: este vástago es más grueso que el de nuestras coles, y sus hojas parecidas, pero mucho mayores que las de las coles; hecho polvo el carbon de dicho vástago y puestos en la llaga más encancerada, á la segunda cura se halla limpia y la carne viva. Las virtudes de las dichas yerbas las tengo largamente experimentadas, siendo muy digno de notar el que, como en aquellos dilatados países hay tan pocas y tan cortas poblaciones de españoles, no hay boticas ni boticarios, pero el próvido Autor de la naturaleza ha prevenido, no sólo las muchas yerbas, cortezas, raíces, frutas, aceites y resinas medicinales que en varias partes de esta historia llevo apuntadas, sinó tambien abundancia de purgantes muy proporcionados para aquellos climas y que en otros creo mantendrá tambien su eficacia.

Los piñones, que de tres en tres maduran dentro de unas frutas bien parecidas á los higos verdes, y las hojas de los arbolicos que las producen tambien se parecen algo á las de las higueras, son de tal eficacia, que solos cinco ó seis piñones de aquellos conmueven los humores y causan una grande operacion, la que suele ser mayor de lo que conviene si se toman en mayor número. Son sabrosos y parecidos á los de España; y es cosa singular que si se tomaron con vino cesa la operacion bebiendo agua fresca; y al contrario, si se tomaron con agua cesa la conmocion tomando vino; pero si se los comió el enfermo, en tal caso cesa la operacion tomando vino ó agua.

En todos aquellos arroyos y ríos que tienen vega y arboleda nace la raiz guajiva, que es como una batata y tiene las mismas propiedades de la famosa batata llamada mechoacan, por la provincia en que nace. Lo especial de la guajiva es que cuatro ó cinco hojas verdes de su vástago, hervidas en agua clara, tomada ésta, hace el mismo efecto purgante que su raíz.

No quisiera que esto causase novedad, y en tal caso para quitarla traeré por testigos á los habitadores de la Habana, que en las hojas de un sarmiento que llaman el *frailecillo* tienen el más raro purgante del mundo. De estas hojas forman una ensalada muy propicia al gusto, de cuya comida resulta que cuantas hojas se comieren tantas evacuaciones se han de hacer, y se ha de tener particular cuidado en el modo arrancarlas (aqui llamo otra vez la atencion de los físicos), pues si se arrancan tirándolas hácia abajo cada hoja causa una evacuacion, y si se arrancan tirándolas hácia arriba causan vómitos, y si se arrancan unas hácia arriba y otras hácia abajo, concurre uno y otro efecto: lo que es notorio en la isla nobilísima de la Habana. ¿Quién comprenderá los secretos de la naturaleza?

CAPÍTULO XXII

Cacerías en los campos rasos. Variedad de animales y aves que los indios logran en ellos, y daños graves que hacen las hormigas.

Supuesto que nos hallamos en las sementeras y campos cultivados de aquellos indios, acompañémoslos un rato, pues salen armados con sus arcos y aljabas á buscar aves y animales que traer á sus casas. Pero algunos van en traje de pescadores con su caña, un lazo en la punta de ella, un canasto al hombro y su perrito gozque por delante. ¿Y á dónde van éstos? Estos no van sinó á enlazar codornices, y yo aseguro que traerán sus canastos llenos de ellas, porque los gozquecillos siguen el rastro, levanta la bandada de codornices el vuelo, que es tardo y corto, síguelas el perrito ladrando, y por temor de él no se atreven aquéllas á pararse en el suelo, y así se van al primer arbolito ó maleza cercana; prosigue el gozque ladrando con más ahinco y todas las codornices fijan en él la vista y toda su atencion, con tal fuerza que, sin darse por entendidas y creo que sin ver al cazador, se dejan enlazar una á una con el lazo que está armado en la punta de la caña; no calla el gozque hasta que está enlazada la última. Este curioso y fácil modo de enlazar codornices, no sólo está en práctica en los llanos de Casanare, Chire y Tocaría, sinó tambien en los de Neyva y Vagué, en el río Tercero, entre Buenos Aires y Córdoba de Tucuman, y áun en otras de aquellas regiones está muy extendido este singular modo de enlazar codornices, sin que se requiera perro.

Herrera hace mencion en su historia de una industria semejante (1). Dice que ciertas naciones de indios atan apretada-

(1) Década I, lib. 9, cap. 4.

mente un papagayo manso en la copa de una palma, en donde el cazador está, tapada su cabeza con yerbas, y á los gritos que da el papagayo atado y angustiado concurren innumerables de ellos á favorecerle con tal ansia, que no reparan en que el indio va entretanto enlazando todos cuantos quiere, hasta que, desatado el reclamo, calla y se retiran los que quedaron vivos.

Hay tambien mucha abundancia de *gallinas* de monte ó silvestres, que de ordinario llaman *pollas*, porque son del mismo tamaño, aunque más gustosas: á éstas les arman lazos en las orillas de los charcos á donde concurren á beber, poniéndoles granos de maíz de tal modo que al irlos á picar quedan enlazadas. A más de esto, saben los indios remedar su canto con tanta propiedad, que van concurriendo de todas partes á las ramas donde está remedándolas el indio, el cual desde su escondrijo logra en ellas todas sus flechas, porque aunque al caer una polla huyen las otras, luégo vuelven al oir otra vez el reclamo.

Es tanta la volatería de papagayos, loros, guacamayos, patos de varias especies, cigüeñas y garzas, grandes y pequeñas, y otras muchas aves, que es para alabar al Criador, así por la multitud, como por lo exquisito de sus plumas, matizadas de vivísimos colores, y principalmente por sus especiales figuras; pero no tengo especie de haber visto por aquellos territorios otra avecilla parecida á las de Europa sinó la golondrina, y áun las de allá tienen la diversidad de ser más pequeñas, y la cola en forma de tijera, que abren al tiempo de volar y cierran al irse á parar.

Es tanta la abundancia de *cachicamos* ó *armadillos* y otros animales que se encuentran por tierra, que son pocos los indios aficionados á la volatería; llámanse armadillos en español los que los indios llaman cachicamos ó atucó, che, chucha y de otros modos, segun sus lenguajes: porque con ser del tamaño de un lechon de un mes, todo de piés á cabeza está armado de unas conchas que, á modo de las armaduras antiguas de los sol-

dados, cubren todo el armadillo. Abundan en sumo grado y no tienen más armas ni defensa que meterse en las huroneras ó cuevas que hacen al modo de los conejos, de donde salen á comer grama y heno: cada mes paren cuatro hijos, y así abundan cuanto no es decible; el sabor es el mismo puntualmente que el de un lechoncillo tierno; el modo de cogerlos para los que llevan perros es fácil, porque éstos los cogen ántes que se encueven; pero una vez metidos en sus cuevas es muy arriesgado meter la mano dentro de ellas para sacarlos, porque abundan allí las culebras que, huyendo del calor, se meten en las cuevas. Por esta causa suceden muchas desgracias, especialmente en las naciones andantes que ya dije de guajivas y chiricoas, á quienes los armadillos hacen la mayor parte del costo, de manera que no hay capitanía de aquellos indios que no tenga cuarenta ó cincuenta mancos y cojos, porque son tan bárbaros, que si al sacar el armadillo le pica en una mano la culebra, luégo se la cortan los otros, y si está solo, él mismo se la corta de un macanazo, y sin reparo se cortan el brazo ó el pié si picó la culebra en semejantes partes, pues no ha llegado á su noticia otro remedio. La última articulacion ó hueso de la cola del armadillo se ha experimentado ser remedio eficaz para el dolor de los oidos; de modo que puesta aquella extremidad ó hueso en que termina la cola dentro del oido se sosiegan los latidos que da poco á poco hasta quitarse del todo.

La mayor parte de los armadillos con meter la cabeza y parte del cuerpo en su cueva ya se dan por seguros, y á la verdad lo están si no se sabe la traza de pillarles. Llega el indio y coge al armadillo de la cola, que es larga; abre él sus conchas y las ajusta tan apretadamente contra todas las partes de su angosta cueva, que ántes se queda el indio con la cola en las manos (como sucede) que poderle sacar. ¿Pues qué remedio? Coge el cazador un palo ó la extremidad de su arco, le hace cosquillas con él, y al instante recoge todas su conchas y se deja coger.

No hay menor abundancia de higuanas en todos los paises

de tierra caliente. Son las higuanas unos feísimos lagartos de color entre verde y amarillo que se mantienen de hojas de árboles y tan bien viven en el río como en tierra; están reputadas por una de las comidas más regaladas, y hay tantas en el Orinoco y en todos los ríos que á él corren que los indios bogadores, miéntras unos dan fondo á la embarcion y otros previenen leña y fuego, los restantes en media hora recogen cien higuanas para su cena y almuerzo. Lo apreciable de las higuanas es una piedra que se halla en ellas, tan blanca como una cal viva y fina; estas piedras, de las cuales las mayores pesan una onza, se agencían y se buscan con ansia, porque la experiencia ha enseñado ser específico singular para que corra la orina, tomando sus polvos en agua tibia y en cantidad corta.

Algunos de aquellos territorios abundan en una especie de tortugas terrestres que llaman *icoteas*, y tambien *morrocoyes*, las cuales no se acercan al agua, y su concha está matizada de amarillo, encarnado, blanco y pardo. Estas tortugas son muy fáciles de coger, porque es muy tardo su paso, y cuando el sol las fatiga si hallan una cueva se amontonan en ella muchas, y los que van en su busca en los llanos de Caracas suelen de una sola cueva sacar ocho y á veces diez cargas de ellas. Causa admiracion el ver que multipliquen tanto, siendo un animal tan impróvido que no esconde los huevos, como las demas especies de tortugas; pues asi como va caminando suelta acá un huevo, otro acullá, sin cuidar más de ellos, y con todo multiplican tanto como llevo dicho. En las entrañas de estos animales no se halla calor alguno.

No es para dejar en silencio la singularísima providencia con que el Criador del universo preparó agua fresca y saludable en estos dilatadisimos llanos, en donde cuanta abunda y sobra en seis meses del año, tanta falta y se echa de ménos en los otros seis meses. Nacen en aquellas inmensas llanuras, de distancia en distancia, tres ó cuatro árboles juntos rodeados de maleza, en los bajíos donde se mantiene más la humedad; los cuales con

su sombra sirven de grande alivio á los caminantes, sofocados con los rigores del sol, y suele mantenerse junto á ellos algun charco de agua, de ordinario corrupta, llena de insectos y cubierta de lama verde, á donde recurren los tigres, serpientes y otras bestias fieras á beber. Esta agua ya se ve que no conviene beberla; pero el que no sabe el secreto que voy á descubrir, obligado de la sed rabiosa, la cuela por un pañuelo, cierra los ojos, tápase las narices y bebe, como á los principios me sucedió á mí; y para que no suceda á otros voy á descubrir un maravilloso manantial. Es el caso que en estos bosquecillos nacen unos arbolitos que llaman bejucos, parecidos al tronco de las parras, que suben enredándose hasta las copas de los álamos y suelen llegar á ser del grueso de un brazo y tan tiernos que de un golpe de machete se cortan; ellos están llenos de arriba abajo de agua cristalina, purisima, fresca y muy sana; si hay vasijas para recogerla se corta el tronco junto al suelo y se llenan; pero si acontece que el sombrero ha de servir de alcarraza se corta un pedazo por la parte superior y se llena un sombrero, luégo otro pedazo más abajo y se llena otro sombrero, y así de los demas miéntras hay tronco y se busca agua. Esta noticia, que servirá mucho á los Padres misioneros y á otros viajantes, no puede dejar de excitar á todos á engrandecer y alabar las providencias del Altísimo.

En la *Historia General de todo el Mundo*, de Mr. Salmon, hallo que ha dispuesto el Señor el mismo socorro en un bejuco de las mismas señas y circunstancias en las islas Filipinas. Pero volvamos al asunto del capítulo, de que nos desvió una digresion tan importante.

Críase tambien en aquellos territorios el oso hormigero, que es el mejor bocado, especialmente para los indios morcotes: es del tamano de un perro de agua grande, peludo, y su cola tan grande y de cerdas tan largas que alargando la extremidad de ella hasta encima de su cabeza cubre y defiende todo el cuerpo del sol y de los aguaceros. Sus piés y manos rematan cada una en tres

uñas curvas, y tan tenaces que si el tigre al dar el salto sobre él se descuida y le da algun corto tiempo para recibirle entre sus brazos, es tan apretado el abrazo que le da y fija en su cuerpo tan tenazmente las uñas, que allí perecen ambos. Yo hallé sobre el peñon del Orinoco llamado Marimarota aferrados un oso mediano con un águila, ambos muertos y secos al rigor del sol. En otra ocasion, yendo con bastante comitiva, dimos con uno de estos osos; ocho ó diez perros que iban con nosotros le acometieron con brío; pero el oso no se apuró; sentóse, y abiertos ambos brazos en forma de cruz, hizo cara á todos, sin que nadie se atreviese á tocarle un pelo de su cuerpo. Lo extraño de este animal es la cabeza y boca, porque de su cabeza, que no es grande, le sale una trompa de media vara ó de tres cuartas cuando ya es mayor, y en la punta de aquélla tiene un agujerito redondo que no podrá entrar por él la punta del dedo pequeño. ¿Pues qué come, me dirán, ó de qué se mantiene? Digo que se va de hormiguero en hormiguero, y por la puerta por donde salen y entran las hormigas introduce la lengua, tan larga como la trompa en que la tenia recogida; las hormigas se enojan y muerden fuertemente aquella lengua todas cuantas hallan blanco en que cebarse, y cuando ya el oso siente la lengua llena la retira para adentro y luégo la vuelve á sacar limpia y prosigue su pesquería de hormigas hasta saciar su apetito; y esta es la causa por que se llama oso hormiguero, y causa admiracion cuánto engordan estos animales con un mantenimiento tan débil al parecer.

Pero el que ve que al salir las hormigas con alas á volar para su ruina engordan tambien los indios de aquellos paises, por las muchas hormigas que comen, no extraña que los osos engorden con ellas ántes que crien alas. A las primeras aguas, que despues de cuatro y á veces seis meses de continua sequedad, caen, ya por Abril, ya por Mayo, son innumerables los enjambres de hormigas que, ufanas con la novedad de verse con alas, salen á volar, pero muy presto caen fatigadas de su mismo

peso y no pueden levantar segunda vez el vuelo. Son de tamaño extraordinario; de modo que ántes de criar alas, miéntras se ocupan en forrajear, cada hormiga de aquellas carga un grano de maíz, y no obstante este peso camina ligeramente: cuando llegan á criar alas son un tanto mayores y de la cintura para abajo no contienen otra cosa que manteca; tanto, que partida aquella mitad y junta ya competente cantidad, las ponen á freir en sartenes y de ellas mismas sale la grasa suficiente para freirse, y los que gustan de este regalo me han asegurado que equivale á una fritada de chicharrones del mejor lechon. No lo he querido creer ni experimentar; pero á la verdad aquí es cuando se vengan los indios de los gravísimos daños que todo el año reciben de las hormigas. Salen éstas de noche de sus grandes hormigueros, que abundan en todas partes, y dan sobre la sementera del maíz tierno; cargan con todas las hojas verdes y el maíz no crece más, ni sirve: otras noches cargan sobre los plantíos de la yuca y quitan las hojas de sus ramas, y hé aquí perdido todo el trabajo del pobre indio, porque el diente maligno de las hormigas cuantas plantas pela tantas seca, aunque sean naranjos ó arboledas de cacao; en éstas es imponderable el daño que hacen, por más que los indios cavan, queman y echan caños de agua sobre los hormigueros, pues aunque con estas diligencias muchas mueren, como es inmenso su número, siempre hay que trabajar y siempre sobran hormigas para causar graves daños. Ántes de pasar á otra cosa, diré la plaga maligna de hormigas de palo santo de que están infestadas todas las tierras que llamamos calientes, esto es, á donde no llega el fresco de los páramos nevados.

En todos los sitios anegadizos, así en las selvas y bosques como en las campiñas limpias, crece el árbol llamado *palo santo*, que tal vez le habrán puesto este nombre porque, lleno todo su interior de hormigas malignas y ponzoñosas, él no se da por entendido, ántes parece que hace gala de que le estén royendo continuamente su corazon, siendo así que no hay árbol que le

iguale, ni en lo derecho y alto del tronco, ni en lo coposo y bien poblado de la copa, la que corona, no con solas flores, sinó con ramilletes de flores, tantos cuantos son los retoños con que reverdece; y entre tanto abriga en su seno unas hormigas pequeñas y de color rubio que en llegando á picar una en la mano deja una ardiente y rabiosa comezon para todo el día; y si sucede, como es muy frecuente, que lleguen á picar ocho ó diez de ellas, á más de la comezon intolerable causan veinticuatro horas de calentura; trabajo muy ordinario para los pobres forasteros que, por no saber lo que aquellos árboles ocultan, se sientan á su sombra, echan la mano para cortar una vara ó al dar un salto se afirman en alguno de aquellos troncos: ni es menester tanto, pues basta para recibir esta pesada plaga tocar de paso alguna rama del palo santo ó con el sombrero ó con alguna parte de la ropa; luégo siente las mordeduras de las hormigas, que, prontas para el daño, se le pegaron. Yo creo que ellas sólo se mantienen del jugo de aquel árbol, porque no se apartan de él para buscar comida, como se ve en otras hormigas; lo más que se llegan á apartar de él es hasta tres ó cuatro pasos; y son de tal malignidad sus piés que en todo aquel contorno que pisan no nace una yerba, ni chica ni grande; y esta misma limpieza, que es aviso para los que saben la causa, es lazo para que el pasajero que no lo sabe se siente para ser mordido en lugar del descanso que busca.

Pero volvamos á registrar otros animales raros que encuentran y matan los indios, entre los cuales aprecian mucho a los irabubos. Son éstos del tamaño de una oveja, pero en la cerda y trompa son muy parecidos á los cebones, y en el sabor de sus carnes se les parecen bastantemente; viven, ya en el agua, ya en tierra, y en una y otra parte están como en su centro; abundan mucho y salen á manadas á destrozar y comerse las sementeras, por lo que, y para lograr su carne, les persiguen mucho los indios.

Las faras, á quienes los indios llaman *ravale*, no las persi-

guen para comer, porque tienen un olor muy fastidioso, sinó porque les hacen notable daño en los platanales, papayos y otras frutas. Son estos animales nocturnos y muy difíciles de hallar de dia; tienen las hembras duplicado el pellejo del pecho, despegado el uno del otro, y rajado por medio de alto abajo el cuero exterior; de modo que tiene sus concavidades, ya á uno, ya á otro lado, y en ella mete sus cuatro hijos luégo que pare, allí toman los pezones de los pechos de su madre y crecen, sin salir hasta que pueden caminar por sus piés, que es cosa bien irregular y á la verdad digna de celebrarse.

En Arauca, Apure, Duya, Gravo y otros muchos ríos que bajan al Orinoco hay gran multitud de lobos ó perros de agua del tamaño de un perro podenco; hay nutrias, pero la sutileza y suavidad del pelo de los lobos de agua, á quienes los indios llaman *guachi*, excede mucho al de las nutrias y áun al suave contacto de la seda; nadan con gran ligereza y se mantienen del pescado; viven igualmente en el agua y en tierra, aunque para cómer siempre salen del río, y para sus crías cavan cuevas en las barrancas, donde las hembras crían los cachorros á sus pechos; no hacen las cuevas en sitios apartados, sinó en unas como agregaciones, donde concurren gran número de ellos á vivir, á comer y á divertirse jugando y corriendo. He visto y observado con curiosidad sus madrigueras, y causa armonia ver la limpieza con que están: no se halla una yerba en todo aquel contorno; los huesos del pescado que comen todos los amontonan aparte, y á puro jugar y retozar de tierra al río y del río para fuera, tienen caminos notablemente anchos y limpios.

Concluiré este capítulo con el animalejo más hermoso y más detestable de cuantos he visto hasta ahora. Entre los blancos de la América se llama *mapurito*, y los indios le llaman *mafutiliqui*; es como un gozquecillo de los más aseados que crian las señoras en sus palacios; todo su cuerpecillo jaspeado de blanco y negro, su cola proporcionada, hermosa y muy poblada de pelos largos, vivísimo y travieso en su modo de andar, y atrevido so-

bremanera; no huye ni tiene miedo á fiera ni á animal alguno por bravo que sea, porque tiene confianza y mucha satisfaccion de las armas con que se defiende, con las cuales me he visto miserablemente sofocado y casi fuera de juicio; y es el caso que si el dicho mapurito ve venir contra sí algun tigre, hombre ó algun animal, sea el que se fuere, le espera cara á cara, y luégo que ve á su enemigo á tiro proporcionado, le vuelve las espaldas y le dispara tal ventosidad y tan pestífera, que cae aturdido, sea hombre, sea tigre ó leon el que le seguia, y ha menester mucho tiempo para volver en sí; entre tanto prosigue el mapurito su camino á su paso natural, muy seguro de que el que queda batallando é inficionado no esta ya para seguirle ni perseguirle. Despues de todo esto, los indios á gran distancia los flechan, y ya muertos, con notable tiento los abren, les sacan las tripas sin romper ninguna, comen la carne, que equivale á la de un conejo, y guardan el pellejo con mucho aprecio entre las alhajas de su mayor adorno y estimacion; y á la verdad, el cuero es suave al tacto, hermoso á la vista y sin mal olor. Pero dejemos estas curiosidades de los animales para reir y llorar otras en los indios y en otras gentes.

CAPÍTULO XXIII

Turbacion, llantos, azotes y otros efectos raros que causa el el eclipse de la luna en aquellos gentiles

Del extraño modo de concebir de aquellas naciones un mal gravísimo en el eclipse de la luna nacen como aborto de su ignorancia demostraciones llenas de pavor y espanto; los de una nacion se persuaden que la luna enferma de muerte y se acaba á toda priesa; otros creen que se ha enojado con ellos y que se

retira airada para no alumbrarlos más; y cada una de aquellas gentes ciegas, deseosa de la luz de la luna, prorumpe en diligencias llenas de desatinos. No dudo que cuando se les eclipsa el sol harán semejantes ó mayores demostraciones, pero no me he hallado entre los tales gentiles en tiempo de estos eclipses, y así no tengo que decir acerca de lo que sucede en tiempo de los eclipses de sol: voy ya al caso propuesto de los eclipses de luna, en que me he visto muchas veces y en algunas no sin sobresalto.

Bien ajeno de todas sus tropelías me hallaba entre las naciones lolaca y atabaca, cuando á cosa de las diez de la noche levantaron tal gritería y llanto descompasado, que me persuadí haberse puesto en batalla cruda una ú otra nacion. Salí asustado, y hallé á casi todos los hombres juntos gritando, y á las mujeres corriendo y llorando, cada cual con su tizon en las manos, para esconderle entre la arena ó entre la tierra. «¿Qué alboroto es este?» pregunté á uno de los capitanes: *¿Dayque ico cejo ajó rijubicanto?* «¿No ves, dijo él, como se nos muere la luna?» «¿Y las mujeres á dónde van corriendo»? *Tuluit nanaabica, rijubiri afocá.* «Van, dijo, á enterrar y guardar tizones de fuego, porque si la luna muere, todo el fuego muere con ella ménos el que se esconde de su vista.» «¿Y cuándo, repliqué yo, habéis visto morir la luna y al fuego con ella?» «No hemos visto ni uno ni otro, respondieron: pero así nos lo han contado nuestros mayores y ellos muy bien lo sabrían.» Entre tanto se fueron juntando todos, chicos y grandes, y les pregunté si habían hallado fuego alguna vez en aquellos tizones que escondían. Respondieron que no: «Luego es en vano la diligencia de esconder fuego, porque la misma tierra y arena con que le tapáis le sofoca y mata.» «No, Padre, dijeron, porque la luna se alienta y vive movida de nuestras lágrimas: por eso el fuego escondido muere: pero si la luna se muriera el fuego escondido quedara vivo.»

Así deliran aquellas gentes; no hay asunto tan arduo como

querer quitar un error derivado de padres á hijos entre gente incapaz. No obstante, saqué un espejo, una vela encendida y una naranja, y llamando á los principales les expliqué con los términos más groseros que pude hallar como la privacion de luz de la luna no era por enfermedad, porque ella no es cosa viva, sinó porque no tiene otra luz sinó la que recibe del sol, poca ó mucha, segun el aspecto con que el sol la mira; y que llegándose á interponer el orbe terráqueo entre el sol y la luna, durante el tiempo de la interposicion no recibía luz si era total, y recibía poca luz si era interposicion parcial. Esto mismo les hice ver con la demostracion de la vela y su luz refleja del espejo, interponiendo la naranja entre la luz de la vela y la del espejo. Percibieron algunos de los principales la explicacion, y dándose grandes palmadas en los muslos, gastaron mucho tiempo en explicar á sus gentes la causa del eclipse, con tan buen éxito, que en adelante no hubo lágrimas ni gritos, ni ceremonia alguna en los eclipses que se siguieron.

No es ponderable el gusto y atencion con que aquellas naciones atienden cuando se les habla del movimiento del sol, luna y estrellas, ó de la extension de la tierra, mares y naciones; porque como están en una suma ignorancia de todo, y piensan que todo el mundo se reduce á sus tierras y á las de aquellas pocas naciones circunvecinas de que tienen alguna noticia, les causa notable gusto saber aquello que jamas habían imaginado; y como de estas conversaciones de las criaturas luégo se pasa á tratar del Criador de ellas, se les va embebiendo insensiblemente y con gusto el conocimiento del Criador de todo, y este es el medio por donde los misioneros mejor captan la atencion de aquellos bárbaros.

Por otra parte, conviene que el misionero explique muy de espacio el viaje que ha hecho desde Europa hasta sus tierras á fin de enseñarles el camino del cielo; porque como ellos tienen un amor tan bestial á sus países, que casi se puede llamar querencia, que es la que las bestias tienen á los ejidos de su pasto,

les causa mucha armonía que el misionero sólo por cuidarlos y enseñarles haya dejado su patria y parientes y haya caminado tanto. Digo esto, porque en circunstancias en que algunos pueblos recien agregados de los bosques, ya por instigacion de los ancianos, ya por la del demonio, estaban mal contentos y deseosos de volverse á su Egipto, fui repetidas veces á oir á escondidas sus conversaciones y en muchas de ellas oí esta réplica: «¿Cómo nosotros podemos dejar al Padre, que por nuestro bien ha dejado á sus parientes? ¿Y qué mucho nos apartemos pocas millas de nuestra tierra, cuando el Padre por nosotros se ha alejado tanto de la suya?» Estas razones tengo experiencia que les hacen gravísima fuerza y que producen muy buenos efectos.

Más pesadamente que los atabacas llevan los indios salivas el eclipse de la luna, y así hacen y prorumpen en demostraciones de mayor sentimiento. En el año de 1735 creí que á las nueve de la noche nos habían asaltado los bárbaros caribes, como lo acostumbran; tal era el estrépito de armas y el toque de su formidable tambor y gritería. Salí, y hallé á todos los indios de armas puestos en filas, presentándolas á la luna, ofreciéndole su valor y esfuerzo y rogándole que no se retirase. Los jóvenes de quince hasta veinte años estaban en dos filas aparte, y algunos viejos con látigos azotándolos crudamente por sus turnos; y finalmente las mujeres, hechas un mar de lágrimas, lloraban la próxima retirada y ausencia fatal de la luna. No eran circunstancias aquellas que daban lugar á consuelo: sólo recibian con gusto la noticia de que por aquella vez era cierto que la luna no se había de ausentar, con la protesta de que ántes de hora y media la verían otra vez llena y alegre, como sucedió, quedando todos muy contentos. No pude averiguar de raíz la idea que aquella nacion se finge: sólo llegué á entender que suponen que la luna tiene enemigos, por cuyo miedo se quiere retirar para ir á lucir y á alumbrar á otras gentes. De este error nace su congoja y las ofertas de que pelearán á su favor, y así que no tema ni se vaya, etc.

Casi la misma necia (1) opinion siguieron y siguen todavía los indios que restan aún gentiles en las islas Filipinas; ellos, sin meterse á indagar y saber de dónde ha salido tan fiera bestia, dan por muy cierto que el descaecer la luz de la luna ó del sol se origina de que un fiero dragon tira á tragarse, ya al uno, ya al otro planeta; la grande falta que, ya el uno, ya el otro, les han de hacer, los acongoja, melancoliza y aturde, y no hallando modo de subir á socorrer á sus bienhechores, han tomado el arbitrio de hacer un continuo y formidable estrépito de cajas y tambores para aturdir al dragon, y así lo creen, celebrando la victoria despues del eclipse.

Todavía me parece más necio y descaminado el alboroto de la nacion guayana, cuando llega el caso del eclipse de la luna; porque al punto que le reconocen echan mano de los instrumentos que usan para cultivar sus campos, y diciendo y haciendo, unos desmontan la maleza, otros limpian y otros cavan el terreno, y todos á una protestan á gritos que tiene razon la luna para estar enojada con ellos y sobrado motivo para desampararlos, porque no le han hecho sementera, como era puesto en razon; pero le ruegan que no los deje, porque ya le previenen campo para sembrarle maiz, yuca, plátanos, etc. Con estas demandas y súplicas acompañan su trabajo, que es recio durante el eclipse; pero en cuanto la luna recobra su luz, se vuelven á sus casas, celebrando con mucha alegria el que no se hubiese ausentado; y es cosa rara el que dejan en olvido su trabajo, ni piensan mas en sembrar ni cultivar la tierra prevenida para la sementera de la luna, hasta que con el tiempo llega la hora de otro eclipse, y la pena y dolor de su descuido, la turbacion, sobresalto y la nueva aplicacion al trabajo, tan infructuoso y vano como los antecedentes.

No sé que se pueda hallar imágen más viva de la infructuo-

(1) Mr. Salmon, tomo 2, pág. mihi 234.

sa y vana penitencia que por cuaresma emprenden los mal acostumbrados, que sólo dura miéntras oyen el peligro gravísimo en que están, y luégo se echa todo en olvido hasta la cuaresma siguiente, en que al oir las verdades del Evangelio entran en nuevo sobresalto y temor, pero todo sin fruto.

Más prudencia gastan las indias otomacas que sus maridos durante el eclipse de la luna. Toman éstos arrebatadamente sus armas, dan carreras y gritos descompasados, aporrean las flechas contra los arcos en señal de indignacion, ruegan, piden y suplican á la luna que no se muera; y como por mas que se apuren, ella va menguando y descaeciendo sensiblemente, viendo que no se da por entendida, corren á sus casas y reprenden agriamente á sus mujeres porque no se apuran ni lloran la enfermedad de la luna; pero ellas ni áun por eso se dan por entendidas, ni áun responden palabra á sus maridos. Viendo éstos que por mal y por rigor no consiguen cosa, mudan de estilo y empiezan á rogar y suplicar á las mujeres que clamen y lloren, para que la luna se aliente y no se deje morir. No hay súplicas que valgan, y así pasan los otomacos á las dadivas, que lo vencen todo; sacan de sus alhajas cada cual lo mejor que tiene y les dan á sus mujeres unos sartas de cuentas de vidrio, otros collares de dientes de monos y otros preseas semejantes: entónces salen á saludar á la luna, y en tono lloroso le hacen muchas súplicas; y como esta funcion llega ya á tiempo en que la luna va recobrando su luz, á poco rato que prosigan sus ruegos queda la luna entera y clara y entran los agradecimientos de los otomacos á sus mujeres, cuya voz lamentable enterneció, segun su idea, y movió á la luna á volver sobre sí y no morirse. Estos y otros tales son los partos de aquella nativa ignorancia, bien semejantes á las demostraciones bárbaras que hacen los moros durante el eclipse de la luna, en cuyo tiempo se afligen, lloran, se arrancan los cabellos y por último se enfurecen á violencias de su necio dolor y sentimiento nacido de la falsa tradicion de que la luna está enojada ó enferma. Tal como

este es el genio humano cuando le falta cultivo, carece de la luz que dan las ciencias y de la sobrenatural con que los alumbra nuestra santa fe; y por falta de esta divina luz yerran los doctos astrólogos del imperio de la China, aunque son hombres de nobles y muy cultivados ingenios, especialmente en órden á la contemplacion de los astros y planetas; lo cual no obstante, corren parejas y tropiezan tan groseramente como los moros y tan neciamente como las gentes bárbaras del Orinoco: sobre que el Padre Nicolas Trigault, de la Compañía de Jesus, misionero é historiador antiguo del imperio de la China (1), dice:

«El oficio de los astrólogos de Pekin es pronosticar en todo el reino los eclipses del sol y de la luna, promulgando ley que los mandarines y los ministros de los ídolos se junten de todas partes en cierto lugar para socorrer al planeta afligido y doliente; lo cual piensan que hacen con tocar las campanas hasta cierto número de golpes, arrodillándose muchas veces todo el tiempo que creen están aquellos planetas en riesgo, desmayados ó eclipsados. Dícese que temen no los trague no sé qué serpiente en aquel tiempo.» Hasta aquí el citado autor.

Verdad es que como la luz del santo Evangelio va desterrando de aquel imperio las sombras de la idolatría, les ha aclarado tambien los entendimientos para percibir mejor el curso de los planetas ó el movimiento de los astros y la novedad de los fenómenos.

Deseará saber el curioso si aquellos bárbaros tienen conocimiento de algunos astros y planetas fuera del sol y la luna, y si tienen algun cómputo para contar los meses y los años. Respondo que conocen á las Cabrillas, á quienes llaman *Ucasú* y otros *Cacásau*, y cada nacion de aquellas les da su nombre segun la propiedad de su lengua. Por las Cabrillas computan el año, esto es, cuando al ponerse el sol y descubrirse las

(1) Lib. 1, cap. 5, pág. 16.

estrellas ven salir por la parte oriental las Cabrillas, entónces empieza su año nuevo, y en sus tratos suele ser el plazo de la paga, v. gr., *Edasu ucasu farrusacaju*, que es decir: en las Cabrillas venideras, ó de aquí á un año te pagaré. Los meses los regulan por las lunaciones; v. gr., *Alaquiri boleyfida, farrusamay:* luégo que pasen dos lunas vendremos. No tienen semanas ni nombres para señalar los días de ellas, pero suplen este defecto con industria; v. gr., se ha de ir el marido á un viaje de veinticinco días, ó se hace un trato que se ha de pagar dentro de otros tantos; entónces el marido da un cordon á la mujer con tantos nudos cuantos son los días que se ha de tardar, y el deudor da á su acreedor el mismo cordon, y se queda el que da los cordones anudados con otros del mismo número de nudos; y es cosa de ver que por la mañana la primera diligencia que hacen es soltar un nudo de aquellos sus cordones; y esto infaliblemente, así los unos como los otros; con que el día que sueltan el último saben que se ha concluido el plazo y cada cual concurre á cumplir su palabra, y los que no pueden pagar dan sus excusas y agencian nuevo cordon ó nuevo plazo.

No obstante lo dicho, casi todas aquellas naciones cuentan hasta cinco con nombres numerales correspondientes, y en llegando á cinco, prosiguen diciendo: cinco y uno, cinco y dos, etc., y en lugar de diez dicen dos cincos, al quince tres cincos y al veinte cuatro cincos: pero siempre van acompañando los números que pronuncian, ya con el número de dedos correspondiente, ya con una, ya con ambas manos y con uno y á veces con ambos piés; y es el caso que sus números corresponden al número de dedos de una persona y no más: v. gr., en lengua achagua *abacaje* es cinco, y quiere decir los dedos de la mano; *juchamacaje* es diez, esto es, los dedos de ambas manos; *abacaytacay* es veinte, esto es, los dedos de piés y manos; *juchamatacay* es cuarenta, esto es, los dedos de dos hombres: y así van aglomerando hasta dos mil, seis mil y diez mil dedos, con una algarabía notable, pero perceptible á fuerza de trabajo.

CAPÍTULO XXIV

Estilos que guardan aquellos gentiles en sus casamientos: la poligamia y el repudio

Como cada nacion sigue sus tradiciones, tiene tambien sus particulares usos en los casamientos. Ya dije latamente en el capítulo décimo la multitud de ideas con que los indios guayquiries solemnizaban en su gentilidad los casamientos; y noté allí ser cosa muy singular entre los bárbaros, los cuales comunmente gastan pocas ceremonias en tales casos. No puedo individuar aquí todo lo que noté entre ellos, por no ser molesto; apuntaré tal cual especie, de que se podrán inferir otras semejantes y formar algun concepto del desacierto de los hombres que caminan sin la luz de nuestra santa fe.

En una cosa concuerdan gran número de aquellas naciones, y las restantes, aunque no abiertamente, adhieren en algun modo á la persuasion en que están aquéllas de que las hijas son vendibles y que el novio debe pagarlas á sus padres por el trabajo con que las han criado y tambien por el afan y cuidado con que en adelante trabajarán en beneficio de sus maridos. Esta opinion, que siguió Laban (1), haciendo trabajar bien largamente á Jacob por las dos hijas que le dió, Lia y Raquel, es la seguida y practicada por el mayor número de las naciones gentiles de que voy tratando; pero como aquella es gente de corto ánimo y de caudal mucho más corto, se contentan los padres de la novia con cosas de muy poca monta. No las dan tan baratas en el vasto y político imperio de la China, en el cual toda la gente plebeya y pobre compra por su dinero las mujeres para casarse,

(1) Genesis, xxix, 20.

y aunque la nobleza no entró en este uso, tiene otro más costoso, porque ántes del casamiento envían á las novias grandes cantidades de dinero para que compren las alhajas y cosas que gustaren (1). Ni esto debe causar armonía á los europeos, como que este más parece interes y codicia en los padres que amor á sus hijas, porque tambien los chinos y los americanos notarán esto mismo en los novios europeos, y dirán (á veces sucede) que los novios parece que no tanto buscan la mujer cuanto al dote que le dan sus padres. Por otra parte, el mismo dote, que es liberalidad de los padres y señal del amor que tienen á sus hijas, le pueden interpretar siniestramente aquellas naciones, diciendo que los padres de familia en Europa por descartarse de las hijas, como si les sirvieran en casa de mucho estorbo, dan mucho dinero á los que las toman por mujeres: y así, si aquellas costumbres disuenan á los europeos, las nuestras han de disonar á los chinos y á los indios; de que resulta este problema político: ¿Quiénes se portan mejor con sus hijas, los que las venden para que sus maridos las estimen, ó los que las dotan para que sus maridos las aprecien?

Entre algunas de aquellas gentes se usa que en naciendo algun niño están observando y esperando la primera niña que sale á luz, y luégo se la piden á sus padres, alegando que deben ser compañeros por haber venido á este mundo el uno en pos del otro, y en aquel dia queda ajustado el casamiento; así que el chico crece y empieza á usar el arco y flechas, todo lo que puede haber á sus manos lo lleva á la niña, sea pescado, aves ó frutas; tributo que reconoce y paga hasta que á su tiempo se la dan por mujer. En otras naciones, ántes de entregársela deben preceder algunos méritos positivos: el primero, que por sí mismo mate un jabalí y le traiga á casa del suegro

(1) P. Trigault: *Historia de la China*, lib. 1, cap. 7, pág. 41. Y Mr. Salmon: *Historia de la China*, lib. 1, cap. 9, pág. 205.

en prueba de que ya es hombre en forma; el segundo, ántes de casarse, debe por sí mismo prevenir sementera á la manera que la previenen los hombres casados, en prueba de que ya puede mantener familia. En otras naciones es más pesada la paga ó la prueba, porque está en uso que á más de prevenir su sementera y casa nueva en que vivir, debe trabajar y disponer la sementera de su suegro y hacerle una casa nueva si la que tiene es ya vieja; y si es buena, en lugar del trabajo que había de tener en fabricarla, queda obligado á disponerle sementera el año siguiente.

En otras naciones no se anda con estas nimiedades, sinó claramente, por via de contrato, se conviene lo que el novio efectivamente debe dar por paga de la novia; y concluido el trato da lo pactado, y si tiene edad se la lleva, y si no, desde entónces corre con la obligacion de buscarla que comer. Cuando el que pide la hija casadera tiene ya otra ú otras mujeres se les hace muy duro á los padres de la moza el consentir, y sólo á fuerza de aumentar la paga se llega á terminar el contrato.

No sucede así en órden á las viudas que quedan casaderas, pues en cuanto á éstas entre los caribes las hereda el hijo mayor del difunto, y entre los otomacos los capitanes dan la viuda á un jóven; y entre las demas naciones ya no intervienen los padres de ellas en el segundo casamiento, sinó que ellas por sí se casan segun mejor les parece.

Sólo entre los betoyes y sus varias capitanías observé que mediaban algunas palabras al tiempo de entregar las novias, y eran estas: pregunta el padre de la novia al novio: *¿Fajinefá du? ¿La cuidarás?* Y responde el mozo: *Mamí farrinefá du. Muy bien la cuidaré:* y sin mediar entre los contrayentes palabra alguna de contrato, se dan por casados á su modo, aunque, como luégo diré, tienen muy pocas señas de válidos estos contratos, sean tácitos, sean expresos. Véase á Herrera (1) y al

(1) Decada 6, lib. 5, cap. 6.

Padre Trigault (1), quien en su *Historia de la China* dice de aquellos casamientos: «Los padres de ambos componen estos contratos y no piden para ello el consentimiento de los hijos», pues éstos obedecen ciegamente á sus padres; y si esta subordinacion en las niñas gentiles excitase el enojo de las señoras, cuyas hijas, criadas en la santa y verdadera religion cristiana, se casan á su gusto contra la voluntad de sus padres, entiendan que su enojo no ha de ser contra las hijas que tal ingratitud cometieron, sinó contra sí mismas, que tal crianza les dieron, que tan poco las resguardaron y tantos paseos las permitieron, y más cuando no son necesarios muchos, pues Dina (2) en la primera salida halló quien la quisiese.

La poligamia, que es tener multitud de mujeres, viene de padres á hijos entre aquellos gentiles, como uso tan constante, que ni por pensamiento se les ofrece la menor duda de si será ó no será licito; pero generalmente hablando, son pocos los que tienen muchas mujeres, no por falta de voluntad, sinó porque no las hallan, ó caso que las hallen, porque no tienen caudal para dar la paga que piden sus padres ó no quieren obligarse á las pensiones que arriba apunté. Los caciques, los capitanes y algunos valentones que sobresalen en el valor ó en la destreza y elocuencia del hablar, y sus curanderos, médicos ó piaches, son los que por su autoridad y valor, ó por sus enredos y embustes, consiguen dos ó tres mujeres cada uno, y algunos de muy sobresaliente séquito consiguen hasta ocho y áun mas.

Pero, bien observada la materia, se ve claramente en ellos que el agregar tantas mujeres nace del interes de lo que éstas trabajan y sudan en la labor del campo y de la soberbia y altivez con que aspiran á ser tenidos por hombres poderosos y de

(1) Ubi supra lib. I, cap. 7, pág. 45; Mr. Salmon, cap. 9. pág. mihi 205, *Historia de la China*.

(2) Ut videret, etc., Genes., XXXIV, 1.

séquito; con todo, no faltan sus riñas entre ellas, como se deja entender, sin embargo de que no viven en la casa juntas, sinó cada una en su habitacion con sus hijos, y su hogar aparte, sin intervencion con la otra. El pescado que adquiere el marido, ó por sí ó por sus domésticos y vasallos, se reparte entre todas con proporcion, segun los hijos que cada una tiene, y en llegando la hora de comer le tienden en el suelo la estera, que es su mesa, y cada mujer le pone delante su plato de vianda, su torta de cazabe ó caizú de maíz y se retira; coma ó no coma, nadie le habla palabra. Pasado algun espacio competente, cada una saca de su tinaja ó cántaro una tutuma ó medida de chicha y se la pone delante para que beba; y concluido esto cada cual se retira á su habitacion á comer y beber con sus hijos, con cuyo retiro se evitan pleitos. En el campo se observa la misma separacion; de modo que aquella porcion de bosque que el marido con los convidados desmontó para sementera la divide en tantas partes cuantas son las mujeres que tiene, y cada una siembra, cultiva y atiende á su parte sin meterse en el terreno de la otra, aunque es verdad que ni aquí faltan sus enojos sobre si á la otra le tocó mejor terreno ó más dilatado, y sobre si los hijos de aquélla hurtaron frutas de la sementera de ésta y por otras cosas semejantes.

Así como en la poligamia seguían estas gentes, y áun siguen las que no están sujetas al Evangelio, la desenfrenada costumbre de los demas americanos (1), en que sin duda irían ya impuestos los primeros pobladores que pasaron de este á aquel nuevo mundo, porque en este era y fué tan antiguo el tal desórden (2) como es notorio; así imitaron la costumbre del repudio, trasportando consigo el uso que acá estuvo desde

(1) Torquemada y Fray Gregorio García, lib. 3, cap. 4, § 4.
(2) Aristóteles *de Mirab. auscult.*, fol. 535.

tiempos tan antiguos radicado (1), que le tomaron los hebreos viéndole establecido entre los gentiles y despues corrió con los siglos entre las demas gentes (2).

Sólo se diferencian en el modo y en los motivos del repudio, que son varios, segun la variedad de genios y costumbres de las gentes. Los hebreos no podían ejecutarlo sinó en ciertas circunstancias y con motivo bien averiguado, y entónces debían dar libelo de repudio (3). Muchas menores causas requerían los romanos, y bastaba que Ticia hubiera ido al circo sin licencia de Flavio para que éste la repudiase. Finalmente, los indios abandonaban sus consortes por motivos mucho menores y áun sin ellos, siguiendo el ímpetu de su depravado genio.

No obstante lo dicho, por lo que mira á sus casamientos, dan algunas de aquellas naciones alguna muestra de racionalidad, no casándose con parientas de primero ni segundo grado de consanguinidad, y particularmente la gente betoya en esta materia excede á las otras naciones, observando exactamente el no casarse hasta pasado el quinto grado; pero otros indios, como los caribes y chiricoas, tienen muy poco ó casi ningun reparo en ello.

En esta confusion y tinieblas halla el operario á los gentiles á quienes va á dar la luz del Evangelio, y á la verdad la poligamia y el repudio son el *Syla* y *Caribdis* en que han naufragado muchos pueblos de misiones que daban no pocas esperanzas de fruto permanente y copioso para el cielo: por lo que los misioneros que entran de nuevo al ministerio apostólico es bien que se informen muy despacio del modo y de las reglas

(1) García ubi supr.; Rosinus, lib. 5 *Antiq. Rom.*, cap. 38; Revaldus in Duodecim Tab., cap. 19.

(2) Blondus, *de Roma Triumphante*, lib. 8, pág. 2 y 3.

(3) MATTH., XIX, 8: Moyses ad duriciem cordis vestri permisit vobis dimittere uxores, etc.

de prudencia que la experiencia ha enseñado á los ya versados para proceder con acierto en tales y tales naciones, porque no es factible dar una regla general, á causa de que así como entre sí discrepan aquellos lenguajes, son tambien muy diversos los usos y los naturales.

El fin principal es ganar para Dios aquellas almas; á esto se dirigen todos los afanes y diligencias; pero tenga por cierto el operario que perderá en un solo día todo su trabajo, si ántes del tiempo competente habla de la poligamia. Para desterrar las tinieblas envía el sol con pausa sus primeros crepúsculos y los va aumentando, para que últimamente, á vista del día claro, se destierren las sombras. No tienen aquellos bárbaros luz alguna de la eternidad: no se les ofrece ni les ocurre motivo alguno para irse á la mano y reprimir sus pasiones, ni dejan las costumbres que ciegamente recibieron de sus mayores; por lo que no conviene empezar por la reforma de aquello que será gran dicha conseguir, despues de muchas diligencias, que necesariamente deben preceder, primero, para ganar sus voluntades, y despues para ir poco á poco cultivando é ilustrando sus entendimientos: y así es máxima digna de toda reflexion creer que importa mucho en esta ocupacion reprimir y refrenar los buenos deseos para poderlos lograr á su tiempo; y áun al fatigado labrador, ¿qué útil se le siguiera, si vendimiara su viña en agraz? A más de que, miéntras llega el tiempo oportuno, hay dilatado campo en que explayarse con fruto en el cultivo de los párvulos, en la enseñanza prudente y moderada de los adultos, á quienes se debe dar tiempo para la labor de sus sementeras, y en el cuidado y vigilancia con los enfermos é instruccion y bautismos de los moribundos; diligencias que insensiblemente van ablandando aquellos corazones, de modo que últimamente se ponen en las manos de los misioneros para que les enseñen el camino del cielo; y veis aquí ya el tiempo de la deseada cosecha y la hora oportuna para soltar la represa de sus buenos deseos, recogiendo el fruto á manos llenas, y no sin ter-

nura y lágrimas, hijas del gusto y consuelo que el Señor les comunica.

CAPÍTULO XXV

Pregúntase si se aumenta ó disminuye el número de los indios haciendo el cotejo del tiempo en que eran gentiles con el de ahora, en los que ya son cristianos.

Muy universal es la pregunta, y aunque sólo me tocaba, segun mi asunto, responder acerca de las naciones del Orinoco y sus vertientes, con todo, para que Mr. Noblot y otros autores vean que no es tan fiero el leon como le pintan, ni tan duros y crueles los españoles como los han dibujado en órden á los americanos, extenderé mi respuesta á los indios de ambas Américas, Marianas y Filipinas.

Por lo que mira á las naciones de que he venido tratando, basta traer á la memoria las tres causas principales y las otras accesorias que apunté, para inferir luégo con toda evidencia su notable aumento despues que reciben el santo bautismo: porque con la luz de la gracia cesan las guerras, los venenos, el uso de comer carne humana y el abuso infernal de enterrar las hembritas párvulas, uno de los dos mellizos y todos los que nacen con alguna imperfeccion ó defecto; y por lo que mira á otros reinos de la América, cesó tambien el uso inhumano de sacrificar hombres á los ídolos: todos renglones considerables que, al paso que eran ruina de los indios en su gentilidad, precisamente su abandono total ha de ser raiz de notable aumento en los que son cristianos. Esto, que por legítima ilacion se infiere, es lo mismo que tocamos con las manos y experimentamos en nuestras misiones, no sólo en mi provincia, sinó tambien en las otras que tenemos en la América y Filipinas, como lo podrá ver el curioso lector en sus historias, y yo lo tengo visto en ellas

y oido de boca de los Padres procuradores generales de dichas provincias, á quienes he tratado aquí y en Cartagena de Indias y traté tambien con los de la provincia del Brasil: de modo que, á excepcion de los indios marianos, despues de instruidos y bautizados los gentiles, es notable el aumento que en ellos se reconoce en pocos años; porque á más de cesar ya los referidos abusos, faltan y se destierran otros, que son opuestos á la procreacion y aumento: cesa la poligamia, que inhabilita á los varones; cesa la necesidad que tenían de casar á sus hijas ántes del tiempo oportuno, de que en muchas de ellas se seguían graves daños; y en fin, cesa el uso sangriento de la circuncision, de que ya hablé arriba, de la cual morían muchas criaturas; y faltando estas tres y las otras cinco causas de diminucion arriba dichas, en órden al aumento hay la misma diferencia que vemos en un río cuando le sacan ocho acequias de agua, ó cuando, echadas las compuertas, la dejan correr toda sin quitarle gota: ya se ve cuán notable y evidente es la diferencia en dicho río; pues la misma se reconoce en las familias de indios cuando se han reducido á la santa fe, respecto de ellas mismas cuando eran bárbaras, gentiles y agrestes.

Supuesto lo dicho como indubitable, extendamos ya la vista á todos los indios en comun en el tiempo de su gentilidad y al conjunto de todos los que se han reducido al gremio de la santa Iglesia. Todos convenimos y concedemos que, cotejando un número con otro, aquel conjunto de indios que se domesticó en las primeras conquistas es mayor que el que ahora se reconoce entre ellos mismos (exceptuando siempre á los indios filipinos y á otras naciones, que desde su primera pacificacion hasta hoy han ido y van á más), y de dicho cotejo infieren muchos autores extranjeros como una consecuencia á su parecer innegable que esta diminucion es efecto de la crueldad española. Niego la consecuencia: ni se infiere, porque hay otras muchas raíces que naturalmente fueron causando la diminucion decantada, que no es tanta como se pondera.

Excelentemente habla en este punto, como en todos los demas de su apreciable obra, don Bernardo de Ulloa (1); y basta la fuerza y nervio de sus razones para capacitar y poner en silencio los ánimos más apasionados, á quienes perturba la vista la heroicidad y esplendor de las hazañas españolas. Ya tenía principiado este capítulo cuando llegó á mis manos la segunda parte de dicha obra; y aunque ya empezado, me incliné á omitirlo todo; sin embargo, con licencia y beneplácito de tan sutil y acertada pluma, que en breves cláusulas recopiló toda la sustancia, proseguiré nuevamente en algunas noticias accesorias.

Las causas que señalan los extranjeros, y en una ú otra concuerdan algunos autores españoles, para la diminucion de los americanos, son: primera, los muchos que perecieron en las primeras conquistas; segunda, el trabajo personal que se les impuso, especialmente en las minas; tercera, las enfermedades, que ántes ni habian padecido ni conocido: cuarta, los tributos y cargas con que imaginan oprimidos á los indios antepasados y á los presentes. Pero ántes de responder á cada una de por sí niego redondamente que sea la merma de los indios americanos tanta cuanto se pondera. De Méjico dice Mr. Noblot que parece un despoblado, cotejado con lo que era ántes. Infórmese mejor y hallará casi innumerables indios mejicanos, porque es notoria la multitud grande de poblaciones que hay en toda la Nueva España, así de indios otomitas como de mejicanos, que los sujetaron en aquella su invasion general; y es cierto que la alcaldía sola de San Miguel el Grande consta de ochenta mil indios, siendo así que no es sola la que contiene este ó casi igual número; y son muchas las alcaldías ó corregimientos que contienen cuarenta mil de ellos, y de este número para abajo muchas más.

A más de que se debia y debe tener presente lo que advierte

(1) Part. 2 del *Comercio Español*, c. 21 y 22 á foj. 216.

Herrera (1); y es que aquel Nuevo Mundo se halló ménos poblado que éste, porque ya éste estaba poblado cuando de sus sobras se empezó á poblar aquél. Y añade que los reyes de Méjico enviaban gentes para ir poblando las costas y otras tierras desiertas. ¿Pues dónde está el nuevo desierto y el nuevo despoblado que se idean? Lo dicho de Méjico se debe decir con proporcion del Perú, de Tierra Firme y del Nuevo Reino. Vuelvo á conceder la decadencia de indios en los tres vircinatos y en el Perú y Tierra Firme, más palpable y mayor, lo cual es cierto en órden á los pueblos antiguos de dichos reinos. Pero póngase la vista y la atencion, no digo en todas las apostólicas misiones que cultivan las sagradas religiones en las fronteras de los gentiles con abundante y copioso beneficio de sus fatigas en la conversion de aquellos bárbaros, sinó sólo en las gentes bárbaras que han domesticado y domestican, enseñan y bautizan los operarios de la Compañía de Jesus, mi madre, en las siete provincias que florecen en las Indias Occidentales; y á buen seguro que, cotejado este solo renglon de aumento con aquella tan ponderada diminucion, si no por entero, quedará ésta compensada en parte muy considerable; porque sola la provincia verdaderamente apostólica de la Nueva España tiene ocupados, con los neófitos, con los catecúmenos y con los gentiles de sus vastas misiones, ciento cuarenta y cuatro sacerdotes, con tanto peso de ocupaciones, que actualmente claman con repetidas instancias por más compañeros que les ayuden á tirar la red evangélica; porque, con ser tantos, no pueden sufrir tanto peso; y tienen mucha razon, porque está al cargo de sus sudores el cultivo y enseñanza de más de cuatrocientas veinte numerosas poblaciones, con más de quinientas mil almas en ellas, en los remotos partidos de Cinaloa, Topía, Nayari, Californias, Sonora antigua, etc., y en la nueva Sonora, campo re-

(1) Decad. 1, lib. I, cap. 5, fol. 8 y 9.

ciente, en que se recogen á millares los gentiles, singularmente mansos y dóciles.

Tambien se debe advertir, en órden á las noticias que Mr. Laet, Mr. Noblot y otros autores han sacado de los historiadores españoles, que éstos no todos fueron ni pudieron ser testigos de lo que escribieron, y si lo fueron de unas, no lo pudieron ser de otras materias, y así se fiaron en gran parte de diarios y de relaciones anónimas: otros escribieron lo que habian oido, y se valieron los más de procesos formados sobre nuevos litigios en el Nuevo Mundo; y no todo lo que se oye y se escribe desde tan léjos, especialmente en autos y diarios, es cierto, é importa mucho examinar bien quién fué el que escribió. No por esto quiero ni puedo defraudar la grande autoridad y opinion de nuestro regio historiador Herrera, ni de otros que sabrían muy bien discernir la calidad de los papeles de que se valieron; pero es factible que así como ahora no es cierto todo lo que se escribe de las Américas, y más si es punto de pleitos, denunciaciones ó acusaciones, á ese modo sucediese en aquellos primeros establecimientos, como sin mucha interpretacion se deduce de las muchas discordias, debates y pleitos que en repetidas partes de sus Décadas refiere el mismo Herrera y otros autores; sin que sea juicio temerario creer que, ya en el acusar, ya en el defenderse, en cada una de las partes hubiese hipérboles, amplificaciones y otras figuras retóricas para exagerar la codicia, el interes, la crueldad, la tirania y el desafuero, en apremiar, oprimir y maltratar á los pobres indios; frases en que, tinturadas no pocas plumas extranjeras, vomitan muchos borrones para empañar y denigrar la piedad de los españoles, muchos de los cuales es muy creible que fueron denunciados de mayores excesos de los que habian cometido, y los verdaderamente culpados fueron castigados; el cual castigo fué suficiente pregon para que toda la Europa entendiese que la piedad española y sus justísimas leyes ni permitian ni aprobaban tales excesos.

¿Qué fuera de la inmortal fama y honor que se le debe al grande Hernan Cortés, á quien con mucha razon alaban las naciones, si Pánfilo Narváez hubiera salido con su intento y ansia que tenía de prenderle, y despues de cargado de grillos y cadenas, hubiera formado autos y procesos contra aquel hombre superior á sí mismo y mayor que sus heroicas empresas? ¡Pobre Cortés! si los tales procesos, una vez formados, hubieran volado por la Europa, áun tus mayores hazañas corrieran hoy por delitos, crueldades, tiranías, etc. Ahora supuestas en general estas importantes reflexiones, pasemos á responder con toda la claridad factible y á mostrar cómo la diminucion de los indios no puede originarse de alguna de las cuatro causas propuestas.

CAPÍTULO XXVI

Rechazadas dichas causas, se prueba ser insuficientes para la diminucion ya propuesta de los indios

La primera causa dicen que fué la mortandad de indios que hubo en las conquistas. No puede ser: lo primero, porque todas aquellas naciones estuvieron y se hallaron siempre en continuas y crueles guerras unas contra otras, sin darse cuartel, y dedicando los prisioneros, unos para los sacrificios de los ídolos y otros para los más selectos platos de sus convites; y no se acabaron ni se consumieron: lo segundo, véanse todos los imperios antiguos, trastornados á fuerza de armas, á sangre y fuego, y no se despobló ni el Asia ni la Europa; luego ni por esta causa se despobló el gentío de las Américas. De aquel árbol simbólico que, segun el poeta, brotaba un ramo de oro en el camino de los campos Elíseos, añade que luégo que cortaban un ramo retoñaba otro igual (1): *Avulso uno, non deficit alter:*

(1) Virgil. *Eneid.*, lib. 4.

—Miéntras el árbol no se desarraigue, él retoñará. En tiempo de Matatías, padre de los Macabeos, ya parece no le quedaba sinó una débil raíz al árbol de la genealogía judaica, y con todo, véase á qué proceridad creció; tal que, poniendo despues Vespasiano y otros emperadores romanos todo el esfuerzo de su vasto imperio en aniquilarle y destruirle, le cortaron innumerables ramas; pero los renuevos de aquel tronco están hasta hoy dia inficionando á todo el mundo: luego la guerra es causa muy insuficiente para el caso de que hablamos; á más de que se niega el que todas las provincias conocidas y conquistadas en las Américas lo hayan sido á fuerza de armas, porque muchas, viendo sujeta á la capital, llanamente se rindieron.

La segunda causa de la tal diminucion se atribuye al trabajo personal que se les impuso á los indios. Ménos suficiente es esta causa que la antecedente: lo primero, porque dado y no concedido que la carga y trabajo fuese exorbitante, luégo que llegó á noticia de los católicos monarcas don Fernando y doña Isabel, la arreglaron y moderaron con leyes llenas de piedad cristiana; vigilancia y cuidado que con el nuevo imperio americano heredan nuestros católicos monarcas: lo segundo, porque los españoles encomenderos, cuya crueldad tanto se exagera, eran hombres racionales (quiero permitir, para sólo dar fuerza al argumento, que ciegos, con el interes, se olvidasen de que eran cristianos); y sólo por ser racionales no habian de oprimir á sus indios encomendados, de cuyo tributo comian por órden de Su Majestad, en recompensa del imponderable trabajo de las pacificaciones de aquel Nuevo Mundo: á más de que bastaba la pura lumbre de la razon para que dijesen: «El tributo ó trabajo personal de estos mis indios encomendados es el único premio de mis afanes; luego si los oprimo y consumo quedaré sin finca y sin qué comer; luego debo cuidarlos para poderme utilizar». No faltaron algunos á quienes faltó este corto discurso, ni tampoco les faltó juez que les fuese á la mano, y castigase la demasia y el exceso: lo tercero, recurren

al trabajo y tarea de las minas de oro y plata; pero en vano buscan títulos insuficientes, porque lo primero, es en estos tiempos muy considerable el número de negros libres, de mestizos, de mulatos y zambos jornaleros, y no faltan europeos que toman la barra y ganan sus cuatro reales de plata cada día, así en las minas del Perú como en las de Nueva España, y están buenos y sanos, contentos y alegres y mantienen á sus mujeres é hijos. ¿Pues qué? ¿Piensa algun extranjero que hacen trabajar de balde á los indios y que aquel es un remo intolerable? Tres reales de plata ganan cada día de jornal, que es muy suficiente, atendido su corto gasto, para mantenerse y ahorrar algo cada día (1). Y en la Nueva España ganan al día cuatro reales; y los indios que entienden de barra y saben seguir la veta del metal, á más de los cuatro reales ganan su *pepina*, que es una espuerta de metal escogido que suele valer seis y a veces diez reales de á ocho. Los que asisten en una *tanda*, como llaman en la Nueva España, ó en la *mita*, que asi llaman en el Perú, se les pasa mucho tiempo sin que se les siga el turno para volver á ir; y entónces no van como forzados de galera, porque al que no puede ó no quiere ir, se le admite al indio que presenta para que supla su lugar. En las minas de Tierra Firme, cuales son las de Chocó, Antioquia, Barbacoas, etc., únicamente trabajan los esclavos negros; y éstos, sin embargo de trabajar como esclavos, vemos que viven, procrean y aumentan; luego el imaginado trabajo de las minas es una causa muy insuficiente para la ponderada diminucion de indios.

Se me replica que éstos son más débiles que los negros y ménos trabajadores que los jornaleros que arriba insinué, y que por eso desfallecen y mueren; y que esto es innegable por la evidente decadencia de los pueblos que van á las tandas y mitas de las minas.

---

(1) *Histor. Cinaloa*, lib. 8, cap. 3, fol. 476.

Concedo, como ya concedí, la merma conocida en los pueblos que van á las minas cuando se siguen sus tandas; pero niego redondamente que el trabajo de ellas disminuya los indios, porque el daño, ni nace del trabajo de las minas, ni de las pocas fuerzas de ellos para tolerarlo. Tal cual es el daño, que no es tanto como se pondera ni capaz de causar la merma que en comun se reconoce, nace del poco gobierno y de la ninguna economía de los mismos indios que van á las minas, porque ellos van mal vestidos y casi sin abrigo por su incuria. La paga de toda la semana, que se les da el sábado, la gastan el domingo en comer, beber y bailar sin ton ni són, como se dice: ¿y qué se sigue de aquí? Que, gastado ya el dinero, pasan miserablemente en el trabajo la semana con muy vil y poco alimento. Parece que habían de escarmentar para la semana siguiente y retener para el gasto; pero nada ménos que eso; ántes los más de ellos se van empeñando para sus gastos impertinentes, ya con el dueño de la mina, ya con los que venden vino, aguardiente y bastimentos: de que se sigue que el minero los obliga por justicia, ó á que le paguen lo que dió adelantado, ó á que trabajen el tiempo correspondiente á las deudas; y se sigue que, yendo así de mal en peor, cada día más adeudados, muchos mueren, se fugan muchos más á otras provincias distantes, y no sólo éstos, sinó áun aquellos que no se han adeudado, cuando al tomar el camino de sus pueblos ven que en ellos no han de hallar sementera y que sus mujeres para mantenerse habrán contraido deudas, espantados del mal recibimiento que temen, en lugar de seguir el camino de su tierra, se destierran voluntariamente á provincias remotas: y esta es una de las raíces más ciertas de la diminucion de los pueblos: no las minas, ni su trabajo, ni las pocas fuerzas que para él se idean en los indios, sinó el mal gobierno. Esta no es piadosa consideracion mía; yo digo lo que hay y lo que sé, y se evidencia esta verdad en los pueblos de Juli, que están á cargo de los operarios de la Compañía de Jesus del Perú, que tambien asisten

puntualmente á las minas, y con todo crecen como espuma y se aumentan más y más cada dia, como es público y notorio y consta por el informe que la Real Audiencia plena de Chuquisaca hizo á Su Majestad sobre este mismo punto de que aquí tratamos.

Pues si de todos los corregimientos van indios á las minas, y los de Juli siguen el mismo turno de mitas, ¿de dónde nace tan notable diferencia? Del buen gobierno, porque conociendo su desbarro, los tratan como á pupilos; les dan vestido de remuda y avío para el camino; les ponen sobrestante que los reprima, y miéntras están en las minas mantienen del comun á las mujeres é hijos; les previenen sementeras para su retorno, y cuando es tiempo de volver, va quien pague todas sus deudas y quien los traiga vía recta á sus casas; ¿qué mucho que crezcan en lugar de disminuirse los indios de Juli, no obstante el decantado remo de las minas?

La tercera causa se atribuye á las viruelas y contagios que se han introducido en las Américas despues de sus conquistas, opinion muy válida entre los autores españoles (1). No niego que han sido considerables y repetidas las mortandades de los indios, pues veo que de sola la llegada del navío llamado el *Leon Franco*, por los años de 1719, á las costas del Perú, resultó tal contagio, que á más de los españoles y mestizos casi innumerables que fallecieron, llegaron á doscientos mil indios los que murieron, y en cuanto á las viruelas del Perú de 1588, el contagio de la Nueva España de 1597 y otros muchos de la Tierra Firme, Nuevo Reino, etc., que el reverendo Padre presentado Fray Gregorio García en su orígen de los indios atribuye á la poca fe de ellos (2) y á castigo claro de Dios por su

(1) M. Fr. Gregorio García: lib. 3, cap. 2, § 3.

(2) Herrera, Dec. 5, lib. 5, cap. 11. Fr. Bartolomé de las Casas, Ep. Chiap. in Relat. Gomara, I part. *Histor. Ind.* Torquemad. lib. 17, cap. 15 et alii plures.

idolatría; digo que estos han sido grandes estragos que han cooperado á la diminucion de los americanos; pero así como digo que sólo por vía de piadosa consideracion se pueden atribuir dichos contagios á castigo de Dios por la idolatría de los indios peruanos y de la Nueva España, así tambien afirmo que no son causa suficiente dichas pestes solas para la merma de indios que se llora. Dije que es una piadosa consideracion atribuir las tales pestes á castigo de Dios en pena de la idolatría, porque vemos que en muchas provincias de indios donde no ha habido ni hay idolatría se han visto las mismas pestes y viruelas contagiosas, y en pueblos donde, con notable confusion de los europeos, florece la fe notablemente, hemos visto y sufrido repetidos contagios y epidemias; lo cual no puede ser castigo de Dios por la idolatría que no hubo, ni por la falta de fe que por su bondad florece y fructifica en dichas provincias.

Corrobórase este dictámen con la experiencia de repetidas epidemias de párvulos que sufren las misiones de nuestro cargo con notable estrago; tanto, que acaban de referirme los Padres procuradores de la provincia, verdaderamente misionera, del Paraguay (1) que en sólo el año de 1738 pasaron de seis mil los párvulos que murieron: y en el año de 1741 ya se contaban diez y ocho mil párvulos difuntos en dichas misiones, por carta que de ellas vino y se imprimió en esta Córte (2). Otra carta acabo de recibir del Padre Superior de las misiones del Orinoco (3), fecha en el año pasado de 1741; en la cual, despues de referir las nuevas gentes que se habian agregado a las misiones, añade que una grande inundacion de viruelas, que desde la costa del mar subió de nacion en nacion, se habia llevado en flor á casi todos los párvulos de dichas misiones, primicias del fruto que esperamos de aquellas naciones. ¿Y qué

(1) P. Diego García y P. Juan José Rico.

(2) Dióla á luz el P. procurador general Juan José Rico,

(3) P. Manuel Roman.

falta de fe, qué idolatría, qué pecados castigó Dios en aquellos inocentes? Digamos lo que es fijo y cierto, y es que el divino Labrador es dueño absoluto de su viña, y cuando es la hora de su divino beneplácito, con una escarcha se lleva en flor lo que no quiso fuese vendimia tardía.

Atribuir las pestes y contagios á castigo de Dios por la poca fe de los indios, es una congruente consideracion, fundada en los castigos que Dios Nuestro Señor intimó por sus profetas y ejecutó por sus altos juicios en la gente hebrea y tambien en reinos cristianos; pero tambien ha enviado Su Majestad semejantes plagas por otros motivos y fines de su alta providencia, sin que los podamos atribuir solamente á falta de fe (1) ni á la gravedad de los pecados. La paciencia del Santo Job (2), para ejemplar de nuestro sufrimiento, buscaba Dios en aquellas plagas, que atribuian á castigo áun aquellos sus amigos que eran abonados testigos de las heroicas virtudes de aquel pacientísimo varon. El sufrimiento del Santo Tobías (3) y la mansedumbre del real Profeta (4) para nuestra enseñanza fueron el fin con que Su Majestad les envió las plagas, trabajos y persecuciones. Erraron los bárbaros isleños de Malta, cuando al ver prendida la víbora de la mano del apóstol, dijeron: «no hay duda (5) que este hombre es homicida; apénas se ha librado del naufragio, ya tiene sobre si otro castigo de Dios.»

Lleno de pecados de piés á cabeza dijeron los sacerdotes de la Ley antigua que estaba el ciego á quien el Señor habia dado vista, sin otro motivo que el de haber nacido ciego (6): *In peccatis natus es totus*, etc., opinion en que por entónces es-

(1) García, lib. 3, cap. 2, § 3.
(2) Job, per totum lib.
(3) Tob., per totum lib.
(4) II Reg.
(5) Act. Apostol., xxviii, 4: Utique homicida est homo hic, etc.
(6) Joann., ix, 34.

taban tambien los sagrados apóstoles (1): *¿Quis peccavit, hic, an parentes ejus?* y sólo dudaban si aquel que suponían ser gravísimo castigo era en pena de sus pecados ó por los de sus padres. Y aquí el divino Maestro, primero enseñó á los apóstoles, despues abrió los ojos del ciego y en ellos los nuestros para que viésemos y entendiésemos «que ni el ciego había pecado ni sus padres, y que el haber nacido ciego no era por castigo, sinó para que en su curacion fuese glorificado el Altísimo por los prodigios que hacía el omnipotente brazo de su Unigénito (2)»: de modo que áun cuando Su Majestad procede y concurre como Autor natural, vemos que para una copiosa cosecha, no sólo ordena Su Majestad la apacibilidad de la primavera, sinó tambien el ardiente calor del estío y las rigurosas escarchas del invierno, medios que á primera vista parecen opuestos al fin que se pretende. Y así de las pestes y plagas de los americanos no podemos inferir su falta de fe, y más viendo que en tales epidemias padecen igualmente los españoles, en cuya constante fe no cabe sospecha ni sombra de ella.

A más de que las pestes, aunque repetidas, y las demas enfermedades, no son por sí solas suficiente causa para disminuir tan notablemente el gentío de las Américas, como ya dije: si bien es cierto que, continuándose éstas con rigor, pudieran despoblar aquella y cualquiera otra parte del mundo; y la razon nace de la experiencia misma; porque si ellas bastaran, ya estuviera enteramente despoblada la Hungria, la Bosnia y las demas provincias comarcanas á Constantinopla, ni hubiera hombres ni memoria de ellos en Argel, Túnez, Tánger, ni en todas las costas de Berbería, segun las fatales y repetidas pestes y contagios que Dios les envía por sus altos juicios: entre tanto vemos que crecen, y que como mala yerba se multiplican: luego es fuerza confesar que las pestes solas no pueden causar

(1) JOANN. XXVIII, 2.
(2) JOANN., IX, 2 et 3.

la notable diminucion de las gentes de que hablamos, y es preciso creer que hay otra oculta causa de este notable daño.

La cuarta raíz de la controvertida merma se atribuye á los tributos y cargas impuestas á los indios; y esta causal es á mi entender tan insuficiente para el efecto pretendido, que la omitiera totalmente, á no ver que en ella consienten muchos extranjeros y no pocos españoles, poco noticiosos de las leyes dispuestas para los indios, que no pueden ser más piadosas ni más llevaderas, por las cuales han mirado (1) y miran los monarcas españoles á los americanos como pupilos y como á menores, para cuya indemnidad y defensa tiene Su Majestad en cada una de las reales Audiencias del Nuevo Mundo un fiscal timorato y docto que sin la menor gratificacion de ellos defienda á los indios en sus causas, los patrocine en la establecida posesion de sus privilegios y los defienda de cualquiera injusticia y agravio que se les haga. Ya dije que el trabajo personal, desde que se supo el abuso, fué minorando; y añado que despues fué enteramente prohibido por la piedad de nuestros católicos monarcas. Por lo que mira al homenaje debido al soberano, de que da muestras el súbdito en el tributo y reconocimiento, ¿qué vasallos se hallarán en este antiguo mundo que no le rindan semejante á sus reyes? Erré en decir *semejante*, porque sin hacer injuria á ninguno se puede afirmar que es muy desemejante el tributo que anualmente pagan los indios al que generalmente contribuyen los europeos; y se pudieran éstos reputar por muy felices si exhibieran sola la cantidad que tributan los americanos, libres de otras cargas y obligados solamente á una suave y tolerable contribucion, no impuesta generalmente, sinó proporcionada á la fertilidad ó pobreza del pais, más ó ménos, segun los frutos del terreno: ni les obligan á que aquellos dos ó cua-

(1) Herrera: Dec. 1, lib. 4, pág. mihi 117, *La nueva Recopilacion passim.*

tro pesos que contribuyen los den en moneda efectiva, porque deben los corregidores recibir el tributo en frutos ó en géneros corrientes, ya naturales, ya artificiales. Y este tributo cede en bien de los mismos indios, porque aunque es cierto que entra en las reales cajas, pero de él se saca primero y se da el estipendio anual del párroco que cuida de cada pueblo, y si lo tributado no alcanza, como acontce en muchos curatos, suple Su Majestad de su real Erario, esto es, en los pueblos de curas colados, pues en las casi innumerables misiones en que por ser poco domesticados los indios todavía no tributan, mantiene Su Majestad enteramente á su costa los ministros evangélicos, y esta magnífica piedad de Su Majestad no necesita de que yo añada aqui ni una letra en su alabanza.

Voy, si, á corrobar mi dictámen arriba propuesto sobre esta materia, pues son dignos de todo respeto los autores que se inclinan á la opinion opuesta; y aunque con lo que acabo de apuntar supongo ya vencida la controversia, con todo demos que fuera grave el yugo impuesto á los indios, y tanto como indicaban las quejas que á Roboan daban los hebreos (1) contra el que les habia recargado Salomon; y digo que aun en esta suposicion, si bien el peso del tributo puede perturbar el reino, melancolizar á los vasallos y reducirlos á una vida amarga, no obstante, si no se añade otra causa, no basta aquélla para minorar el número de los súbditos (2). Faraon en Egipto, no sólo tiraba á oprimir á los hebreos, sinó tambien tiraba derechamente á minorar su número; y vemos en las Divinas Letras que, cuanto más los recargaba, tanto más crecian y se aumentaban. Ya veo que ésta fué obra del brazo poderoso de Dios (3), por la cual cumplía la palabra que Su Majestad dió al Patriarca Abrahan, de que su descendencia habia de competir en número con las arenas

(1) III Reg., xii, 4 y 9.

(2) Ecce populus filiorum Israel multus. Exod., i, 9.

(3) Faciamque te crescere vehementissime. Gen., xvii, 6.

del mar y con las estrellas del cielo. Pero á los gabaonitas, que engañaron á Josué (1), y á los demas jueces de Israel, no hizo Dios esta ni otra promesa semejante, y con todo crecieron y se multiplicaron en medio de la mayor opresion imaginable; porque viéndose engañado Josué por los gabaonitas, les concedió la vida (2), pero los oprimió sobremanera en todo género de oficios serviles y de excesivo trabajo, como se ve en las Divinas Letras, sin que faltase la multitud y numeroso gentio en medio de una opresion hecha de estudio; luego la carga y servidumbre, por grave que sea, si es sola, no es suficiente para disminuir una nacion.

¿Qué mayor servidumbre se puede idear que la de los infelices judíos, desterrados de su patria, y áun del mundo, porque en él no tienen ciudad ni territorio, derramados sobre la faz de la tierra, despreciados, oprimidos, cargados de tributos en castigo del deicidio que ciegamente cometieron sus mayores? Aunque tan bien merecido, da horror tan grande castigo; y despues de todo él, ó por mejor decir, oprimidos con todo él, en lugar de ir á ménos vemos que van á más, y áun abandonados de la mano de Dios no se minoran, ántes crecen en número, porque Dios deja correr el curso de las causas naturales, á que no falta el concurso de su omnipotencia.

De modo que, ni las guerras, ni el trabajo personal, ni las pestes, ni los tributos y opresiones, con tal que no sean de una exorbitancia nunca vista, pueden ser causa total y suficiente para disminuir tan notablemente las naciones, porque á serlo estuviera casi despoblado este mundo antiguo, ni hubiera rastro de húngaros, de turcos, de moros, de judíos ni de otras naciones de cuyas calamidades se ha hecho mencion. Es verdad que si las plagas fueran permanentes ó por algunas otras cir-

(1) Josué, x, 6.
(2) Josué, ix, 20, etc.

cunstancias fueran extraordinarias, precisamente acabaran ó disminuyeran las naciones; pero como Dios mira á los mortales, temperando su ira (1) con su misericordia, no llega á tan último extremo su indignacion, que es de Padre amantísimo.

CAPÍTULO XXVII

Respóndese á un argumento contra lo ya dicho, y se señala la causa genuina de la diminucion de los americanos

Ya veo la réplica de un argumento de hecho, cuya eficacia parece insuperable, que consiste únicamente en poner á la vista las islas de Barlovento ó Antillas, que son la Habana ó Cuba, la Española ó de Santo Domingo, la de Puerto Rico, la Jamaica y la Martinica, etc.; en las cuales la total falta de indios, exterminio y desolacion de ellos, parece prueba evidente de que alguna de las cuatro causas asignadas ó todas ellas aniquilaron los indios de las tales islas, sin que para esta cierta demostracion se pueda hallar efugio. Respondo que del mismo modo que concedí la merma de los indios de las provincias de Tierra Firme, Perú y Nueva España, así tambien confieso la carencia de indios en dichas islas, ménos en las tres en que se mantienen los caribes; y como ya concedí que aquellas cuatro causas pudieron coadyuvar á la tal diminucion de los indios como causas parciales que se juntaron con otras, sin que ellas por sí solas fuesen suficientes, convengo y digo lo mismo de la desolacion de los indios isleños ya nombrados; otras raices mas eficaces que las cuatro es preciso que se agregasen para que surtiese un efecto tan inusitado y casi sin ejemplar como el exterminio de dichos indios isleños.

---

(1) Eccl., xvi, 13.

Doy la razon, que es urgente, y para entenderla bien pongamos la vista en los amacelitas, nacion tan dilatada y de tanto gentío que pudo resistir y negar el paso á todo el pueblo casi innumerable de Israel; y veamos tambien toda la ira de Dios armada contra Amalech en aquel formidable decreto que su divina Majestad le intimó al rey Saul: «Anda, Saul, le dice (1); castiga y no perdones á Amalech; pasa á fuego y sangre á todo aquel gentío; no has de perdonar á hombre ni mujer, á chico ni grande; destruye enteramente sus ganados y haciendas; arrasa por los suelos todas sus ciudades, y cuenta no te enamores de alguna de sus cosas ó alhajas por rica y preciosa que sea; todo por entero lo ha de consumir el fuego». ¡Espantoso decreto! y tan rigurosamente cumplido por Saul y su ejército, que sólo se reservó la vida del rey Agag para que llorase su desdicha y la de su reino y algun ganado y despojos que contra la voluntad de Dios reservaron Saul y su gente, delito que el Señor sintió tanto que privó á Saul del reino, y el desventurado Agag fué destrozado y hecho cuartos luégo al punto, y así parece que la nacion amalecita fué enteramente destruida; y si ésta no, díganme cuál otra (dejando aparte las que, no tanto Josué, cuanto el mismo Dios, destruyó en la tierra de promision por su justa indignacion). Con todo esto llega la hora de la muerte de Saul en campaña, y aunque tan mal herido no acababa de morir; vuelve los ojos, ve á un hombre allí cerca, y le pregunta: «¿Quién eres tú (2)?» éste le responde: «*Amalecites ego sum.* Yo soy amalecita». «¿Cómo tú puedes ser amalecita, si en vuestra total ruina, Agag solo, que salió con vida, fué despues despedazado?» Ya da su razon (3): *Filius hominis advenæ Amalecitæ ego sum.* Como si dijera: «Es verdad que aquella tu sangrienta guerra, oh Saul, á modo de un general in-

(1) I Reg., XIV, 48; XV, 2, etc.
(2) II Reg., I, 8.
(3) Ibid., 13.

cendio redujo á pavesas y destruyó á cuantos de mi nacion halló por delante; pero muchos buscaron y hallaron su seguridad en la fuga, así hombres como mujeres, y yo soy hijo de una de aquellas familias que se desterraron de su patria» : *Filius hominis advenæ*, etc.

De modo que así como por más y más agua que se saque del río, aunque se llenen cántaros á millones, miéntras duren sus mantiales es necesario que subsista el río, aunque con ménos agua, así, miéntras en la nacion ó naciones queden mujeres y hombres, aunque sea el número tan corto como las ocho almas que formaban toda la familia de Noé en el arca; miéntras, digo, quede aquel manantial de nuevas generaciones, ninguna nacion se puede aniquilar, aunque pueda minorarse. Mas durante la continua permanencia de los manantiales bien puede suceder y sucede que el cauce inferior del rio quede sin una gota de agua, porque sacándole en la parte superior acequias para que fecunde y corra por otros terrenos, queda totalmente seco el terreno por donde corría ; pero esto no es faltar el agua, es haberse ido y tomado el camino de otras tierras. A este modo puntualmente los amalecitas y los indios de Cuba y demas islas de Barlovento, y con debida proporcion los indios de Nueva España, Perú y Tierra-Firme, no perecieron todos allá, ni se mermaron acullá por guerras, pestes, etc.: estas plagas ayudaron á su diminucion, y por ellas y huyendo de ellas se ausentaron á tierras distantes, como á la verdad hasta hoy en dia se ausentan unas familias por sus deudas contraidas, otras por sus mutuas riñas y temores de veneno y otras por su natural pereza: y ésta es una de las dos principales raíces de la total falta de los indios en dichas islas y de la diminucion de ellos en los reinos americanos.

La segunda raiz principal es tal que á pocos les pasó por el pensamiento, y á no saberla yo de fijo y haber hallado otros Padres misioneros que dieron con ella sin quedarles la menor duda, no me atreviera á exponerla á la luz pública: pero debo

publicarla y dar sus pruebas, porque cede en honor de la piedad española el que conste que el total defecto de los indios en las nombradas islas y el mermado número de los americanos no procede del rigor de los españoles, sinó del genio raro de los mismos indios, para cuyas extravagantes resoluciones no niego que tal cual español dió algun motivo, como ya insinué arriba; pero el mayor daño tiene raíces más profundas.

Pero ántes quiero prevenir al curioso lector, poniendo á su vista la necedad y el tan ciego como inhumano decreto de Faraon, rey de Egipto (1), en que para disminuir en su reino las familias hebreas mandó á las comadronas que al tiempo de asistir á los partos de las hebreas quitasen la vida á los infantes y dejasen con ella á las niñas. Erró Faraon, porque estas niñas despues habían de ser madres, y en todo caso á éstas se había de enderezar el cruel decreto, porque, como poco há dije, es necesario que corra el río miéntras duren sus primeros manantiales, y retoñará muchos renuevos el árbol por más ramas que le quiten miéntras tenga raíces en la tierra.

Para tan inhumano intento más acertado medio tomaron las mujeres americanas, oprimidas de su melancolía, ó sofocadas al ver gentes forasteras en sus tierras, ó como algunas dijeron, por no parir criados y criadas para los advenedizos, pues se resolvieron muchas á esterilizarse con yerbas y bebidas que tomaron para conseguirlo. Dije muchas, porque si hubieran sido todas mucho tiempo hace que se hubiera acabado totalmente su generacion en ambas Américas. No dije todas, porque en muchas provincias abundan y se aumentan notablemente los indios, y particularmente es increible lo que se aumentan los indios filipinos. Dije muchas, porque tengo prueba eficaz de ello, y de la prueba del hecho en unas provincias é islas se puede sin temeridad inferir lo mismo en otras donde subsistió el mismo motivo y ciega barbaridad de las americanas.

(1) Exod., I, 15 y 16.

Dos razones, tanto más fuertes cuanto más observadas con largas reflexiones y experiencias, convencen y prueban la dicha voluntaria esterilidad; porque, en primer lugar, muchas personas de maduro juicio han observado que en las partes donde descaece conocidamente el número de los indios se ven muchas indias sin hijos y enteramente estériles, y éstas son las casadas con indios; pero al mismo tiempo se reconoce en los mismos parajes y pueblos que todas las indias casadas con europeos ó con mestizos, cuarterones, mulatos y zambos, y tambien las que se casan con negros, son tan fecundas y procrean tanto, que pueden apostar á buen seguro con las hebreas más rodeadas de hijos. ¿Y á quién no causará armonía y dará gran golpe esta tan visible y notable diversidad entre unas y otras indias de un mismo país y temperamento, y de un mismo lugar? ¿Qué causa oculta hay aquí? ¿Qué diferencia? Digo que de la diferencia nace la causa: y la diferencia está en que si la india casada con indio procrea salen indios humildes, desatendidos de las otras gentes, prontos a servir hasta á los mismos negros esclavos, como ya dije en su lugar: salen indios sujetos al abatimiento, hijo de la cortedad de su ánimo y de su innato temor; obligados al tributo que, aunque llevadero, se mira como carga y lunar. «Pues no quiero parir semejantes hijos», dijeron y dicen las indias de las catorce islas Marianas (por otro nombre de los Ladrones), y á lo más, como de la nacion de los guayanos me aseguró el reverendísimo Padre Fray Benito de Moya, religioso capuchino, misionero apostólico y dos veces prefecto de sus misiones, logran solo el primer parto para su consuelo y toman yerbas para impedir los demas. Es cierto que la esterilidad voluntaria y buscada con tales medicinas es detestable, es contra la Ley de Dios y contra el bien del género humano; pero no se puede negar que hay males que, ó realmente ó en la aprension, parecen peores que la esterilidad, mirada en sí puramente por la falta de los hijos de que va acompañada; y así vemos que en este sentido

dijo Cristo á las hijas de Jerusalen: «Cuando llegue la calamidad que os anuncio, entónces serán dichosas las estériles y aquellas cuyos vientres no dieron fruto (1)»; y en este sentido excita Isaías á que las estériles alaben á Dios (2), y el apóstol á los de Galacia (3), porque llegada la tribulacion sentirán sólo su propio daño y no la congoja de ver en él á sus hijos.

Pero volviendo á nuestro propósito, consta ser fecundas las indias que no se casan con indios, sinó con otros de órden superior, por poco aventajado que sea: éstas multiplican, con la fecundidad que ya dije, por la causal contraria, esto es, porque ya sus hijos no son indios, ya no entran en el número de los tributarios, mejoran de color y de fortuna y son tenidos en más que los indios. Consta en la *Historia de las islas Marianas* (4) que era tanto el número de las familias de aquellos indios, que con ser las islas, aunque muchas en número, cortas en su extension y terreno, con todo habia isla que tenía ciento ochenta pueblos y otras ciento sesenta, etc; y segun me han asegurado los Padres procuradores generales (5) de la provincia de Filipinas, á la cual están agregadas las Marianas, al presente de las catorce islas ya no hay pobladas sinó solas dos: en éstas sólo hay dos mil setecientas almas, y en este número corto entran los soldados de guarnicion, los mestizos, cuarterones, etc., procedidos de los soldados y otros forasteros que se casaron con las indias isleñas, las cuales son fecundas, cuando las otras que se casan con indios lo son poco ó nada. ¿Y por qué no diremos lo mismo de las familias que poblaban las islas de Barlovento? mayormente habiendo entre unas y otras familias de Marianas y Barlovento muy notables diferencias, á saber: pri-

(1) Luc., xxiii, 29.
(2) Is., liv, 1.
(3) Ad Galat., iv, 27.
(4) *Hist. Marian.* in Vit. V. P. Sanvitores.
(5) P. José Calvo y P. José Bejerano.

mera, las de Barlovento fueron conquistadas por armas: las Marianas con la luz de la fe y pacíficamente: segunda, en las rebeliones de indios que hubo en la Española, Cuba, etc., fueron rechazados á fuerza de armas y con castigos correspondientes, despues de vencidos. En los levantamientos que cau ó China con su falsa doctrina y otros de menor monta en las Marianas estuvieron los españoles sobre la defensiva, porque no podían más; y así casi todos los disturbios se compusieron interponiéndose los misioneros; y las veces que fué necesario castigar sus osadías luégo se rendian, y con el castigo de las cabezuelas se acababa todo; de modo que los marianos tienen mucho menor motivo de mirar con horror y miedo á los españoles que los de Cuba, isla Española, etc., porque aunque éstos con sus motines y sublevaciones dieron el motivo, se usó con ellos más rigor que con los marianos; luego si éstos con tan poco motivo han buscado en la esterilidad la despoblacion de doce de sus islas, no será temeridad pensar lo mismo de los isleños de Barlovento. Esta es una de las causas de la diminucion de los americanos, que se debe entender con proporcion al genio más ó ménos sañudo y duro de la nacion que descaece en su número de gente; pero no es universal, porque vemos que otras de aquellas gentes se aumentan y van á más, como ya dijimos.

La otra causa que notablemente concurrió á la diminucion de los indios es la fuga con que las familias se retiran á tierras remotas, á veces por motivos fundados, á veces por temores fantásticos y por su nativa inconstancia. Esta es la notoria raíz principal de la decadencia de los indios en las provincias ya sujetas al rey nuestro señor en las dos Américas y muy en especial de la despoblacion de las islas de Barlovento, porque para mí es indubitable que de ellas se transportaron los caribes isleños á la Tierra Firme de Paria, Santa Marta, Cabo de Vela, Golfo Triste, Berbis, Corentin, Surinama, á la costa de la Cayana y al rio Orinoco, paises todos poblados de caribes, en tanto número que apénas se hace creible á los que lo han visto y experimentado.

Voy á concluir, porque no es razon abandonar al fin de la obra el estilo sucinto que he procurado observar desde el principio de ella; y así á la razon que apunté arriba, probando esta retirada con el símil de los amalecitas que huyeron, añado la razon siguiente: todos saben (1) que las islas de Barlovento se llamaron caribales, porque eran caribes gran parte de las gentes que las poblaban; y actualmente en tres de dichas islas se mantiene esta tan cruel é inhumana gente, tal que, obligados por su excesiva barbaridad, decretaron los reyes don Fernando (2) y doña Isabel que los tratasen como esclavos, pues no admitían partido ni daban cuartel. A más de estas tres islas, que distan poco de la Martinica, ocupan todavía parte de la isla de la Trinidad de Barlovento, inficionándola con sus bárbaras y gentílicas costumbres. Estos caribes isleños miro yo como huellas que nos muestran el rumbo por donde la mayor parte de los caribes de aquellas islas se retiraron á poblar las costas de Tierra Firme y á internarse en ella; y el motivo de mi dictámen es lo que llevo ponderado arriba del corto número de familias y gran número de lenguajes de que constan las otras naciones conocidas en dichas costas y vertientes de rios que en ellas desembocan; y al contrario, el ver la excesiva extension en los terrenos, capitanías y poblaciones que ocupa sola la nacion caribe, bajo un mismo lenguaje, crueldad y genio, lo cual arguye eficazmente los muchos caribes isleños que se transportaron á dichas costas, y se corrobora por la experiencia que tengo de la inclinacion que retienen de navegar; propiedad de isleños por la cual con increíble destreza, en piraguas rasas y sin escotillon, se engolfan, pierden de vista las costas, llegan á la Martinica y á otras islas de Barlovento y vuelven á su Tierra Firme sin riesgo de ahogarse, porque hasta hoy usan lo que notó Colon en su diario, y es que si algun golpe de mar les trabuca la

(1) *Diario del almirante Colon.*
(2) Herrera: Decad. 1, lib. 6, cap. 10.

piragua tienen habilidad para ponerla otra vez flotante, nadando en el golfo, pues haciendo al mismo tiempo la maniobra, con los piés nadan y con las manos trabajan.

Esta navegacion y viaje prosiguen como costumbre inmemorial y que sin duda va pasando de padres á hijos desde los primeros que de las dichas islas se pasaron a Tierra Firme. Esto se confirma viendo que éstos y los colorados (asi llaman á los caribes de las tres islas ya mencionadas) mantienen el mismo porte altivo, indómito y carnicero y el mismo odio y horror á los españoles, de que he dado bastantes señas antecedentemente, porque ellos procuran hacer cuanto daño pueden, así á los españoles como á los Padres misioneros; y á todas las naciones de indios que se portan como amigos de los españoles las persiguen cruelmente por este motivo y con el fin de hacer esclavas á las mujeres y párvulos y de saciar su barbaridad con carne humana; estilo sangriento que usaban en las islas de Barlovento (1) y hoy continúan, como vimos, contra las indefensas naciones del río Orinoco y contra los operarios que exponen sus vidas por resguardar las de sus mansas ovejas; de modo que los caribes llevaron á Tierra Firme la misma inhumanidad y genio carnicero que usaban en las islas de Barlovento.

Esta retirada, afianzada con tan sólidas pruebas y autorizada en gran parte por Herrera (2), se confirma y corrobora considerando la facilidad y frecuencia con que los indios, en especial los de la América Meridional, con motivos muy leves y áun sin ellos se retiran á países incógnitos de gentiles, bien que estas retiradas no se pueden calificar ni tener por apostasias, porque, como ya en la primera parte dije, no se huyen por faltarles la fe, sinó por sobra de miedo y de inconstancia y por exceso de

(1) Herrera: Decad. 10, lib. 10, cap. 16.

(2) Herrera: Decad. 1, lib. 6, cap. 10, y el *Diario del almirante Colon*. Y más claramente Dec. 1, lib. 2, cap. 17, pág. mihi 61.

pereza, que es tanta, que ni áun para su provecho gustan del trabajo.

Y recopilando estos tres discursos, confieso que las guerras, pestilencias y cargas pueden concurrir á la diminucion del gentío en las provincias donde se reconoce la merma y en parte pueden haber concurrido al exterminio de las gentes naturales de las islas nombradas de Barlovento; pero me vuelvo á ratificar en que las dos principales causas han sido la esterilidad voluntaria en las americanas y la fuga y retirada de las familias á otras provincias, que las hay, y muchas, unas ya descubiertas, pero no poseidas por los españoles, y otras no poseidas ni conocidas de éstos. La retirada de los indios de Chile es, por los caminos que ellos se saben, para ponerse al otro lado del río Barbarana y Bibio y engolfarse en aquellos terrenos de indios araucanos y hasta los patagones y gentes magallánicas. Los malcontentos de Buenos Aires, Paraguay y del Tucuman, á más de la retirada al famoso Chaco, tienen otras muchas á mano. Los indios tentados del Perú, en atravesando la altura de los Andes hácia el Norte, no hay que cansarse en buscarlos, porque no se hallarán. Los de las provincias de Quito, Santa Fe y resto de Tierra Firme tienen á mano innumerables naciones de gentiles á que retirarse. A los de la Nueva España les faltan escondrijos semejantes en las cercanías, pero no les falta á los malcontentos modo de ausentarse. En los tales retiros creo y para mí es indubitable que habitan escondidos la mayor parte de los indios que se echan de ménos en los países conocidos, por cuya salvacion debemos clamar siempre al Criador de todos.

Quiera la divina Majestad que llegue ya el deseado tiempo en que todas aquellas ciegas naciones logren el beneficio de la luz evangélica y con ella el fruto de su copiosa redencion, por medio de muchos y muy fervorosos operarios. Llegue, Señor, la hora en que, apartando los ojos de vuestra justa indignacion, de las perversas costumbres é ignorancias de aquellos gentiles, los fijéis en las preciosas llagas de vuestro Unigénito y en el

amor infinito con que ofreció su sangre y su vida en holocausto para que todas las naciones y pueblos den á Vuestra Majestad eterna alabanza, honra y gloria. Amen.

Y ántes de retirar la pluma me debo prometer de la benignidad y discrecion del piadoso y prudente lector que disimulará los borrones que de ella se hubieren delizado en el tosco lienzo de esta historia, en la cual quisiera haber emulado con los rasgos las pinceladas de Apeles, mezclando con tal viveza los colores en la variedad del contexto, que á un mismo tiempo arrebatasen la vista para la honesta recreacion, la atencion para el aprovechamiento interior y el ánimo para alabar á Dios, siempre admirable en sus criaturas.

CARTA DE NAVEGAR

en el peligroso mar de indios gentiles

No puse esta carta en la primera impresion porque parte de las máximas prácticas que contiene están apuntadas en varias parte de este libro, segun las varias materias á que pertenecen; pero porque juntas aqui con algunas reflexiones, que omití, darán más luz al operario deseoso de acertar, doy este corto alivio á los nuevos misioneros de indios, en la seguridad de que algunos Padres de las misiones del Orinoco, que trasladaron, al entrar en ellas esta carta vieron despues en la práctica que son muy importantes sus avisos.

§ I

Del misionero, su vocacion y aparejo

Para navegar en un golfo peligroso lo primero y más importante es mirar y registrar con cuidado la nave, poniéndola en estado competente, para que pueda llegar á salvamento. Lo se-

gundo, tomar conocimiento de los mares que surca y de los escollos en que puede peligrar. Lo tercero, imponerse en la maniobra, para evitar los peligros, sufrir los temporales y no caer de ánimo en medio de las mayores borrascas.

Perecen aquellas míseras naciones, y se pierden eternamente sus almas, por falta del pan de la celestial doctrina: no le buscan, ni le agencian, porque su ceguedad é ignorancia no les dan lugar á que conozcan su extrema necesidad; pero sus ángeles de guarda claman siempre al Señor para que les envíe la luz del cielo por medio de sus ministros evangélicos. Movido Dios de estas súplicas y de su infinita piedad, excita vocaciones y elige á los que su altísima Providencia tiene destinados, usando Su Majestad de medios tan proporcionados y suaves que, mirándolos despues con atenta reflexion, se maravillan, y al mismo tiempo se consuelan, viendo como atemperó Su Majestad en su vocacion lo suave con lo fuerte. Supuesta, pues, la vocacion del Señor, sale de su patria el misionero, y ha de ser al modo que Abrahan salió de la suya y Moises de Egipto, no dejando en ella ni la menor parte de su afecto: *Nec ungula quidem.* Sale, y ha de ser como aquella mujer fuerte, que salió como nave cargada de pan del cielo para sustentar la familia de su cargo, sin que le acobardase lo dilatado y arduo de la navegacion: *De longe portans panem suum.* Suyo ha de ser el pan que lleva, porque la divina doctrina, que va á enseñar, ha de ir entrañada en su alma, para repartirla más con la eficacia de las obras que con palabras, para la salvacion de aquellos pobres: *Palmas suas extendit ad pauperem.* Sale, en fin, del puerto; pero si no se halla firme, fuerte y apta para toda la navegacion, que es de por vida, hasta dar fondo en el feliz puerto de la eternidad, mejor será que no salga, porque son fuertes y frecuentes los riesgos. Dentro de sí misma carga la nave muchos enemigos, que le pueden ocasionar fatal naufragio, si no va bien armada para reprimirlos, tenerlos á raya y sujetos á la razon.

Y al contrario, una vez prevenida y reforzada la nave contra los vaivenes de su inconstancia, puesta toda su confianza en Dios, no tiene que temer, porque aquel Señor á quien obedecen los mares y los vientos, y cuyo imperio sujeta el poder furioso de las olas, le dará esfuerzo para hollar con intrepidez las mayores tormentas.

La fe, vivamente actuada, ha de ser aguja que regule todos sus movimientos, teniendo en todos ellos por norte único la mayor gloria de Dios y bien de las almas.

El áncora de su seguridad sea la esperanza firme en aquel Señor por cuya sabia providencia pasan revista todos los acaecimientos ántes que sucedan, quien, como Padre amoroso, todo lo dirige para nuestro bien.

La caridad y amor purísimo de Dios y del prójimo ha de ser el único interes, carga y tesoro de esta nave: y á buen seguro que no prevalecerán contra ella los más soberbios montes de agua ni los más recios contratiempos.

La quilla en que toda la nave estriba debe ser una humildad profunda, y ésta misma servirá de lastre, para atribuir siempre á Dios lo que es suyo, que es todo lo bueno, y á nosotros la nada, las desdichas, espinas y abrojos que trae de su propia cosecha nuestro barro.

Pero áun despues de todo esto no hará viaje ni adelantará un paso si no tiende las velas de la oracion fervorosa, para recibir el viento fresco del Espíritu Santo, que dé ímpetu y vigor sagrado á todas sus acciones y movimientos.

El piloto y contra-maestre de esta nave son la leccion espiritual y los exámenes de conciencia cotidianos, donde tambien se hace la recluta de santos pensamientos para fortalecerse y defenderse de todos los enemigos.

El santo temor de Dios, como centinela vigilante, le dará la más firme seguridad; tanta, que ni áun las mismas borrascas le llevarán á salvamento, y más no perdiendo de vista la Estrella matutina, á quien miró siempre San Bernardo: *Respice Stellam, voca Mariam.*

§ II

Causas principales de disturbios

Las tormentas y contratiempos son muy frecuentes en el golfo inconstante de las naciones gentiles: cualquier vientecillo leve levanta una fiera tormenta que tira á sumergir la combatida nave del misionero; no obstante esto, de tres raices principales se originan ordinariamente las borrascas más peligrosas.

La primera y principal es la misma nave, inconstante, frágil y capaz de perder sus fuerzas con el continuado choque de las tribulaciones, y tambien con la inaccion y fatal calma que resulta de no mirar por sí ni unirse y estrecharse cada dia más con Dios, como ya llevo insinuado; pero con tal que este recurso al Todopoderoso sea frecuente y constante podrá navegar y trabajar á todo seguro y áun recibirá aquel valor y grandeza de ánimo con que el Apóstol de las gentes, no sólo miraba con rostro sereno y alegre las tribulaciones, sinó que les salía al encuentro á desafiarlas y á presentarles batalla: *Quis nos separabit a charitate*, etc.

La segunda raíz de dichas perturbaciones de olas encontradas es el enemigo comun, que, soberbio con la antigua posesion de aquellas gentes ciegas, y sentido, y áun temeroso de ser arrojado de entre ellas, no deja piedra por mover, para mantener su principado de tinieblas. San Pablo, bien experimentado en estas contiendas, pone mucho conato en prevenir los ánimos contra ellas. No peleamos, dice, contra la carne y sangre, sinó contra el poder de las tinieblas y el príncipe de ellas, que pone todo su desvelo y cuidado en idear nuevos ardides y asechanzas para arruinar las misiones.

Pero es de sumo consuelo y da mucho brío el considerar y saber que son muy limitadas las fuerzas de este capital enemigo: está atado á la cadena del poder divino; como perro furioso

puede ladrar, pero sin licencia del Altísimo no puede morder; como leon sangriento y lobo carnicero dará una y muchas vueltas al nuevo rebaño de Cristo, con ansia de tragarse las más escogidas ovejas; pero buen ánimo, que el Sumo Pastor y dueño de ellas las quiere mucho por el infinito precio que le costaron.

La tercera raíz de los más fieros y ordinarios contratiempos son los mismos gentiles, cuyo bien y salvacion eterna se pretende con ansia; pero como ellos á los principios ni entienden ni perciben este lenguaje, segun las especies crasas en que está imbuida su bárbara tosquedad, no se fian y casi suponen algun malicioso engaño y alguna idea oculta en el ingenuo proceder del misionero; y aquí es de saber que hasta la nacion más agreste es primorosa en el arte, así de maliciar como de engañar. Importa, pues, tener prontas aquellas dos máximas de nuestro celestial Maestro: la primera, proceder siempre con ellos con reserva y cuidado: *cavete ab hominibus*; la segunda, no dejarse llevar de la ligereza de sus palabras y promesas: *Jesus autem non se credebat eis;* porque á la verdad los indios gentiles hasta que van entendiendo las máximas de la eternidad no se mueven ni tiran á otro blanco que al de su interes, y si antes de percibir lo que les importa salvarse consiguen del Padre herramientas y lo que han menester la mañana que ménos piensa amanece solo, sin esperanza de recoger aquella salvaje grey.

Realmente obran y proceden como ciegos, y son disculpables, porque no saben lo que se hacen; y así se deben sufrir y sobrellevar hasta que conozcan el bien que se les procura: y al modo que el padre y la madre sufren las molestias é impertinentes travesuras de sus hijos por el amor que les tienen, han de sufrir los operarios las de los gentiles, á fin de que sus almas se salven.

Ya dije en el capítulo quinto de la primera parte como la ignorancia, ingratitud, inconstancia, pereza, miedo fantástico

y brutalidad de costumbres de los indios gentiles forman un golfo inquieto y de suyo muy fácil de ser agitado por vientos contrarios, por poco que esfuerce su soplo el aquilon maligno, que tiene cuidado de no dormirse. Aquí abundan los peligros y á cada paso se encuentran los escollos; aquí se requiere el mayor cuidado; aquí la agilidad y destreza en la maniobra, para evitar unos escollos sin tropezar en otros peores; y realmente para estos lances la más prolija instruccion será muy corta. No obstante, reduciré á breves máximas los avisos más importantes.

§ III

Máximas prácticas

Para mayor claridad pongo por ejemplar lo mismo que sucede con frecuencia; y es el caso que despues de establecido un numeroso pueblo, recogidas sus familias á fuerza de trabajos y afanes de entre aquellos dilatados bosques, y fundado ya en el sitio que ellos han escogido, repentinamente se alborotan, levantan el grito y tratan eficazmente de volverse á sus selvas y madrigueras, sólo porque un viejo taimado ó una vieja funesta ha soñado aquella noche algun desatino, v. gr., que el Padre los juntó allí para engañarlos y llevárselos á otra parte; que ha llamado á sus enemigos, para que, cogiéndolos descuidados, los hagan esclavos, ú otro delirio semejante que, ó el demonio, ó la natural fantasía les ha sugerido en sueños. Estos golpes son los que hieren en lo más vivo del operario, por lo que ha de emplear en ellos toda su prudencia.

Su primera máxima debe ser hacerse cargo de que han de suceder estas y peores turbaciones, para las que debe prevenirse de antemano, negociando con Dios la perseverancia de aquellas gentes, procurando cada dia ganar más y más la voluntad de todos y en especial la del cacique y de aquellos que sobresalen entre ellos con algun séquito.

La segunda es que, llegado el caso, no se perturbe, sinó esté muy sobre sí, sin dar muestras de sobresalto, y sobre todo, no dar la menor seña de enojo, porque de lo contrario, en lugar de apaciguar los ánimos inquietos, aumentará el alboroto. Aquí es donde se ve y verifica lo literal de aquella divina sentencia: *In pacientia vestra possidebitis animas vestras*; y de las almas los prójimos tambien se aseguran.

La tercera es el recurso á Dios, con una firme confianza de que Su Majestad, con aquel turbion, ha de dar mayor firmeza y constancia á los pobres indios, al modo que el viento recio hace que se arraiguen más las plantas. Válgase en estos lances y siempre de la intercesion de los párvulos de aquellas naciones que con el santo bautismo volaron al cielo, que éstos pueden mucho para con Dios, y sabemos que el grande apóstol San Francisco Javier se valía de ellos en sus mayores congojas.

La cuarta, fortificado así el ánimo y clamando interiormente al Señor y á los ángeles de guarda de aquellas gentes, pase á hacer sus diligencias con la mayor suavidad y con palabras de amor y compasion; porque ello es así, y es tan delicado el genio de los indios silvestres, á causa de su natural timidez, que no sólo en estas ocasiones de alboroto, sinó tambien en tiempo pacífico, una palabra áspera basta para que todo un pueblo se retire, de lo cual no faltan lastimosas experiencias. Bajo este presupuesto, pase lo primero á indagar del cacique y de su mujer la causa de aquella novedad; ponga especial cuidado en convencer y ganar la voluntad de la cacica, que ésta con facilidad convencerá luégo á su marido, y ambos á dos, ella á las mujeres y el cacique á los hombres, consiguen más en una hora que el misionero en todo el dia. Y lo segundo tenga por entendido que, fuera de ser las mujeres indianas más piadosas que sus maridos, son tambien más fáciles de convencer por el especial y sumo trabajo que les acarrea semejante fuga, á causa de que, á más de la carga de llevar y cuidar de sus hijos pequeños, les toca á ellas cargar el bastimento, poco ó mucho, y los trastillos

ordinarios, que son olla, platos y otras cosas, y así convencidas á poca costa las mujeres, éstas ponen en razon á sus maridos.

La quinta máxima, habida ya la noticia del motivo del alboroto y del que lo motivó, deshaga el engaño con la mayor claridad y sosiego que pueda, y luégo que vea ya enterado de la razon al cacique y á su mujer envíelos á que instruyan al causante del ruido, y entre tanto pase á desengañar á las cabezuelas más principales de la poblacion, siempre con sosiego, rostro alegre y en la forma dicha.

La sexta, si los indios perturbados se juntan en la plaza ó en alguna casa particular, como sucede de ordinario, entónces no conviene hablar con todos, ni en tono de sermon, porque no conseguirá cosa de provecho, y la razon es porque en tales circunstancias se ha minorado en ellos el respeto, amor y reverencia para con el operario; y como tiran á ausentarse de él, crían ánimo y todos á un tiempo quieren responder á lo que les dice y propone, con que en lugar de minorarse crece y va á más la confusion. Debe, pues, acercarse al cacique, instar á que él y los más principales indios se sienten; trate con el sosiego ya dicho sobre la materia y verá como los demas indios callan y oyen con atencion lo que se trata con los principales y lo que ellos responden; en la seguridad de que apaciguados los primeros se dan por convencidos los restantes.

La séptima máxima, y de mucha importancia, es que en estos lances no haga hincapié en alegar razones fuertes y de peso para convencer aquellas gentes; busque razones caseras, insista en ellas, y segun ellos usan repítaselas muchas veces; v. gr., el trabajo que con su temeridad causarán á sus mujeres en tales caminos; el peligro de muerte á que exponen á sus hijos pequeños, que enfermarán, ya por los calores del sol, ya por el rigor de las lluvias; el riesgo y fatigas á que exponen á sus ancianos y enfermos en tan arduo viaje; que dejan sus sementeras y el sudor de su trabajo perdido, y que van á traba-

jar de nuevo y á padecer mucha hambre hasta coger nuevos frutos, etc. Estas razones perciben y les hacen fuerza, y tal vez una friolera les causa más armonía que un argumento fuerte, porque su capacidad no alcanza más. Pongo sólo el caso siguiente para prueba de lo dicho:

En el año de 1719 soñó un viejo, betoy de nacion, que yo me volvía á España aburrido de sus cosas: conmovióse luégo todo el pueblo, juntáronse en la casa del cacique con sus canastos de víveres y sus muebles para tomar el camino de sus bosques. Pasé al congreso, tomé asiento junto al cacique y quedaron todos en profundo silencio. Callé tambien de industria un buen rato y luégo me quejé de que la señora cacica no me traía de beber, faltando á esta ceremonia y costumbre, entre ellos inviolable. Trajo la bebida sin hablar palabra, y despues de brindar á la salud de todos pregunté al cacique la causa de aquella junta y de aquella prevencion de bastimentos, á que respondió: *Quaja ranumaycá; ujumauju ajabó janujaybi afocá*; esto es: *Nosotros nos vamos á los bosques porque tú te vas á tu tierra*. Mucho tiempo gasté de balde alegando razones fuertes, y no hallando ya por dónde ni cómo convencerlos, clamé á San Francisco Javier que me favoreciese en aquel aprieto; dejé los argumentos y pregunté al dicho cacique familiarmente: «¿Cómo había yo de pasar por un mar tan grande para volver á España?» —«En la embarcacion en que viniste, dijo, te volverás.»—«No puede ser, repliqué yo, porque ya os tengo dicho que aquella embarcacion llegó al puerto maltratada y que la desbarataron.» (Y en efecto fué así, porque aquel navío se abandonó por viejo.) Entónces el cacique, convencido con esta friolera, se puso en pié, y con rostro alegre dijo á sus indios: «Ea, bien estamos, váyanse á sus casas y vivan sosegados, porque el Padre no tiene canoa para volverse á España.» Así lo hicieron, y con una pregunta tan desproporcionada como esta se desvaneció aquella borrasca, en que se iban á perder muchas almas lastimosamente.

En fin, sucede á los principios que cuando el misionero ménos piensa halla por la mañana el pueblo solo y que se han huido todos los indios ó parte de ellos; golpe es éste de los más sensibles, en el cual, supuesto el recurso á Dios Nuestro Señor, si se han ausentado todos, debe tomar su ornamento de decir misa y seguir la huella de los fugitivos hasta alcanzarlos, y en llegando, darles á entender que él se va con ellos porque son sus hijos y porque Dios así se lo manda; conviene quejarse amorosamente de que no le hubiesen avisado su determinacion, con la cual se hubiera prevenido de anzuelos, arpones y otras cosas de que ellos necesitan, y dicho esto, cuelgue su hamaca y échese á descansar sin hablar ni entrometerse en las disputas que ellos entre sí levantan, porque los unos se arrepienten y quieren volver á su pueblo, los otros porfían que han de pasar adelante, y por último, cuando ya están fatigados y cansados de altercar, levántese, y despues de ponerlos en paz, repita las mismas razones que oyó á los que quieren volver á su pueblo y otras que le ocurran, segun dije arriba, y no dude que se volverá con todos al pueblo. Si sólo se han ausentado parte de ellos, para seguirlos tome algunos de los mejores que han quedado y siga el método propuesto.

§ IV

Avisos prácticos

I. Estas y otras mutaciones, hijas de la natural inconstancia de los indios, requieren que el operario se prepare con tiempo, haga el ánimo á todo, tire á conocer bien el genio de la nacion que cultiva, y segun él tenga meditados medios proporcionados para las urgencias ocurrentes; especialmente esté alerta para atajar las discordias y riñas de unos con otros, porque casi todas las fugas se originan de esta mala raíz.

II. Trabaje puramente por amor de Dios y por el bien de aquellas pobres gentes, sin esperar de ellas ni agradecimiento

ni recompensa, porque ni áun por el nombre la conocen, y aunque la conocieran, no tienen en este mundo sinó abundancia de desdichas; pero esté cierto que Dios le recompensará con una medida llena y muy colmada áun en esta vida.

III. Insista mucho, hasta adquirir costumbre, en fijar la vista interior en la preciosidad de aquellas almas, que tanto costaron á nuestro Redentor, y se le harán llevaderas las molestias que resultan de ellas, de su inconstancia é ingratitud: y trabaje con el seguro de que con el tiempo se desbastan y mejoran.

IV. La pereza, que les es connatural, requiere mucho tiempo y tiento en el operario para irlos imponiendo en que hagan aquello mismo que les importa, no sólo para su provecho espiritual, sinó tambien para el temporal, porque en sintiendo la menor carga ú opresion luégo se huyen para evitarla.

V. Por lo que, aunque conviene establecer la doctrina de los párvulos todos los días, mañana y tarde, lo que conseguirá usando de industria y dando algunos premios á los más puntuales, con todo bastará que los adultos asistan á la doctrina sábado y domingo; no los moleste mucho y alabe aquello poco que aprenden para que asistan con más gusto: la doctrina enséñela por la mañana en su lengua nativa y por la tarde en castellano, porque en lo primero se sirve á Dios y en lo segundo al rey nuestro señor, que ordena se establezca en las misiones la lengua española; y en todo caso, todo ha de ser amor y por amor con chicos y grandes, y nada de rigor ni de castigo, no sólo de obra, pero ni de una palabra que sea áspera.

VI. Lo dicho de la doctrina se ha de practicar con los niños de la escuela con la misma formalidad y cuidado: porque ello es así y está ya muy verificado que quien desde luégo lo quiere conseguir todo muy luégo lo pierde todo. Véase lo dicho en el capítulo XXIV de la segunda parte, en órden á los indios gentiles adultos.

VII. Esté muy persuadido que el primer móvil de los tales indios es el interes; no dan paso sin esperar premio, y áun sin

hacer cosa, lo mismo es mostrar cariño el misionero al indio que responder éste pidiendo algo, y áun sin esto jamas se cansan de pedir con importunidad; pero hay aquí dos consuelos: el primero es que se contentan con cualesquiera bagatelas; y el segundo, que tan contentos se van con buenas palabras y buenas esperanzas como con las dádivas: un mañana me traerán eso que pides; luégo que lo traigan tú serás el primero á quien regale, étc.; y otras largas semejantes, les hacen buen sonido y se vuelven contentos.

VIII. Frecuentemente traen al misionero las frutas, el pescado, etc., y ya se sabe que no viene eso por regalo; el indio trae muy pensado lo que ha de pedir, aunque al preguntarle qué quiere ó ha menester responde siempre que nada; pero no le dé cosa alguna hasta que él pida, porque si le da algo lo recibe de buena gana, y al cabo de un rato dice: Yo traía este presente para que me dieses un cuchillo, sal ú otra cosa, y no se irá sin que le dé aquello que él traía pensado.

IX. Pero de ordinario piden mucho, sin traer cosa alguna al misionero, que necesita de un todo. No se puede negar todo lo que piden, y más si ellos saben que lo hay; dar todo cuanto piden no es posible; por lo cual, cuando le piden algo, vea qué es lo que más necesita y dígale: «Yo te daré lo que pides; pero trae primero pescado, raíces ó lo que más necesita». Ellos lo hacen así, todos quedamos remediados y van aprendiendo á ser diligentes. Guarde la misma práctica con los muchachos, con el mismo fin; ellos piden tanto ó más que sus padres, y así, aunque no haya menester, pida ó mándeles hacer algo ántes de darles lo que piden, v. gr., que traigan agua ó leña, que barran la casa, etc.

X. A los principios, parte pagando y parte rogando, consiga que la colectividad de los indios haga una sementera cuantiosa, y en ella un platanal grande para los muchachos de la escuela, porque es cosa muy importante y no sólo sirve para los chicos de la escuela, sinó tambien para las viudas pobres, para

los huérfanos y para los enfermos; y sucede que viendo los indios cuán bien se emplean aquellos frutos renuevan con gusto la sementera en adelante.

XI. No espere á los principios que le han de avisar de los que caen enfermos, ni de las criaturas que nacen, para que las bautice; y así por la mañana despues de misa y doctrina, y por la tarde ántes de la doctrina, debe dar vuelta por todas las casas del pueblo, viendo si hay enfermos y niños que bautizar. Esta es una diligencia tan necesaria como útil y fructuosa, y para irlos imponiendo debe encargar á los chicos de la doctrina que le avisen luégo que vean ó sepan algo de esto.

XII. El atractivo más eficaz para establecer un pueblo nuevo y afianzar en él las familias salvajes es buscar un herrero y armar una fragua, porque es mucha la aficion que tienen a este oficio por la grande utilidad que les da el uso de las herramientas que ántes ignoraban. Todos quisieran aprender el oficio, y muchos se aplican y le aprenden muy bien.

XIII. No importa ménos buscar uno ó más tejedores de los pueblos ya establecidos, para que tejan allí el hilo que traen de ellos, porque la curiosidad los atrae á ver urdir y tejer, y el ver vestidos á los oficiales y á sus mujeres les va excitando al deseo de vestirse y se aplican á hilar algodon, que abunda, y de que finalmente se visten.

XIV. La fábula de Orfeo, de quien fingió la antigüedad que con la música atraía las piedras, se verifica con ventaja en las misiones de estos hombres, más duros que los pedernales, porque es cosa reparable cuánto les encanta y embelesa la música. Son músicos de su propio genio, y como en varias partes de esta historia consta, son muy aficionados á tocar flautas que ellos se fabrican y otros muchos instrumentos, y está ya experimentado en las misiones fundadas cuánto los atrae y domestica la música, cuánto aprecian y la gala que hacen aquellos cuyos hijos ha destinado el misionero á la escuela de música; y así una de las primeras diligencias de la fundacion de nuevo pueblo ha de

ser conseguir un maestro de solfa de otro pueblo antiguo y establecer escuela de música para el fin dicho y para la decencia del culto divino.

XV. Es indispensable el que meta la mano y medie en sus pleitos, riñas y casamientos; pero proceda el operario con tal cautela que no conozcan los gentiles y neófitos que procede como árbitro; y la razon es porque como en estas dependencias el uno de los bandos ha de quedar precisamente desairado, y al misionero le importa mucho el estar bien con todos ellos, debe mediar y proceder con toda neutralidad á favor de la paz y de la union, sin declararse por unos ni por otros; para eso conviene desde los principios irlos imponiendo en el gobierno político y señalar alcaldes que con el cacique gobiernen y á solas instruirlos de lo que deben hacer en las controversias que ocurren.

XVI. Aunque á primera vista parece ceremonia inútil la acordada por los misioneros antiguos de poner formalidad de clausura en aquellas casas pajizas y pobres en que viven, sin permitir que entre del cercado para adentro mujer alguna, y teniendo una ventana al lado de la plaza para despachar sus demandas, con todo, ya está experimentado que importa mucho esta práctica: ni hay cosa que más golpe les dé ni que mayor armonía cause á los catecúmenos que esta formalidad y circunspeccion del operario; todo lo reparan, y á su modo todo lo interpretan y lo hablan entre sí; y se ha reconocido que este modo de proceder engendra en ellos mucho respeto y veneracion para con sus misioneros.

XVII. Para este fin, y para mayor decencia, se ha establecido y debe llevarse adelante el estilo de no salir de su casa el misionero sinó acompañado de algun indio principal, y á falta de éste, con dos ó tres muchachos de la escuela de los mayores que haya en ella, sin dejarlos apartar de su lado cuando visita los enfermos y hace las demas diligencias de su cargo.

XVIII. Finalmente, el fin de su ocupacion y la causa de su

destierro en aquellas soledades es doctrinar y salvar aquellas pobres almas, lo que más depende del ejemplo, circunspeccion y virtud sólida del operario que de sus sermones, exhortaciones y palabras; y así, este medio es el que sobre todos ha de reputar por el más útil para sí y eficaz para enseñar á los prójimos, y es el único para que Dios Nuestro Señor, de cuya mano viene todo el bien, eche su copiosa bendicion á sus fatigas y afanes, que rindan copioso fruto para la vida eterna.

§ V

Reflexiones que animan y fortalecen el ánimo del misionero de indios

I. Aquellos indios bárbaros, desnudos, salvajes, rudos y á primera vista despreciables son unas conchas toscas que encierran en sí unas margaritas tan preciosas que el mismo Hijo de Dios se dió á sí mismo en precio y se entregó á los tormentos para adquirirlas. ¡Cuánto debo yo apreciarlas!

II. Son imágenes vivas de Dios hechas á semejanza de nuestro Criador, por lo cual se merecen toda nuestra estimacion: y el mirar por ellas es hacer nuestro mayor negocio y corresponder á Su Majestad del modo más apreciable en sus divinos ojos.

III. Crió Dios aquellas almas para que se salven y las puso á tu cargo para que tú te salves. Dios te ha tomado por instrumento, para que ellas logren el fin para que Su Majestad las crió, y á ellas las ha puesto á tu cuidado, para que por medio de esta ocupacion consigas el mismo dichoso fin para que Su Majestad te crió. No te has de salvar por aquel medio y ocupacion que tú eligieres, sinó por este á que Dios y los superiores te han destinado.

IV. Toscos son los indios como un tronco de la selva y duros como piedras; pero Dios te dará medios para pulir y labrar estos troncos, de que Su Majestad formará tabernáculos en la gloria; y de esas que parecen piedras formará Dios por tu mano y aplicacion hijos verdaderos de Abrahan.

V. Es inevitable y preciso, y más á los principios, que le dé en rostro y le acarree muchos desconsuelos aquella tosquedad y desnudez de los indios gentiles, su ignorancia, inconstancia, pereza, ingratitud, etc., fuentes de que el enemigo comun excita en el misionero temores, tedios y desconfianzas, y de todo ello levanta montes de dificultades que, como diestro, sabe pintar como insuperables y tira á hacerle creer que aquel empeño es temerario, que es tentar á Dios; y levanta otras nieblas para ofuscar al operario, á fin de que caiga de ánimo, abandone aquellas almas que tanto teme y le duele salgan de entre sus garras infernales. Es cierto que ésta es la más fuerte batería que juega el infierno con notable industria. Y por lo mismo debe el operario oponerse á ella con el mayor esfuerzo y empeño, en la inteligencia que en este género de guerra no hallará otra defensa ni otras armas que las del recurso á Dios en la frecuente oracion y en la meditacion de algunas de estas reflexiones, clamando á Su Majestad con esfuerzo y valor, como pobre soldado que sólo vive á expensas de los tesoros de su infinita misericordia. Y aunque todas las reflexiones de este párrafo quinto le ayudarán mucho todavía para este combate le alentarán mucho las siguientes:

Humillado delante de Dios, vuelva toda su vista y atencion á su interior y vea lo primero que la ingratitud, grosería y tosquedad fea con que corresponde á su Criador es mucho mayor y peor que la que ve y le desagrada en los indios bárbaros y ciegos.

Lo segundo, coteje su inconstancia en la via espiritual y su pereza en adelantar terreno en el camino de la perfeccion, y no se admirará de los pobres indios; tendrá lástima de sí mismo y de ellos.

Lo tercero, separe lo precioso de lo vil, esto es, mire en sí lo que es Dios, y mire aparte lo que es suyo y de su propia cosecha; y luégo se hallará más desnudo, pobre y desdichado que los indios bárbaros; si la desnudez de ellos le ho-

rroriza, más horror y temor le debe causar la suya; y pues Dios, no obstante esto, no le abandona, le sufre, asiste y ampara, debe, á fuer de agradecido al mismo Señor, sufrir, tolerar, beneficiar y cultivar las almas de aquellos pobres indios, que son imágenes de Su Majestad, hacienda suya y grey que aprecia mucho.

VI. No estaban en mejor disposicion los gentiles del mundo antiguo cuando les empezó á rayar la luz del santo Evangelio; ántes bien era mucho mayor su barbaridad, errores y vicios, y el mismo Señor, que envió entónces aquellos sus operarios para aquella inculta mies, te envía á que cultives esta, y así no te negará Su Majestad, ni las fuerzas necesarias, ni los medios oportunos.

VII. Traiga á la memoria con frecuencia otros misioneros jesuitas que vencieron mayores dificultades, que sufrieron mayores trabajos y que finalmente, con el favor de Dios, sujetaron á la Iglesia santa naciones mucho más agrestes: en el Brasil, el santo Padre José Ancheta; en las Marianas, el santo mártir Luis de San Victores; y en todas las provincias de Indias hallará muchos y admirables ejemplares, asi para confundirse como para animarse.

VIII. No se olvide jamas de los muchos jesuitas insignes que han deseado y pretendido con ansia la ocupacion de misionero en que Dios le ha puesto, y no quiso conceder á los otros, que hubieran trabajado heroicamente: hágase cargo de la confianza con que Su Majestad ha fiado y puesto en sus manos el tesoro de aquellas almas, y que le ha de pedir cuenta así de ellas como de los talentos que le dió para cultivarlas.

IX. No haga hincapié ni fije su consideracion en los trabajos ocurrentes, sinó en el fruto actual que recoge y en el que espera recoger: más monta la salvacion de un párvulo, que desde el bautismo sube al cielo, que cuantas angustias ha padecido y puede padecer en toda su vida: ¿y qué gusto no debe tener y hallar en aquellas tareas, caminos y diligencias, con

que gana para Dios, no una, ni otra alma, sinó muchas familias y pueblos?

X. Y finalmente, tengo por muy cierto que todas aquellas almas, que va enviando á la gloria por delante, le ayudan grandemente, clamando sin cesar á Dios por su misionero y por la gente de su nacion, para que Su Majestad los asista y defienda, hasta llevarlos á la bienaventuranza eterna. Y no se puede dudar que todos aquellos á cuya salvacion cooperó le servirán de abogados eficaces en todos sus aprietos, y en especial en la hora de la muerte, término de esta breve navegacion y puerto seguro en que de la misericordia de Dios esperamos gozar tranquilidad dichosa y descanso eterno. Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

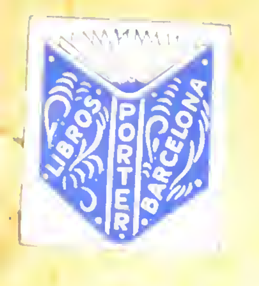
	Págs.
Introduccion á la segunda parte.	5
Capítulo primero.—Si entre aquellos bárbaros se halla alguna noticia de Dios.	7
Capítulo II. —Singular piedad y especial providencia de Dios, que resplandece en bautismos al parecer casuales de indios ancianos, indias y párvulos. . . .	15
Capítulo III. —Si aquellas naciones tienen idolatría. Si tienen noticia del demonio y se valen de él ó no. .	23
Capítulo IV.—Variedad de lenguas de aquellos indios: búscase su orígen por la mejor conjetura.	28
Capítulo V.— Investígase el orígen de las lenguas vivas ó matrices de aquellos países.	33
Capítulo VI.—De las primeras gentes que pasaron á la América, y el modo que lo hicieron.	38
Capítulo VII.— Por qué de las naciones del Orinoco (aunque en sí muchas) se reduce cada una á tan corto número de gente.	46
Capítulo VIII.—Motivos de sus guerras.	58
Capítulo IX.—Daños gravísimos que causan á las misiones las armadas de los indios caribes que suben de la costa del mar..	64
Capítulo X.—Jefes militares de aquellas naciones; mérito y ceremonias que preceden á sus grados. . . .	72
Capítulo XI.—Variedad de armas de estas naciones, destreza en manejarlas, su fábrica, y el tambor raro con que se convocan á la guerra..	78
§ I.—Armas, su fábrica y su uso.	78
§ II.—Sus cajas de guerra, fábrica y sonido..	81
§ III. — Trátase seriamente del sonido del tambor caverre, y se evidencia el alcance de su sonido. . . .	83
§ IV.—De sus embarcaciones: modelo y modo irregular de fabricarlas.	90
Capítulo XII.—Del mortal veneno llamado curare: raro modo de fabricarle, y de su instantánea actividad. .	98
Capítulo XIII —De otros venenos fatales: su actividad: la cautela con que los dan, y cómo los descubrí. . .	107
Capítulo XIV.— De las culebras venenosas de aquellos países.	114
§ I.—Del culebron espantoso llamado *buio*..	114

Págs.

§ II.—De otras culebras malignas y de algunos remedios contra sus venenos. 120
Capítulo XV. — De otros insectos y sabandijas venenosas. 130
Capítulo XVI.—De otras sabandijas muy ponzoñosas. . 135
Capítulo XVII.—Peces ponzoñosos y sangrientos. . . 142
Capítulo XVIII.—De los caimanes ó cocodrilos, y de la virtud nuevamente descubierta en sus colmillos. . . 149
Capítulo XIX.—Modo de cultivar sus tierras los indios y los frutos principales que cogen. 160
Capítulo XX.—Prosigue la materia del pasado. . . . 166
Capítulo XXI.—Árboles frutales que cultivan los indios. Yerbas y raíces medicinales que brota aquel terreno. 174
Capítulo XXII.—Cacerías en los campos rasos. Variedad de animales y aves que los indios logran en ellos, y daños graves que hacen las hormigas. 184
Capítulo XXIII. — Turbacion, llantos, azotes y otros efectos raros que causa el eclipse de la luna en aquellos gentiles. 193
Capítulo XXIV.—Estilos que guardan aquellos gentiles en sus casamientos: la poligamia y el repudio. . . 201
Capítulo XXV.—Pregúntase si se aumenta ó disminuye el número de los indios haciendo el cotejo del tiempo en que eran gentiles con el de ahora, en los que ya son cristianos. 208
Capítulo XXVI.—Rechazadas dichas causas, se prueba ser insuficientes para la diminucion ya propuesta de los indios. 213
Capítulo XXVII. — Respóndese á un argumento contra lo ya dicho, y se señala la causa genuina de la diminucion de los americanos. 224
Carta de navegar en el peligroso mar de indios gentiles. 234
§ I.—Del misionero, su vocacion y aparejo.. 234
§ II.—Causas principales de disturbios. 237
§ III.— Máximas prácticas. 239
§ IV. — Avisos prácticos. 243
§ V. — Reflexiones que animan y fortalecen el ánimo del misionero de indios. 248

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
16	12	*negat*	*denegat*
28	30	no saben	no la saben
28	29	preparatievos	preparativos
65	21	ocho	siete
72	13	desbantan	desbastan
107	26	adquiso	adquirí
139	27	y el el	y el
139	28	hoz	hoy
182	8	hallá	allá
182	penult.	mantendrá	mantendrán
187	6	embarcion	embarcacion
220	Nota (1)	JOANN., XXVIII, 2	JOANN., IX, 2


LIBROS
PORTER
BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS.

SECCION CASTELLANA.

Los Trabajos de Jesús, por Fray Tomé de Jesús, consta de 3 tomos de 300 páginas cada uno á 15 rs. rústica y 18 media holandesa.

La Conversion de la Magdalena, por Malon de Chaide, consta de 2 tomos de 300 páginas cada uno á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.

El Príncipe Cristiano, del Padre Rivadeneyra, consta de 1 tomo de 380 páginas á 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.

El Filósofo Rancio, del Padre Alvarado, consta de 6 tomos de 320 páginas cada uno á 30 rs. en rústica y 36 en media holandesa.

SECCION LATINA.

In Quatuor Evangelistas Commentarii. (Joan. Maldonati.) Consta de 10 ts. de 300 á 400 pág. cada uno á 95 rs. en rústica y 105 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (DD. Paciani et Damasi Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (Faustini, Ossii, Potamii, Severi Majoricensis et Cœlii Sedulii Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (Theodosii, Bachiarii et D. Philastrii Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV. (Juvenci Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

Puntos de suscricion.

EN BARCELONA.—ADMINISTRACION: Angeles. 14.

EN PROVINCIAS.—En las principales librerías.

Precios de suscricion.

SECCION CASTELLANA.—Un tomo en rústica 3 rs. y 4 rs. encuadernado á la media holandesa.

SECCION LATINA.—Un tomo en rústica 7 y 1/2 rs. y encuadernado á la media holandesa 8 y 1/2 rs.

El representante único de esta casa editorial para las posesiones españolas y extranjero, es la Viuda é hijos de J. Subirana, editores, calle de la Puerta-Ferrisa, núm. 16, Barcelona, á donde deben dirigirse todos los pedidos.